
Entre
TÚ y YO
El origen de las Wharton
Las Wharton 8
JANA WESTWOOD

Entre Tú y Yo

EL ORIGEN DE LAS WHARTON

Las Wharton 8

© Jana Westwood. Octubre 2024
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra en cualquiera de sus formatos, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Entre TÚ y YO



El origen de las Wharton

JANA WESTWOOD

LAS WHARTON VIII

Prólogo

1757, Harmouth. Inglaterra.

Amber Wharton sostenía a su hijo en los brazos y lo miraba como el que contempla una maravilla de la naturaleza. Tenía todo lo que un niño debía tener y todo era perfecto. Su esposo, el barón de Harmouth, los contemplaba a ambos con los ojos entrecerrados, como si analizase datos que no eran visibles a simple vista.

—¿Está sano? —preguntó al médico que terminaba de lavarse las manos en una palangana.

—Sanísimo —afirmó el doctor Truman rotundo.

—¿Está seguro?

—Todo lo seguro que se puede estar a estas alturas —respondió el médico mirándolo con una sonrisa afable—. Vamos, Edmund, respira tranquilo, tienes un hijo varón, disfruta del momento.

—No sabe hacerlo —dijo Amber con expresión cansada—, no le pidas imposibles.

Su esposo la miró y una ligera sonrisa apareció en su rostro. Se acercó al fin a ver su obra y cogió al bebé de los brazos de su madre, que se deslizó con cuidado hasta encontrar la postura más cómoda.

—Frederick Wharton —dijo su padre en tono solemne—, te exijo que te conviertas en un hombre sano y fuerte y te prohíbo que me des dolores de cabeza.

Amber puso los ojos en blanco y el doctor cerró su maleta para marcharse.

—Volveré mañana con Mary —dijo el médico mirándola—. Quería venir conmigo, pero no la he dejado, ya sabes lo nerviosa que se pone con estas cosas.

—Dile que estoy bien, y salid los dos de aquí que quiero dormir. Edmund, deja a Frederick en su cuna y acompaña a Henry hasta la puerta.

El barón hizo lo que le pedía y los dos hombres salieron de la habitación dejando a Amber con la señora Pater, la cocinera, con la que había creado un vínculo afectivo desde que llegó a aquella casa.

—¿Estás seguro de que no tengo que preocuparme? —preguntó Edmund a su amigo antes de que subiera a su caballo.

El médico lo miró torciendo una sonrisa.

—Los otros embarazos no llegaron a término, Edmund. Frederick lo ha conseguido y es un bebé sano y fuerte, deberías disfrutar de ello.

—Lo creeré cuando lo vea cumplir diez años.

Frederick era un niño feliz que pasaba la mayor parte del tiempo con su madre. Amber se sentía más cómoda con él que con cualquier persona adulta. Lo enseñó a leer, aprendió con él matemáticas, geografía e historia. También hizo construir un estanque para enseñarlo a nadar, por algún motivo le daba terror que su hijo muriera ahogado.

Solo había una cosa que a Amber no se le daba bien y era tener hijos. Después de nacer Frederick perdió tres criaturas más y, con cada embarazo malogrado, su salud se fue resintiendo. Poco a poco se disipó su belleza, su fuerza y su alegría. Pero su hijo la amaba por encima de todo y su vida fue plena en ese sentido.

Al cumplir los diez años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Frederick: su madre murió al dar a luz por última vez, y conoció a la señorita Hepples, su primera institutriz.

Sentado en una silla, el niño contemplaba la escena con un gran peso en el corazón y la incredulidad con la que los niños se enfrentan a la muerte. El cuerpo de su madre estaba allí con el bebé en los brazos, podría tocarlas si extendiese la mano, pero las dos se habían marchado para siempre. Sus lágrimas ardientes caían a borbotones sin que el niño modificase su expresión de perplejidad. El dolor de su corazón era tan inmenso que no tenía capacidad para sentirlo. Amber Wharton era todo su mundo y ya no estaba. Giró la cabeza para ver a su padre que tenía la cabeza enterrada en las manos, con los codos apoyados en las rodillas. Llevaba así mucho rato sin moverse. Sin hablar. Frederick se levantó de la silla y caminó hasta él, puso una mano en su hombro. Edmund Wharton levantó la cabeza y posó sus húmedos ojos en su único hijo. Asintió varias veces y sin decir nada se levantó y salió de la sala dejándolo solo. El pequeño regresó a su silla y volvió a fijar la mirada en su madre.

Si hubiera tenido que elegir las dos cosas que más le gustaban de su madre, no habría dudado: su risa y su olor. Tenía una risa contagiosa que sonaba como campanillas en su cerebro y un olor chispeante y dulce que impregnaba su ropa cuando lo abrazaba. Siempre tenía planes y se le ocurrían cosas divertidas que hacer. Recordó las veces que lo tomaba de la mano y recorrían la casa caminando cada vez más deprisa, pero sin llegar a correr. Ella ponía caras divertidas mientras aceleraba el paso y lo hacía reír a carcajadas.

Ya no habría más risas en aquella casa.

El hogar de los Wharton se transformó en un lugar silencioso y oscuro tras la muerte de Amber, pero todo empeoró cuando Charlotte Hepples llegó a Harmouth para convertirse en su institutriz. Por qué su padre no eligió un maestro para él era algo que tardó en comprender. Primero pensó que quizá su padre quería que una mujer supliese la falta de su madre, pero la señorita Hepples no podía ser más diferente a Amber. Severa, estirada y dura, más seca que un arbusto al que se le han muerto las raíces por falta de cuidados. Charlotte Hepples era la clase de persona que lo juzga todo con la presunción de maldad. Siempre creía que había un motivo oculto para todo lo que Frederick hacía o decía, y siempre era algo malo.

—Es un niño —decía Mary, la esposa del doctor Truman—, ¿qué quiere que haga? Los niños juegan, señorita Hepples.

—Eso no es jugar, está claro lo que pretendía.

La que había sido la mejor amiga de Amber, seguía visitándolo para asegurarse de que el niño estaba bien, pero cada vez que iba a verlo se alteraba por culpa de aquella horrible mujer. Frederick permanecía de pie, cabizbajo y en silencio, mientras la institutriz lo ponía en evidencia delante de ella.

—¿Por qué fuiste a la granja de los Mearns, Frederick? —preguntó la esposa del médico.

—Para jugar con Joseph.

—¿Lo ve? —Mary le hizo un gesto de afirmación.

—¿Es cierto o no es cierto que también juegas con su hermana Katie?

Frederick la miró como si no entendiese la pregunta.

—¿No respondes?

—Katie y Joseph siempre están juntos —dijo el niño.

—Es una niña y no debería jugar con muchachos, menos ahora que ya es…

Frederick no tenía ni idea de cómo acababa aquella frase.

—Usted me entiende, señora Truman, la muchacha ha cumplido doce años y ya es una mujer.

Mary abrió la boca, pero la cerró enseguida y miró a Frederick con curiosidad. En el niño no había la menor muestra de comprensión.

—¿Ha visto algo indecoroso en ella? —preguntó críptica.

—Esas cosas no se hacen a la vista de todos, ¿verdad? Esa niña va a ser un peligro para cualquier joven que tenga a su alrededor, se lo aseguro. Conozco a las que son como ella y siempre acaban igual.

—¿No le parece un poco cruel lo que insinúa, señorita Hepples? Conozco a Katie y es una niña buena y encantadora.

—Demasiado «encantadora» —musitó la institutriz.

Por suerte la señorita Hepples no duró mucho y Frederick no abandonó la esperanza de que la siguiente fuese mejor hasta que conoció a la señorita Tansey. Su segunda institutriz era una mujer puritana y muy beata, que solía solucionarlo todo rezando. La palabra que más pronunciaba era «infierno» y la segunda «pecado». Aun así, Frederick vivió una época de relativa tranquilidad, aunque no fue consciente de ello hasta que llegó la tercera y última de sus institutrices y, sin lugar a dudas, la peor de todas.

Al cumplir los catorce años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Frederick: llegó la señorita Randle y descubrió por qué su padre había preferido institutriz a maestro.

Frederick era ya un joven alto y fuerte, al que le gustaba mucho montar a caballo y relacionarse con los arrendados de sus granjas. Empezaba a tener «ciertas inquietudes» relacionadas con las muchachas, pero nunca había pensado que «eso» también le pasara a su padre. Hasta que lo vio copular con una criada en los establos. Fue un momento chocante y que le iba a costar mucho poder borrar de su mente. Primero se sintió asqueado, después de todo era su padre, pero enseguida se sintió decepcionado. En el fondo de su corazón albergaba cierto afecto hacia el hombre que se había casado con su madre. Eso lo convertía en alguien mejor. ¿Amor? Pronto ese ideal romántico quedó emborronado por las actitudes de su padre, que más que un hombre en edad respetable parecía un adolescente que acabara de descubrir su sexualidad. Habría comprendido y aceptado que volviera a casarse, pero no aquel modo de tratar a las mujeres, eso no podía respetarlo. Las usaba para su placer sin ofrecerles nada a cambio. Ni estabilidad, ni afecto. Nada. Por su cama, sus establos y su despacho pasaron todo tipo de «damas», algunas de alta cuna. Y no solo no convirtió a ninguna en su esposa, sino que las trataba con desprecio, las humillaba en público y se deshacía de ellas en cuanto se cansaba.

Cuando apareció Rebecca Randle en Harmouth, Frederick supo que iba a tener problemas. Era una joven hermosa y de aspecto delicado, pero también era retorcida y mezquina, capaz de mentir con total descaro para salirse con la suya. Acusó en falso a una de las doncellas de haber roto un preciado objeto propiedad de Amber y consiguió que el barón la echara de casa, a pesar de llevar más años que ella trabajando para él. Y lo hizo solo porque lo defendió frente a su padre cuando la institutriz lo acusó de faltarle al respeto. De nada sirvieron las súplicas del joven para que no la echara, ni la intervención de la señora Pater. Frederick se sintió frustrado e

impotente al ver el ascendente que tenía la señorita Randle sobre su padre. Hasta que una noche la vio colarse en su cuarto y lo comprendió todo. A partir de eso su relación empeoró, si ella lo detestaba, él la odiaba. Que ocupara el lugar de su madre en la alcoba de su padre, lo sacaba de quicio. Ella se las ingeniaba para que el barón lo castigara con la vara y él la ponía en situaciones incómodas una y otra vez, dejándola en evidencia frente al servicio, los invitados de su padre o sus amigos. Al fin y al cabo él era el hijo del barón y ella… ella era poco más que una meretriz. El día que la vio salir con su maleta para no regresar más no sintió alegría ni regocijo. Había convertido su vida en un infierno y eso ya nadie iba a poder borrarlo. Además, hizo que viera la verdadera cara de su padre, algo que, en realidad, debería haberle agradecido.

Al cumplir los dieciséis años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Frederick: Se marchó a la universidad y conoció a sus dos mejores amigos, Thomas Crawford y Luke Warren.

La época en Cambridge fue la más feliz de su vida tras la muerte de su madre. Allí recuperó su curiosidad innata, la que esas horribles institutrices habían enterrado bajo un montón de capas de decepción y soledad. Estudió con ahínco e interés, descubrió la verdadera amistad y se instruyó para convertirse en el hombre que deseaba ser. Un hombre muy diferente a su padre. En Cambridge forjó su personalidad, aprendió de los grandes hombres de la historia y escogió la filosofía estoica como su fundamento. Conocer a la familia de Thomas, el que sin duda era su mejor amigo, fue toda una experiencia que le hizo desear tener una así algún día. El padre de Thomas era un hombre afable, cariñoso incluso. Trataba a sus hijos con tal ternura que no podía más que conmoverlo. Jamás su padre le había hablado del modo en el que Samuel hablaba a sus hijos. ¿Y qué decir de su esposa? Imogen era una mujer admirable y justa que sostenía a su familia con brazos amorosos y fuertes. Disfrutar de los veranos en Berksham se convirtió para los dos amigos en una costumbre y solo tras unirse Luke al grupo pasaron parte de la temporada en Londres.

—Será divertido, siempre estáis igual. —Luke fue el primero en bajar del carruaje y respiró hondo con una enorme sonrisa—. Echaba de menos el aire de Londres.

—¿Aire? —Thomas enarcó una ceja—. Querrás decir la peste. Por Dios, qué mal huele, no sé cómo lo soportas.

—Tu nariz está muy malacostumbrada —respondió Luke—. Por respirar el aire puro de Berksham.

—¿Malacostumbrada? —Thomas negó con la cabeza mientras el cochero descargaba su equipaje y el de Frederick.

Estaban frente a la casa del barón, donde Thomas se quedaría hasta que acabase la temporada social. Luke tenía su propia casa, así que volvió a subir al coche para marcharse.

—Ha sido mi último año en Cambridge, y esta será mi última temporada en Londres antes de entrar al taller del señor Adam, quiero disfrutar lo máximo posible.

—No lo vas a decir veces… —Thomas puso los ojos en blanco.

—Llevamos oyéndote hablar de Robert Adam y su taller todo el año —se unió Frederick —. Eres muy pesado, Luke.

—Cuando sea el mejor arquitecto de toda Inglaterra, os acordaréis de esto —dijo Luke asomándose a la ventanilla.

—¿Por qué conformarte? ¡El mejor arquitecto del mundo entero! —Se rio Thomas.

—Esta noche os quiero ver en casa de las Ashton. Sed puntuales —advirtió antes de golpear la portezuela para que el cochero se pusiera en marcha.

Sus amigos le despidieron con un gesto antes de volverse hacia la casa.

—No te veo muy entusiasmado por regresar a casa —dijo Thomas a su lado.

Frederick miró a su amigo con una expresión que el otro conocía bien.

—En menos de cinco días podríamos estar de nuevo en Berksham —dijo.

—Frederick…

—Mi padre ni se habrá enterado de que hemos venido. Y por Luke no te preocupes, tiene suficientes amigos como para no aburrirse. Volvamos, Thomas.

Su amigo lo miró de frente con una cálida sonrisa.

—Cualquiera diría que es tu familia y no la mía.

—Qué más quisiera —musitó desviando la mirada.

—Llevas mucho tiempo sin ver a tu padre. Un par de meses pasan rápido, ya lo verás. Y no podemos hacerle eso a Luke. Tiene razón, esta es su última temporada social como irresponsable cabeza de chorlito. El año que viene se irá a hacer el Grand Tour con Robert Adam y cuando vuelva tendrá que sentar cabeza.

—Ya veremos.

—Es su sueño, quiere ser mejor arquitecto que su padre y conocer el trabajo de los grandes en primera persona. Eso lo hará madurar, ya lo verás.

—Te lo has aprendido bien —se burló Frederick.

—Además, Frances está aquí —añadió el otro girándose de nuevo hacia la casa.

Frederick frunció el ceño.

—¿La señorita Beaufort está en Londres?

Thomas asintió conteniendo una sonrisa.

—¡Por eso querías venir! —Frederick lo miraba asombrado—. ¡Serás…!

—Algún día nos casaremos, tengo ganas de conocerla.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería tener que soportar vuestras bromitas. Me enteré hace un mes.

Frederick se puso las manos en la cintura en actitud chulesca, sopesando la posibilidad de decirle lo que pensaba de su secretismo, pero finalmente se dio por vencido y aceptó la idea de que iba a pasar los dos próximos meses en Londres.

—¿Estará en casa de las Ashton esta noche? —preguntó dirigiéndose a la entrada.

—Eso espero.

Frederick se detuvo un momento en lo alto de la escalera y suspiró.

—Hogar, dulce hogar.

Capítulo 1



Londres, abril de 1783.

—Papá, no puedes comerte eso. —Meredith lo miraba con expresión severa mientras se esforzaba en contener la risa.

—¿Por qué no? Es mi cumpleaños, se supone que me dejas hacer lo que quiero solo un día al año. Es lo que estipuló tu madre, no irás a cambiarlo ahora.

—No voy a cambiar nada, pero mamá no te habría dejado comerte esa tarta entera.

—No voy a comérmela entera, Belinda y tú comeréis también —dijo mirando a la joven hija de los Warren de la que Meredith era institutriz—. ¿Contigo es igual de dura?

La joven asintió sin dejar de sonreír y su hija movió la cabeza y le cogió el cuchillo de las manos.

—De momento, te comerás un pedazo igual que nosotras, después podrás repetir, pero quiero que te dure al menos dos días. No es bueno semejante atracón de azúcar, tienes que vivir muchos años, ya lo sabes.

Su padre sonrió con calidez y aceptó el veredicto sin protestar.

—¿Vais a estar muchos días en Berksham? —preguntó después de deleitarse con un primer bocado.

—Dos semanas —explicó Belinda—. Los Crawford son buenos amigos de mis padres y siempre que vamos a visitarlos lo hacemos en primavera, antes de que empiece la temporada en Londres.

—Pronto debutarás, ¿cuántos años tienes? —preguntó Robert.

—Dieciséis, pero mi madre no quiere presentarme aún, dice que mejor el año que viene.

El escocés miró a Meredith y sonrió.

—Me alegro de no haber tenido que pasar por eso —dijo ella consciente de que era lo que él estaba pensando—. Ventajas de no pertenecer a la clase alta.

—Yo tampoco querría —confesó Belinda—. No me gusta nada la idea de exponerme para que me juzguen y me elijan como en un mercado de caballos.

—¿Elegirte? —Robert Malcolm MacNiall era un escocés un poco rudo, pero en el fondo sensible y la idea de que una jovencita como Belinda fuese expuesta como un potro para su compra le parecía de lo más desagradable.

—Es lo que dicen mis hermanos pequeños —respondió Belinda con desparpajo. Aquella casa era el único lugar en el que podía hablar así, si su madre la oyese la castigaría un mes sin salir de casa—. John lo describió muy bien ayer durante la cena: Os acicalan y os presentan para que los jóvenes que buscan esposa tengan dónde elegir. Igual que con un caballo —dijo imitando la voz de su hermano de doce años.

—Tus padres no te obligarán a nada —dijo Meredith—. Te adoran.

—De momento no, mientras Luke no encuentre esposa y se case, estaré tranquila. Pero cuando ese momento llegue… Ojalá que se quede en Europa mucho tiempo. Lo echo de menos, todo era más divertido en casa cuando estaba él, pero en cuanto regrese van a querer que busque esposa. Ya ha cumplido los veinticinco y mi madre ha mencionado algún que otro nombre, ¿verdad, señorita Meredith?

La institutriz sonrió al tiempo que asentía.

—Es normal que quieran que siente la cabeza. Además, tu madre se muere por tener un nieto pronto.

—Ojalá que Luke no vuelva aún —insistió la otra recostándose en el respaldo—. ¡Qué suerte tiene, señorita!

—¿Suerte?

—Puede hacer lo quiera, su padre no se mete en su vida y es independiente.

Meredith asintió sin que se borrara su sonrisa.

—Sí, tengo suerte, sí —se rio.

—¿Puedo comer otro pedazo de tarta? —preguntó Robert poniendo su mirada más tierna para que su hija no pudiera negarse.

Después de comer tarta y pasar un rato charlando, Belinda quiso ver los nuevos relojes que habían llegado. Le encantaba bajar a la tienda, nunca se marchaba sin hacer una larga visita. Sobre todo si, como aquel día, era domingo y estaba cerrada. De ese modo podía entretenerse en curiosear sin molestar a sus clientes.

Al entrar en la tienda, Belinda fue recibida por el familiar y acogedor aroma a tabaco, que impregnaba el aire junto con la sutil fragancia de la madera de cedro de las vitrinas que exhibían

los relojes. El establecimiento, ubicado en una esquina de Covent Garden, era un refugio frente al bullicio de la zona comercial. Las paredes, revestidas con paneles de madera oscura, habían absorbido años de humo, adquiriendo un brillo satinado que resplandecía bajo la luz suave de las lámparas de aceite. En una esquina, un brasero de hierro fundido con motivos clásicos emitía un calor reconfortante, alejando el frescor primaveral de la mañana londinense.

A la izquierda, una larga vitrina de cristal resguardaba una vasta colección de tabacos, dispuestos con esmero. Filas de cajas de rapé, elaboradas con maderas preciosas y adornadas con delicadas incrustaciones de nácar y plata, estaban organizadas como pequeños tesoros. Cada una llevaba el nombre de su origen: Virginia, Barbados, Carolina, lugares exóticos que los clientes de Robert solo podían imaginar. Detrás del mostrador, grandes frascos de cristal contenían distintas mezclas de tabaco para pipa, con etiquetas escritas a mano con la elegante e inconfundible caligrafía de Meredith: Latakia de Siria, Perique de Luisiana y el siempre popular Virginia Gold.

A la derecha, otra vitrina, de madera oscura con detalles dorados, albergaba la verdadera pasión de Belinda: la colección de relojes. El brillo metálico de aquellas piezas contrastaba con la sobriedad del entorno. Cada reloj de bolsillo estaba colocado sobre pequeños cojines de terciopelo, con sus cadenas dispuestas con cuidado para resaltar la fineza de sus eslabones. Algunos relojes tenían esferas de esmalte blanco con números romanos en negrita y agujas de acero azulado, mientras que otros mostraban carcasas grabadas con escenas campestres. Gracias a las detalladas explicaciones de Robert, Belinda había aprendido a apreciar los mecanismos intrincados y las complicaciones que hacían a ciertos relojes verdaderas obras de arte: cronógrafos, fases lunares y otros mecanismos de asombrosa precisión.

El escocés, atento a sus preguntas, solía adornar sus respuestas con historias, inventadas o no, algo que siempre sería una incógnita para ella, pero que no rebajaba en absoluto su devoción e interés en el tema. Como en un ritual conocido por ambos, Belinda observaba los detalles que él describía en cada pieza, mientras escuchaba sus anécdotas. Mientras ellos se entretenían con las novedades, Meredith revisaba que todo estuviese en perfecto estado y sus pasos hacían crujir los tablones de roble que conformaban el suelo de la tienda. Si no fuese por el constante tic-tac del reloj de péndulo que presidía la pared del fondo, junto a la escalera, Belinda pensaría que el tiempo se había detenido allí dentro. Nunca se cansaba y cuando llegaba el momento de marchar, siempre le parecía que era demasiado pronto.

—Es precioso —dijo Belinda sosteniendo el reloj de bolsillo en la mano.

Tenía una carcasa de plata finamente trabajada, con un delicado grabado floral que se sentía casi como encaje al tacto. Al abrirlo, la carátula esmaltada mostraba números romanos

negros, y las agujas, delgadas y elegantes, marcaban el tiempo con una precisión que solo la mejor artesanía podía garantizar.

—Es un ejemplar francés, de una manufactura que goza de gran renombre en París. Lo interesante de este modelo es el mecanismo de repetición, que permite escuchar las horas cuando uno aprieta este pequeño resorte de aquí —explicó Robert, mientras sus dedos mostraban con destreza el funcionamiento del mecanismo.

A continuación, Robert le mostró un reloj de sobremesa que había sido restaurado recientemente. Era una pieza más sobria, con una estructura de madera de caoba y detalles de bronce dorado.

—Tiene una historia interesante —comenzó el escocés, mientras acariciaba la superficie pulida de la madera—. Fue fabricado por un artesano para su hija, que iba a casarse, de esto hace cincuenta años. Pues bien, la hija tuvo un terrible accidente y el hombre que me lo vendió juraba y perjuraba que el reloj se paró en el mismo instante en el que la muchacha dejó de respirar.

—Pero ahora funciona —dijo Belinda.

—Lo arreglé yo mismo, solo tenía una pieza rota. La joven debió de tirarlo al caer fulminada y por eso se paró. Alguien lo colocó en la repisa de la chimenea sin decir nada y su padre se dio cuenta más tarde de que se había parado.

La joven se echó a reír y Robert la acompañó.

—No ha sido muy buena la historia —dijo el escocés.

—¿No ha sido buena? Es la peor que me ha contado nunca —siguió riendo Belinda y durante la siguiente media hora Robert se esforzó en mejorar su opinión sobre sus dotes narrativas.

Meredith terminaba de sacar brillo a las pipas de la vitrina cuando su padre se acercó.

—¿Ya le has enseñado todas las novedades? —preguntó sonriente.

—Esa niña es incansable —afirmó su padre mirándola con afecto—. Apenas hemos tenido tiempo de charlar. ¿Cómo estás, hija?

—Yo estoy bien, papá, eres tú el que me preocupas. Dice Christopher que estuviste un día en cama.

—Ese chismoso… —dijo malhumorado—. Mira que le advertí que no te dijera nada. Estaba acatarrado, ya sabes que siempre me pasa en primavera. Me tomé un día de descanso, nada más. Estoy fuerte como un roble.

Meredith lo miró con cariño y su padre abrió los brazos para que se refugiara en ellos. La joven lo hizo sin dudar, no había un lugar más confortable y seguro para ella. Durante unos

segundos permanecieron abrazados y en silencio, disfrutando de la calidez y el afecto del otro.

—¿De verdad te irás a Escocia? —preguntó ella con los ojos cerrados.

—Algún día —musitó él.

—Algún día muy lejano.

—Espero que no, me apenaría que mi hija fuese una solterona.

Ella se apartó para mirarlo y había una chispa en sus ojos que Robert conocía bien.

—¿Solterona? ¿Qué tiene eso de malo? No todas las mujeres hemos nacido para ser esclavas.

—Meredith, no empieces.

Ella se puso las manos en la cintura sin borrar aquella expresión desafiante.

—Solterona, dice. Una mujer sola e independiente, libre de hacer lo que quiera, ¿qué puede haber mejor que eso?

—No creo que tu madre fuese una esclava, siempre hizo lo que quiso.

—Tú no cuentas, papá, eres único en el mundo. Te aseguro que no hay dos como tú.

—Menuda tontería.

Su hija entornó los ojos y lo miró con fijeza.

—Era lo que decía mamá.

Los ojos de su padre se enturbiaron y bajó la cabeza para intentar ocultarle su tristeza. Hacía ya más de cuatro años que Yvaine había muerto y seguía doliéndoles como el primer día. Gestionaron ese dolor como cada uno supo y pudo y cuando volvieron a mirarse los dos sonrieron cómplices. Robert puso una mano en la mejilla de su hija.

—Solo le pido una cosa a la vida, que tú encuentres a alguien que te quiera tanto como yo quise a tu madre.

—Ya lo tengo —dijo ella abrazándolo de nuevo.

—Mi padre nunca me abraza como el suyo la abraza a usted —dijo Belinda cuando estaban en el carruaje de regreso a su casa—. No digo que no me quiera, sé que sí, pero nunca nos abrazamos con tanto cariño.

Meredith la miró un momento antes de contestar. Belinda era una joven vivaz y curiosa. Aunque era de naturaleza obediente y respetuosa, Meredith sabía que en su corazón escondía un espíritu independiente y una mente inquisitiva. Esto acabaría por ponerla en conflicto con las expectativas de su familia y su estatus social, si no la enseñaba a dominarse. Y ese era su mayor

desafío.

—La muerte de mi madre nos unió mucho.

—Lo imagino. Me da mucha pena no haberla conocido, debió de ser una mujer admirable.

—Lo era, sí.

—He visto su retrato y se parece a ella.

Meredith sonrió feliz.

—¿Por qué vinieron sus padres a Londres? Los dos son escoceses de las tierras altas.

—No lo sé bien, nunca hablan de aquella época.

—¿No tiene a quién preguntárselo? Su abuela o alguna tía…

—No tengo más familia que mi padre. Mis abuelos murieron y no tengo tíos.

—Vaya… —suspiró sorprendida—. ¿Cómo es que nunca hemos hablado de esto?

Meredith sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—Usted no se irá a Escocia, ¿verdad, señorita Meredith? —preguntó la joven, ansiosa—. No puede dejarme sola.

—No estás sola —se burló la otra—. Tienes a John y a Charles.

—Esos pesados —murmuró la otra refiriéndose a sus hermanos pequeños.

—No voy a irme a Escocia, tranquila. Es mi padre el que quiere volver. Lleva años diciéndolo, pero no se decide a dar el paso. Y yo me alegro.

Belinda asintió.

—Yo también. Adoro esa tienda, es un lugar mágico.

Meredith miró por la ventanilla mientras pensaba que Belinda tenía razón, era un lugar mágico. Todavía podía oír a su madre tararear cuando bajaba allí. Mientras limpiaba y ordenaba las vitrinas la había escuchado tan nítidamente como oía las voces de Robert y Belinda hablando de relojes.

—Cuando murió mi madre creí que él no podría soportarlo —musitó sin apartar la vista del exterior—. Se quedó devastado y apenas podía permanecer en la tienda más de unos minutos. Habían compartido cada minuto de su vida, desde que se casaron. No se habían separado jamás.

—Se querían mucho.

Meredith asintió.

—Nunca he visto un amor como el suyo. Me siento muy orgullosa de ser su hija.

—Mis padres se quieren, estoy segura, pero no tienen esa clase de amor —confesó Belinda —. De hecho, creo que mi madre quiere más a Luke que a mi padre.

Meredith sonrió burlona.

—Las madres quieren mucho a sus hijos, es lo normal.

—Yo también soy su hija y John y Charles, pero le aseguro que a nosotros no nos quiere tanto como a Luke.

—Tonterías, tu madre te adora.

—Cuando Luke regrese verá la diferencia. Para mi madre, mi hermano es lo más importante del mundo, todo lo que hace o dice le parece bien. Si hay duda sobre cualquier tema, la opinión de Luke es la que cuenta. Le aseguro que Luke pasaría por delante del mismísimo rey Jorge.

Meredith la miró con fijeza, poniendo en su expresión una falsa severidad.

—¿Detecto cierta envidia? Sabes que esa emoción es de lo más detestable.

—¡No! Yo también creo que mi hermano es maravilloso. No perfecto, desde luego, tiene un montón de defectos, pero lo quiero muchísimo.

La institutriz relajó su expresión para que viese que no estaba enfadada.

—Usted no lo conoce, se marchó antes de que mamá pensara que yo necesitaba una institutriz. Supongo que antes no se había fijado mucho en mí —sonrió sin acritud—. Luke es arquitecto, como papá.

—Lo sé. Y también sé que está haciendo el Gran Tour.

—Me ha escrito desde Francia, Italia, Suiza, Alemania, Austria… Por suerte le gusta escribir. Creo que donde más ha disfrutado ha sido en París, Roma, Venecia y Florencia, pero no estoy segura de si ha sido por los edificios y estilos arquitectónicos o por… otros motivos.

Meredith la miró con curiosidad.

—Me temo que mi hermano es un poco… casquivano.

—¿Casqui…? —Meredith se echó a reír, nunca había escuchado ese adjetivo para describir a un hombre.

—Es muy mujeriego.

—Lo he entendido.

—Le gusta todo lo que lleve falda.

—No deberías hablar así de él conmigo. Ni con nadie.

Belinda se encogió de hombros dejando escapar una risita traviesa.

—Las cosas de las que hablo con usted no se las contaría a nadie más. Es mi confidente. Mi mejor amiga.

—Soy tu institutriz, no tu amiga.

—Le gusta fingir que es dura y distante, pero yo sé que me aprecia.

—Claro que te aprecio. Mucho.

—Yo la quiero —dijo la joven cogiéndola de las manos—. La quiero muchísimo. Me gustaría que fuese mi hermana.

Meredith sintió que se ruborizaba ligeramente ante aquel arranque de afecto tan efusivo.

—Ya hemos llegado —dijo al ver que el coche se detenía.

—Mamá, papá —los llamó la joven entrando como una tromba en el salón, seguida de la institutriz—. Lo hemos pasado maravillosamente bien. Adoro la tienda del señor MacNiall. Padre, siempre dices que vas a ir, pero nunca lo haces. Tiene unas pipas preciosas y vende el mejor tabaco de todo Londres. Pero lo mejor son sus relojes. Y las historias que cuenta.

—Veo que vienes muy contenta —dijo su madre riendo—. Así no protestarás por tener que preparar tus cosas para el viaje a Berksham. Señorita MacNiall, es una bendición que su padre tenga la misma paciencia que usted.

Meredith sonrió afable.

—No se preocupe, a mi padre le encanta la curiosidad de Belinda.

—Para el cumpleaños de papá le compraremos un reloj. Ya he visto uno que me parece perfecto para él. Podríamos ir tú y yo, mamá, así conocerás al señor Robert Malcolm, es un hombre impresionante.

Emily Warren acarició el pelo de su hija y sonrió con ternura. Meredith se dio cuenta desde el primer momento del enorme parecido que había entre ellas, pero según Belinda iba haciéndose mayor, el parecido crecía con ella. Aunque solo físicamente, porque sus personalidades no podrían ser más distintas. Lady Emily era una mujer de modales impecables que poseía una educación refinada. Proveniente de una familia aristocrática, su tía abuela era prima de Carolina de Brandeburgo-Ansbach, madre del rey Jorge II. Emily había crecido como una princesa sin trono y su presencia aportaba un aire de sofisticación y elegancia al hogar de los Warren. Era una anfitriona consumada, se encargaba de organizar eventos sociales que ayudaban a mantener la red de contactos de la familia. Aunque era amable y gentil, no por ello era menos pragmática. Conocedora de las realidades sociales y económicas de su posición, apoyaba a su esposo en los negocios, ocupándose de que su presencia en la sociedad londinense fuese lo más destacable posible. Y, cuando alguien mencionaba su vínculo con el actual rey, ella sonreía y le quitaba importancia, mostrándose humilde y cercana. A sus cuarenta y cinco años todavía conservaba una serena belleza: tez blanca, ojos vivarachos de un color marrón claro, nariz pequeña, labios bien dibujados y figura redondeada.

—No he tenido tiempo de ir a visitar esa magnífica tienda de la que tanto hablas, hija, pero estaré encantado de llevar en mi bolsillo uno de esos relojes, si tan distinguidos y especiales piensas que son. —Jonathan Warren sonrió a su hija, antes de volver a poner toda su atención en el periódico que leía.

El patriarca de los Warren no era, ni había sido nunca, un hombre atractivo. Su pelo castaño y sus ojos pequeños no destacaban en absoluto. Tenía una prominente barriga, evidencia clara de lo mucho que le gustaba comer y beber, y no había en su rostro ninguna facción a destacar. Meredith sonrió ligeramente, le caía muy bien el señor Warren, era de esa clase de persona que hacía que se sintiera cómoda en su presencia. Nada podía sorprenderla de él y sabía perfectamente cómo iba a reaccionar en cada momento. Después de dos años conocía todas sus bromas, sabía exactamente lo que pensaba de cualquier tema que se tratase y nunca la miraba de manera inadecuada, como sí pasaba con otros caballeros amigos de la familia.

Jonathan Warren era un hombre de negocios, arquitecto y empresario en el comercio de materiales de construcción, un visionario ambicioso conocido por su habilidad en el diseño y su ojo crítico. Su empresa, Crown Building Supplies, se especializaba en la importación y venta de estos materiales. Su éxito en la edificación de palacios y mansiones por toda Inglaterra le había permitido acumular una considerable fortuna. Apasionado por la arquitectura clásica, Warren dotaba a sus obras de detalles anacrónicos que les conferían un carácter único. A sus cincuenta años, deseaba retirarse de la actividad constructiva y centrarse en la venta de materiales y en asesorar a otros arquitectos. Sin embargo, antes quería que su hijo mayor ocupase su lugar, asegurando así que el prestigio de su nombre y su fama beneficiaran a Luke en sus inicios.

—Tengo que hablar un momento con Meredith —dijo la señora Warren haciéndole un gesto para que la acompañara.

Belinda hizo el amago de seguirlas, pero su madre la detuvo.

—A solas.

—Mamá…

—Tranquila, no tiene nada que ver contigo, es una cuestión doméstica sin importancia —dijo su madre para tranquilizarla—. Tú sube a tu cuarto y empieza a escoger lo que quieres llevarte a casa de los Crawford.

Meredith la siguió hasta el saloncito de mañana, desierto a esa hora de la tarde.

—Sentémonos, querida —dijo Emily con una sonrisa—. Como ya sabes, Luke regresa pronto de su viaje. Estoy entusiasmada con la idea, como imaginarás, no puedo pensar en otra cosa. Bueno, la cuestión es que te instalamos en el dormitorio contiguo al suyo porque quería que

estuvieses cerca del de Belinda, pero no me parece apropiado para cuando Luke esté aquí. ¿Tú qué opinas?

Meredith sonrió afable al ver su preocupación por molestarla.

—No tengo el menor inconveniente en trasladarme al piso superior con el resto del servicio.

—Oh, no, no, de ningún modo, tú eres muy especial para esta familia, ya lo sabes. No pretendo que te vayas tan lejos. Tan solo he pensado que podrías cambiarte a la habitación turquesa. Es grande y espaciosa y está en la esquina, por lo que disfrutarás de una pequeña terraza. Creo que ganarás en comodidad, aunque estés un poco más lejos de Belinda. Así estarás más cerca de los niños y podrás atenderlos con mayor comodidad cuando estén enfermos. Me has ayudado mucho con ellos, aunque no es tu obligación y lo valoro mucho. Son demasiado revoltosos y ya no tengo tanta paciencia como antes. Será todo mucho más fácil si están en la puerta de al lado, ¿verdad?

Meredith no estaba muy segura de cómo tomarse aquello. ¿Más fácil para quién? Desechó aquellos pensamientos rápidamente. Apreciaba a John y a Charles y, aunque era la institutriz de Belinda, no le importaba ocuparse de vez en cuando de esos diablillos. Ellos tenían a su profesor, ciertamente, pero el señor Cunningam a sus sesenta años, ya no podía seguirles el ritmo. Por no hablar de las veces que se quedaba dormido en la clase, hecho que los niños aprovechaban para escaparse. La habitación turquesa era más grande, era cierto, pero que estuviese situada en una esquina no la hacía más confortable, sino todo lo contrario. En invierno el frío era mucho más intenso allí y el aire se colaba por las rendijas con un quejido un poco irritante. Hubiera preferido la habitación de invitados, pero supuso que la señora Warren no quería ubicar a sus visitantes en una habitación que ululaba como un animal herido.

—Por mí no hay ningún problema.

Emily sonrió agradecida por su comprensión.

—Le pediré al servicio que se encargue de preparar el dormitorio y trasladar todas tus cosas allí, aprovechando que no estaremos estos días, de ese modo no supondrá la menor incomodidad para nadie.

—Es muy amable por su parte.

—Sabes que te consideramos una más de la familia —insistió Emily con afecto—, de ningún modo permitiría que te instalases en la planta de arriba. Me siento muy agradecida por lo que has hecho estos dos años con Belinda.

—Es una jovencita encantadora.

—Ahora sí, pero cuando te contratamos iba camino de convertirse en un problema serio.

Meredith sonrió por su exageración.

—Solo eran travesuras, fruto de su deseo de llamar su atención.

—Pues no sé cómo lo has hecho, pero la has corregido por completo. Y con John y Charles lo mismo, ya no me avergüenzan delante de las visitas y puedo llevarlos conmigo a cualquier lugar sin que me dejen en evidencia. Es maravilloso. Cuando Luke vea a sus hermanos, se va a quedar de piedra. Tengo muchas ganas de que lo conozcas, quiero que veas que no he exagerado nada en todo lo que te he contado sobre él. Es el mejor hijo que una madre pueda desear. Perfecto en todo.

Meredith asintió afable sin decir nada.

—Algún día iré a conocer a tu padre —siguió Emily—. Tengo curiosidad por ver al hombre que crio a una personita tan especial como tú.

—Somos muy normales los dos —musitó Meredith con timidez.

—De eso nada. Cuando las señoritas Ashton me dieron tu nombre, no podía imaginar que serías una bendición para esta familia. Te aseguro que creí que exageraban.

Meredith sintió una oleada de cariño al pensar en las dos hermanas. Su sobrino había sido su primer alumno y la experiencia había resultado francamente bien. El muchacho estudiaba en Cambridge y, por lo que sabía, le iba estupendamente.

—Pero no exageraban en absoluto —siguió Emily—. Espero que tu padre no siga insistiendo en que te marches con él a Edimburgo. Al menos hasta que Belinda se case.

—No tengo claro que él se marche nunca, no deja de posponerlo.

—Querrá asegurarse de que estás bien situada.

—Eso dice. No ha renunciado aún a verme casada.

—Por supuesto que no —dijo Emily con expresión asombrada—. ¿Y por qué iba a renunciar? Eres una mujer maravillosa y estoy segura de que conocerás a un hombre bueno y cabal que te haga feliz.

La institutriz no dijo nada y Emily inclinó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿No quieres casarte?

—No he pensado en ello.

—Tienes veintidós años. ¿Qué joven de veintidós años no ha pensado en el matrimonio?

—No quería decir eso. Me refiero a que no he pensado en ello seriamente.

—¿No ha habido algún joven interesado en ti?

Meredith negó con la cabeza.

—¿Nunca?

Meredith volvió a negar.

—¡Vaya! Con tu aspecto creía…

Ahora fue la institutriz la que la miró con curiosidad.

—¿Mi aspecto?

—Eres muy bonita. Esos largos rizos rojos y tus ojos… Por no hablar del resto de tus facciones. Meredith, eres realmente hermosa, no puedo entender que no hayas tenido ninguna proposición de matrimonio. Si tu familia tuviese dinero o un título, te aseguro que habría una cola esperando en la puerta de tu casa para cortejarte.

La institutriz se sintió incómoda con aquella charla y no fue capaz de disimularlo.

—No seas tímida, mujer, entre nosotras hay confianza. ¿Qué opina tu padre?

—Que tengo demasiado carácter. Según él, el hombre que se atreva a cortejarme ha de ser muy valiente.

Emily se rio a carcajadas.

—Qué divertido es tu padre —dijo entre risas—. Aún me estremezco al recordar cómo te enfrentaste a aquel mastín cuando se acercó a Charles y el modo en que regañaste a su dueño, el marqués de Ashbury. Se puso rojo de la vergüenza y me pidió perdón una docena de veces. De hecho, aún se disculpa si nos encontramos en alguna parte.

Meredith ocultó su sonrisa y no dijo nada al respecto.

—En mi mundo —siguió lady Emily—, los hombres no destacan por su valentía. Suelen estar supeditados a un montón de normas. Pero imagino que en tu caso será distinto. ¿No hay ningún comerciante amigo de tu padre que haya mostrado interés por ti?

—Los amigos de mi padre me ven como a su hija, no se atreverían a mirarme de otro modo. Mi padre es muy estricto en este tema y todo el que lo conoce lo sabe.

—Ya veo, un escocés de pura cepa. Quizá él quiera que te cases con un escocés y espere llevarte a Edimburgo para encontrarlo.

—Pues me temo que tendrá que desechar esa idea porque no voy a irme.

Emily sonrió satisfecha y se inclinó para cogerle una de sus manos, que descansaban en su regazo.

—Pues, sé que soy egoísta, pero yo me alegro. Quiero que estés con nosotros hasta que Belinda se case. Y para eso aún falta. —Se puso de pie dando por terminada la charla—. Tú también deberías ir a preparar tu equipaje antes de la cena. Gracias por ser tan comprensiva, Meredith.

La institutriz la vio salir del salón y se quedó rezagada un momento. Tenía un batiburrillo de pensamientos inconexos pululando por su cabeza y no entendía por qué se sentía incómoda por la charla. Lady Emily había sido muy agradable, incluso lisonjera, ¿por qué entonces le había dejado aquel regusto amargo? ¿Por qué iba a instalarla en una habitación que nadie había querido usar jamás? ¿Por tener la sensación de que la había puesto en su sitio de manera sutil? ¿Por dejar constancia de que nadie se había interesado en ella a sus veintidós años?

Capítulo 2



Meredith observaba desde la ventanilla el pequeño y pintoresco pueblo de Berksham, situado a unos tres días de Londres. Los acantilados que rodeaban el pueblo ofrecían vistas impresionantes del mar, donde las olas rompían furiosas contra las rocas, un sonido que se mezclaba con el susurro del viento que arrastraba el aroma salado.

—Mamá, ¿estás segura de que Ryan regresa la semana que viene?

—Eso me aseguró su madre en su última carta, que llegaría de París la semana que viene y ya no volvería a marcharse hasta después del verano. —Sonrió su madre.

Meredith miró a Belinda con severidad y la joven la rehuyó con timidez. Sabía que esa no era manera de comportarse, una mujer no debía dejar entrever sus sentimientos de un modo tan evidente, pero es que estaba enamorada de Ryan Crawford irremediablemente y no podía disimularlo, no delante de su propia familia. Más sabiendo que a sus padres no les incomodaría la idea de emparentar con sus amigos.

La casa de los Crawford se erguía majestuosa sobre una colina que dominaba el paisaje circundante. Construida en piedra gris y coronada por un tejado de pizarra, la mansión tenía una apariencia sólida y perdurable, como si hubiese sido cincelada directamente con la misma piedra que el paisaje que la rodeaba. Las ventanas estrechas, enmarcadas por pesados contrafuertes, permitían vislumbrar los cálidos destellos de luz provenientes de su interior, dándoles una acogedora bienvenida. El camino hacia la entrada principal estaba flanqueado por viejos árboles de roble y setos cuidadosamente podados, que delimitaban un jardín inglés tradicional, con rosales y lavandas cuyas fragancias se esparcían suavemente en la brisa fresca del atardecer. A lo lejos, una de las minas propiedad de la familia Crawford, proyectaban una sombra sobre el paisaje, anunciando a los visitantes el vínculo de la familia con la historia minera de la región.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada principal, el sonido de las ruedas sobre la gravilla resonó en el aire tranquilo. Meredith bajó la última del vehículo y sintió de inmediato el aire fresco y húmedo en su rostro. Observó la imponente fachada con una mezcla de admiración

y curiosidad.

—Impresiona, ¿verdad? —preguntó Belinda sin poder disimular su entusiasmo—. Me muero de ganas de… Lo sé, lo sé, una señorita no se muere de ganas de nada.

Meredith dejó que sus labios mostraran una ligera sonrisa y caminó detrás de ella hasta la entrada. Una gran puerta de roble tallado les dio la bienvenida a un amplio *hall* cuyas paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y cuadros que mostraban la historia de la familia. Las lámparas dispersaban una luz cálida, que iluminó las caras de los visitantes con un resplandor dorado.

El mayordomo de los Crawford los saludó con una reverencia y les condujo a través de un pasillo hacia el salón principal. El sonido de una chimenea crepitando llenaba el ambiente, y una mezcla de aromas a madera quemada y cuero viejo dominaba la estancia. A Meredith le gustó la atmósfera que se respiraba en aquella casa. A pesar de su majestuosidad, había algo acogedor y reconfortante en el ambiente.

—Queridos míos —dijo lady Crawford recibiéndolos con afecto.

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó Samuel Crawford estrechando la mano de su amigo.

—Las mujeres han querido parar más de dos veces al día. Si no nos hemos retrasado ha sido por los extraordinarios caballos que compré hace un año —explicó Jonathan sonriendo—. Cuando viajas con ellas, debes amoldarte a sus deseos, amigo mío.

—Así es. ¿Y esta preciosa muchachita quién es?

Belinda hizo una reverencia con una expresión alegre en su rostro.

—Señor, señora, me alegro mucho de verlos, espero que estén muy bien de salud.

—Pero mira cuánto has crecido en un año —dijo Imogen con cariño—. Me habría encantado tener una hija como tú, pero he tenido que conformarme con criar a dos varones. Thomas, ¿dónde están Frances y el pequeño James?

—No tardarán en venir —dijo el hijo mayor saludando a los recién llegados.

—Sé por tu madre que ese niño es la delicia de la familia —sonrió Emily Warren—. La mitad de cada carta que me escribe es para hablar de James.

—Cuando Ryan esté en casa, James tendrá que cederle parte de la cuartilla —se burló Thomas—. Hablando de regresos, ¿cuándo llega Luke?

—Probablemente al tiempo que nosotros.

—Debes estar deseándolo —comentó Imogen—. ¿Por qué no habéis traído a John y a Charles?

—Déjame descansar un poco de ellos —pidió Emily poniendo los ojos en blanco—.

Gracias que tengo a la señorita Meredith. Por cierto, no os la hemos presentado, esta es Meredith MacNiall, la institutriz de Belinda y mi ángel de la guarda.

—Bienvenida —la saludó Imogen con simpatía—. Estoy segura de que esta deliciosa niña no te dará mucho trabajo.

—Tiene una casa magnífica —respondió Meredith con suavidad.

—Muchas gracias. ¿Es usted escocesa?

—Mis padres lo son.

—Se nota, no solo en ese precioso pelo que tiene, también en su acento, aunque ligeramente.

—Imogen es una experta lingüista —explicó Emily—. Es capaz de detectar la menor variación, tanto en francés como en inglés, y ubicar a cualquiera por su manera de hablar.

—Pero, acabáis de llegar, estaréis cansados y querréis refrescaros antes de cenar. Os enseñaré vuestras habitaciones y os dejaremos tranquilos un rato. Ya charlaremos durante la cena.

Meredith observó su cuarto y sonrió aliviada al ver la ventana. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la cama antes de acercarse a mirar por ella. Apenas tuvo tiempo de recrearse en el paisaje de la costa, agradecida porque los Crawford la hubiesen ubicado tan bien, cuando escuchó el trote de un caballo que se acercaba y vio a su jinete saltar de su montura antes de que se hubiese detenido del todo. Uno de los mozos de cuadra corrió hacia él y recibió las riendas junto con una palmada en el hombro.

—He vuelto a ganarte, Toby —dijo el recién llegado con semblante serio.

—No ha silbado.

—Ya lo creo que sí. ¿Qué pasa, la mugre te ha taponado los oídos?

—Usted no tenía que llegar hoy. El señor Thomas me dijo que vendría la semana que viene.

—Me he adelantado —dijo caminando hacia la entrada con paso firme.

Meredith se quedó un rato en la ventana con expresión confusa y el ceño arrugado. No era así como había imaginado a Ryan Crawford. Era demasiado… Demasiado… No supo qué palabra podía definirlo. Desde luego no encajaba para nada en la imagen que se había forjado de él tras escuchar la descripción de Belinda. Movió la cabeza con preocupación, no parecía un joven alegre y despreocupado, sino un hombre fuerte y demasiado seguro de sí mismo. Pensó en ir al cuarto de su pupila para contárselo, pero ya frente a la puerta se detuvo. Belinda iría

corriendo a verlo y se pondría en evidencia. No, lo mejor era que lo descubriese por sí misma cuando bajasen a cenar. Delante de todos no tendría más remedio que contenerse. Se dio la vuelta y fijó la mirada en su bolsa de viaje que alguien había dejado sobre su cama. Debía ponerse a colocar sus cosas si quería tener tiempo de refrescarse y cambiarse de vestido antes de la cena.

Belinda fue a buscarla para bajar juntas al salón y por más que Meredith trató de excusarse, la joven no cedió. Insistió en que la señora Crawford estaba conforme con que cenase con ellos y que habían colocado un cubierto en la mesa para ella.

—Los Crawford son completamente diferentes a toda la gente que conocemos —explicó la muchacha sentándose en la cama—. Supongo que es lo que tiene no vivir en Londres. Aquí en Berksham las cosas son mucho más relajadas y la gente no es tan estirada. En cuanto le pregunté, respondió que…

Meredith se volvió hacia ella y la miró con ojos muy abiertos.

—¿Se lo pediste tú?

—Solo le pregunté si podía cenar con nosotros y ella dijo ¡por supuesto! —exclamó imitándola—. Creo que se ha sentido atraída por su acento y quiere escucharla hablar.

—Belinda, eres incorregible, no deberías haberle pedido algo así. Soy tu institutriz, una empleada.

—Eso no es cierto y lo sabe, para todos nosotros usted es un miembro más de la familia. —Sonrió ufana.

Meredith miró el vestido que pensaba ponerse y se mordió el labio con desagrado.

—Póngase el verde con el bordado ocre, es el que mejor le queda y el más bonito que tiene.

Meredith la miró sorprendida, pero tampoco pudo rebatírselo.

—¡Dos años ya! —exclamó Emily sosteniendo al pequeño James en los brazos—. ¿A quién se parece más? Yo creo que tiene cosas de los dos.

—Se parece a mí —dijo Samuel con orgullo de abuelo.

—Siempre que vengo a visitarte, me entran ganas de tener un nieto. —Jonathan cogió la copa que le ofrecía su amigo—. Pero Luke no parece tener prisa por casarse.

—Dadle tiempo —aconsejó su amigo entregando una copa de jerez a Emily—. Es mejor que esté seguro de su elección.

—Eso va a ser lo más difícil. Le gustan demasiado las mujeres.

—No digas eso —lo reprendió su esposa—, ¿qué van a pensar nuestros amigos?

—Nuestros amigos conocen bien a Luke, querida.

Meredith leía un libro, apartada del grupo, no quería inmiscuirse en sus conversaciones ni resultar molesta, pero sí estar lo bastante cerca como para vigilar a Belinda en el momento de encontrarse con Ryan. Cada vez que un criado entraba en el salón, se ponía en guardia pensando que sería el recién llegado, pero al parecer iba a hacerse de rogar. Thomas tampoco estaba, por lo que dedujo que los dos hermanos estarían poniéndose al día. Levantó la mirada del libro al notar una manita sobre sus piernas.

—James, no molestes —dijo Frances hablándole con cariño.

—Hola, James —dijo Meredith con una sonrisa.

—Hola —dijo el niño estirando la mano para señalarle el pelo—. Rojo.

Meredith amplió su sonrisa.

—Sí, es rojo. ¿Quieres tocarlo?

El niño asintió y la institutriz lo cogió para sentarlo sobre sus rodillas. James acarició su pelo con suavidad, sin apenas rozarlo.

—Es bonito.

—¿Te gusta?

El pequeño asintió.

—Discúlpelo, es muy curioso —dijo Frances de pie frente a ellos.

—Es un niño muy simpático. —Meredith le acarició la cabeza.

—Y muy bueno —dijo su madre sentándose en el sofá—. ¿Todos sus alumnos han sido de la edad de Belinda? ¿O también ha tratado con pequeños como este?

—Mi alumno más joven tenía ocho años —dijo moviendo las piernas para que James saltase ligeramente—. Pero a veces me ocupaba de sus hermanos, si su madre me lo pedía. Me gustan mucho los niños, me siento muy cómoda con ellos.

—Entiendo por qué Emily la adora. John y Charles son unos auténticos diablillos. James, por el momento, es un niño tranquilo. Yo soy una persona débil y me asusto por todo. Creo que no nací para ser madre.

Meredith la había visto con su hijo y opinaba todo lo contrario.

—Yo también soy francesa, como Imogen —siguió Frances—. Allí somos bastante asiduos a las familias numerosas. Soy la cuarta de siete, cuatro chicos y tres chicas. ¿Usted tiene hermanos?

Meredith negó con la cabeza.

—Mi hermano mayor murió cuando yo tenía cinco años.

—¡Oh, lo siento! ¡Qué tragedia para su madre! Y para su padre, por supuesto.

Meredith asintió, pero no añadió nada más al respecto y Frances se giró hacia el grupo que charlaba en otra parte del salón.

—Belinda está muy cambiada. Y está claro que la adora.

—Y yo a ella, pero no debería haberle pedido a la señora Crawford que me permitiese cenar en su mesa. Eso no está bien.

—¿Por qué no? —dijo volviendo a mirarla con una sonrisa. Señaló a James que trotaba en sus rodillas la mar de feliz—. Si puede cuidar de nuestros hijos, puede comer con nosotros. Aquí somos muy poco dados a los formulismos, no se preocupe. Si viera cómo le hablan los mineros a mi suegro… De hecho, podrá verlo, ya que van a estar aquí dos semanas.

—Pero es un momento especial, hace tiempo que no se veían y con la llegada de su cuñado…

—¡Oh, por eso no se preocupe! Ryan no vendrá hasta la próxima semana, tenemos tiempo de ponernos al día con los Warren. —Se puso de pie y cogió a su hijo en brazos—. Además, James le ha dado su aprobación y eso es más que suficiente en esta casa, ¿verdad, tesoro?

El niño se abrazó a su cuello y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ya es hora de que este muchachito se vaya a la cama —anunció Frances viendo a la niñera que entraba en el salón—. Vamos a dar las buenas noches a los abuelos.

Meredith se despidió del niño agitando la mano con suavidad para responder a su gesto. Mientras sus pensamientos trataban de resolver el enigma. Si no era Ryan, ¿quién era el inesperado visitante? Nadie había mencionado que esperasen a alguien más. Trató de poner de nuevo toda su atención en el libro, pero las letras no eran más que líneas oscuras frente a sus ojos.

—Hombre, ¡por fin! —exclamó Samuel al ver entrar a Thomas con el visitante.

Al verlo desde más cerca, Meredith sintió un inesperado estremecimiento. Si desde la ventana le había parecido atractivo, desde esa distancia le resultó imponente.

—¡Frederick Wharton! —exclamó el padre de Belinda tendiéndole la mano.

—Señor Warren —lo saludó el recién llegado.

—Dichosos los ojos. ¿Cómo está tu padre?

—Muy bien, gracias.

—Salúdalo de mi parte. ¿Lo veremos en Londres esta temporada?

—Sí, nos instalaremos el mes próximo.

—¿Te ha enseñado la nueva noria? —preguntó Samuel señalando a su hijo—. Está tan orgulloso como si la hubiese construido él mismo.

—Sí —afirmó Frederick con una sonrisa—. No se ha dejado detalle.

—¿Una copa? —preguntó Thomas ignorando los comentarios.

Meredith sintió entonces unos ojos azules extraordinariamente claros fijos en ella. La voz de Belinda sonó alegre y resuelta en mitad del salón.

—Esta es la señorita Meredith MacNiall, mi institutriz —anunció.

El rostro de Frederick se contrajo imperceptiblemente y su incipiente sonrisa se desplomó como por ensalmo. Giró la cara sin ofrecerle saludo alguno y puso su atención en la joven Warren.

—Por suerte, no te queda mucho para poder prescindir de las atenciones de una maestra —dijo con tono neutro.

—¿Vas a presentarte en sociedad este año? —preguntó Frances tratando de eludir aquel momento incómodo.

—Su madre no quiere —apuntó Imogen enseguida.

—Prefiero esperar al año que viene —dijo Emily—. Luke va a regresar y quiero que nos centremos en su futuro de momento. Ya habrá tiempo para pensar en el de Belinda.

A Meredith le pareció un comentario desafortunado, pues parecía que a la señora Warren le importase más el futuro de su hijo que el de su hija, y ambos podían ser perfectamente compatibles. Quizá si Emily conociese los sentimientos de su hija por cierto joven, cambiaría de opinión al respecto.

La conversación continuó ajena a la institutriz que siguió leyendo con mayor o menor atención, hasta que Finley, el mayordomo, anunció que ya estaba la cena lista y todos se dispusieron a pasar al comedor. Meredith se levantó y dejó el libro sobre una mesilla para seguirlos y se topó con el arrugado ceño de Frederick Wharton, que la miraba con fijeza. Sus mejillas se tiñeron de un suave tono rosado consciente de que no aprobaba que los acompañara.

—Cuando Luke regrese vamos a escuchar sus aventuras durante semanas —dijo Thomas riendo, ya en la mesa.

—¿Semanas? —se burló Frederick—. Con lo que le gusta hablar serán meses.

—Estoy deseándolo —afirmó Emily con expresión emocionada—. Han sido dos años sin ver a mi hijo, nunca había estado tanto tiempo sin verlo, ni siquiera cuando estuvisteis en la

universidad. Al menos entonces venía a casa para las vacaciones.

Frederick miró entonces a Belinda.

—¿Y tú no preferirías ir a un colegio? —preguntó sonriendo ligeramente.

La joven se encogió de hombros.

—A mamá no le gustan.

—¿Por qué? —preguntó el futuro barón mirando a la susodicha.

—Oh, pues, no me parece bien que esté lejos de su madre. Soy muy estricta con mi hija y quiero saber lo que hace en cada momento. A saber lo que se le ocurriría estando con otras muchachas, sin la vigilancia de sus madres.

—Pero en un colegio tendría diferentes profesores que le enseñarían muchas cosas útiles.

—La señorita MacNiall es una excelente institutriz y le enseña todo lo que necesita saber.

—Creo que confía demasiado en sus capacidades —dijo Frederick torciendo una sonrisa que provocó una ligera contracción en un músculo de la espalda de Meredith.

—Frederick odia a las institutrices —aclaró Thomas mirando a su amigo con severidad.

El otro enarcó una ceja como respuesta.

—¿Las odia? —Emily lo miró sorprendida—. ¿Por qué?

—Tuvo malas experiencias de niño —siguió Thomas sin borrar la reprobación de su rostro.

—No puedes juzgar a todas las institutrices porque te tocara una mala, Frederick —apuntó Imogen con simpatía.

—Lo cierto es que tuve tres —confesó el otro sin que sus facciones se inmutaran—. Y no sabría decir cuál fue peor. Aunque si tuviera que elegir una sería la última, la señorita Mathieson. Le gustaba mucho el vino y era amable cuando estaba borracha, así que procuraba que siempre tuviese bebida cerca.

—¡Qué perverso! —se rio Emily.

—Si no, me hacía la vida imposible —se justificó él y mirando a Belinda añadió—: Estoy seguro de que tú me entiendes.

—Pues no —negó la joven con una sonrisa franca—. Yo adoro a la señorita MacNiall, me sentiría muy desgraciada si no fuese mi institutriz.

Frederick miró a la mencionada con curiosidad.

—Qué extraño prodigio es usted, jamás había oído hablar de una de las de su clase con tanto afecto.

Meredith levantó la mirada y posó sus ojos en él. Frederick arrugó ligeramente el ceño al

percibir en ella una fuerza contenida y se dijo que con un poco más de agitación por su parte lograría desenmascararla sin problema.

—No estoy segura de por qué «clase» me pregunta. ¿Se refiere al hecho de que sea institutriz o a que no tenga título ni dinero?

—No creo haber mencionado su clase social.

—No, no lo ha hecho, pero es evidente que habla usted desde un púlpito y no creo que sea la sabiduría la que lo ha colocado ahí arriba, sino su posición… La de su padre, debería decir.

Una risita contenida le llegó a Frederic desde el lugar en el que se sentaba Thomas y apretó los dientes, consciente de que esa desagradable mujer trataba de ponerlo en evidencia.

—Me refería solo a su condición de institutriz.

—Ser institutriz no es más que una profesión, señor Wharton, no conlleva en sí misma ninguna otra característica personal. Entre nuestros conocimientos están la aritmética, la historia, la geografía o la literatura, no diferentes maneras de torturar a nuestros alumnos. Quizá en su mala experiencia con sus educadoras tuviese usted algo que ver. Después de todo es el único nexo en común.

Frederick empequeñeció la mirada para atravesarla como con un estilete.

—¿Cómo no? Tenía que justificarlas.

—No estoy justificando nada, ya que yo no estaba allí y no tengo información al respecto.

—¿No le basta con lo que yo le diga?

—No, por supuesto, usted es parte interesada.

—¿Interesada en qué?

—En desprestigiar a las de «mi clase» —lo dijo conteniendo una sonrisa burlona—. Está claro que nos desprecia y piensa que el mero título de institutriz ya nos otorga una lista de cualidades, perversas todas ellas, por supuesto.

—Es mi experiencia.

—No se lo discuto. A mí me sienta mal la leche y no puedo tomarla, pero no por ello le digo a todo el mundo que la leche les hará vomitar y que deben dejar de beberla. Las experiencias personales pueden servir, pero solo si no se imponen como verdades absolutas.

Todos habían dejado de comer y observaban la escena como si de una obra de teatro se tratase. Belinda no podía disimular su admiración por el modo en que Meredith estaba enfrentándose a Frederick, al que consideraba un orador nato.

Cuando la institutriz fue consciente de que todas las miradas estaban posadas en ella, sus mejillas se sonrojaron y miró a los anfitriones, mortificada.

—Lo siento, no debería haber dicho nada.

—No se disculpe, querida —la tranquilizó Imogen—. Frederick, has sido un poco áspero con la señorita MacNiall, no es propio de ti.

Él inclinó la cabeza a modo de aceptación, pero no se disculpó y Meredith comprendió que se había ganado un enemigo por estúpida.

Después de la cena, Belinda se empeñó en dar un paseo por el jardín y la institutriz tuvo que hacer muchos esfuerzos para mantener su atención en la conversación y lejos de sus pensamientos.

—Mañana llegará Ryan y he pensado dejar mi carta en el cajón de su escritorio para que la encuentre.

—No me parece buena idea —dijo Meredith—. Si de verdad quieres entregarle esa carta, cosa que no te aconsejo, deberías dársela en mano. Es el único modo en el que te asegurarás de que es él y solo él el que la recibe.

—No podría hacer eso. Me moriría de la vergüenza. —Negó con la cabeza—. Si la dejo en el cajón podré fingir que no ha pasado, en caso de que las cosas salgan mal.

—Belinda, esa es una actitud cobarde muy poco madura.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Usted no ha estado enamorada, no comprende cómo me siento. Esto es muy difícil para mí.

—Pues espera a ver cómo actúa él, quizá te sorprenda.

—No puedo esperar.

—Belinda…

—No duermo, no como… ¡No puedo vivir con esta incertidumbre!

Meredith sonrió con ironía. La había visto apurar hasta las miguitas de un enorme pedazo de tarta. Aunque no había tocado apenas la cena, no iba a morirse de hambre.

—Me voy a poner enferma si no aclaro la situación —insistió la joven—, por favor, sea mi amiga en esto. Por favor, por favor, por favor.

La institutriz mantuvo su estoico gesto unos segundos más, pero finalmente se dio por vencida y asintió.

—Está bien, hazlo si con ello terminamos con este tema.

Belinda la abrazó sin contenerse y Meredith no pudo evitar sonreír.

—La quiero muchísimo.

—No seas tonta —dijo apartándola con suavidad.

—No sé por qué Frederick se ha comportado así con usted. Ha sido muy desagradable.

—No le gustan las institutrices.

—Pero no ha sido justo, usted no tiene la culpa. Es cierto que tuvo mala suerte, pero no debería estar enfadado con todas las institutrices, sino con la persona que las escogía. —Bajó el tono como si temiera que los árboles pudieran contar lo que decía—. El barón es un hombre horrible.

Meredith enarcó una ceja, pero no hizo comentario alguno.

—No entiendo cómo Frederick es como es teniendo un padre como ese.

La institutriz sonrió con expresión burlona.

—Ya veo —asintió la joven—, imagino que usted piensa que él también es horrible por cómo la ha tratado, pero le aseguro que Frederick no es así. Lo conozco desde que era una niña y es una buena persona. Él y Thomas estudiaron con Luke en Cambridge y son muy buenos amigos. Nunca lo había visto comportarse así con nadie. Sabía de su desprecio hacia las institutrices por Luke, pero nunca lo había escuchado hablar de ello directamente. Debieron de tratarlo muy mal. Mi hermano siempre dice que si él hubiese tenido que pasar por lo que Frederick pasó, tampoco las soportaría.

—Hay niños odiosos —dijo Meredith que no estaba dispuesta a excusarlo.

—Desde luego —afirmó Belinda—, pero Frederick no era uno de ellos.

—Volvamos dentro, ya hemos paseado suficiente.

Esa noche, Meredith tuvo un sueño agitado en el que un malvado Frederick Wharton ordenaba que la atasen a una estaca y le prendiesen fuego acusándola de brujería. Mientras ella gritaba consumida por las llamas, él la observaba desde lo alto de su caballo con una sonrisa perversa. Se despertó empapada en sudor y con el corazón latiendo desbocado y ya no pudo volver a dormirse.

Bajó a desayunar muy temprano, cuando los criados aún estaban preparando el comedor. Tomó una taza de café solo y unos huevos revueltos y le dijo al mayordomo que salía a dar un paseo. Necesitaba hacer algo de ejercicio y si esperaba a Belinda, la caminata se convertiría en un calmado y aburrido paseo. Cogió un chal y salió de la casa con paso decidido y el ánimo revuelto. Todavía tenía muy fresca en la memoria la terrible pesadilla, casi podía sentir el calor de las llamas rodeándola. Se estremeció y aceleró el paso para dirigirse hacia la costa. Encontró sin problemas el camino que bajaba a la playa y se detuvo frente al mar contemplando el paisaje.

—Es usted muy madrugadora.

Se giró asustada al reconocer la voz de su verdugo. Frederick Wharton, recostado en una piedra, la miraba con una torcida sonrisa.

—Me ha asustado.

—Solo la he saludado cortésmente.

—Pues me ha asustado.

Frederick se incorporó y se puso de pie con gran agilidad.

—Creía que me estaba ignorando a propósito. —Se sacudió la ropa para librarse de la arena.

—No lo había visto.

Frederick señaló la piedra sobre la que se había recostado como si no hiciese falta decir nada más.

—Estaba distraída y no lo he visto, si no me cree, no puedo hacer nada para demostrárselo —dijo dándole la espalda, aunque ya no pudo disfrutar del hermoso paisaje.

El futuro barón de Harmouth se colocó a su lado y durante unos segundos permaneció allí en silencio. Hasta que Meredith no pudo soportarlo más y se excusó dispuesta a marcharse.

—No debería aprovecharse de la buena fe de los Warren —dijo él sin mirarla.

Meredith se detuvo un instante, pero haciendo acopio de toda su resistencia, no dijo nada y continuó avanzando.

—Una institutriz no debería cenar en la mesa de sus señores. No es más que una criada. —Ahora sí se volvió hacia ella—. ¿O es usted de las que piensa que puede pasearse por la casa como un miembro más de la familia?

Meredith sintió el fuego de las llamas subiendo por sus pies y se giró muy despacio sin soltarse la falda.

—No —dijo rotunda—, no lo creo.

—Y, aun así, cenó anoche en el comedor.

—La señora Crawford insistió en ello.

Frederick elevó la comisura de sus labios, pero sus ojos tenían una mirada fría y dura.

—No se excuse por sus actos haciendo responsable de ellos a los demás, señorita MacNiall. Esa es una postura muy cobarde.

—Tiene razón. No volveré a cometer semejante delito.

—Todos se lo agradeceremos, no es muy agradable tener que comer con el servicio —dijo acercándose a ella.

—¿Me permite hablarle con sinceridad?

—Si es usted capaz de hacerlo, adelante —la retó.

—¿No le parece infantil su actitud respecto a mi profesión? No creo haberle dado motivos para esta inquina.

—Su sola presencia es un buen motivo para ella, señorita. Me consta que son ustedes capaces de manipular a quienes ostentan algún poder y así obtener su beneplácito para actuar a sus anchas cuando no están presentes. Imagino que usted es amable y considerada con los señores Warren y también lo ha sido con los Crawford, ya que la han tratado con excesiva e injustificable consideración. Pero estoy seguro de que cuando está a solas con Belinda, su verdadera personalidad aflora y se convierte en una persona muy distinta.

Meredith frunció el ceño mirándolo interrogadora.

—¿Cree que estoy maltratando a Belinda?

—He visto que apenas come y sus ojeras muestran que tampoco duerme bien. Está nerviosa y tensa… Es evidente que le pasa algo.

La institutriz abrió la boca para rebatirle, pero al instante se contuvo consciente de que no podía traicionar la confianza de su pupila.

—Señor, ahora veo que su confusión va más allá de una mera cuestión personal. —Trató de suavizar su tono, a pesar de que aquellos ojos que la miraban acerados eran los mismos que se habían deleitado, contemplando cómo su cuerpo ardía en la improvisada hoguera—. Aprecio sinceramente a Belinda y jamás haría nada que la perjudicase.

—Conozco muy bien ese discurso, señorita, no se moleste en emplearlo conmigo. Siempre dicen que es por el bien de su alumno y, créame, soy inmune a tal manipulación.

—Pero ¿qué le hicieron para que conserve tanto odio?

Frederick enarcó una ceja, sorprendido por su arrebato.

—Sea lo que fuere —siguió ella al ver que no respondía—, le aseguro que jamás he empleado técnicas de castigo ni de maltrato. Ni siquiera cuando mis alumnos eran menores de diez años. No soy partidaria de esos métodos.

—Ya le he dicho que soy inmune a la manipulación. No va a ablandarme por utilizar un tono afable, señorita MacNiall, no se moleste. Voy a estar vigilándola todo el tiempo que esté aquí y me encargaré de informar a Luke Warren en cuanto regrese de mis conclusiones.

Meredith apretó los labios sintiendo una impotencia irresistible al ver que nada de lo que dijese importaba lo más mínimo. Él ya la había condenado y no había nada que ella pudiese hacer al respecto.

—Haga lo que le parezca, señor. Está claro que es usted injusto y desconsiderado y que no

va a atender a razones. Ha decidido condenarme sin escuchar siquiera mi defensa, vertiendo sobre mí sus propios prejuicios. Intentaré importunarlo lo menos posible con mi presencia durante mi estancia aquí. Me marcharía hoy mismo si no fuese porque eso alteraría la tranquilidad de Belinda.

—Oh, seguro que así ella podría comer y dormir con total relajación.

Meredith optó por no responder y se dio la vuelta para marcharse. Frederick la observó subir la cuesta con sentimientos contradictorios, por un lado, sentía en el pecho bullir la rabia y el desprecio, pero por otro sus tripas se retorcían por un incomprensible sentimiento de culpa. ¿Culpa? ¿Por qué? Era una insufrible institutriz, capaz de transformarse en una persona distinta a conveniencia. Bien sabía él que podían ser amables y educadas cuando así lo requerían, pero que en el fondo no eran más que unas amargadas, crueles e insensibles. Belinda no era ninguna niña y, aun así, estaba sufriendo las consecuencias de su influencia. Aquella bruja de ojos ambarinos y pelo rojo no iba a engatusarlo con su experta actuación.

Capítulo 3



—Belinda, si sigues insistiendo regresaré a Londres.

—Pero ¿qué ha pasado? Los Crawford se sentirán desairados, no está bien, señorita MacNiall.

—Escúchame bien, Belinda, sabes que yo no hablo por hablar. Si sigo participando de las reuniones familiares, acabaré teniendo un problema serio con el señor Wharton. Está claro que me detesta y mi sola presencia lo altera hasta el punto de ser… muy desagradable.

Belinda tenía los ojos abiertos como platos y miraba a su institutriz con temor.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuándo? No me he dado cuenta de que…

—No importa cuándo, pero a partir de hoy y hasta que nos marchemos, comeré sola.

—No puedo permitirlo, yo comeré con usted, se lo explicaré a mamá y ella lo arreglará todo.

—No. —Meredith la miró tajante—. He dicho que comeré sola y no cederé, así que no insistas. Tú te comportarás como una señorita educada y disfrutarás de la visita como si yo no estuviera. No olvides que hoy llega el hijo de los Crawford.

Belinda no pudo evitar que se le iluminasen los ojos.

—¡Oh, sí! —exclamó llevándose la mano al pecho como si temiera que el corazón fuese a salírsele por la garganta.

—Tenemos que hablar de esto. —Meredith le señaló el sofá para que se sentaran.

—Es mi tema favorito —respondió sonriente tomando asiento a su lado.

—No vamos a hablar de él. De lo que quiero que hablemos es de ti.

—¿De mí? —Belinda se mostró confusa.

—De tu comportamiento. No puedes ser tan transparente, es del todo inapropiado.

La joven bajó la mirada y la fijó en sus manos que se apoyaban inquietas en su regazo.

—Una señorita no puede correr detrás de un joven, por muy enamorada que esté. Acabarás por asustarlo y huirá de tu lado lo más lejos posible.

La joven la miró incrédula.

—Ryan jamás huiría de nada, es el hombre más valiente que conozco.

Meredith no pudo evitar sonreír, no creía que tuviese el menor argumento para valorar eso. Por lo que había oído de Ryan Crawford, su valentía no había sido puesta a prueba en ninguna ocasión. Thomas bajaba a la mina habitualmente y eso conllevaba un riesgo, pero Ryan se había mantenido lejos de aquella tarea por la que no sentía el menor interés. Al parecer, al pequeño de los Crawford le interesaban mucho más los negocios de su abuelo materno en París, que los de su padre en Berksham. El vino era un símbolo del buen vivir francés y ser parte de ello resultaba demasiado atractivo para un joven como Ryan. Precisamente había sido el abuelo de Thomas el que había «organizado» la boda de su nieto con Frances Beaufort, cuya familia era muy cercana para él y sospechaba que tenía las mismas expectativas para el hermano más joven.

—¿Has pensado que si lo que tanto deseas sucede, deberás vivir en Francia? Los viñedos de los Dufresne están en Burdeos y Champagne, muy lejos de Berksham.

Belinda asintió, aunque su ceño se arrugó perceptiblemente.

—Has de pensar bien lo que quieres.

—Quiero casarme con Ryan Crawford.

—No puedes afirmar esta clase de cosas.

—¿Por qué no?

—Porque no somos nosotras las que decidimos.

—Mis padres estarán de acuerdo. Adoran a Ryan y emparentar con los Crawford sería un sueño para ellos.

—¿Y no has pensado lo que sucederá si él no siente lo mismo que tú? Eso podría enemistar a las dos familias.

—No —negó Belinda convencida—, eso no ocurrirá.

—¿Tan segura estás de que siente lo mismo?

—Me refería a lo de que se rompa la amistad de nuestros padres —dijo un poco desanimada.

Meredith se sintió mal por quitarle la alegría. Extendió la mano y tomó una de las suyas.

—No quiero desilusionarte, pero no lo ves desde el verano pasado, quizá haya cambiado…

—Lo conozco desde siempre, ¿por qué iba a cambiar ahora?

—Tú has cambiado.

—No tanto como para que no me reconozca. Usted no ha visto cómo me habla ni cómo me mira, pero le he mostrado sus cartas… ¿De verdad piensa que no le intereso?

Meredith no pudo contradecirla, era evidente que el joven sentía algo por ella, pero Belinda era muy joven, demasiado aún.

—Tienes que ser paciente. Y usar la cabeza, no el corazón.

—¿Por qué? Sé que mi corazón no se equivoca. Usted habla desde el desconocimiento. No lo digo como una recriminación, de verdad que creo que se preocupa por mí y que lo que me dice es por mi propio bien, pero lo cierto es que en este tema es tan neófita como yo. Un poco más, incluso, pues me ha confesado que no se ha enamorado nunca.

—Tienes razón —se rindió Meredith sin poder evitarlo.

—Le he escrito la carta de la que le hablé —dijo Belinda sacándose un papel del bolsillo —. Léala. Si me dice que no se la entregue, la guardaré y esperaré, pero piénselo bien, señorita Meredith. Mi felicidad está en sus manos.

La institutriz desplegó el papel y leyó lo que había escrito. No pudo evitar emocionarse, era una carta sencilla, pero de tal sinceridad y bondad que la conmovió. Miró a la joven un momento y suspirando le devolvió el papel.

—Quiero saber lo que piensa él y no dejar atrás esta incertidumbre que hace que mi corazón explote cada vez que oigo mencionar su nombre. Si no siente lo mismo que yo, es mejor saberlo cuanto antes. ¿Le parezco suficientemente madura?

Meredith asintió.

—Pues necesitaré su ayuda.

La institutriz frunció el ceño a la espera de los detalles, que intuía que no le iban a gustar.

—Debo dejar esta carta en el cajón de su cómoda cuando él ya esté aquí y el servicio haya acabado de limpiar su cuarto. Es el único modo de asegurarme de que solo él vaya a leerla. No quiero que nuestras familias se enteren de nada hasta saber cuáles son sus sentimientos. Ya ha visto que le pongo en la nota que si no siente lo mismo que yo, fingiremos que no ha pasado nada. No quiero que esto enturbie la felicidad de todos.

—¿Quieres que entre en su cuarto?

Belinda asintió.

—Si alguien me viese entrar en su dormitorio sería nefasto.

—Sería mucho peor si me viesen a mí. Además, yo puedo vigilar que nadie salga del salón. Lo haremos cuando él llegue y todos estén recibiéndolo y atosigándolo a preguntas. Nadie la verá, se lo prometo.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —dijo poniéndose de pie de golpe—. ¿Sabes lo que pasaría si un criado me viese? ¡Tendría que delatarte!

—En ese caso tiene mi permiso para hacerlo —dijo la joven visiblemente desesperada.

—Acabas de decir que no quieres que vuestras familias se enteren de nada.

—Pero no la pondré a usted en peligro para protegerme yo. Si alguien la ve, yo misma le explicaré el motivo.

Meredith se mordió el labio instándose a mostrarse inflexible. Belinda sonrió con cariño y volvió a guardarse la carta.

—No se preocupe, encontraré otro modo de hacerlo. ¿Quiere que demos un paseo hasta el lago? Sé que ha salido esta mañana, lamento que haya tenido que hacerlo sola. Le mostraré un lugar muy pintoresco. —La cogió del brazo sin que la institutriz ofreciera resistencia y salieron del salón en dirección a la entrada.

Una vez fuera el sonido de los cascos de un caballo las detuvo y antes de ver la expresión de felicidad en el rostro de Belinda, Meredith ya supo que aquel joven que trotaba hacia ellas era Ryan Crawford. La joven desligó su brazo y se arregló instintivamente el pelo y el vestido con ademanes nerviosos, mientras el recién llegado desmontaba.

—¡Belinda! —exclamó visiblemente alegre—. Qué bien que hayas salido a recibirme.

—En realidad nos dirigíamos al lago.

—¡Qué desilusión! Y yo que pensaba que… —Miró a Meredith con simpatía—. Usted debe ser la señorita MacNiall.

Meredith le devolvió el saludo con una ligera inclinación y sonrió también.

—Y usted el señor Ryan Crawford.

No se parecía apenas a su hermano. Mientras que el mayor era calmado y afable, el pequeño parecía más inquieto y atrevido.

—He oído hablar tanto de usted que es como si ya nos conociéramos —dijo Ryan entregándole el caballo al mozo que había acudido a por el equino—. ¿Entramos o todavía tienen intención de dar ese paseo hasta el lago? Si esperan a que salude a la familia, estaré encantado de acompañarlas.

Las dos jóvenes entraron en la casa delante de él y enseguida se escuchó un grito de júbilo al aparecer Imogen en lo alto de la escalera.

—¡Ryan! —exclamó y se apresuró a bajar los peldaños sujetándose el vestido.

—Cuidado, mamá, no vayas a caerte —dijo él corriendo hacia ella.

Meredith se inclinó con disimulo para hablarle a Belinda al oído.

—Dámela —ordenó.

—¿Qué?

—La carta. Dámela —susurró.

Belinda la miró sorprendida, pero hizo lo que le pedía. La institutriz la guardó rápidamente en su bolsillo, ignorando la expresión ansiosa de su alumna.

Mientras todo el mundo atendía al recién llegado, acosándolo a preguntas a las que él respondía con el mismo entusiasmo, tal y como había predicho Belinda, Meredith salió del salón sin que nadie se percatase. Una vez en el pasillo dejó escapar el aire que había contenido en sus pulmones por el nerviosismo que le producía aquella situación. Era una mala idea, estaba convencida de ello. Había tantas cosas que podían salir mal que no alcanzaba a encontrar una explicación para su comportamiento. Ella no era así. ¿O sí lo era? Con diez años se había colado en casa de los Baxter en plena noche porque estaba convencida de haber escuchado un grito y no se atrevió a despertar a sus padres para que no la regañaran por estar despierta tan tarde. Eso los habría llevado a descubrir que se había quedado leyendo y la habrían castigado.

—Era una niña —musitó para sí y se sacudió aquellos pensamientos mientras caminaba hacia las escaleras.

Observó con atención a su alrededor, afinando el oído para captar el menor sonido. Le llegaban ruidos provenientes de la zona de cocina, pero nada más. Subió los peldaños con parsimonia, al fin y al cabo su cuarto estaba también en la primera planta. Una vez arriba se detuvo de nuevo a escuchar. Todos estaban abajo con Ryan y el servicio se afanaba en preparar una comida adecuada para la ocasión. Seguramente la cocinera necesitaba de toda la ayuda posible para elaborar sus platos. Se estiró el vestido y respiró hondo un par de veces antes de adentrarse en el pasillo que llevaba a los dormitorios de la familia. Pasó junto al de los señores Crawford, a continuación estaba el de Thomas y Frances… Se detuvo frente a la puerta de la habitación de Ryan. Metió la mano en el bolsillo y rodeó la carta con su mano. Mientras la otra se posaba en el pomo de la puerta.

Al otro lado de la escalera, semioculto tras la estantería que dominaba el final del pasillo, un sorprendido y desconcertado Frederick Wharton observaba la escena sin dar crédito. La luz del mediodía se filtraba por las ventanas, pero en el rincón donde se encontraba, la sombra proyectada por la estantería le ofrecía un escondite perfecto. Desde allí, había visto cómo la institutriz avanzaba por el corredor con cuidadosos pasos apenas audibles sobre la alfombra y se detenía en… ¿Aquel no era el dormitorio de Ryan? ¿Qué narices hacía la institutriz entrando a hurtadillas en ese cuarto?

Caminó decidido hacia allí y al pasar junto a la escalera miró hacia abajo para asegurarse de que no había nadie. Cuando abrió la puerta de golpe, Meredith exclamó asustada, irguiéndose

desde su posición frente al cajón abierto de la cómoda.

—¿Qué diantres está haciendo? —preguntó él con voz cortante.

—Yo… Usted…

Frederick entró en el cuarto y observó cómo se guardaba algo en el bolsillo.

—¿Qué lleva ahí?

Meredith tenía el corazón desbocado y le costaba respirar, pero por encima de esas emociones rugía un mar embravecido y furioso a punto de estallar. Ese odioso hombre la miraba con tanto desprecio y arrogancia que le dieron ganas de gritar.

—No es asunto suyo.

—¿Que no es…? Saque ahora mismo lo que se ha guardado en el bolsillo —exigió.

Meredith sostenía en su mano la carta, apretándola con fuerza y dispuesta a defenderla con su vida si era necesario.

—Apártese de mi camino para que pueda salir —ordenó ella a su vez.

Frederick se cruzó de brazos en actitud defensiva y la miró con fuego en los ojos.

—No saldrá de aquí sin una explicación.

—¿Va a retenerme en un dormitorio, en contra mi voluntad?

—Usted se ha metido solita en este lío, ahora no me culpe.

—Señor Wharton… —trató de sonar amable, aunque la furia la dominaba—, no es lo que usted piensa, estoy aquí por una razón, pero no puedo explicársela.

—Entonces es que ha venido a robar.

—¿A robar qué? ¿Qué piensa que he robado?

—No lo sé. Enséñeme lo que se ha guardado en el bolsillo y todo quedará aclarado.

Meredith apretó los labios y sus ojos ambarinos lanzaron cuchillos afilados. Frederick torció su sonrisa.

—Como guste, nos quedaremos aquí hasta que Ryan suba y nos encuentre. Entonces le explicará a él las circunstancias que nos han traído hasta este cuarto. —Sonrió malévolo.

—¿Por qué me odia tanto?

—Yo no la odio, me resulta del todo indiferente.

—Eso no es cierto y lo sabe. Me odia sin conocerme. ¿Es porque soy de origen escocés? ¿Es usted uno de «esos» ingleses?

Frederick aderezó su sonrisa con una elevación de ceja de lo más elocuente.

—No odio a los escoceses. De hecho, conozco uno al que aprecio y respeto mucho y que es escocés hasta la médula.

—¿Entonces? No puede ser solo por el hecho de que sea institutriz. Es demasiado absurdo.

—¿Me está llamando absurdo?

Meredith miró hacia la puerta sin poder disimular su nerviosismo. Cuando Ryan subiera y la descubriese allí, su estancia sería completamente insostenible. Belinda acabaría por confesar y las dos familias se encontrarían en una situación muy complicada. Todo por su culpa. ¿A quién se le ocurre aceptar una idea tan estúpida? ¿Y cómo no pensó que Frederick estaría al acecho?

—¿Estaba agazapado como un ladrón para espiarme?

—¿Yo soy el ladrón?

—¡No he venido a robar nada! ¿Cómo se le ocurre pensar algo así?

—He visto a las de su clase hacer cosas peores.

La institutriz frunció el ceño sin dar crédito.

—De verdad piensa que somos la reencarnación del mal. ¿No se da cuenta de lo absurdo e infantil que es eso? Por muy mal que lo trataran cuando era niño, ahora es un adulto y sabe que no se puede juzgar a las personas por lo que hayan hecho otros.

—No la juzgo por lo que hicieran otros. Ya le he dicho esta mañana que ha sido Belinda la que ha evidenciado sus malas artes.

—Belinda no está inquieta por mí. Yo soy su amiga, además de su institutriz y jamás le haría daño alguno. La aprecio sin…

—¿Otra vez con eso? Le he advertido de que soy inmune a la manipulación, ahórrese el teatro.

Meredith no sabía cómo salir de aquello y se le acababa el tiempo. Sin pensarlo avanzó dispuesta a abandonar la estancia como fuese. Frederick le cortó el paso y ella trató de esquivarlo, sin éxito. Lo miró con el pecho agitado por su respiración.

—Déjeme pasar, se lo ruego.

—No sin que me muestre lo que ha sustraído.

—No he sustraído nada, se lo juro por la memoria de mi madre.

Aquel juramento lo sorprendió y se echó ligeramente atrás, pero sin dejarle paso.

—Vaya, parece usted muy desesperada, por lo que deduzco que esto es más grave de lo que imaginaba.

—Por favor, señor Wharton, le doy mi palabra de que no he venido a robar, no he cogido nada de esta habitación. Le suplico que me deje salir y…

Frederick chasqueó la lengua al tiempo que se llevaba una mano a la barbilla con expresión pensativa.

—¿De verdad va a romper la armonía de esta casa? —preguntó incrédula—. Creía que los Crawford eran sus amigos. Va a provocar una crisis innecesaria y solo conseguirá estropear unos días maravillosos para ellos. ¿Tan importante soy?

Aquellas palabras sí traspasaron la coraza de Frederick, que bajó los brazos y los dejó extendidos en actitud reflexiva.

—Sea lo que sea lo que cree que he hecho, no merezco tanta atención por su parte. ¿Cree que soy una ladrona? Si alguien refiere haber «perdido» algo, puede acusarme de ello si le place, aunque jamás en mi vida he tomado nada que no fuese mío. Yo, por mi parte, le doy mi palabra de no volver a cometer una insensatez como esta. Y también de que me mantendré tan alejada de usted que no sabrá de mi existencia.

—Está claro que su pecado es más grave que un simple robo, pues teme que si la pongo en evidencia lo que perderá será mucho más que su trabajo.

Meredith se sentía muy dolida y habría querido responderle como merecía, pero era tal su desesperación que lo único que deseaba era que la dejase salir de allí.

—Está bien, la dejaré marchar —aceptó él—. Permitiré que la señora Crawford disfrute de la alegría de tener aquí a su hijo, pero hablaré con el señor Crawford y con el señor Warren, en privado, de su comportamiento.

—Haga lo que considere oportuno —dijo ella.

Hizo una ligera reverencia en señal de agradecimiento antes de dirigirse hacia la puerta.

—Yo, si fuera usted, comenzaría a preparar mi equipaje —sentenció él.

Meredith se detuvo sin volverse y después de un par de segundos salió del cuarto sin decir nada más.

Capítulo 4



Ese día Meredith se las ingenió para evitar en todo momento a su némesis. Si al recorrer un pasillo escuchaba pasos, se desviaba convenientemente sin saber si eran de él o no, por si acaso. Consiguió que la dejaran comer aparte y pudo disfrutar de un rato de lectura y sosiego por la tarde que la ayudó a calmar su agitado corazón. Esperaba la aparición en cualquier momento del señor Warren para anunciar que estaba despedida, pero el temblor de sus manos se fue calmando a medida que pasaban las horas sin tener noticias. No podía hacer nada al respecto y no era una persona miedosa y débil a la que le gustase regodearse en su desgracia.

Belinda se había sentido terriblemente decepcionada al enterarse de su fracaso, y de la consiguiente intervención de Frederick en el asunto. Pero fue aún peor saber que podría ser despedida por su culpa. Meredith tuvo que esforzarse mucho para obtener su promesa de no revelar los motivos que la llevaron a entrar, de manera tan inapropiada, en el dormitorio de un hombre soltero que no era de su familia. Estaba claro que alguien con la pequeñez de miras que había demostrado el señor Wharton no entendería sus motivos y acabaría convenciendo a los Warren de encerrarla en un convento o algo peor. Quizá enturbiara su buen nombre para siempre. Capaz lo creía.

Para celebrar el regreso de Ryan esa noche se organizó una cena especial que incluía música y baile. Meredith, asomada a la ventana que daba al jardín trasero, escuchaba las notas del violín y el piano. Sus pies se movían mientras pensaba en su padre y en lo mucho que le gustaba bailar. Seguro que si estuviese allí ya la había cogido por la cintura y la habría hecho deambular por la sala dando vueltas sin parar. Lo echaba especialmente de menos esa noche, su ánimo no era bueno y, por primera vez en dos años, sentía el peso de su baja posición. Todo el día había sentido la espada de Damocles sobre su cabeza, dispuesta a decapitarla sin compasión y sin darle la opción de defenderse. Y esa percepción agitaba su ánimo de un modo extraño y desconocido. Era una mera institutriz, alguien sin importancia, fácilmente sustituible. Alguien que trabajaba por un sueldo.

La puerta se abrió de golpe y Meredith se giró desde la ventana para ver el rostro de un Ryan risueño y una Belinda mortificada.

—Nos falta una mujer para poder bailar la contradanza —anunció él señalándola—. Venga con nosotros.

—Yo no… —Debía encontrar una excusa plausible—. No sé bailar.

—No es eso lo que nos ha dicho la señora Warren.

Belinda la miró con una disculpa en los ojos por su madre, pero no dijo nada.

—Vamos, no se invente excusas. No creo que quiera hacerme un feo en mi primera noche en casa. Lo estamos pasando muy bien y usted no está haciendo nada más que mirar por esa ventana.

Meredith se vio arrastrada sin poder resistirse con ningún argumento sólido y en cuanto entró en el salón se topó con la fría mirada de Frederick, que sostenía una copa de vino. La depositó inmediatamente en una mesilla para que sus manos quedasen libres y con cierta algarabía las parejas ocuparon su lugar en sendas filas enfrentadas, una de hombres y otra de mujeres.

Ryan pidió a los músicos que esperasen para explicar los pasos que realizarían y añadió algunas figuras que había aprendido en París y que hicieron reír a los participantes. A todos, excepto a Frederick y a Meredith que tenían el semblante poco festivo.

Que le tocase bailar con él ya era bastante desagradable, pero tener además que sonreírle, escapaba por completo a sus capacidades. El baile resultó de lo más incómodo para ambos, pero Meredith respondió con simpatía a los comentarios de Ryan cuando la danza la llevó hasta él. Frederick, en cambio, se abstuvo de decir una palabra, dejando que sus ojos hablasen por él. La institutriz percibía el peligro en aquella fría y dura mirada que contrastaba con la suavidad de su gesto al tomarla de la mano para hacerla girar a su alrededor.

Belinda los observó con disimulo y un creciente sentimiento de culpa. Ni en sus peores elucubraciones habría imaginado que su idea pudiese ser tan nefasta. Si por su culpa despedían a la señorita MacNiall no iba a perdonárselo jamás.

Una vez terminado el baile, Ryan propuso jugar al billar por equipos e incluyó a Meredith sin que esta pudiese zafarse sin llamar demasiado la atención. A fin de cuentas volvían a necesitar un número par y ella era la única persona disponible.

—¿De verdad no había jugado antes? —preguntó Ryan con mirada incrédula—. Se le ha dado demasiado bien para ser una completa novata.

—La señorita MacNiall es muy avispada —dijo Jonathan Warren con una cálida sonrisa

—. Aprende muy rápido.

—Ya lo veo, tendré cuidado si me enfrento a ella en cualquier otra cuestión.

Los jugadores se separaron en grupos cordiales y Meredith se apartó discretamente del resto, dispuesta a desaparecer en cuanto dejasen de prestarle atención.

Frederick, que la observaba con disimulo, vio a Belinda salir del salón tras ella y su mente comenzó a elucubrar. La joven parecía angustiada esa noche y su preocupación era claramente por la institutriz, no por ella misma. Sus constantes atenciones y detalles hacia su maestra denotaban un sincero afecto que no alcanzaba a comprender. Miró a su alrededor y sin más salió del salón dispuesto a desenmarañar aquella cuestión de una vez por todas.

—… déjeme que se lo cuente, por favor. El señor Wharton es un hombre razonable, pero lo conozco bien, no se quedará callado si cree que ha cometido usted una fechoría.

—Lo sé y estoy preparada para ello. No debes decir nada, Belinda, eso te pondría en una situación muy desagradable.

—¡Pero es por mi culpa!

—No. La única culpable aquí soy yo, no debí aceptar semejante plan. Fui una irresponsable y debo pagar por ello.

—No diga eso —gimió la otra lastimera—. Me hace sentir mucho peor al cargar con mi culpa.

—Belinda, vuelve a la reunión y olvídate de todo esto.

—No me ha devuelto… la carta —musitó la joven bajando la mirada.

—Y no voy a devolvértela, no quiero que cometas la imprudencia de seguir mis pasos. Si quieres decirle algo a Ryan, deberás hacerlo en persona y asegúrate bien de que nadie os escucha. —Miró a su alrededor con temor—. No deberíamos hablar de esto aquí. La próxima vez, si es que la hay, hablemos solo en el exterior y lejos de la casa. Las paredes oyen.

—Está bien —aceptó la joven con pesar.

—Y ahora, vuelve con los demás o sospecharán. Intenta actuar con normalidad, Belinda y deja de preocuparte por mí.

—Ay, señorita, es que la quiero mucho y no soporto haberla puesto en esta situación. De verdad que no se me pasó por la cabeza que…

—Deja de preocuparte —repitió la maestra caminando hacia las escaleras—. Yo estoy bien.

Belinda regresó al salón y se sorprendió al encontrar a Frederick muy cerca de la puerta.

—¿Ya se retira? —preguntó la joven esforzándose en sonreír.

—Sí, he madrugado mucho y estoy cansado.

—Buenas noches —le deseó ella.

—Buenas noches.

✿✿✿

Meredith observó su equipaje con las manos en la cintura y expresión resuelta. Ya estaba lista para partir y tenía el ánimo lo bastante fuerte como para soportar una escena en el desayuno. Estaba convencida de que el señor Wharton habría hablado con los Warren la noche anterior y que de esa mañana no pasaba que la echaran. No iba a defenderse, aguantaría con presencia de ánimo lo que tuviera que oír y después se despediría con afecto de aquella familia que tanto le había dado durante esos dos años. Solo le quedaba un detalle: averiguar cómo iba a regresar a Londres.

Al entrar al comedor se sorprendió de encontrarlo vacío, a excepción de…

—Señor Wharton…

Frederick se puso de pie educadamente y la saludó con una inclinación de cabeza.

Meredith sopesó la posibilidad de darse la vuelta para salir de allí cuanto antes, pero el mayordomo ya se disponía a llenar una taza de café para ella. Se sentó sin apartar la mirada de la mesa.

—¿Huevos revueltos? —preguntó Finley.

—Hoy tomaré solo una tostada con mantequilla, gracias.

El mayordomo le sirvió lo que pedía y se apartó para dejarles cierta intimidad.

Frederick la observaba con una ligera sonrisa, pero ella se obstinaba en no mirarlo.

—¿Ha podido ver el lago? —preguntó él.

Meredith no pudo obviar la pregunta y tuvo que mirarlo.

—Ayer iba a enseñármelo Belinda, pero llegó el señor Ryan y no hubo oportunidad.

—Se lo enseñaré yo.

—No es necesario.

—Insisto. Debo hablar de un tema con usted y será más… cómodo si lo hacemos al aire libre. Se trata de un asunto relacionado con la señorita Warren.

La institutriz frunció el ceño, desconcertada.

—¿Le ocurre algo a Belinda? Anoche cuando me retiré estaba…

—Mejor lo hablamos después del desayuno, si le parece. —Miró con disimulo hacia el

mayordomo que mantenía una expresión indiferente y la mirada fija en la pared.

Meredith asintió ligeramente y siguió desayunando sin el menor apetito. No volvieron a hablar hasta que se hubieron alejado de la casa. Aquel paseo iba a tener que añadirlo a su lista de cosas inadecuadas e incómodas que había hecho en su corta estancia en Berksham.

—No es necesario que me amenace más, tengo el equipaje preparado y me marcharé en cuanto los Warren me despidan.

Frederick no se inmutó y continuó caminando como si no la hubiese oído. Meredith se preguntó si no había hablado con demasiada soberbia, pero es que tenía ganas de darle con una piedra en la cabeza y ella no era una persona violenta.

—Aún no he hablado con los Warren y tampoco con los Crawford.

Ella se detuvo y lo miró estupefacta.

—¿Qué?

—¿No me ha oído?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no me ha delatado?

—Aún —puntualizó él.

Meredith apretó los labios, aquel jueguecito que se traía la estaba sacando de sus casillas.

—Me lo estoy pensando, así que vuelva a deshacer su equipaje y no sea melodramática.

—¿Que no sea…? —Abrió la boca sorprendida y volvió a cerrarla impotente.

—Quizá me precipité al juzgarla y vertí sobre usted mis prejuicios injustamente —dijo él al fin.

Ahora sí que estaba sorprendida. Más que sorprendida. Patidifusa era una palabra divertida que describiría bastante bien el estado en el que se encontraba en ese momento.

—Digamos que la he puesto en cuarentena.

—¿En cuarentena? ¿Soy una apestada acaso?

Frederick continuó caminando y ella lo siguió.

—Todavía no confío en usted, aunque he visto con claridad que Belinda la aprecia sinceramente. Incluso tengo la impresión de que usted la aprecia a ella también.

—¡Por supuesto que la aprecio!

—Aun así, sigo sin confiar en las de su clase.

—¿Por qué?

Ahora fue él el confuso.

—¿Por qué ha cambiado de opinión?

—No he cambiado de opinión, solo estoy valorando las distintas posibilidades antes de tomar una decisión. No soy una persona que actúe de manera espontánea, necesito analizar los datos antes.

—Oh, desde luego, nadie diría de usted que sea espontáneo —musitó ella para sí.

—¿Disculpe? No la he oído bien, pero su tono me ha sonado a crítica. No creo que esté en posición de criticarme, señorita MacNiall. Ni que le convenga hacerme enfadar.

Siguieron caminando en silencio un buen trecho mientras el paisaje iba cambiando a su alrededor. Meredith sintió que su ánimo se relajaba y respiró profundamente, la brisa marina se entremezclaba con el aire fresco de la mañana. A medida que avanzaban, el paisaje comenzó a cambiar. Los robles y fresnos altos se hicieron más escasos, dando paso a arbustos resistentes y a pinos costeros que se inclinaban ligeramente, moldeados por el viento constante del mar. El sendero de tierra, cada vez más irregular, con piedras blancas que crujían bajo sus pies, dio paso a una vegetación más baja, con matojos de aulaga y brezos que extendían su verde grisáceo por las laderas cercanas. El sonido del mar, lejano pero persistente, se mezclaba con el canto de las aves marinas que se aventuraban tierra adentro. Meredith percibió el aroma del mar mezclado con la fragancia suave de las flores silvestres que crecían atrevidas a su alrededor. Pronto, el terreno se suavizó, y el sendero comenzó a descender ligeramente, llevándolos hacia una pequeña hondonada protegida del viento. El paisaje se transformó nuevamente. Delante de ellos se desplegó un pequeño lago, o más bien un estanque costero, alimentado por un arroyo que descendía de las colinas cercanas. La superficie del agua era oscura y reflectante, rodeada por juncos y lirios de agua que florecían en tonos que iban del blanco al amarillo pálido. A su alrededor, las laderas suaves estaban cubiertas de hierba y flores silvestres, y los árboles que quedaban se agrupaban más densamente, ofreciendo un refugio del aire salino. Meredith se detuvo cerca del agua, observando cómo las ondas suaves rompían la calma de la superficie, reflejando el cielo y los contornos oscuros de los árboles que se cernían sobre ellos. Frederick se quedó unos pasos detrás de ella para permitirle disfrutar del momento. El lugar tenía una atmósfera relajada y melancólica y la institutriz no pudo evitar regocijarse porque la hubiera acompañado hasta allí. El sol, que había estado oculto tras las nubes hasta ese momento, lanzó destellos dorados sobre el estanque, iluminando los contornos de las flores y los juncos, y envolviendo la escena en una cálida serenidad.

—¿Le gusta?

Meredith asintió sin volverse y dejó caer los brazos desprendiéndose de la tensión que

había acumulado desde el día anterior. Se giró hacia Frederick lentamente y lo miró a los ojos sin protección de ninguna clase.

—No haría daño a Belinda de ningún modo. La aprecio sinceramente y solo trato de ayudarla en todo lo que puedo.

Frederick asintió levemente.

—¿Significa esto que me cree? Necesito oírselo decir.

—No.

Meredith dejó escapar el aire con cansancio.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para que me crea?

—No. —Caminó hasta ponerse a su lado y Meredith se giró de nuevo hacia el estanque—. Estoy dispuesto a concederle el beneficio de la duda. Eso no significa que confíe en usted o que piense que entró en el cuarto de Ryan Crawford por una buena razón. Sepa que pienso vigilarla muy de cerca y que, si detecto el menor signo de que es una persona capaz de traicionar la confianza que los Warren han depositado en usted, la desenmascararé sin contemplaciones.

—Que así sea —aceptó Meredith mirándolo con orgullo—. Y espero que cuando vea que se ha equivocado conmigo emplee la misma diligencia en disculparse.

—No tendría nada de lo que disculparme —dijo él colocándose de frente—. No he dicho nada que no sea verdad ni he actuado en su contra. Hasta ahora.

—Pero ha hecho insinuaciones del todo equivocadas.

—¿Quiere que me disculpe por mis insinuaciones?

—Cuando se revele que eran del todo injustificadas, sí, debería disculparse.

—Hasta ahora creo haber hablado sobre mis institutrices, no sobre usted.

—Pero estaba claro que me comparaba con ellas.

Frederick inclinó ligeramente la cabeza para mirarla con mayor atención.

—¿Por qué se hizo usted institutriz?

Meredith no se esperaba aquella pregunta.

—Quería ser autosuficiente.

—¿No tiene familia?

—Tengo a mi padre.

—¿Y su padre no puede mantenerla hasta que encuentre esposo?

—Le he dicho que quería ser autosuficiente.

—¿Por qué?

—No creo que esto sea de su incumbencia.

—Cierto, pero quizá si me lo cuenta ayude a cambiar mi opinión sobre usted.

—No tengo el menor interés en lo que pueda opinar sobre mí.

Frederick se cruzó de brazos con expresión divertida.

—Yo creo que sí. Mi opinión sobre usted podría hacerle perder su trabajo.

Meredith apretó los labios molesta, pero se abstuvo de responder.

—¿A qué se dedica su padre?

—Es comerciante. Tiene una tienda.

—¿Y no podría haber trabajado para él? Ya, me ha dicho que quería ser autosuficiente. ¿Se lleva mal con su padre?

—Al contrario, es mi mejor amigo y la persona que más quiero en el mundo.

—Vaya, qué efusiva. No lo habría adivinado nunca.

—Señor, está claro que no me conoce en absoluto.

—Sigo sin comprender por qué querría ser institutriz. Tengo entendido que es una de las profesiones más ingratas que existen.

—Pero es de las pocas que podemos ejercer las mujeres. No digo que no prefiriese otra función en la vida que educar a los hijos de otras mujeres, pero dadas mis posibilidades, esta me pareció la mejor opción. No quería trabajar en una fábrica y tampoco quiero ser criada.

Frederick torció una sonrisa burlona, pero no dijo lo que le bailaba en los labios.

—Ya sé que piensa que ser institutriz es lo mismo que ser doncella, pero tiene algunas diferencias sustanciales.

—Desde luego. Una institutriz tiene mayor influencia en la familia para la que trabaja. Puede inmiscuirse en sus vidas, sabe cosas que puede utilizar en su contra y ostenta el mayor poder sobre sus hijos.

—Un dechado de virtudes, está claro.

—¿Usted no ha hecho nada de eso alguna vez? Vamos, sea sincera,

—¿Serviría de algo? Usted ya ha decidido que, por el mero hecho de ser institutriz, estoy dotada de los peores defectos que puedan atribuírsele a una mujer.

—Me gustaría que me rebatiese.

—Demasiado esfuerzo para nada. —Meredith caminó en dirección al sendero.

—¿Tan fácil se rinde? Creía que tenía sangre escocesa en sus venas.

Ella se volvió enarcando una ceja.

—Eso ha sonado como un halago, aunque estoy segura de que no era esa su intención.

—Como le he dicho… —Caminó hacia ella y continuó sin detenerse—, voy a vigilarla de

cerca. Acabará por rebatirme, estoy seguro.

Meredith lo vio alejarse y se puso las manos en la cintura sin dar crédito. Ese hombre se había propuesto sacarla de sus casillas y tenía un don para ello. No había duda de que, si seguía esforzándose tanto, acabaría por ver lo poderosa que era su sangre escocesa.

Frederick Wharton se marchó ese mismo día y Meredith pudo disfrutar al fin de su estancia en Berksham y recuperarse del mal trago que había pasado por su culpa. El resto de los días fueron muy agradables. Frances y ella hicieron buenas migas y la institutriz no tuvo reparos en ocuparse de James cada vez que su madre lo necesitaba. También visitó las minas, acompañada de Thomas, que resultó ser un magnífico guía y un hombre muy divertido.

Belinda se guardó la carta cuando Meredith accedió a devolvérsela, convencida de que no le traería nada bueno después de lo sucedido y optó por disfrutar de la compañía de Ryan en todo momento, algo que al joven no pareció molestarle en absoluto.

Meredith los acompañaba en sus paseos, buscando siempre el modo de dejarles espacio con magistral disimulo. Que si le interesaba una planta, que si la orografía del terreno, que si una piedra en el zapato…

Cuando llegó el momento de regresar a Londres, el ánimo general era de pérdida y aunque se alegraba de poder ver a su padre, Meredith también había disfrutado de la estancia lo suficiente como para dejar allí un pedacito de su corazón.

—James y yo la vamos a echar mucho de menos —dijo Frances cogiéndole las manos—. Ha sido una bendición para nosotros.

Meredith sonrió turbada.

—Ese niño sí que es una bendición.

—Vuelva a visitarnos —pidió Imogen despidiéndola también—. He disfrutado mucho con nuestras conversaciones lingüísticas, aquí a nadie más le interesa saber por qué hablamos como lo hacemos.

Meredith subió al carruaje a la espera de que lo hicieran los demás. Ryan se acercó a la ventanilla y le ofreció un papel con disimulo. La institutriz frunció el ceño sin saber si debía cogerlo o no.

—Es para Belinda —musitó él en tono quedo y cuando ella se lo guardó, sonrió y regresó con los demás.

Capítulo 5



—¡Me ama! ¡Me ama!

La muchacha no podía contener su alegría y Meredith se alegró de haberle dado la nota de Ryan en Hampstead Heath y no en casa. Las amplias praderas, salpicadas de flores silvestres, se extendían ante ellas, bordeadas por majestuosos robles y fresnos capaces de guardar su secreto. El sendero sinuoso por el que caminaban avanzaba entre suaves colinas. El aire era fresco, con un toque de humedad que anunciaba lluvia, y el suave susurro de las hojas al viento daba la impresión de estar a millas de distancia del bullicio de Londres.

—No podemos entretenernos mucho o acabaremos por mojarnos —avisó la institutriz conteniendo la risa.

—¡Me ama! —volvió a exclamar Belinda que tenía los ojos llenos de lágrimas y la carta apretada contra su pecho—. Usted ha oído sus palabras en mis labios, ¿verdad que me ama?

Meredith no estaba muy segura de ello, pero no quería decirlo en voz alta. Belinda extendió los brazos al cielo y giró sobre sus pies, dando vueltas como una peonza mientras reía y lloraba al mismo tiempo.

—Deberías intentar calmarte —aconsejó la institutriz con una suave sonrisa—. Tienes mucho en lo que pensar. En la nota te aclara que, de momento, no puede pensar en casarse.

La joven detuvo su baile y bajó los brazos con expresión desilusionada.

—Es cierto, lo dice.

—Tiene que trabajar mucho antes de poder formar una familia. Va a hacerse cargo de los negocios de su abuelo y para ello pasará mucho tiempo en Francia, lejos de ti.

Belinda elevó el mentón y cuadró sus hombros.

—Soy una persona fuerte, podré soportarlo.

—Me alegra oírlo —dijo Meredith sincera—. Es un buen muchacho y creo que tendréis un buen matrimonio. Pero hasta entonces tú debes seguir cultivándote y perfeccionando tu francés. Creo que yo podré ayudarte con eso.

Belinda corrió a abrazarla emocionada y Meredith no consiguió contener sus carcajadas.

✿✿✿

El mes de abril dejó paso a mayo y la primavera floreció iniciando la temporada social de ese año. Londres aumentaría sus habitantes y, por ello, las casas cerradas durante el invierno, sufrían el trajín de doncellas, lacayos, jardineros y demás servicio con los últimos retoques para la llegada de sus dueños.

Meredith y Belinda estaban en la tienda del señor Treseder. El viejo librero era un hombre de cincuenta años, con el porte distinguido que otorgaba la sabiduría, muy distinta a la que se obtiene del dinero y las posesiones. Su cabello, que una vez fue negro como la tinta, lucía ahora con un tono gris plateado, siempre cuidadosamente peinado hacia atrás. Sus redondas gafas descansaban sobre la punta de su afilada nariz mientras revisaba un manuscrito antiguo con dedos cuidadosos. Meredith se fijó en su rostro surcado por arrugas, demasiado profundas para su edad, lo que reflejaba una vida dedicada al estudio y la clausura. Pero eran sus ojos grises lo que más llamaba la atención, brillantes y curiosos, miraban con la calidez propia de un niño.

Jack Treseder era de sobra conocido por su vasta erudición y por su habilidad para encontrar exactamente el libro o el mapa que sus clientes necesitaban, incluso antes de que ellos mismos lo supiesen. Con su traje de lana, un chaleco a rayas que había visto tiempos mejores y un reloj de bolsillo que había heredado de su padre, el hombre se mostraba amigable y paciente con aquellos que visitaban su librería. A Meredith le fascinaba escucharlo hablar con su profunda voz sobre clásicos griegos, manuales de geografía o el trabajo de encuadernación de maestros artesanos. Cualquier tema resultaba interesante en boca del señor Treseder.

—Buenos días, señoritas. Qué gusto verlas.

—Buenos días, señor Treseder —saludó Belinda con simpatía.

—Buenos días —añadió Meredith ojeando ya los tomos situados sobre una de las mesas.

—La señorita Meredith tiene interés en *Evelina* —dijo Belinda conteniendo una risita traviesa—. Parece haber descubierto el romanticismo, señor Treseder, ¿quién lo hubiera dicho?

—Es una novela interesante —dijo el librero caminando hacia el estante en el que la había colocado—. Fanny Burney tiene una pluma sutil y una ironía de lo más fina.

—No haga caso a Belinda, señor Treseder, se burla de mí.

—No me burlo, es que me gustaría leer esa novela.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó Meredith con una obra de David Hume en las manos.

—Me he propuesto no leer nada que usted no lea.

La institutriz levantó la mirada del texto filosófico de Hume para mirarla con expresión confusa.

—¿Y eso por qué?

—Está claro, si quiero parecerme a usted, debo cultivar mi mente tal y como usted lo hace.

—Belinda, permíteme que te diga que eso es una soberana tontería. Lee a la señora Burney si tanto te interesa y déjame a mí con *A Treatise of Human Nature*, con el que me sentiré mucho más cómoda y satisfecha. —Le entregó el libro al señor Treseder que se lo llevó consigo al mostrador.

—¿Y qué le parece este? —preguntó su joven pupila mostrándole un ejemplar de *The School for Scandal*, de Richard Brinsley Sheridan.

Las dos miraron al señor Treseder.

—Es una comedia de costumbres que critica la hipocresía social. Se ha hecho muy popular, seguro que les gustará. A la gente le gusta mucho ver cómo viven sus vecinos.

—Cuénteme más —pidió Belinda con repentino entusiasmo, mientras que Meredith seguía investigando por su cuenta.

—Pues, la obra se desarrolla principalmente en torno a dos hermanos, Charles y Joseph Surface, que representan extremos opuestos del comportamiento humano. Charles es un joven generoso, pero despilfarrador y desenfrenado, mientras que Joseph aparenta ser un hombre virtuoso y respetable, aunque en realidad es un hipócrita ambicioso.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó Belinda acercándose al mostrador.

—También hay un anciano, Sir Peter Teazle, recién casado con una joven caprichosa que tiene una inclinación natural por todo lo frívolo. Dicha joven pertenece a un grupo de chismorreos al que llaman…

—¡The School for Scandal! —exclamó Belinda dando palmas—. Señorita MacNiall, ¿no ve lo emocionante que es esta historia?

—No tengo interés alguno en los cotilleos, de eso tenemos a diario sin necesidad de buscarlos en un libro —dijo la otra sin levantar la mirada del tomo que sostenía.

—Este grupo —siguió el señor Treseder cogiendo el plumero para limpiar las estanterías que tenía detrás—, está liderado por la maliciosa Lady Sneerwell, que se dedica a difundir rumores y escándalos sobre las figuras prominentes de la sociedad. Lady Sneerwell conspira para separar a Charles de su amada Maria, con la esperanza de casarse ella misma con él. Al mismo

tiempo, su hermano Joseph también busca casarse con Maria, no por amor, sino por su fortuna. Sin embargo, los planes de ambos villanos son frustrados cuando Sir Oliver Surface, el rico tío de los hermanos, regresa de sus viajes para evaluar el carácter de sus sobrinos y decidir cuál de ellos heredará sus posesiones.

Meredith miró al librero con una expresión irónica.

—Si hace esto con todos sus clientes, nadie comprará sus libros —advirtió señalando a Belinda que lo miraba con avidez.

El librero sonrió levemente y se encogió de hombros.

—Tiene razón, debería detenerme aquí.

—¡De ningún modo! —exclamó Belinda—. No va a dejarme con la intriga.

El señor Treseder depositó el libro sobre el mostrador.

—Aquí tiene todos los detalles —apuntó.

—La joven cogió el libro y miró a Meredith buscando su aprobación.

—¿Cree que puede ser una lectura edificante para ella? —preguntó la institutriz.

—Es divertido y entretenido. Además, transmite la idea de que la honestidad y la autenticidad prevalecen. Es una crítica punzante pero humorística de la superficialidad y la corrupción moral en los altos estamentos de nuestra sociedad.

Belinda la miraba suplicante y Meredith asintió.

—Yo también lo leeré entonces.

—¡Oh, gracias! —exclamó la joven visiblemente satisfecha y a continuación dejó el libro sobre el que había elegido la institutriz.

La campanilla de la puerta sonó y entraron Poppy Ashton y su hermana Caitlin. Las dos mujeres saludaron a los presentes con evidente entusiasmo. Meredith se dio cuenta enseguida de que se morían por contar algún chisme y encontrarlas a ellas allí, las llenó de regocijo.

—Hemos visto llegar a los Wharton al venir hacia aquí —dijo Caitlin acercándose a la ventana para señalar—. Han traído un landó de esos tan lujosos que se estilan ahora. Tiene un techo dividido para que puedas elegir si abrir la parte delantera o la trasera. Miren, miren, está aparcado en la puerta de su casa.

Belinda y Meredith se acercaron. La primera con curiosidad, la segunda con temor. Tenía la esperanza de no volver a ver a Frederick Wharton, pero si estaba en Londres, era muy probable que visitase a sus amigos los Warren en cualquier momento.

—No han venido solos —añadió Poppy situada en primera línea—, los acompañan dos damas, una de mayor edad y otra joven.

Mira qué bien, a lo mejor así está ocupado y no pierde el tiempo metiéndose con personas que no le han hecho nada.

—¿Cómo eran? —preguntó Belinda con cierto interés.

Caitlin describió a una mujer de unos cuarenta y cinco años, entrada en carnes y con un pelo rubio ceniza a la que acompañaba una jovencita que no pasaría de los veinte, seria y comedida, y cuya fisonomía se asemejaba a la de mayor edad.

—Son lady Carver, y su hija Georgia. —Se giró hacia la institutriz—. Lady Carver es prima lejana de la madre de Frederick, aunque él la llama tía. Deberíamos ir a saludarlas. Georgia es encantadora. Las dos me son muy queridas.

—¿Ahora?

La cara de susto de la institutriz habría bastado para frenarla… Si la hubiese estado mirando, claro, porque Belinda ya estaba en la puerta dispuesta a salir de la librería.

—Los libros… —Señaló Meredith.

—Luego volvemos a por ellos —dijo la joven—. Guárdenoslos, señor Treseder. ¡Vamos!

Meredith miró al dueño de la tienda que asintió con la cabeza.

—Vaya, vaya —la animaron las hermanas Ashton riendo.

La institutriz salió de la librería maldiciendo entre dientes de manera inaudible.

Frederick la observaba con indiferencia y Meredith desvió la mirada convenientemente.

—¡Qué bien que se queden en Londres toda la temporada! —exclamó Belinda con entusiasmo cuando ya estaban sentados en el salón formando un pequeño círculo—. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Hemos estado viajando —explicó Georgia—. Mamá deseaba hacer un tour desde hacía tiempo, pero yo era demasiado joven para aprovecharlo y tuvo que esperar.

—Diría que las envidio —afirmó Belinda—, pero sería solo por ser cortés. No me gusta nada viajar.

La señorita Georgia sonrió y Meredith, que se había sentado lo más apartada del grupo que la buena educación le permitió, se dijo que no había visto una sonrisa tan dulce en su vida.

—Estoy segura de que si lo probaras te encantaría —afirmó Georgia—. Al principio es un poco pesado, mover tus cosas de aquí para allá, pero le vas cogiendo el gusto y al final te acostumbras.

—Yo ya tenía ganas de volver —dijo su madre sincera—. Ha sido maravilloso, pero necesito estabilidad y una buena dosis de costumbres inglesas.

Todos se rieron al ver su cómica expresión de hartazgo.

—Por cierto, vimos a tu hermano en Viena —dijo Georgia.

—¿De verdad? En casa estamos todos muy enfadados con él, debería haber vuelto hace varias semanas, pero al parecer no nos echa de menos en absoluto.

Las dos mujeres se miraron y Belinda intuyó que había algo que no querían decirle.

—Es posible que la culpable sea *Fräulein* Constanza —dijo la madre sin poder contenerse.

—Mamá…

—¿Qué? No es nada malo. Es hija del conde de Hohenstein, una noble de alta cuna.

Belinda no pudo disimular su sorpresa, ¿su hermano estaba cortejando a una noble austríaca? Cuando su madre se enterase… Si ese era el motivo de su retraso, encajaba perfectamente en la personalidad de Luke

—Deberías ser presentada este año, Belinda —dijo lady Carver convencida—. Los dieciséis es el momento perfecto para ello.

—Mi madre no opina igual, quiere que espere a que mi hermano siente la cabeza —dijo Belinda sonriendo.

—Pues no debería anteponer a tu hermano, porque él no corre peligro.

—Mamá… —la regañó Georgia de nuevo.

—Estamos en confianza, hija, relájate un poco —dijo con expresión divertida—. ¿Tú has visto a Belinda? Es una muchacha adorable y preciosa, en cuanto los jóvenes la vean no la van a dejar en paz. Si la presentaran en sociedad, las cosas deberían seguir un cauce establecido y los moscones serán muchísimo más fáciles de controlar.

—Dígaselo a mi madre cuando la vea —pidió Belinda.

—Lo haré, no te quepa duda. ¿Tú qué opinas, Frederick?

—Prefiero no decir nada al respecto, no tengo información suficiente y podría errar estrepitosamente.

—Desde luego que no eres ningún experto en el tema —afirmó lady Carver—. Estaba segura de que a estas alturas ya estarías comprometido y te encuentro en el mismo punto en el que te dejamos cuando nos marchamos. ¿A qué se debe? ¿Es que no hay ninguna joven inglesa que merezca tus atenciones? Ya sabes que a mí me haría muy feliz que Georgia y tú os casarais.

—¡Mamá! —exclamó su hija sin dar crédito.

Meredith la observó por el rabillo del ojo, interesada en su reacción, pero desde luego no se esperaba lo que dijo a continuación.

—Frederick y yo somos como el agua y el aceite. Nos tiraríamos los muebles a la cabeza a

diario y se escucharían mis gritos y sus silencios a millas de distancia.

—¿Cómo van a escucharse sus silencios? —se burló su madre con expresión de disgusto.

—Los de Frederick se escuchan, te lo aseguro —siguió su hija.

Meredith asintió levemente con la cabeza, gesto que no pasó desapercibido para el futuro barón.

La conversación siguió imparable, pasando de las costumbres que les habían resultado chocantes, extravagantes o directamente incomprensibles de los países que habían visitado, al inicio de la temporada social. Belinda se reía alegre y Meredith no se sorprendió de que Georgia fuese alguien tan apreciado por su joven pupila. La señorita Carver era una joven inteligente, amable y hermosa, capaz de mantener la atención y el interés con un discurso entretenido y carente por completo de artificio. La institutriz no fue molestada en absoluto en todo el tiempo que duró la charla, nadie pretendió incluirla falsamente, pero tampoco la ignoraron como si fuese parte del mobiliario, y dejaron que permaneciera en un segundo plano, relajada y tranquila, escuchando las anécdotas que narraban. De vez en cuando, Belinda la miraba con una sonrisa o le preguntaba si había oído algún detalle que a ella le había resultado especialmente destacable. Lo cierto era que fue una hora y media agradable y que la presencia de Frederick no resultó tan incómoda como lo había sido en casa de los Crawford. A Meredith le sorprendió escucharlo bromear con su prima, se percibía en ellos una confianza y un aprecio sinceros y se preguntó por qué no estaban comprometidos. Contrariamente a lo que Georgia había dicho, ella no los veía incompatibles en absoluto.

—Ha sido un placer verlas —dijo Belinda cuando se despedían—, mi madre se alegrará de saber que pasarán estos meses en casa de los Wharton.

—Iremos a visitarla pronto —prometió lady Carver con una sonrisa afable.

Meredith se despidió también, aunque con menos efusividad, y Frederick se excusó con sus primas para acompañarlas hasta la entrada.

—¡Qué cabeza tengo! —exclamó Belinda ya frente a la puerta—. Me he dejado el bolsito. Vuelvo enseguida.

Meredith iba a ofrecerse a ir a buscarlo, pero Belinda ya había echado a correr dejándolos solos. El silencio bullía a su alrededor incomodándola y suspiró contenida antes de hablar.

—Sus primas son muy agradables —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Lo son.

—Tengo entendido que lady Carver era prima de su madre.

—Así es.

No pensaba ponérselo fácil.

—Esperaré fuera —dijo dándose la vuelta.

—Tendré que acompañarla si lo hace —advirtió él.

Meredith se detuvo en seco, estar de pie frente a la puerta de la mansión del barón de Harmouth, acompañada de su hijo, llamaría la atención de los viandantes.

—¿Ha estado bien? —preguntó él obligándola a volverse—. ¿No la han atrapado colándose en ningún otro dormitorio ajeno?

La institutriz levantó levemente una comisura de sus labios.

—No, esta vez me pillaron hurgando en el bolso de una notable dama. Debería advertir a sus primas de que vigilen su equipaje.

—Lo estaba valorando —dijo burlón.

—Así que va a estar en Londres toda la temporada… —dijo ella y a continuación se mordió el labio inquieta.

—Eso parece, sí.

—Estábamos en la tienda del señor Treseder.

—Lo he oído.

—Belinda se ha empeñado en venir.

—Lo supongo.

—Me he visto obligada a seguirla.

—Ajá.

La institutriz dejó escapar el aire de un soplido, agotada, y Frederick sonrió sin disimulo.

—¿Algo interesante? —preguntó él.

—¿Cómo dice?

—En la tienda del señor Treseder, ¿ha encontrado algo interesante?

—Yo he elegido *A Treatise of Human Nature*, de David Hume, y Belinda se ha decantado por *The School for Scandal*, de Richard Brinsley Sheridan.

—Ya veo, usted prefiere la filosofía al amor.

—No suelo hacer ascos a ninguno de los dos géneros. De hecho, me gusta leer de todo.

—Cómo no.

Meredith lo miró molesta.

—¿Qué ha querido decir?

—No hace falta que se esfuerce tanto, señorita MacNiall. Soy plenamente consciente de que es un espécimen extraño entre las institutrices que he tenido el dudoso placer de conocer.

—¿Espécimen? —torció su sonrisa—. Está claro que me considera poco menos que un insecto. Si fabricaran alfileres lo bastante grandes no me extrañaría ver en sus paredes ejemplares semejantes a mí de su colección.

Frederick no pudo evitar la carcajada y Meredith arrugó su ceño, cada vez más irritada. Por suerte en ese momento llegó Belinda.

—Me he entretenido hablando otra vez —se disculpó la joven—. Me han prometido que vendrán en cuanto reciban la invitación de mis padres.

—No me cabe la menor duda —afirmó Frederick antes de despedirlas.

Meredith se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración en cuanto la puerta se cerró tras ellas y dejó escapar el aire en un largo y sonoro bufido. Belinda la miró sorprendida.

—¿Se encuentra bien?

—Vayamos a por nuestros libros —dijo la otra sin responder a su pregunta y cruzaron la calzada con paso ligero.

✿✿✿

—Es odioso, me pongo enferma solo con verlo —decía Meredith mientras sacaba los ceniceros y las cajas de rapé recién llegadas a la tienda de su padre.

—Tienes que ponerte en su lugar —dijo Robert.

—No quiero.

—Ya lo veo, pero eso sería lo justo. Te vio entrando en un dormitorio que no era el tuyo. Reconoce, Meredith, que no estuviste muy acertada.

Su hija lo miró decepcionada.

—¿Te vas a poner de su parte?

—No me pongo de parte de nadie, hija, aquí no hay «partes». No conozco a ese hombre, pero por lo que me has contado no me parece que sea una mala persona. Podría haberte delatado frente a los Warren y no lo ha hecho.

—Ahora tendré que darle las gracias, después de las cosas horribles que ha insinuado sobre mí.

—Meredith, hija, si quieres que lo odie, lo odiaré y si tengo la oportunidad de verlo frente a mí alguna vez le explicaré muy claro que a mi hija se la respeta. —Sonrió divertido al ver que Meredith cambiaba su expresión por una de terror.

—No hablemos más de esto, lo último que necesito es pensar en él también aquí. Y menos

hoy.

Robert levantó la vista del reloj que revisaba y la miró con tristeza. No era la suya una visita casual, era el aniversario de la muerte de Malcolm y tenían la costumbre de visitar su tumba juntos.

—Cerremos la tienda y vayamos a ver a tu hermano.

El sonido de los carruajes y las voces del mercado de Covent Garden fue disminuyendo a medida que se acercaban al cementerio de *St. Paul's*. El bullicio de la vida cotidiana quedó atrás cuando cruzaron el umbral del patio, donde los muros de ladrillo ocultaban el mundo exterior y el aire adquiría una calma casi solemne. La iglesia, imponente pero sencilla, proyectaba su sombra sobre las lápidas, algunas de ellas apenas visibles bajo la densa capa de musgo. Meredith caminaba en silencio junto a su padre, sus pasos amortiguados por la grava que cubría el sendero. A su alrededor, los árboles los vigilaban impertérritos y la hiedra se enredaba en las antiguas piedras de las lápidas. Los lirios silvestres crecían incluso en los rincones donde la luz del sol apenas los alcanzaba, y todo ello embargaba el entorno de una dulce melancolía. El sol de la tarde, filtrado a través de las ramas de los árboles, creaba un juego de luces y sombras sobre el suelo, pintando un cuadro que, aunque triste, ofrecía cierto consuelo en su belleza. Padre e hija se detuvieron frente a una lápida baja y modesta con un texto cincelado: «Malcolm MacNiall, amado hijo de Yvaine y Robert y querido hermano de Meredith. Aunque su vida fue breve, su recuerdo será eterno en sus corazones. 1757 - 1766». Robert se arrodilló lentamente, acariciando con delicadeza la superficie rugosa de la piedra, y Meredith lo siguió cruzando las manos frente a ella, con la brisa moviendo las ramas sobre sus cabezas suavemente. Había algo en aquel lugar que sosegaba su espíritu y calmaba por completo su inquietud. El canto de un pájaro rompió el silencio por un instante, y Meredith sonrió levemente. Ella solo tenía cinco años cuando murió, pero sabía que le gustaban los pájaros y no dejaba que nadie los apedreara. Le habría gustado mucho tener un hermano mayor, estaba segura de que la habría protegido y cuidado tanto o más que su padre. Miró entonces hacia la tumba de su madre y sus ojos se llenaron de lágrimas. Seguía echándola muchísimo de menos.

Después de rezar unos minutos en la tumba de Malcolm, se acercaron también a la de Yvaine donde repitieron el ritual. Meredith sabía que su padre iba a menudo, las tumbas estaban limpias de mala hierba y la hiedra no había hecho presa en las lápidas. Ella solo iba dos veces al año, en el aniversario de la muerte de su hermano y en la del cumpleaños de su madre. Desvió la mirada para que su padre pudiera llorar a gusto y secó sus propias lágrimas con disimulo.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que estuvieron de nuevo en la tienda.

—Prepararé té —dijo Meredith dirigiéndose a la cocina.

Tener algo que hacer aliviaba un poco la congoja que pesaba en su ánimo. Aunque estar en aquella cocina le traía numerosos recuerdos felices. Casi podía escuchar la voz de su madre canturreando mientras preparaba algún delicioso plato. Yvaine MacNiall nunca tuvo cocinera, le gustaba cocinar y solo aceptó una criada que la ayudase en las tareas del hogar y a limpiar la tienda, pero que tenía prohibido entrar en su cocina. Millie se convirtió en niñera, cocinera y criada cuando su señora murió, pero se marchó en cuanto Meredith empezó a trabajar como institutriz, no quería vivir con un hombre solo y que la gente hablase. Meredith sospechaba que estaba enamorada de su padre y que él la había rechazado cuando se le insinuó, aunque jamás habían hablado de ello. Desde entonces Robert estaba solo, iba una mujer a limpiar dos veces por semana y una vecina le preparaba la comida por un precio justo y su esposo, Christopher, se la llevaba a diario. Al principio le costó mucho dejarlo, no quería que pensara que lo abandonaba, pero si quería que algún día pudiese regresar a Escocia, tal y como él siempre había deseado, debía soltar amarras y ella era la más difícil de desatar.

Suspiró y apoyó las manos en la mesa de la cocina en cuanto el servicio del té estuvo dispuesto. Cuando se irguió se aseguró de que no había rastro de lágrimas en sus mejillas, respiró hondo varias veces y se estiró el vestido al tiempo que carraspeaba para aclarar su voz.

—¡Papá, el té está listo! —gritó para darle tiempo a prepararse.

En pocos minutos, Robert apareció en la cocina con una brillante sonrisa, aunque tenía los ojos rojos y un poco embotados.

—¿Y esa tarta? —preguntó al ver dos pedazos servidos en sendos platos—. ¿Es de zanahoria?

—Es tu preferida —sonrió ella satisfecha.

Se sentaron a la mesa y Meredith sirvió el té y empujó uno de los platitos hacia él.

—Pruébala, ya verás. La señora Carpenter es una experta en tartas, ya lo sabes.

Su padre asintió y probó un pedazo. Puso los ojos en blanco y asintió repetidamente.

—Es realmente deliciosa.

—Ha apartado dos porciones en cuanto la ha preparado. Sabe lo mucho que te gusta.

—Dale las gracias de mi parte. Te daré un poco de tabaco del que le gusta a su hermano para que se lo lleves.

—No hace falta, ya le llevé la última vez y seguro que aún tiene.

Su padre no dijo nada, pero Meredith sabía que lo haría igual.

—¿Qué opinas de lo que te he contado sobre Belinda y Ryan Crawford?

—¿Qué quieres que opine?

—Papá, vamos, sé que tienes una opinión.

—No es asunto mío. —Cogió un pedazo de pastel y se lo llevó a la boca ignorando la expresión inquisitiva de su hija.

—No te gusta.

—¿El qué?

—Ryan Crawford.

—No lo conozco.

—Y, aun así, no te gusta.

Su padre la miró enarcando una ceja.

—¿Y eso lo sabes porque no he dicho nada al respecto?

—Quieres mucho a Belinda. Si él te gustase para ella, lo habrías celebrado.

—¿Qué habría celebrado? En aquella nota le decía que no tendrá tiempo para ella los próximos años y que si quería esperarlo, pues que allá ella.

—No le dice eso.

—Es lo que yo oí cuando me lo contaste. Así que, o tú pensabas eso y es lo que me transmitiste o eso es lo que él escribió.

Meredith se mordió el labio con preocupación y su padre movió la cabeza antes de seguir hablando.

—¿Le has dado tu opinión a Belinda? Realmente esta tarta es deliciosa. —Puso los ojos en blanco como si no diera crédito.

—Está demasiado ilusionada.

—Más motivo para bajarla de la nube. Es joven y puede encontrar a alguien mejor. Alguien dispuesto a todo por ella.

—Tú lo has dicho, papá, es muy joven. Quizá Ryan no quiere precipitarse y solo trata de darle tiempo para que esté segura.

—No es lo que me ha parecido a mí y está claro que a ti tampoco.

Meredith bufó con fuerza, su padre la conocía demasiado bien.

—Estoy preocupada —confesó al fin—. He tratado de calmar su entusiasmo, de hacerle ver que no hay nada seguro ni claro, pero es que no me escucha. No deja de hacer planes y en todos ellos está Ryan.

—Es normal, está enamorada y esa estúpida carta solo ha hecho que agravarlo. Ese

Crawford ha querido «contentarla» para no tener un problema con su familia, pero está claro que su intención es irse a Francia y no volver nunca. Supongo que piensa que encontrará algo mejor y que Belinda acabará por desistir.

—Ryan no es tan horrible. Es un buen muchacho. Estoy segura de que no quiere hacerla sufrir.

—Es mejor hacer daño que engañar. El dolor que se retrasa solo se hace más fuerte. Ella sufrirá mucho más alimentando ese falso amor, si él acaba casándose con otra.

—¿Y qué hago, papá?

—No puedes hacer nada. —Se encogió de hombros—. En el amor no puede uno intervenir. Lo único que puedes hacer es estar ahí para cuando te necesite. Que te necesitará.

Meredith dejó caer los hombros, visiblemente apesadumbrada, y su padre le tomó la mano para llevársela a los labios. Después la dejó de nuevo sobre la mesa sin apartar la mirada de sus ojos.

—Sé que quieres mucho a esa muchacha, hija mía, pero el amor es así. Puede hacerte el hombre más feliz de la tierra o el más desgraciado, no hay término medio.

Meredith sonrió con ternura.

—¿Tanto te hizo sufrir mamá? —se burló.

—No lo sabes tú bien. —Tomó la taza y bebió un sorbo de té con deleite.

Aquellos momentos con su hija eran lo mejor de su vida y los disfrutaba como si fueran un tesoro. Pero le preocupaba que no hubiese nadie más para ella.

—Deja de mirarme así —pidió Meredith leyendo en sus ojos.

—¿Cuándo vas a enamorarte tú?

—Nunca.

—Eres una mujer maravillosa y te mereces un buen hombre que sepa valorarte y que te dé todo lo que pueda conseguir.

—Ese hombre no ha nacido, papá, deberías asumirlo ya. Yo estoy bien como estoy, me gusta mi vida. —Sonrió cogiéndole la mano ahora a él—. Y tengo al mejor padre del mundo, no necesito más.

—No digas tonterías, por supuesto que necesitas más, aunque no lo sepas. Menudo desperdicio sería que no encontraras a nadie. Vales demasiado, estoy seguro de que serías una esposa extraordinaria y una madre maravillosa.

—¿Qué vas a decir tú?

—¿Seguro que no hay nadie que haya despertado tu interés?

—Papá, la vida de una institutriz es muy sacrificada, vives en la casa de otros, dedicada a la vida de otros.

—¿Y no querrías volver aquí? En la tienda entra mucha gente y el barrio es muy activo. Aquí seguro que conocerías a alguien. ¿Qué me dices del hijo de Fischer? Es un buen muchacho, trabajador y…

Su hija negó con la cabeza.

—¿Y Adam Verney? Cuando erais niños…

De nuevo una negativa.

—Papá, déjalo, por favor. No vamos a elegir un candidato mientras tomamos el té. Yo no quiero eso y estoy segura de que tú tampoco. Estoy bien como estoy, soy muy feliz y no necesito complicarme la vida.

—Tu madre me regañaría si me oyera, perdóname hija —dijo él bajando la cabeza.

Ella sonrió con ternura y en un arrebato de cariño se levantó para abrazarlo.

—¿Cómo no te voy a querer? Eres el hombre más bueno y dulce del mundo, Robert Malcolm MacNiall, y el mejor padre, sin duda ninguna.

Capítulo 6



Los muelles de Londres eran un hervidero de actividad a esa hora, rebosantes de barcos de todas partes del mundo. El Támesis, ancho y oscuro, estaba repleto de embarcaciones y Frederick y Thomas iban sorteando a los pasajeros que ya habían desembarcado y a los mozos que se encargaban de sus equipajes. Los dos hombres se fijaron en las cajas que llevaban hacia los almacenes de ladrillo y madera, que acabarían el día repletos de mercancías como té, especias, seda, y tabaco.

—Parece que va a ser un buen día para algunos comerciantes —dijo Thomas.

Su amigo asintió mientras se fijaba en Michael Drummond, apostado en un lugar privilegiado desde el que podía ver a sus hombres trabajando. Las cosas le iban cada vez mejor, no se podía negar que se le daban bien los negocios. Lo saludaron a distancia con cortesía y siguieron avanzando.

La bruma matutina olía a pescado, salitre, y al humo de las chimeneas de las fábricas cercanas. Los gritos de los capataces se mezclaban con el murmullo del río y el clamor de la ciudad en plena efervescencia, mientras los carros chirriaban sobre los adoquines, llevando mercancías hacia el corazón de Londres. Grúas de madera se alzaban sobre los muelles, moviendo cargas pesadas con lenta eficiencia.

Luke Warren era muy alto, más alto incluso que Frederick, que medía seis pies y dos pulgadas, por eso destacaba entre la marabunta de gente que bajaba de su barco, deseosa de poner los pies en tierra después de una larga travesía.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? —preguntó Thomas frunciendo el ceño.

Frederick respondió enarcando una ceja.

—No me miréis así —dijo Luke cuando estuvo frente a ellos—. Es como se lleva en Italia.

—Demasiado largo para mi gusto —dijo Thomas.

—¿Para tu gusto? Tú no tienes de eso —se mofó Luke.

Frederick miró a su alrededor.

—¿Nadie de tu familia ha venido a recibirte?

—No los he avisado, le pedí al mensajero del bote que llevara el mensaje a casa del barón de Harmouth, no quería que mi madre montase una escena, ya la conoces.

—¿No nos vas a dar un abrazo? —preguntó Thomas con el ceño fruncido—. Hace dos años que no nos vemos. Me ha dado tiempo de tener un hijo.

Los tres amigos se abrazaron y luego caminaron hacia el carruaje que los esperaba. Luke se empeñó en tomar una copa en casa de Frederick y Thomas, que estaba pasando unos días allí, estuvo de acuerdo.

—Ya tendrá tiempo de estar con su familia —dijo el minero sentándose en el sofá como si llevara de pie doce horas.

—No soporta la vida de Londres —explicó Frederick entregándole su copa a Luke—. Ahora que es un hombre casado y padre, no sabe divertirse.

—¿Divertirme? No hemos dejado de asistir a eventos desde que estoy aquí.

—Llegaste hace tres días.

—Pues eso, tres días sin parar de ver a gente bailar, jugar o perder el tiempo de cualquier modo que se les ocurra.

—¿Desde cuándo es tan quejica? —preguntó Luke riendo—. Antes le gustaba pasar parte de las vacaciones en Londres.

—Ya te lo he dicho, solo disfruta estando con James y Frances.

Luke miró a su amigo con incredulidad.

—¿En serio te has enamorado de tu esposa?

Thomas se encogió de hombros. Su matrimonio había sido por conveniencia y ninguno de los dos estaba enamorado cuando lo contrajeron.

—El roce hace el cariño —dijo sonriendo—. Y hemos tenido mucho «roce».

Luke se echó a reír y Frederick se sentó en una butaca perpendicular al sofá.

—No se quedará mucho —le advirtió Frederick—. Ha venido para verte y se irá en cuanto nos descuidemos.

—Tengo trabajo en la mina —se excusó el otro con expresión culpable.

—No me vengas con esas. Los dos sabemos que no puedes estar alejado de tu familia tanto tiempo.

—Pensaba que pasaríamos el verano juntos —dijo Luke—, pero supongo que dos años dan para muchos cambios. Cuando me fui eras un hombre casado con una francesa un poco estirada.

—Cuidado lo que dices de mi mujer —lo amenazó burlón.

—Guapa y amable, pero estirada. Al menos así es como la recuerdo. Y ahora me encuentro con que estás enamorado y con un hijo. Está claro que lo hemos perdido, Frederick. Espero que tú no me falles.

—Tranquilo, Frederick no ha encontrado aún a nadie.

—Tampoco es que la haya buscado —dijo el susodicho llevándose la copa hacia los labios.

—Pues no la busques esta temporada, tengo ganas de divertirme y necesito al menos un amigo para eso. Contadme las novedades.

—¿No deberías ser tú el que contase cosas? —dijo Thomas—. Has hecho un *tour* por toda Europa, algo tendrás que decir al respecto.

Luke bebió un trago y estiró las piernas recostándose en el respaldo de su asiento, una pose relajada que demostraba que no había perdido la confianza.

—Yo sí he conocido a alguien.

—¿A alguien? —Thomas se incorporó interesado—. ¿Podrías ser más concreto?

—Se llama Constanza y es la hija del conde de Hohenstein.

Frederic arqueó su ceja y Thomas soltó una carcajada.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó este último—. ¿Una Habsburgo?

—Nos hemos divertido mucho esquivando a su padre.

—¿Vas a casarte con una austriaca? —preguntó Frederick sorprendido, Luke siempre había dicho que solo se casaría con una inglesa y, preferiblemente, sin título.

—Está secretamente comprometida con un primo lejano.

—¿Y a su primo le parece bien que se «divierta» mientras espera a la boda? —Thomas no disimulaba su desagrado.

—Supongo que él también se estará «divirtiendo» —dijo Frederick.

—¿Entonces no va a haber boda? —preguntó Thomas.

Luke negó con la cabeza.

—Me gustaba bastante, la verdad. De no haber estado comprometida, quizá habría dado el paso.

Sus dos amigos se miraron sorprendidos.

—¿Qué? Tampoco pasa nada, no es que la ame con pasión —se burló—. ¿Y tú, Frederick? ¿Seguro que no ha habido nadie a quien te hubieras planteado hacerle la pregunta?

Su amigo negó con la cabeza y se recostó también en posición relajada.

—Con la única mujer que se relaciona es con Paige, la madre de su hermanastra.

Frederick miró a su amigo con una advertencia en los ojos y Luke lo miró con

preocupación.

—¿Qué opina tu padre de que las visites?

—¿Qué quieres que opine? —respondió Thomas—. No le gusta nada.

—¿No la confundirás? —Luke se había puesto serio—. Que piense que no ha conseguido al padre, pero puede tener al hijo.

—No digas estupideces.

—Tú eres mejor partido. ¿Por qué no habría de pensarlo?

—Eso es un poco retorcido —dijo Thomas.

—Solo a ti se te ocurriría algo así —masculló Frederick visiblemente molesto.

—Está bien. No te enfades, tienes razón, es una estupidez —lo calmó Luke—. ¿No hay ninguna otra mujer con la que te hayas relacionado últimamente?

—Tuvo un encontronazo con la institutriz de tu hermana —apuntó Thomas.

—¿Qué? —Luke entornó los ojos.

—No le hagas caso —dijo Frederick con mirada asesina.

—Tus padres pasaron dos semanas en Berksham con nosotros —siguió Thomas—. Y tendrías que haber visto a Frederick poniendo a la pobre señorita MacNiall en su sitio. No dejaba de lanzarle cuchillos.

—Deja de inventar.

—¿Inventar? Nunca te había visto ser tan desagradable con nadie como lo fuiste con ella.

—Frederick odia a las institutrices —recordó Luke.

—Ya lo sé, pero esta es distinta.

—Eso dice Belinda —aclaró el recién llegado—. Está entusiasmada con ella, a juzgar por sus cartas.

—Frances quedó impresionada, si James fuera un poco mayor intentaría arrebatársela a tu hermana.

—Muy bonito —se burló Luke.

—De todas formas, no creo que Belinda necesite institutriz mucho tiempo —insinuó Thomas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que he sabido que Ryan y ella han intercambiado cartitas.

—¿Qué? —Luke se puso serio—. ¿De qué estás hablando?

—No sé los detalles, Ryan no ha sido muy explícito, pero me consta que hay algo entre ellos.

—¿Algo de qué?

—No te pongas a la defensiva, mi hermano jamás haría nada indebido. Le daría una paliza y lo sabe. Solo te digo que tienen sentimientos el uno por el otro.

Frederick escuchaba a su amigo con la mirada perdida en otro lugar. De repente, la imagen de Meredith entrando en el dormitorio de Ryan cobraba un nuevo sentido.

—Pues a mí no me disgustaría nada emparentar contigo —dijo Luke—. Que mi hermana se casara con un Crawford sería todo un honor.

—Lo mismo digo —afirmó Thomas—. De todos modos, no vayas a decir nada a tus padres, que no hay nada oficial. Ryan tiene que irse a Francia de nuevo en cuanto acabe el verano, solo está en Berksham de vacaciones.

—¿Tu abuelo sigue queriendo que se ocupe de los viñedos?

Thomas asintió.

—Lo intentó conmigo, pero una vez tuvo claro que no me apartaría de las minas para cultivar uvas, se decantó por Ryan con mejores resultados.

—Menuda mala suerte tuvo tu abuelo —dijo Frederick—. Seis hijas, eso debe ser algún tipo de maldición.

—No le hizo muy feliz, es cierto. La falta de un hijo varón se lo complicaba todo mucho, pero no se puede hacer nada al respecto. La naturaleza decide y no hay más que aceptarlo.

—Tú has tenido suerte, el primero ha sido un niño —afirmó Luke.

—Ya puedes respirar tranquilo —añadió Frederick—. Si a mí me pasara lo que a tu abuelo, no dejaría de intentarlo hasta conseguir el varón.

—En tu caso es aún más necesario. Vuestro título requiere de un hombre para sustentarlo.

—Es una suerte que sea tan placentero el medio para conseguir tan deseado fin —se jactó Luke.

—Al menos para nosotros —dijo Frederick—. No creo que un embarazo sea muy «placentero».

—Yo creo que ya me toca sentar cabeza —dijo Luke—. Al menos eso piensa mi madre. ¿Sabéis que no presentará a Belinda en sociedad hasta que yo me comprometa?

—¿No es mucha presión? —Frederick dejó su copa vacía sobre una mesita.

Luke asintió.

—Casarse es bueno —informó Thomas—. En serio, tener a alguien cada noche en tu cama, alguien con quien hablar de tus problemas y tus alegrías. Alguien que camina contigo en la misma dirección…

—Ahora nos ha salido poeta —se burló Luke.

—Tú búrlate, pero ya verás cuando te enamores. Os aseguro que no es algo para lo que estéis preparados.

—Exagerado. —Frederick movió la cabeza como si no lo creyera.

Luke se desperezó para estirar los músculos.

—Debería irme a casa. A estas horas mi familia ya sabrá que el barco ha atracado en Londres. Mi madre va a estar quejándose de mí todo el día. —Torció una sonrisa—. ¿Por qué les gustará tanto quejarse a las madres?

Frederick apartó la mirada. Su madre no se quejaba nunca y no era porque no tuviese motivos.

✿✿✿

—Señorita MacNiall… —la saludó con cortesía mientras se preguntaba por qué nadie le había mencionado que tenía aquel color de pelo, esos ojos tan brillantes, y unos labios jugosos que parecían tan mullidos y suaves como una almohada de plumas.

—Señor Warren, encantada de conocerle —respondió con una leve inclinación.

—Eres de lo que no hay —siguió quejándose su madre—. ¿Cómo se te ocurre no avisarnos? Llevo semanas esperando tu regreso y has preferido ir a ver a tus amigos antes de venir a casa. Lo que tenemos que sufrir las madres no lo sabe nadie.

Nadie que esté sordo o no tenga una, se dijo él para sí.

—Estás muy guapa, Belinda.

—Tú también —se burló su hermana—. Si quieres puedo dejarte algunas horquillas para ese pelo.

—Veo que la señorita MacNiall no ha podido corregir tu sarcasmo.

La joven lo abrazó y Luke se echó a reír devolviéndole el gesto.

—¡Belinda! —la regañó su madre—, ya no eres una niña para ir abrazando así a la gente. No sé qué le pasa a esta criatura, últimamente está de lo más pegajosa.

La muchacha corrió a abrazarla a ella para darle la razón y su madre se rio también.

—¡Luke!

John y Charles entraron corriendo en el salón y se lanzaron sobre su hermano. Lo empujaron con tanta fuerza que fue a dar contra el sofá y a punto estuvieron de irse los tres al suelo. El mayor fingió pegarles y los otros se rieron divertidos mientras las mujeres los

observaban.

—Qué contenta estoy de tener en casa a todos mis hijos —dijo Emily emocionada—. Daremos una fiesta para celebrar que has vuelto.

—Mamá… —Luke apartó a sus hermanos y se giró hacia su madre.

—¿Qué? —lo miró con expresión inocente.

—Deja al menos que me acomode antes de empezar a buscarme esposa.

—Pero ¿por qué dices eso? No pretendo…

—Ya —afirmaron los hermanos a la vez.

—Sois incorregibles.

—Y tú incansable, mamá. Deja que sea yo el que escoja y tú dedícate a seguir tan bella y brillante como hasta ahora.

—Serás adulador… —se rio su madre orgullosa—. ¿Has visto cómo no exageraba nada, Meredith?

—¿Le has hablado mal de mí a la institutriz de Belinda?

—¿Mal? ¡Le he dicho la verdad para que no se asustara!

—¿Usted no tiene hermanos, señorita Meredith? ¿Puedo llamarla yo también por su nombre?

Meredith asintió levemente a lo del nombre.

—No, no tengo hermanos.

—Su padre tiene una tabaquería y relojería en Covent Garden —dijo Belinda.

—¿Tabaco y relojes? ¡Qué combinación más acertada! —exclamó Luke sacándose el reloj del bolsillo—. Lo visitaré, sin duda, este ha dejado de funcionar.

—Tiene unos relojes magníficos —siguió su hermana—, y cuenta unas historias maravillosas sobre ellos. Inventadas, por supuesto, es un gran contador de cuentos.

—Pues iré a visitarlo, si a la señorita Meredith le parece bien.

—Es un buen relojero —afirmó ella con una ligera sonrisa.

La llegada de Luke alteró por completo la vida en casa de los Warren. Se cambiaron horarios de comidas y se organizaron eventos para todo el mes enfocados en él. A Meredith no le afectaba demasiado, ella seguía haciendo una vida más o menos normal, aunque Belinda parecía necesitarla un poco menos, pues pasaba bastante tiempo con su hermano y con Georgia Carver. A pesar de que Luke era amigo de Frederick Wharton, los primeros días no tuvo que pasar el mal rato de verlo, pero era consciente de que eso iba a suceder, por lo que se preparó para ello, mental y anímicamente. Era inevitable que se encontrasen y no podía salir huyendo cada vez que

lo viese, así que meditó sobre ello, se habló con contundencia y sin dejar resquicio a la duda y finalmente se sintió completamente segura y lista para enfrentar al estirado, prepotente y orgulloso futuro barón de Harmouth.

—Señorita Meredith, ¿mi hermana la ha dejado sola?

La institutriz levantó la vista del libro que leía y miró a Luke con relajada expresión.

—Ha venido a visitarla la señorita Emma Carrington y están dando un paseo por el jardín.

Luke se sentó en el sofá frente a ella y la miró con sus penetrantes ojos. Meredith estaba segura de no haber visto nunca unos ojos tan brillantes y oscuros a la vez. Igual que lo estaba de que Belinda no había recibido tantas visitas de jovencitas en edad casadera como desde que su hermano había regresado de su *tour* por Europa. Pero de ninguna de esas dos cosas iba a darle cuenta a él. Bastante seguro estaba de sí mismo como para que ella alimentase su ego.

—Si sale a buscarlas, las encontrará enseguida.

Él se colocó más cómodo y extendió un brazo en el respaldo en actitud informal.

—Me apetece más estar aquí dentro —dijo sonriendo seductor.

Meredith bajó la mirada a su libro lamentando internamente la interrupción.

—¿Qué lee? —preguntó él—. ¿Una novela romántica, quizá?

—No en este momento. —Le mostró el título del libro de David Hume.

—¿Filosofía? ¡Vaya! No me lo esperaba.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué? —preguntó con sincera curiosidad.

—Bueno, no lo sé. Lo cierto es que no había pensado en lo que le gustaría leer.

Meredith asintió, eso sí le parecía lógico.

—Hace tiempo que no leo nada de Hume —siguió él—. ¿Me lo recomienda?

La institutriz asintió.

—Últimamente, solo leo libros de arquitectura e ingeniería. Es una deformación profesional, lo sé, pero es que mi viaje ha sido eminentemente para eso, para aumentar mi aprendizaje sobre el tema. No se imagina las maravillas que he visto. Los franceses han sido grandes maestros, pero los italianos también me han enseñado mucho. Y la Alhambra de Granada me dejó boquiabierto.

—He visto algunas láminas y parece un lugar precioso.

—Lo cierto es que en los últimos años ha sufrido un enorme abandono y muchas de sus delicadas construcciones están deterioradas o en ruinas, pero, aun así, se puede respirar una atmósfera que lo deja a uno sin palabras. Puedo imaginar cómo debió ser en su época de máximo esplendor y lamento no haber podido verla entonces.

—Es triste que se abandonen lugares como ese.

Luke se encogió de hombros.

—Los seres humanos somos bastante estúpidos, me temo. ¿Usted ha viajado mucho, señorita Meredith?

La institutriz negó con la cabeza.

—¿Y le gustaría?

—Creo que sí, aunque me baso en una mera suposición, ya que, como le he dicho, no tengo experiencia en el tema. Mi viaje más largo ha sido a Berksham.

—Cierto, estuvo en casa de mi buen amigo Thomas. ¿Qué le parecieron las minas?

—Muy profundas y oscuras —dijo sonriendo.

Luke sonrió también.

—En realidad fue una visita muy interesante —siguió Meredith—. Ver cómo arrancan el mineral de la piedra es impresionante. Pero que tengan que estar allí abajo tantas horas…

—Terrible, sí. Soy muy afortunado de que mi trabajo se realice mayoritariamente en un despacho cómodo o en el exterior, a plena luz del sol.

—Siempre que no llueva —bromeó ella.

Luke sonrió de nuevo. Le pasaba algo raro cuando estaba con ella, tenía el don de hacerlo sentir cómodo, y era extraño porque no lo adulaba ni se esforzaba en ello.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo poniéndose de pie—. Mi reloj sigue estropeado y, por lo que veo, usted tampoco tiene mucho que hacer. ¿Qué le parece si me acompaña a la tienda de su padre y le pedimos que intente arreglarlo?

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—¿Hay algún impedimento? ¿Su padre no tiene la tienda abierta por algún motivo?

—Oh, no, no, seguro que está abierta, es solo que… —Se miró la ropa y se tocó el pelo algo incómoda—. Belinda podría requerir mi atención y no tenía previsto…

—Vamos, señorita Meredith, diga que sí. Imagine que voy solo y su padre tiene un mal día, me llevaría una muy mala impresión de él y no se lo recomendaría a ninguno de mis amigos y conocidos —sonrió burlón—. Piense en el negocio.

La institutriz sonrió al tiempo que movía la cabeza. ¿La estaba amenazando con tanto descaro?

—Iremos en el faetón —dijo Luke caminando hacia la puerta—. Yo conduciré.

Un coche ligero y, lo mejor, totalmente descubierto.

—Vamos, deje de buscar excusas y diga que sí. No voy a rendirme, soy muy perseverante,

al final aceptará y habremos perdido el tiempo tontamente.

—Está bien.

—Así me gusta. ¿Necesita algo?

—Mi bolso, y aprovecharé para llevarle una camisa que le he arreglado.

—Yo voy a por el coche, la espero fuera.

Robert Malcolm MacNiall miraba a Luke Warren como si le debiese dinero. Ver a su hija llegar a la tienda un día cualquiera y acompañada por un joven como aquel lo dejó atónito, pero enseguida que se presentó su rostro cambió y su mirada se volvió afilada e inquisitiva.

—El Highlander de fuera es imponente —dijo Luke refiriéndose a la figura de madera que había junto a la puerta y que servía de reclamo.

—Está hecha a escala real —dijo Robert con orgullo—. Es de mi tamaño.

—Ya lo he visto.

—Y se parece a mí.

—¿Usted usa el Kilt?

Robert enarcó una ceja con expresión áspera.

—Papá —lo llamó su hija esforzándose en no poner los ojos en blanco—. El reloj…

Robert bajó la mirada y la posó sobre las inmóviles agujas.

—No hay manera de que funcione —explicó Luke—. Las últimas semanas ha tenido un comportamiento anómalo. Se paraba todo el tiempo y me pasaba el día dándole cuerda, hasta que de repente ya no volvió a funcionar más.

Robert asintió.

—Voy a echarle un vistazo —dijo ceñudo saliendo de detrás del mostrador.

—¿Ahora? No pretendo apartarlo de sus ocupaciones, puedo dejarle el reloj y volver otro…

—Ocúpate de él, Meredith, y si entra alguien…

—Tranquilo, papá, yo atiendo.

La joven se colocó en el sitio de su padre y Robert desapareció en la trastienda.

—Tiene el taller ahí detrás —señaló la institutriz.

Luke miró entonces a su alrededor y se dio cuenta de por qué su hermana estaba maravillada con aquel lugar.

—¿Puedo? —Señaló unas vitrinas y Meredith asintió.

—Estos relojes son…

La institutriz salió de detrás del mostrador y se acercó para abrirla.

—¿Le gusta alguno en concreto?

Luke señaló un reloj de chimenea con una Aurora montada sobre una cuadriga tirada por sus caballos alados.

—Es precioso y muy original —dijo él.

—Es obra de Abraham-Louis Breguet, según mi padre, uno de los mejores maestros relojeros del mundo. Toda esta vitrina son relojes suyos. Son muy caros, pero se venden muy bien. La esfera está engastada en la rueda del carro, fíjese en los radios finamente fundidos. —Señaló con el dedo—. La esfera es de esmalte convexo y anular, lo que significa que deja ver el movimiento de…

—Sé lo que significa —la cortó Luke con expresión divertida—. Hemos tenido relojes de chimenea desde mucho antes de que yo naciera. Conozco bien el funcionamiento y sus variantes, gracias.

Meredith sonrió también.

—Discúlpeme, me he puesto el traje de vendedora y no me he dado cuenta.

—Lo hace realmente bien, no se disculpe. Voy a llevármelo.

—¿Está seguro? Es un reloj bastante costoso, creo recordar que eran setenta y nueve libras, es de los más caros que hay en la…

—Quedará perfecto sobre la chimenea de mi nuevo despacho. Frederick y Thomas querían regalarme algo cuando me instalase, les pediré este reloj. Sé que lo decían para burlarse porque me he tomado mi tiempo, pero haremos como si no me hubiese dado cuenta, ¿qué le parece? —preguntó burlón—. Estoy seguro de que les daré un buen susto cuando les pase la factura.

Meredith sonrió también, quizá un poco demasiado efusivamente, por lo que despertó su curiosidad. La institutriz cerró la portezuela de la vitrina y regresó detrás del mostrador. Luke se paseó por la tienda y seleccionó varios objetos que fue dejando frente a ella. Una pipa para su padre, una cajita de plata para su madre…

—¿Este es el reloj del que tanto habla Belinda? —señaló interesado.

Meredith fue hasta la vitrina frente a la que se había detenido. Allí habían colocado los relojes femeninos, todos aquellos que estaban pensados para uso exclusivo de las damas.

—Es una ocurrencia de mi padre —dijo abriendo la vitrina para sacarlo—. Vio una lámina que representaba a la reina Isabel I con un reloj de pulsera y descubrió que se han hecho unos cuantos muy lujosos desde entonces. Le dedicó muchas horas a este ejemplar, pero a nadie parece interesarle. Excepto a Belinda —sonrió—. El brazalete está hecho de latón, mi padre

empleó una técnica de grabado simple para decorarlo, no es demasiado buen dibujante. La esfera está hecha de porcelana esmaltada, pintada a mano. Las agujas son de acero pavonado, con un tono azul oscuro, en lugar de oro. Y en lugar de un cristal de zafiro, tiene un simple vidrio, cuidadosamente pulido, eso sí. Ha puesto piedras de luna en el cierre del brazalete, para darle un toque de distinción y algunos cabujones de vidrio coloreado para imitar rubíes y esmeraldas. —Se mordió el labio un poco incómoda, aquel reloj era demasiado humilde para Belinda—. Pero, en cuanto al mecanismo, le puedo asegurar que no tiene nada que envidiar al de los maestros suizos. Mi padre es un relojero extraordinario y la calidad de sus engranajes y la precisión de sus creaciones es absolutamente perfecta.

—Me lo quedo.

—No le he dicho el precio.

—No importa. Se lo regalaré a Belinda.

—Eso es demasiado poco para ella —dijo Robert saliendo de la trastienda.

—¿Ya has terminado? —preguntó Meredith sorprendida.

—No le pasaba nada, uno de los muelles se había desajustado y rozaba en una de las ruedas. Lo he limpiado y limado un poco. No volverá a fallar. ¿Cuánto le pidieron por este reloj? Seguro que mucho más de lo que vale. ¿Qué hace todo esto sobre el mostrador?

—Quiere comprarlo —explicó Meredith.

—¿El reloj de Aurora? —Lo miró enarcando una ceja.

Luke asintió y Robert frunció más el ceño.

—Está reservado.

Meredith miró a su padre sorprendida.

—¿Reservado?

El escocés asintió mientras volvía a colocarlo en su lugar.

—Un cliente asiduo vino buscando algo especial para un regalo y lo apartó.

—¿Cómo que lo apartó? ¿Ahora «apartas» cosas?

—¿Está seguro de que va a volver a pagarlo? —preguntó Luke un poco disgustado.

—Ya lo pagó —afirmó Robert, rotundo—. Es muy buen cliente y siempre paga por adelantado todo lo que compra. Incluso los encargos.

—Pues vaya fastidio —reconoció el joven—. ¿Y no hay nada que pueda hacer? ¿Pagar más por él?

—Tengo otros relojes de la colección. —Señaló la vitrina.

—Me gusta ese. Mucho.

El escocés se encogió de hombros.

—Comprenderá que no puedo hacer nada al respecto.

—Si ya lo ha pagado, ¿por qué no se lo ha llevado? —insistió Meredith.

—Pues hija, yo qué sé, imagino que quiere que sea una sorpresa y si se lo lleva teme que se entere el destinatario.

—Si no se puede hacer nada… —Luke no disimuló su decepción—. Me llevaré las otras cosas.

—¿El reloj de pulsera también?

—Sí, a no ser que ese cliente suyo tan apreciado también lo haya «apartado».

—No.

—Bien.

Meredith los miró a ambos y se preguntó por qué su padre se comportaba así.

—Me temo que a su padre no le resulto simpático —dijo Luke cuando caminaban hacia el faetón.

—Discúlpelo, seguramente tiene un mal día.

—Oh, no se preocupe —sonrió—. No se lo tendré en cuenta. Es solo que ese reloj me gustaba de verdad. Aurora es un personaje al que le tengo cierto aprecio

—La diosa del amanecer —dijo Meredith a la que le gustaba mucho la mitología—. Hija de los titanes Hiperión y Tea, y hermana del Sol y la Luna.

Luke sonrió al tiempo que asentía.

—¿Le interesa la mitología romana?

—Y la griega —afirmó Meredith con placer—. Aurora es Eos para los griegos. Una figura joven y radiante con el rostro repleto de luz. Una diosa alada que vuela por los cielos en su carro dorado, esparciendo rosas y rocío y trayendo consigo la luz del amanecer que precede al día. A menudo se la muestra levantándose del océano, vestida de rosa y oro, como los colores del amanecer. ¿A quién no le gustaría Aurora?

—Se dice que se enamoró de Tithonus y le pidió a Júpiter, Zeus en la mitología griega —puntualizó para que ella supiera que también era un entendido—, que le concediera la inmortalidad y poder estar así juntos para siempre. Sin embargo, olvidó pedir también la eterna juventud, lo que llevó a que Tithonus envejeciera indefinidamente, convirtiéndose en un anciano frágil y debilitado. Finalmente, Aurora lo transformó en una cigarra para liberarlo de su miseria.

Meredith asintió, conocía bien la leyenda.

—También se la asocia con la tristeza, pues lloró incesantemente por la muerte de su hijo Memnón, quien murió en la guerra de Troya.

—Sus lágrimas son el rocío de la mañana —sentenció Luke.

—Yo creo que Aurora simboliza el renacimiento, la esperanza, y la renovación —dijo Meredith acomodándose en su asiento—. Su aparición cada día marca un nuevo comienzo tras la oscuridad.

Luke cogió las riendas y las sacudió sin dejar de mirarla y a Meredith no le pasó desapercibido el cambio en su expresión.

Capítulo 7



—No sabes cuánto te agradezco que me hayas ayudado a rellenar las invitaciones —dijo lady Warren cuando los lacayos las dejaron solas—. No habría llegado a tiempo sin tu ayuda.

Meredith le sonrió afectuosa y negó con la cabeza.

—Ha sido un placer.

—Pensé que Belinda me dedicaría la mañana, pero desde que la señorita Carver está en Londres no hace más que salir con ella.

—La belleza de los jardines de los condes de Ravenscroft es legendaria en Londres. Todo el mundo acude a sus puertas abiertas.

Lady Warren la miró haciendo una mueca de pena.

—¡Oh, siento haberte privado de acompañarlas! He sido muy egoísta al retenerte.

—Por supuesto que no, estoy encantada de haber podido ayudarla. Ya los veré el año que viene. O quizá Belinda quiera volver otro día de esta semana, antes de que los cierren al público general.

—No creo que tenga tiempo. Por lo que he escuchado en el desayuno, han hecho planes para toda la semana. Por desgracia no tengo relación con los condes. Nos conocemos, por supuesto, pero no tengo la confianza suficiente como para llevarte en otro momento a ver sus maravillosos jardines.

—No se preocupe, lady Warren, de verdad que no me importa.

—Entonces me atrevo a pedirte ayuda con la preparación de la fiesta. Normalmente no me pone nerviosa, pero es que solo voy a tener dos días y temo que se me escape algo si todo el peso recae sobre mí.

—Cuente conmigo para lo que sea.

—¿Te parecería bien ocuparte de las velas, las flores y la organización de las mesas para el bufé? No quiero una cena formal, a Luke no le gustaría. Quiero algo alegre y divertido.

Meredith asintió y lady Emily añadió.

—Podríamos colocar las mesas en el salón contiguo al de baile. Quitaríamos los muebles para dejar espacio a los comensales.

—Muy bien pensado. Una gran mesa para los entrantes, otra con los primeros, la de los segundos y una más con los postres.

—Ese sería un modo, pero si quiere algo más original, podríamos organizarlo de otra forma.

—¿Otra forma? —la miró interrogadora.

—Podrían colocar las mesas en el centro, dejando espacio alrededor para que los comensales puedan situarse. Las cuatro mesas iguales, con entrantes, primeros y segundos, de manera que sus invitados se colocasen en una de ellas con las personas que les son afines.

—¿Y los postres?

—En la terraza —siguió Meredith con evidente disfrute—. Pondría una mesa de postre y una con el ponche y otras bebidas. Situaría a dos o tres lacayos para atender las demandas de sus invitados.

Lady Emily la miraba sorprendida.

—¡Es una idea maravillosa! Creo que una vez oí que la princesa viuda de Gales había hecho algo parecido.

—Sí, yo también lo leí —sonrió abiertamente—. De hecho, es de ahí de donde he sacado la idea.

—Maravillosa. Te dejo a ti para que lo organices todo, yo hablaré con la señora Carpenter para elegir el menú y los postres. —La cogió de las manos—. Eres mi salvación, Meredith. Desde que llegaste a esta casa has sido una bendición para mí. Belinda es una mujercita encantadora y la mejor hija que una madre pueda desear, y sé que en gran parte es gracias ti. ¿Cómo no voy a considerarte miembro de esta familia? Nunca hago caso de los que me dicen cómo debo tratar a mis empleados. Ellos no los conocen como yo.

—Le agradezco mucho sus palabras. Belinda me es muy querida y usted y su marido me han hecho sentir siempre como en mi casa. Se lo agradezco de todo corazón.

—Vamos, vamos —dijo soltándola con una abierta sonrisa—. Acabaremos llorando como dos tontas. Ve a planificar todo eso que me has dicho, pero antes avisa a la señora Carpenter que la espero aquí para hablar de la cena y las compras al respecto. ¡Ah! Y asegúrate de que esos diablillos se acuestan temprano, no los quiero entorpeciendo el trabajo de los criados.

Meredith salió de allí y una vez fuera se apoyó en la pared y respiró hondo para calmar sus emociones. Realmente apreciaba a esa familia, los dos años que llevaba viviendo con ellos

habían sido los más agradables desde la muerte de su madre. Por primera vez se sentía cómoda fuera de casa y sin su padre. Las otras familias para las que había trabajado no le transmitieron nunca la calidez y el afecto de los Warren. Dejó escapar el aire de sus pulmones y se arregló el vestido y el pelo en un gesto mecánico, antes de dirigirse hacia las dependencias de los criados. No era la primera vez que le daban autoridad para dirigirlos, pero siempre se sentía inquieta en ese papel.

✿✿✿

—Me da mucha rabia que usted no pueda asistir, después de todo lo que ha hecho para que el baile sea un éxito —se lamentó Belinda con sincero pesar.

—Hija, no sabes cómo te entiendo —se unió su madre—, a veces no entiendo las convenciones sociales.

Meredith les sonrió a las dos con afecto y negó con la cabeza.

—No me gusta bailar.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó lady Emily—. Lo de menos en un baile es precisamente el baile en sí. Los bailes son un momento para socializar y establecer los contactos adecuados. Es algo mucho más importante que dar vueltas mientras suena la música.

Meredith frunció ligeramente el ceño, no parecía odiar mucho esa clase de «convención social».

—Espero que Luke se decida esta misma noche. Su padre y yo queremos respirar tranquilos, sin sobresaltos de ninguna clase, y este muchacho es lo contrario a la calma.

—Ojalá se case de una vez —musitó Belinda y luego miró a Meredith buscando su complicidad.

—No ha prestado atención a nada de lo que le he dicho sobre el baile —siguió su madre con voz quejumbrosa—. Está completamente volcado en organizar y decorar su nuevo despacho. No parece interesado en absoluto en encontrar esposa.

Meredith no dijo nada al respecto, a pesar de que esa mañana le había pedido ayuda para organizar los libros y algunos objetos que tenía desparramados por el suelo de la estancia. Luke Warren se parecía a su hermana, era despierto y afable en su trato y, sobre todo, era muy divertido. Ella se había reído a carcajadas varias veces con sus ocurrencias, a pesar de sus

esfuerzos para resistirse a ello. Belinda había aparecido y se había unido a ellos y ahora la miraba con curiosidad, por lo que intuyó que también estaba pensando en eso.

—Será mejor que vayas a arreglarte para recibir a nuestros invitados —pidió su madre.

Meredith y ella se pusieron de pie enseguida.

—No deje que se ponga demasiados adornos. El vestido ya es lo bastante especial como para no necesitarlo. Te he dejado sobre el tocador el colgante de aguamarina que tanto te gusta.

—¡Oh, mamá! —exclamó corriendo a abrazarla—. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Zalamera, que eres una zalamera —rio su madre divertida.

Las dos mujeres salieron del salón y Belinda se agarró al brazo de su institutriz con evidente entusiasmo.

—Sé que mamá no va a separarse de mí en toda la noche, aún no he sido presentada en sociedad, pero sé por Georgia que Ryan ha venido para asistir al baile. Él y Thomas están alojados en casa de los Wharton y no se irán hasta dentro de tres días. ¿No es maravilloso?

Meredith se detuvo y la miró ceñuda.

—¿Le has contado a la señorita Carver lo de Ryan?

Belinda se mordió el labio y Meredith abrió mucho los ojos.

—¿Y lo de que me «colé» en su dormitorio?

—Solo se lo he contado por encima y reaccionó estupendamente.

—Pero, Belinda, esto no te incumbe solo a ti, no puedes ir contando cosas que afectan a otras personas sin consultárselo primero.

—No se enfade —suplicó agarrándola de la mano—. Por favor, señorita Meredith, no se enfade conmigo. Me entristeceré y no disfrutaré del baile si sé que está enfadada.

—No puedo negar que estoy decepcionada. No me esperaba esto de ti.

Los ojos de Belinda se humedecieron y dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Tiene razón, soy horrible.

Meredith dejó escapar el aire por la nariz. Conocía bien sus trucos y sabía que era muy buena ablandando a los demás.

—Vamos a tu cuarto, si no empiezas a arreglarte no estarás lista cuando lleguen los primeros invitados.

—¿Usted que va a hacer? —preguntó caminando a su lado.

—Pues lo que hago siempre, supongo. Leeré o bordaré.

—Puede quedarse en el saloncito que hay junto al de baile, así escuchará la música. Sé que le gusta mucho y hoy los músicos son muy buenos, se lo aseguro. Mi madre siempre contrata a

los mejores.

Meredith arqueó una ceja y lo pensó. Era cierto que le gustaba la música y también que no todos los días tiene uno la oportunidad de escuchar a una pequeña orquesta como la que tocaría esa noche. Dos violines, un violonchelo y un contrabajo, además de las flautas, oboes, clarinetes y fagots. Y, por supuesto, el pianista, del que había oído hablar maravillosamente. Lady Emily no se había privado de nada, la orquesta que había contratado había tocado para su majestad el rey en más de una ocasión, aunque en su versión de veinte o treinta instrumentos. Esa noche serían solo nueve, más que suficiente para un baile de esas características.

La ayudó a arreglarse intentando mantener un semblante serio, pero Belinda no tardó mucho en arrancarle una leve sonrisa y a partir de ahí dejó de esforzarse. No tenía sentido mantener un enfado que en realidad no sentía. Le gustaba la señorita Carver y pensaba que era una buena influencia para Belinda. Que hablasen de Ryan Crawford era inevitable, Belinda no pensaba en otra cosa. Y, después de todo, ella solita se metió en ese lío, si no quería que supieran que se había colado en la habitación de un hombre soltero con el que no la unía el menor parentesco, no debería haberlo hecho.

—¿Cómo estoy? —preguntó Belinda mirándola expectante.

Meredith sonrió ufana y asintió con la cabeza.

—Preciosa.

Belinda lucía un vestido de gasa de seda en un delicado tono azul celeste, que evocaba la frescura de la primavera. El tejido ligero caía en suaves pliegues desde su cintura natural, con una enagua que le daba volumen, pero sin ser excesivamente pesada. El escote, ligeramente más bajo de lo habitual, pero aún modesto para su edad, estaba adornado con un encaje blanco que enmarcaba delicadamente sus hombros juveniles. Las mangas, cortas y con pequeños volantes de encaje, dejaban al descubierto sus brazos, aportando un toque fresco y juvenil. Una fina faja de seda rosa pálido ceñía su cintura, destacando su esbelta figura sin exagerarla. El lazo atado en la parte trasera añadía un toque de coquetería, sin ser demasiado ostentoso. Meredith la hizo girar suavemente y ajustó el lazo, mientras algunas flores de seda, delicadamente tejidas a mano, adornaban la falda, como pequeños destellos de la primavera. El cabello de Belinda, castaño y brillante, estaba recogido en un peinado sencillo pero elegante, con algunos rizos sueltos que caían sobre su nuca. Una cinta de seda rosa adornaba también su cabello, y pequeñas flores frescas, recogidas esa misma mañana, completaban el tocado, aportando un aire natural y juvenil.

—¿Me pongo el colgante? —preguntó—. Mamá se sentirá decepcionada si no lo hago. En realidad no me gusta tanto como ella cree. De niña sí, pero ahora prefiero las perlas.

Meredith cogió la joya de su tocador y la ayudó a ponérsela. No pudo evitar pensar en su madre y en la única joya que había heredado de ella: un broche *penannular*. El broche circular, tenía un pequeño espacio abierto que permitía que una barra delgada lo atravesara y se cerrara sobre la tela. Era sencillo, con un diseño celta tallado en plata antigua. En el centro, una gema de un cálido tono dorado, conocida en las tierras altas como *Cairngorm*, brillaba discretamente.

La institutriz observó de nuevo la fina joya aguamarina en el cuello de Belinda y asintió satisfecha.

—Queda perfecta —afirmó.

Belinda se giró para mirarse en el espejo y sonrió también. Estaba muy ilusionada con la idea de ver de nuevo a Ryan y quería estar perfecta.

—Mamá ha dicho que puedo bailar tres piezas —dijo volviéndose hacia Meredith.

—Pero no puedes bailarlas todas con el señor Crawford.

—Lo sé —se rio la joven—, aunque es lo que desearía. No se preocupe, no haré nada indebido. Solo bailaré con él una vez, lo prometo.

Meredith la miró con ternura.

—Intenta disimular todo lo que puedas, Belinda. Si tu madre se da cuenta de lo que te traes entre manos, te mandará directa a la cama y no volverá a dejarte asistir a un baile hasta que hayas debutado.

Su pupila la agarró de las manos y la miró con pesar.

—Odio esas convenciones y normas de las que hablaba mi madre, no es justo que usted no pueda asistir al baile. ¿Qué tiene de malo que sea mi institutriz? Es mi amiga y la quiero muchísimo.

—No seas zalamera conmigo, deja tus carantoñas para quien las necesite —se burló la otra —. Y, anda, ve ya que tu madre enviará a alguien a buscarte si te retrasas. Es mejor que no la pongas nerviosa. Yo recogeré todo esto y pasaré una noche agradable y tranquila.

—Sé lo mucho que le gusta la música, no finja que no —dijo caminando hacia la puerta—. Y deje que se encargue el servicio, este no es su trabajo.

Meredith no le hizo caso y continuó recogiendo la ropa que había quedado esparcida por la habitación. Lo guardó todo en su sitio y una vez en orden salió del cuarto para ir a buscar su cesta de bordado y el libro que estaba leyendo en ese momento.

Después de una hora y media sentada en una butaca, escuchando la música que llegaba desde el salón de baile, se puso de pie y se estiró para desperezarse y desentumecer los músculos

que se le habían agarrotado. Se acercó a la ventana y comprobó que allí la música se escuchaba aún mejor y sonrió alegre. Sus pies empezaron a moverse instintivamente con una pieza de Mozart y no pudo resistirse a tararear la melodía que conocía muy bien. Poco a poco se olvidó de todo lo que no fuese la música y se deslizó por el salón moviendo los brazos al compás. Se sentía ufana y extrañamente feliz. No se percató de que la puerta se abría y alguien entraba en el saloncito. La figura masculina se quedó de pie, observándola en silencio y Meredith continuó con su danza hasta que la música acabó. El corazón le latía desbocado por el esfuerzo cuando se giró para regresar a su sillón. Lanzó un contenido grito al ver a Luke Warren recortado contra el hueco de la puerta.

—No quería asustarla —se excusó él acercándose.

Meredith tenía la mano en el pecho y trataba de recuperar la compostura. Estaba tan roja que sus ojos brillaban extraordinariamente.

—¿Desde cuándo…?

—Hace unos minutos.

—¡Oh, Dios mío! —Se giró dándole la espalda.

—No se avergüence, no hacía nada malo.

La institutriz valoró sus posibilidades de escape, pero él estaba en mitad de su camino hacia la puerta y, además, para eso tendría que volverse, así que se mantuvo en la misma posición a la espera de que Luke se compadeciese de ella y se marchase.

—¿Le apetece un jerez?

La voz provenía de su derecha y miró hacia allí con disimulo. Él estaba en el mueble de las bebidas sirviendo dos copas de vino

—¿No debería estar en el baile? —preguntó ella cuando él le ofreció una de las copas—. Es en su honor.

—Honor me parece una palabra excesiva. Solo he hecho un viaje de poco más de dos años, no creo que sea digno de ningún homenaje por ello. —Bebió un trago sin dejar de mirarla y sonrió al señalarle la butaca en la que había estado sentada—. Estará cansada después de tanto ejercicio.

Las mejillas de Meredith se arrebolaron de nuevo, pero se sentó obediente. Luke ocupó una silla cercana y dejó la copa en una mesita antes de continuar con la charla.

—Me he escapado de mi madre —confesó—. Quería que bailara con Georgia Carver a toda costa esta noche y me temo que iba a acabar poniendo a la pobre en un compromiso. No quiero enfadar a Frederick.

Una pequeña arruga se dibujó en la frente de Meredith, pero no dijo nada.

—Es muy protector.

Esperó para darle la oportunidad de decir algo, pero Meredith no parecía dispuesta a participar de la conversación.

—¿Conoce usted a Georgia? Seguro que sí, Belinda y ella se llevan muy bien.

La institutriz asintió lentamente.

—He dejado la puerta abierta —siguió él, señalando hacia ella—. Puede relajarse, no hacemos nada malo. Estamos charlando amigablemente. Aunque, de momento, solo hablo yo.

Meredith sintió que se le escapaba una sonrisa y bajó la mirada tratando de disimularla. Luke se recostó en el respaldo de su silla y la miró con mayor interés.

—Hábleme de usted, señorita MacNiall.

—No se me ocurre un tema menos interesante.

—Deje que eso lo decida yo. Cuénteme, ¿desde cuánto es institutriz?

—Desde hace cuatro años.

—Pero entonces sería una niña.

—Tengo veintidós años.

—Lo que he dicho, una niña.

—Al principio era más una niñera que una institutriz —aclaró sincera—. Podríamos decir que su hermana es mi primera pupila.

—Ya veo. Pues está haciendo un gran trabajo con ella. Está muy cambiada.

—¿En qué sentido? —preguntó interesada.

—Supongo que mi madre ya le contaría sus «peculiaridades» cuando la contrató.

—Sé que era un poco… traviesa.

Él sonrió abiertamente.

—Bonita manera de suavizarlo. Era un terremoto y nos metió en más líos de los que puedo recordar. Ahora parece una jovencita la mar de serena y está claro que es gracias a su influencia.

—Me otorga demasiado mérito. Mi intervención ha sido mínima. Me limito a educarla y a acompañarla en su andadura hacia la madurez.

—Y la corrige cuando es menester, he sido testigo de ello en varias ocasiones. Es sutil y cuidadosa en sus formas, pero tajante y sin resquicios. Aunque creo que su fortaleza radica en que predica con el ejemplo. Será una madre extraordinaria.

Meredith lo miró sorprendida.

—Discúlpeme, lo he dicho sin pensar. Estos dos años me han cambiado, me temo. Tardaré

un tiempo en acomodarme de nuevo a la vida de Londres.

—Estoy segura de que su madre se lo agradecerá.

—Solo que he perdido un poco de la rigidez que caracteriza a nuestra sociedad.

—Esa rigidez nos define, señor Warren.

—A usted no.

Durante unos segundos los dos permanecieron en silencio, dejando que la extraña conversación se diluyera con los compases de un minueto de Mozart.

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta? —preguntó Luke con mirada inquisitiva.

Meredith habría querido decir que no, pero se limitó a encogerse de hombros mientras recuperaba su labor de bordado de la cesta que había dejado junto a la butaca.

—¿Por qué no se ha casado aún?

La institutriz levantó la mirada sin poder disimular su sorpresa.

—No me mire así, pretendía hacerle un cumplido —sonrió Luke—. Me resulta inexplicable que no haya ningún hombre esperándola.

—Tengo a mi padre.

—Sabe que no me refiero a eso.

Meredith estaba completamente fuera de lugar, no entendía lo que pretendía y sabía que debía andarse con pies de plomo para no destruir algo que había logrado después de dos años de trabajo.

Mientras ella dudaba sopesando las diferentes opciones que tenía para responder, Frederick Wharton apretaba los labios fuera del salón, muy cerca de la puerta abierta. Llevaba unos minutos allí, desde que, azuzado por un aburrido Thomas, había ido tras Luke al que había visto entrar en el salón contiguo. No le sorprendió nada que Luke estuviese desplegando su arsenal frente a la institutriz de su hermana, no era la primera vez que dedicaba sus atenciones al servicio, pero por algún motivo lo irritó sobremanera que la hubiese elegido precisamente a ella para su juego. Varias veces se conminó a entrar y acabar con aquella peligrosa situación, pero sus pies no le respondían. Y tuvo que confesarse que deseaba escuchar lo que la institutriz tenía que decir.

—Señor Warren —la voz de Meredith sonó excesivamente tranquila—, soy la institutriz de su hermana, no la suya. No estoy aquí para enseñarle normas de conducta.

Luke se puso de pie y extendió la mano.

—Baile conmigo —pidió con una sonrisa.

—¿Qué?

—Le pido un baile, nada más. Una simple contradanza.

Meredith miró la estancia a su alrededor.

—Estamos solos.

—Fingiremos que formamos parte de un grupo —insistió él sin bajar la mano.

—No.

—Sigo siendo un perfecto caballero, sabré comportarme. Si baila conmigo esta pieza, que ya se ha iniciado, la dejaré en paz el resto de la noche. Si no, me quedaré aquí hasta que Frederick venga a buscarme. Lo hará, se lo aseguro. Thomas debe estar aburrido y no tardará en cansarse de oír sus quejas.

Meredith tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar su inquietud al escucharlo. La idea de que el estirado y arrogante Frederick Wharton apareciera y viera a su amigo allí… No necesitaría mucho más para dejar volar su imaginación con retorcidos pensamientos que la dejarían a ella en muy mal lugar. Colocó la labor en su cesta con evidente lentitud y se puso de pie. Luke sonrió satisfecho, pero su sonrisa se congeló en los labios cuando vio que se inclinaba frente a él a modo de despedida.

—No soy una buena bailarina —dijo—. Y ya que usted no piensa marcharse, lo haré yo.

Luke la agarró del brazo y ella se libró de su agarre mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hace?

—No se marche, por favor.

—¿Cómo se atreve?

—No pretendía…

—Luke, tu madre requiere *tu* presencia en *tu* fiesta.

Meredith sintió que se le congelaba la sangre en los pies y se giró asustada.

—Iré enseguida —respondió el susodicho.

—Muy bien. Le diré a tu madre que estás ocupado con la institutriz de tu hermana y que irás en cuanto puedas.

Luke gruñó mirando a su amigo con expresión furibunda, pero el otro no se inmutó.

—Tenemos un baile pendiente —dijo antes de dirigirse hasta su amigo, cogerlo del brazo y llevárselo con él.

Ya en el pasillo, Frederick se soltó de su agarre y lo miró con curiosidad.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—No ha pasado nada, Frederick, no te pongas…

—¿Ya te has olvidado de *Fräulein* Constanza?

—Eso intento.

—Si sigues por este camino le vas a dar un disgusto a tu madre.

Luke frunció el ceño y miró a su amigo con atención.

—¿Por qué te importa tanto? Nunca te habías metido en mis asuntos.

Lejos de aliviarlo, ese comentario irritó a Frederick que endureció su expresión. ¿Sus asuntos? ¿De qué asuntos estaba hablando?

—Vamos —dijo Luke sonriendo—. Me portaré bien el resto de la noche, tranquilo. Prometo bailar con todas las jóvenes que mi madre me indique. ¿Más tranquilo?

Su amigo no dijo nada y se dejó arrastrar de regreso a la fiesta.

—¿Dónde estabais? —Los abordó Thomas—. Estoy aquí por vosotros, no volváis a dejarme fuera de lo que sea que hayáis estado haciendo. ¿Qué habéis estado haciendo, por cierto?

—Ryan está bailando con Belinda —dijo Luke sorprendido.

—¿Y? —Thomas torció una sonrisa—. No te lo tomes a mal, pero no ha venido por ti.

—Debería cuidar un poco las apariencias, Belinda aún no ha sido presentada en sociedad.

—Creía que te alegrabas por ellos. —Thomas miró hacia los bailarines—. Solo se están divirtiendo. Mi hermano no hará nada indebido, puedes relajarte.

—Más le vale.

Frederick miraba la escena con una mezcla de sentimientos. Por una parte, seguía irritado con Luke y por otra, era consciente de haber sido injusto con ella todo ese tiempo. Era evidente que esos dos eran la causa de que ella estuviese en aquella habitación. Y también que no era la persona que él había creído. Su comportamiento con Luke había sido el que cabría esperar en una mujer decente.

—Voy a tomar el aire —dijo de pronto.

—¿Ahora? —Luke arrugó su expresión.

—Sí, ahora. Tú, cumple con tu palabra y baila con quien tu madre te diga.

—Voy contigo —dijo Thomas siguiéndolo.

Los dos amigos salieron por los ventanales que daban al jardín, dejando al otro atrás.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Thomas una vez se hubieron alejado del bullicio de la fiesta.

Había otras personas paseando, pero eran pocas y estaban lo bastante lejos como para poder hablar con tranquilidad.

—Estaba flirteando con la señorita MacNiall.

—Ya veo —dijo Thomas asintiendo—. Y te ha molestado.

—¿Molestarme? En absoluto. ¿Por qué habría de molestarme? ¿Es de mi incumbencia acaso? —Negó insistentemente.

—Pues para no molestarte pareces alguien bastante predispuesto a acabar con su sufrimiento.

Frederick ignoró el sarcasmo y negó con la cabeza, aunque no estaba muy claro qué era lo que negaba.

—Me preocupa. Es mi amigo. ¿A ti no te preocupa?

Thomas se encogió de hombros.

—No, la verdad.

Frederick frunció el ceño.

—Se meterá en un lío y acaba de regresar.

—Luke siempre se ha metido en líos y sabe muy bien cómo salir de ellos. Me preocupas más tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Conozco a tu padre, es una pésima idea.

—¿De qué estás hablando?

—No eres como Luke, tú eres de los que se casan.

Frederick tenía el ceño tan arrugado que tuvo que entornar los ojos para sostener las arrugas de su frente.

—El barón no consentirá que te cases con una institutriz —siguió Thomas.

—¿Casarme con…? —Soltó una carcajada—. ¿Estás borracho?

—He visto cómo la miras. Ya lo vi en Berksham. Me temo que fue amor a primera vista.

—Te has vuelto loco. Si no soporto estar en la misma habitación que ella.

—No vas a poder engañarte mucho más tiempo, Frederick. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de ella lo más posible.

—Es exactamente lo que hago. —Le dio la espalda frotándose la nuca en un gesto nervioso —. No la soporto.

—Te conozco muy bien y nunca te había visto así con ninguna mujer. Pero tu padre no lo permitirá.

Frederick se giró hacia él con una dura expresión.

—Deja de hablar de mi padre. Mi padre no tiene nada que ver en esto. Y esa mujer no me gusta en absoluto. Tan solo trato de evitar que Luke cometa una estupidez. Siento mucho afecto

por Georgia y no permitiré que la ponga en una situación…

—¿Georgia? —Lo cortó su amigo—. Ella sabe perfectamente cómo es Luke, si accede a casarse con él no creo que pretenda cambiarlo. Tu prima no es de esa clase de mujer.

Frederick apretó los labios, pero no lo rebatió.

—Puedes seguir negándolo, pero yo seguiré insistiendo hasta que me lo crea. Quítatela de la cabeza, Frederick. Meredith MacNiall no es para ti.

—No tengo interés ella, pero si lo tuviera sabes que el hecho de que sea de una clase inferior no…

—Solo tiene a su padre —volvió a cortarlo—. Ya has visto lo que le pasó a la señorita Sikes. No les arruines la vida, Frederick.

—¿Me estás comparando con él? —El dolor asomó a sus ojos—. ¡Yo no soy mi padre! Jamás… ¡Oh! Déjalo, no entiendo por qué te estoy respondiendo.

—No pretendo meterme en tu vida, somos amigos y te respeto demasiado, pero no puedo quedarme al margen, lo siento. Sé que no eres como tu padre. Eres lo contrario a tu padre, Frederick, pero él es parte del asunto. No se quedará de brazos cruzados si tratas de pasar esa línea. Te lo digo como amigo, aún estás a tiempo, es solo una fantasía. Déjalo así.

—Me gustaría que me dejaras solo. Me das dolor de cabeza y no dices más que sandeces.

Thomas aceptó que lo aventara, consciente de que no había ayudado mucho a calmar su irritación. Se alejó de allí regresando sobre sus pasos y Frederick le dio la espalda para soltar el aire de un bufido.

—Maldita sea.

Capítulo 8



Meredith recogía sus cosas para irse a dormir cuando escuchó que la puerta se cerraba detrás de ella. Se giró temerosa, había tenido demasiadas sorpresas esa noche.

—¿Qué hace? Abra la puerta inmediatamente.

—¿Qué pretende? —le espetó Frederick con evidente inquina.

—No pretendo nada, y usted no debería…

—Se está metiendo en un terreno peligroso, señorita MacNiall y no sé si es consciente de ello. Luke Warren… Debe mantenerse alejada de él.

La institutriz abrió la boca para soltar una imprecación, pero su cerebro fue lo bastante fuerte como para obligarla a cerrarla antes de que fuese demasiado tarde.

—¿No va a decir nada?

Ella negó con la cabeza mientras retorcía sus manos con fuerza.

—No me lo puedo creer… —Él se paseó nervioso por el cuarto unos momentos. De pronto, se detuvo frente a ella—. ¿Está interesada en él?

Meredith cogió su libro y se dispuso a abandonar la estancia sin decir una palabra, pero él no iba a permitírselo. Se interpuso en su camino convencido de que, en aquella batalla, la victoria era suya.

—¿No va a responderme? —espetó.

—No quiere que lo haga, se lo aseguro —dijo con frialdad.

—Se equivoca —la retó.

—Está bien, si insiste… Puedo aceptar que sea usted un arrogante, un prepotente y un orgulloso, pero no toleraré que cuestione mi honor y mi integridad. Por supuesto que no estoy interesada en el señor Warren y que haya pensado lo contrario, solo habla de su catadura moral, no de la mía.

—Y, aun así, estaba en este salón con él. A solas.

—Si hubiese escuchado la conversación, habría visto que no he hecho nada reprobable. Yo

estaba aquí y él ha entrado. ¿Qué pretendía que hiciera? ¿Que me pusiera a gritar «socorro»?

Frederick tenía los labios apretados y Meredith se cansó de esperar una disculpa.

—Crea lo que quiera —dijo dolida—. Está claro que usted siempre pensará lo peor de mí, sin importar lo injusto que sea.

Frederick no se movió para dejarla pasar.

—Por favor —pidió ella—. Apártese.

—Estaba en el dormitorio de Ryan Crawford por Belinda, ¿verdad?

Meredith elevó el mentón, no estaba dispuesta a revelar un secreto que no le pertenecía.

—Sé que hay algo entre ellos —siguió él—, ya no tiene que protegerlos. Imagino que Belinda le pidió que le dejara una nota o algo así. Eso era lo que escondía en el bolsillo de su vestido. —Titubeó desviando la mirada—. Me disculpo por haberla juzgado mal, aunque en parte es culpa suya.

—¿Culpa mía? Ya me parecía raro que se disculpara.

—Fue muy arrogante conmigo.

—Que yo fui… —No supo si echarse a reír o darle un puntapié para que la dejase pasar.

—Me he disculpado, no parece muy contenta.

—Tiene usted una gran tolerancia para sus propios errores y muy poca para los ajenos, señor Wharton.

—Debería considerar el eximente de ocultación. —Frederick torció una sonrisa burlona—. Entenderá que yo no contaba con toda la información entonces y solo podía juzgar lo que tenía ante mis ojos.

Meredith habría querido rebatírselo, pero no estaba en su naturaleza ser injusta.

—En cuanto a lo de esta noche… —Respiró hondo y dejó escapar el aire en un suspiro—. Siento haberla abordado de un modo tan… brusco.

La institutriz percibió la tensión en su cuerpo como una corriente emanando de él y encogió los ojos para mirarlo con más atención. Asintió levemente por toda respuesta.

—Es cierto que usted no conoce a Luke como yo —susurró Frederick.

—Siendo su amigo, no lo deja en muy buen lugar.

—Como amigo lo aprecio sinceramente, pero eso no hace que esté de acuerdo con todo lo que hace o piensa, se lo aseguro. No quiero que piense que es una mala persona. Nunca ha obligado a ninguna mujer a hacer nada que ella no quisiera. El problema es que le resulta muy fácil conseguir que quieran, ¿me entiende?

La institutriz asintió levemente.

—Pero ya me ha quedado claro que no es su caso —siguió él—. Le doy mi palabra de que no volveré a juzgarla a la ligera. No quiero estar disculpándome una y otra vez con usted.

¿Eso es una sonrisa? Se preguntó Meredith confusa. Sí, estaba sonriendo y su mirada se había suavizado. Incluso tenía una expresión amable en el rostro…

—¿Qué le parece si nos sentamos y hablamos como dos personas civilizadas? —propuso Frederick—. Como ya sabe, soy un buen amigo de la familia Warren y vamos a vernos a menudo, estoy seguro de que no nos será difícil encontrar algún tema afín sobre el que conversar.

Meredith no disimuló su sorpresa y estuvo tentada de negarse, pero lo pensó mejor y tomó asiento frente a él. Llevarse mal con alguien de la talla de Frederick Wharton, no era una buena idea en ningún caso, pero siendo además tan buen amigo de la familia Warren, podía ponerle las cosas muy difíciles.

—¿Podría abrir la puerta, por favor? —pidió.

Frederick hizo lo que le pedía y después se sentó también. La observó un momento en silencio, consciente de su enervada espalda y sus manos unidas sobre el regazo en actitud defensiva. Meredith, por su parte, tenía la mirada en los ricos cortinajes en color ocre que cubrían las ventanas, y los oídos concentrados en la música que seguía sonando en el salón de baile.

—Reconozco que no es usted como las institutrices que conocí.

—Supongo que debo tomarme eso como un cumplido.

—Ahora es usted la que me juzga duramente, y no se lo reprocho. Debe considerarme un necio.

—No creo haber dicho tal cosa.

—Cierto. Solo me ha llamado arrogante, prepotente y orgulloso.

—Ahora soy yo la que debe disculparse —dijo ella sin apariencia de pesar—. Mi padre asegura que tengo un carácter demasiado fuerte para ser institutriz.

—¿Cuál opina su padre que sería la mejor ocupación para usted?

—La de *Laird*.

Frederick soltó una carcajada sin poder contenerse.

—¿*Laird*? —siguió riendo—. Ya me cae bien el señor MacNiall y eso que no lo conozco. ¿Tiene usted más hermanas? Desearía saber qué ocupaciones ha previsto su padre para ellas.

—Soy hija única —dijo sonriendo también—, pero estoy segura de que si las tuviera habría una generala y probablemente una reina. Mi padre tiene una gran imaginación. ¿Usted…?

Se detuvo en seco al darse cuenta de lo inapropiado que era lo que iba a preguntar. Frederick asintió con complicidad antes de hablar.

—Sí, yo tengo una hermanastra, supongo que Belinda se lo habrá contado. Mi padre la engendró fuera del matrimonio. —La miró inquisitivo—. ¿La he escandalizado?

—En absoluto.

—¿Y si le dijera que mantengo una estrecha relación con la mujer que se entregó a mi padre sin ser su esposa? ¿Eso la escandalizaría?

—¿Estrecha en qué sentido?

Se recostó cómodamente en el asiento en una actitud aparentemente relajada.

—Como imaginará, no tienen una vida muy fácil. Yo procuro suavizar esas aristas.

—Pues lo cierto es que no imaginaba nada al respecto. No tengo por costumbre juzgar a los demás a la ligera. No como otros.

Frederick frunció el ceño.

—Acepto la estocada. —Inclinó la cabeza a modo de rendición cortés.

—¿Se ha convertido usted en su protector porque le importa su hermanastra o por reprender a su padre?

Frederick no pudo disimular su sorpresa. Ni su sonrisa.

—Veo que es usted muy perspicaz, señorita Meredith. Si quiere sinceridad, las dos cosas.

Ella dejó caer ligeramente los tensos hombros. Sus manos ya no estaban crispadas.

—Sea como sea, alabo su comportamiento —dijo sincera.

—No crea que soy un santo.

—Dios me libre de creer tal cosa.

—Al principio me acerqué a ellas por vergüenza y rabia. Pero ahora mis motivos son mucho más egoístas. Son lo más parecido a una familia que tengo.

—Tiene a su padre.

—Si lo conociera no diría eso, mi padre solo se tiene a sí mismo. Pero no quiero que piense que nuestra relación es mala. Hemos encontrado el modo de soportarnos.

—Me alegro.

—¿Se alegra por mí o por él?

Meredith lo pensó un momento antes de responder.

—Me alegro de cualquier bien ajeno, así que supongo que por los dos.

—Buena respuesta. Ambigua y fría, pero con una chispa de esperanza.

—¿Esperanza?

—De que podamos ser amigos.

—No he dicho tal cosa —negó rotunda.

—¿Tan desagradable le parezco? Creía que me había perdonado.

—Dos personas como nosotros no pueden ser amigos de ningún modo.

—¿Dos personas como nosotros?

—Usted será el barón de Harmouth algún día.

—¿Y no se me permite tener amistades?

—Como esta, no.

—¿Por qué?

—Soy institutriz.

—¡Ah, eso! Tiene razón en que tendré que hacer un gran esfuerzo para olvidar ese detalle.

—No me refería a… ¿Se está burlando de mí?

Frederick sonrió abiertamente unos segundos y luego se puso serio de nuevo.

—¿Sabe que no puedo hablar de Elizabeth como de mi hermana frente a nadie? No se me permite. Debo tratarla como a una desconocida y hablar de ella… En realidad, no puedo hablar de ella en absoluto. A veces me resulta agotador tanto convencionalismo, tanta ley no escrita. ¿Qué culpa tiene esa criatura de haber nacido de un hombre como mi padre? ¿Acaso lo eligió? Es una niña inocente y adorable, que da palmas cuando me ve.

Ahora fue Meredith la que sonrió al imaginarlo.

—Le entiendo.

—¿Me entiende? —la miró sorprendido.

Meredith asintió.

—Su hermana es su hermana, independientemente de la catadura moral de su padre y de su madre…

—No juzgue a Paige muy severamente, era muy joven e inocente. La engañaron.

Meredith asintió.

—Lo entiendo —repitió—. Pero, sea como fuere, su hija no debería pagar por sus errores.

Frederick la observó unos instantes entre deslumbrado y sorprendido.

—¿Sabe que es la primera vez que hablo de esto con alguien?

Meredith frunció el ceño.

—Ni siquiera con Thomas o Luke he podido tratar este tema —añadió asombrado—. No entiendo qué es lo que me hace sincerarme con usted.

Lo dijo de un modo que la hizo levantar la mirada que había clavado en sus propios dedos y cuando sus ojos se encontraron una cálida sensación los envolvió. Se puso de pie de golpe.

—Debería retirarme ya.

—¿Tan pronto? —dijo él visiblemente apesadumbrado.

—Mañana quiero madrugar y…

—¿Va a alguna parte?

—Todos los días salgo a caminar temprano.

—¿Adónde va?

—A *St. James's Park*, a veces a *Regents's Park*. Depende del día.

Él asintió y le dio paso con un gesto.

—Que descanse, señorita MacNiall.

—Buenas noches, señor Wharton.

Recostado en una butaca del cuarto que ocupaba en casa de los Warren, con un vaso de whisky en una mano y la otra sosteniendo su ladeada cabeza, el futuro barón de Harmouth daba vueltas a sus lúgubres pensamientos. La conversación que había mantenido con Meredith había alterado su ánimo de manera incomprensible. ¿De verdad le había hablado de Elizabeth a una perfecta desconocida? Una desconocida, además, con la que no le unía la menor afinidad. Bebió un trago y volvió a recostar la cabeza dejando escapar el aire en un largo suspiro. Debía sentirse muy solo para ir hablando de sus cosas con una institutriz. Los recuerdos lo arrollaron entonces sin remedio y el pasado se hizo sitio en sus atormentados pensamientos. Odiaba a las institutrices con verdadera inquina. Las tres que él había sufrido fueron tres personas despreciables, ruines, mezquinas y crueles que clavaron sus uñas en su tierno corazón y lo arañaron hasta hacerlo sangrar. Dos de ellas, unas depravadas capaces de darle a su padre cualquier cosa que pedía y que lo veían a él como un estorbo, una piedra en su camino, y que se dedicaban a golpear esa piedra con saña. Y la tercera, una enferma, amargada e insensible, que a punto estuvo de quebrarlo.

Apuró el contenido de su vaso y lo dejó con rabia sobre una mesilla antes de ponerse de pie. Se paseó por la estancia con los dedos enterrados en su pelo.

—No puedes hacer lo que estás pensando —masculló para sí.

Siguió paseando cada vez más nervioso.

—Es un lugar público. Puedo ir si quiero.

Negó con la cabeza como si se respondiera.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo? Está claro que es una persona con la que se puede hablar. Nunca en mi vida me había sentido tan cómodo con nadie. Que sea institutriz…

Eres imbécil. Claro que importa que sea institutriz. Es una maestra de la manipulación. Probablemente has sido víctima de sus artimañas, por eso no piensas con claridad. No vas a ir a St. James's ni a ninguna otra parte con ella. Quítatelo de la cabeza. De ningún modo.

Se preguntó dónde estaría su habitación, si estaría ubicada en aquella misma planta. Todo el mundo se había retirado hacía más de dos horas. Todos los invitados habían regresado a sus casas, ¿por qué él se había quedado? No es que Luke hubiese insistido demasiado. Y la excusa de que Thomas estaba demasiado borracho…

No vas a ir con ella. Quítatelo de la cabeza.

Meredith deambulaba por la habitación turquesa. Miró de nuevo el reloj que descansaba en la repisa de la chimenea. La habitación era enorme y fría. Echaba de menos el que había sido su dormitorio desde que se instaló en aquella casa, mucho más acogedor que aquel. No se acostumbraba a su nueva ubicación. Se sentó en la cama dejándose caer como si el peso la aplastara. Frederick estaba durmiendo en el que había sido su lecho durante dos años. Podían haberlo instalado en otro de los muchos dormitorios de la casa, era molesto que le hubiesen dado precisamente ese. ¿Y por qué se había quedado? No vivía lejos, podría haber vuelto a su casa.

¿Sabe que es la primera vez que hablo de esto con alguien?

La voz de Frederick resonó en su cabeza y las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente. Había pasado un rato muy agradable con él. Resultaba una novedad que fuese tan amable con ella y tuvo que reconocer que le había gustado.

—Sigue siendo él —musitó—. El hijo del barón de Harmouth y un estirado, orgulloso y…

No, no era prepotente. Y tampoco parecía orgulloso ni estirado. Tan solo estaba a la defensiva. Le habían tratado mal y se protegía por ello. No era ninguna ingenua, sabía que había institutrices odiosas, había tratado con algunas. Al principio, cuando creía que podía confiar en sus iguales y compartir con ellas sus experiencias. Pero pronto descubrió que eran como cualquier otra persona. Las había amables y serviciales y también retorcidas y crueles. A Frederick debieron tocarle las crueles. Su padre debió escogerlas a propósito, nadie comete el mismo error tres veces seguidas.

Debió de ser duro para él perder a su madre siendo un niño. Ella había perdido a la suya hacía cinco años y el dolor todavía reverberaba en su pecho. Y ella tenía a su padre. El corazón se le esponjó como un pan recién horneado. Se dejó caer hacia atrás y elevó los brazos por encima de la cabeza, clavando los ojos en el techo. Lo vio reír a carcajadas e inclinar la cabeza

ligeramente para mirarla con más atención. Tenía unas manos grandes y fuertes, como todo él…

—¡Basta! —Se sentó de golpe respirando agitada—. ¿Qué estás haciendo? Deja de pensar en él. Es un Wharton. ¿Te has vuelto loca?

Solo le pido una cosa a la vida, que tú encuentres a alguien que te quiera tanto como yo quise a tu madre.

La voz de su padre resonó en la habitación como un trueno. Cogió la almohada y se tapó la cara con ella para ahogar sus propias palabras.

—Él no es. Él no es. Él no es.

Capítulo 9



Entró en el comedor cuando acababa de amanecer y se detuvo en seco al ver que no era la primera.

—Buenos días —la saludó Frederick con una amplia sonrisa—. Temía que hubiese cambiado de opinión.

—¿Qué hace… aquí?

—Desayunar. No puedo salir de casa sin tomarme al menos un café o un té. ¿Usted qué prefiere?

Como si respondiese a su pregunta, el mayordomo sirvió café en una taza y Meredith tomó asiento frente a ella y a un plato con huevos y pan.

—Ya veo que Owen conoce bien sus gustos —comentó él afable.

Meredith seguía mirándolo incrédula. ¿Qué hacía allí? No podía estar pensando…

—Me apetece mucho una vigorizante caminata por *St. James's Park*. ¿A usted también?

—Pero… —miró al mayordomo de soslayo sin saber qué decir.

—No es la primera vez que damos un paseo juntos, ya lo hicimos en Berksham, ¿recuerda?

Meredith sintió que se le arrebolaban las mejillas y sonrió con timidez al mayordomo que seguía impertérrito.

—¿La música la dejó dormir? El baile acabó bastante tarde.

La institutriz asintió, no iba a contarle que se había pasado la noche en vela.

—Aún no ha amanecido del todo —siguió él mientras untaba de mantequilla una rebanada de pan—, la próxima vez podríamos salir un poco antes para ver amanecer.

Meredith lo vio morder su tostada y deleitarse con ella con evidente satisfacción. Bajó la mirada a sus huevos revueltos y cogió el tenedor sin poder librarse de su perplejidad. ¿La próxima vez? Aquello no podía estar pasándole a ella.

—No está muy habladora esta mañana —dijo Frederick caminando ya por *St. James's*—.

Espero no haberle estropeado el paseo.

—Me ha sorprendido —dijo sincera.

—Ya lo he visto —amplió su sonrisa—. No he podido resistirme. A mi madre le gustaba mucho caminar por este parque. Solía traerme de niño cuando veníamos a Londres. Incluso me dejaba correr y saltar sin regañarme.

Meredith lo miró relajada.

—Es bueno que los niños corran y salten.

—Yo también lo creo.

—Mi padre sueña con ser abuelo —confesó ella—. Le encantan los niños y tiene muy buena mano con ellos.

—Debe usted haberlo heredado de él. Vi lo bien que se llevaba con James en Berksham. Todos quedaron impresionados por cómo se lo ganó.

Ella sonrió con dulzura.

—Es un niño adorable.

—Es usted muy afortunada por tener un padre amoroso.

Frederick vio en sus ojos una cálida expresión de amor que lo conmovió.

—Lo soy, sin duda. Mi madre era una mujer maravillosa y mi padre es el hombre más bueno que he conocido.

—Aunque creo que el más afortunado es él, ya que no solo tiene a una hija que lo adora, además ha conocido el verdadero amor —dijo con un tono de voz que hizo que a ella se le erizara el vello—. ¿Por qué se marcharon de Escocia?

—No estoy segura. Tengo la impresión de que la familia de mi madre no estaba conforme con su matrimonio.

—¿No le han hablado de ello sus padres?

Meredith negó.

—Mi madre nunca hablaba de su familia. Por lo que sé, no queda nadie vivo. Aunque es un poco extraño, ¿no cree? Las familias no desaparecen al completo.

—¿Y por parte de su padre?

—Viven en América.

—Oh, qué curioso.

—Estábamos solo nosotros tres. Después de que muriera mi hermano, claro.

—Creía que no había tenido hermanos.

—Malcolm murió cuando yo era pequeña.

—Lo siento.

—Háble me de su hermana —pidió ella más relajada.

—Pues no sé qué decirle, tiene dos años. —Sonrió abiertamente—. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, me adora.

—Es demasiado pequeña para tener criterio —ironizó ella.

Frederick sonrió aceptando la pulla.

—Es una criatura hermosa que, con la inocencia propia de su edad, no concibe la maldad que hay en el mundo. Cuando crezca va a tener que enfrentarse a ella y no sé si su madre sabrá prepararla convenientemente.

—¿Qué edad tiene su madre?

—Veintidós años.

Meredith no hizo ningún comentario al respecto.

—La primera vez que la vi estaba embarazada y mi padre la había repudiado. Me pidió que intercediese por ella. Estaba hecha un mar de lágrimas y solo hablaba de su bebé. No quería nada para ella, se marcharía lejos y no volvería jamás si mi padre acogía a la criatura. Hablé con mi padre y se burló de mí por pedírselo. Me dijo que era un blando y un tonto si me había dejado conmover por las lágrimas de una mujer. Dijo cosas horribles de ella, la trató de tonta e ingenua… Enseguida vi por qué le había resultado tan fácil seducirla. Traté de hacerlo razonar, apelé a su buen corazón, pero no se movió ni un ápice de su posición. No se casaría con ella, por más que se lo hubiese prometido, y no reconocería a esa criatura como suya. No volví a saber nada de Paige hasta que Elizabeth nació. Me envió una nota para decirme que si quería verla, las puertas de su casa siempre estarían abiertas para mí. Viven en la rectoría de su padre, en Blackwood. Me sentí en la obligación de ir a visitarlas al menos una vez. Pasé la tarde con ellos y volví unas semanas después. El vínculo surgió de manera espontánea. El reverendo Sikes es un hombre extraordinario. Se puede hablar casi de cualquier cosa con él. No estoy acostumbrado, con mi padre nunca he podido hablar de nada. Me juré no dejarla desprotegida, es mi hermana, digan lo que digan.

—Eso le honra —dijo ella sincera.

Frederick sonrió agradecido e inclinó la cabeza con respeto antes de decir:

—¿Pero…?

—El hecho de que ella sea inocente no evitará que la mayoría la repudie.

—Lo sé, pero no participaré en ello.

—Y eso le honra aún más. —Sonrió.

—¿Qué opina de mi padre?

—No pretenderá que juzgue a un pecador con el que le une tan estrecho parentesco.

—¿Y si así fuese? Si le pidiera que lo juzgara sin ambages y sin temor, ¿lo haría?

—Recuerde que tengo un carácter fuerte.

Él asintió esperando su respuesta.

—Un hombre que actúa del modo que ha descrito, no merece compasión.

—¿Y si se arrepiente?

—¿Y enmienda sus errores? Entonces, por supuesto.

—Es usted compasiva, después de todo.

—Sería absurdo no serlo, si hay un Dios nos juzgará a todos por igual, y carecer de compasión es uno de los mayores pecados que concibo.

—¿Si hay un Dios? ¿Lo pone en duda?

—Tengo por costumbre dudar de todo —afirmó rotunda.

—Es usted una mujer sorprendente, señorita Meredith. Fuerte y sensible al mismo tiempo.

Ella soltó una carcajada y se le formaron unos graciosos hoyuelos cerca de las comisuras de sus labios. Él no dijo nada, tan solo la miró muy serio.

Siguieron caminando y la institutriz consiguió llevar la conversación a temas más generales y menos personales, lo que hizo el paseo más relajado. El regreso lo hicieron en silencio. Un silencio cómodo y agradable que les permitió disfrutar, tanto de las vistas como de sus pensamientos.

—Aquí estáis —saludó Luke al verlos llegar—. ¿Adónde habéis ido tan temprano?

—A *St. James's* —respondió Frederick.

—Ya veo. —Los miró a través de sus pestañas—. Thomas y yo te esperábamos para ir a la carrera.

—¿La carrera?

—¿Lo has olvidado? El Epsom Derby… ¿Qué te pasa, Frederick? —preguntó el otro malhumorado.

—¿Es hoy? —Se llevó la mano a la nuca con evidente confusión—. Es verdad, no me acordaba.

—Que tengan un buen día —dijo Meredith y se alejó de ellos con paso rápido.

Luke miró a su amigo interrogador.

—¿Qué pasa aquí?

—No pasa nada.

Luke lo agarró del brazo y lo arrastró hasta un salón vacío. Cerró la puerta una vez dentro y se volvió a mirar a su amigo con expresión de no tener ganas de rodeos.

—¿Qué pasa con la señorita MacNiall? —preguntó con mayor contundencia.

—Ya te he dicho…

—Frederick, no me toques las narices. Nos conocemos. Tú no sales a pasear con el servicio.

—Es institutriz, no una criada.

—Peor aún, detestas a las institutrices.

—A esta no.

—Que a esta… ¡Pero si hablabas pestes de ella!

—Estaba equivocado.

Luke se paseó por el cuarto con las manos en la cintura.

—¿Es por mí?

—¿Por ti?

—Por lo de anoche.

—No, no es por ti.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Hemos ido a dar un paseo porque a los dos nos apetecía caminar.

—Venga, Frederick.

—No todos somos como tú. —Se dio cuenta de que ese comentario había sonado muy mal, pero no le importó.

Luke frunció el ceño visiblemente dolido.

—¿A qué ha venido eso?

—¿En serio hace falta que te lo explique? ¿Por qué crees que Georgia está en Londres?

Luke arrugó más su frente.

—Yo no le he hecho ninguna promesa.

—Luke, vamos. Sabes que vuestros padres llevan años haciendo planes para vosotros.

—Eso no significa que estemos comprometidos.

—¿No vas a comprometerte con ella?

—Probablemente sí.

—¿Entonces qué haces coqueteando con otra?

Luke se encogió de hombros.

—Es una mujer muy interesante.

—¿Como para casarte con ella?

—No, por Dios.

—Entonces déjala en paz.

—¿Qué hay de malo en que me divierta un poco? No voy a hacerle nada que no quiera, no soy de esos.

—No hagas que me replantee nuestra amistad.

—Vamos, Frederick, cálmate, hombre. Meredith es una mujer bellísima y con una conversación agradable, pero no puede ser que tú estés pensando…

—No pienso nada.

—Al final voy a tener que hacer que se interese en mí para hacerte un favor —dijo Luke con expresión cínica.

—No digas estupideces y déjala en paz.

—Es peor de lo que me imaginaba. No puedes poner tus ojos en una simple institutriz. Tu padre te mata si se entera.

—No estoy interesado, tan solo intento evitar que te aproveches de ella.

—¿Por qué? ¿A ti qué te importa?

—Es una cuestión de decencia, Luke.

—¿Estás tratando de ofenderme? Porque necesitarás algo mucho más fuerte que eso para conseguirlo. Vamos, será mejor que vayamos a buscar a Thomas para ir a Epsom…

—Id sin mí. —Frederick caminó hacia la puerta con paso decidido—. Ya no me apetece nada.

Salió del salón y se sorprendió al ver a Meredith de pie frente a la puerta. Se miraron unos segundos en silencio, se saludaron cortésmente y Frederick se marchó sin mirar atrás. Meredith esperó a que su corazón se calmase y entró en la habitación con gélida expresión.

—Su madre quiere verlo antes de que se marche —anunció.

—Señorita Meredith —dijo cuando se daba la vuelta—. Espere un momento.

Ella se volvió muy despacio.

—¿Hay algo entre Frederick y usted?

—¿Cómo dice? —Su rostro era la imagen de la perplejidad.

—Frederick será barón algún día.

La institutriz no dijo nada, pero su expresión se fue ensombreciendo.

—Su padre es un hombre intransigente, señorita, jamás permitiría que cayera tan bajo.

Silencio.

—Es evidente que usted es una mujer inteligente, estoy seguro de que comprende la situación.

Silencio.

—¿No piensa responderme?

—No sabía que me había hecho una pregunta, ¿podría formularla de manera más concreta, por favor?

Avanzó hasta ponerse frente a ella.

—¿Alberga usted la menor esperanza de emparentar con los Wharton, señorita Meredith?

—¡Luke! —el grito de Belinda provocó un respingo en la institutriz—. ¿Cómo se te ocurre hablarle así? ¿Te has vuelto loco?

—Belinda…

—Señorita Meredith, vayámonos de aquí —dijo cogiéndola del brazo—. No haga caso a este energúmeno, anoche debió beber tanto que se le ha embotado el cerebro. Mamá quiere verte, Luke.

Las dos mujeres salieron del salón y Belinda no se detuvo hasta que estuvieron en la biblioteca las dos solas.

—¿Cómo puede ser tan desconsiderado? Estoy furiosa con él.

—No pasa nada, Belinda, no ha sido más que una pregunta capciosa.

—Pero ¿por qué se comporta así? No sé qué le pasa, pero desde que ha vuelto no deja de irritarme. No parece el mismo.

—El señor Wharton y yo hemos salido a dar un paseo esta mañana. Tu hermano ha pensado que había algún motivo oculto en ello.

—¿Motivo oculto? Frederick es el hombre más transparente que conozco. Jamás haría nada con subterfugios. No se puede decir lo mismo de él.

Meredith desvió la mirada y se retorció las manos incómoda. Belinda frunció el ceño.

—Señorita Meredith, sabe que la aprecio, ¿verdad? Y que jamás pensaré mal de usted. Haga lo que haga.

La institutriz puso los ojos en blanco.

—¿Ahora vas a empezar tú también?

—Admiro mucho a Frederick —dijo con timidez—. Lo considero un hombre extraordinario.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Pero es cierto que su padre es… horrible.

—Repito: no tiene nada que ver conmigo.

—Ya, pero si lo tuviera, si hubiese una remota posibilidad de que usted se sintiese mínimamente atraída por él, debe saber a lo que se enfrenta.

—Belinda, por favor.

—Déjeme que le hable de esto y después lo olvidaremos para siempre si usted quiere.

—Es una tontería, ya te he dicho que no es asunto mío.

—Aun así.

Meredith suspiró con cansancio, estaba claro que si no la dejaba decir lo que fuera, no pararía, así que decidió aceptar su ofrecimiento para después no volver a hablar de ello jamás.

—Pero luego no volverás a hablar de este tema, ¿prometido?

—Prometido —dijo la otra poniéndose la mano en el corazón.

—El barón de Harmouth no se parece en nada a Frederick.

—Al revés —puntualizó la institutriz—. Lo correcto es decir que su hijo no se parece en nada a él.

Ahora fue Belinda la que puso los ojos en blanco.

—La cuestión, es que el barón quiere que Frederick haga un matrimonio de conveniencia y, a poder ser, con alguien de título superior. Llevo años oyendo hablar de las candidatas a ese propósito.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Ya te he dicho que no es cosa mía.

—Será muy desgraciado si se casa con alguien que su padre elija.

—No es asunto mío —repitió por enésima vez y con expresión de estar a punto de perder la paciencia.

—Imaginemos por un momento que lo es.

—No.

—¿Por qué no? Es un experimento, considérelo un trabajo de estudio.

—No.

—Señoritaaa… —insistió.

—Estoy segura de que eres consciente de las consecuencias que puede tener para mí esta clase de «experimentos». Si alguien te oyera mencionar siquiera la posibilidad… Tu madre me despediría inmediatamente y con muy malas referencias, ¿lo entiendes?

—No conoce a mi madre si piensa eso. Ella la aprecia tanto como yo, no la despediría por

algo tan estúpido.

—No entiendes cómo funciona el mundo, Belinda, aún piensas como una niña. Lo que dices es completamente imposible y, ya sabes que soy una mujer poco dada a la fantasía. Dejemos el tema aquí y ahora y no volvamos a hablar de ello. No quiero enfadarme contigo.

La joven la miró con más fijeza, ¿era tristeza lo que mostraban sus ojos? ¿Y aquel rictus en sus labios lo provocaba el pesar? Se acercó para cogerla de las manos.

—Está bien, no hablaré más, pero sepa que puede confiar en mí. Siempre. Soy y seré su amiga por encima de todo y pase lo que pase.

Meredith sonrió al tiempo que movía la cabeza.

—Mira que eres melodramática, niña —se burló—. Tenemos mucho que estudiar, así que dejemos esta charla tan tonta y pongámonos a ello.

Belinda la siguió obediente y se conminó a no volver a sacar el tema.

Durante los días siguientes, Meredith no tuvo que relacionarse con ninguno de los dos caballeros que habían alterado tanto su ánimo y pudo centrarse en su tarea de educar y aconsejar a su pupila sin interferencias. La señorita Carver y su madre pasaban unos días en casa de unas amigas fuera de Londres, lo que permitió que Belinda dedicase todo su tiempo a sus lecciones.

A pesar del alivio que le suponía no verlo, a Meredith no se le escapaba que Frederick Wharton evitaba a propósito visitar a su amigo y siempre que quedaban lo hacían fuera del hogar de los Warren. Creer que aquello tenía que ver con ella, sería darse demasiada importancia, así que se convenció de que debía de haber otro motivo para ello y se obligó a no pensar más en él.

La ciudad bullía de actividad. La mayoría de los visitantes ya estaban instalados en sus casas de Londres o en las de sus amigos. Cada día había algún evento al que los Warren debían asistir, ya fuese de día o de noche. Por desgracia para Belinda, el no haber sido presentada en sociedad impedía que la invitasen a bailes como el que se organizó en su propia casa.

—No es justo —se lamentaba apesadumbrada—. No es nada justo.

Meredith levantó la mirada del libro que estaba leyendo.

—Las normas se crearon por algo.

—Pero ¿qué culpa tengo yo de que mi madre haya decidido retrasarlo todo?

—Eres muy joven, Belinda. Tu madre solo quiere protegerte.

—Voy a cumplir diecisiete años, a mi edad algunas ya están casadas.

La institutriz contuvo una mueca de horror y cerró el libro suavemente.

—Ven, siéntate —pidió.

La joven obedeció sin borrar la amargura de su rostro.

—Ryan Crawford te pidió que esperaras, y está claro que los deseos de tu madre casan a la perfección con los suyos.

—Pero es que me aburro. Todo el mundo está viviendo la temporada intensamente mientras que yo me paso el día encerrada.

—Eso no es cierto. Ayer asistimos a la *Matinée Musicale* y hace dos días participaste en una interesante velada literaria.

—¡Quiero bailar! —exclamó decepcionada.

Meredith sonrió abiertamente. Era muy joven y quería divertirse, era del todo comprensible que se sintiera decepcionada.

—¿Quieres que mañana vayamos a Covent Garden? Seguramente mi padre habrá recibido ya el último pedido que hizo de relojes.

A la joven se le iluminaron los ojos e instintivamente se fijó en el de pulsera que Robert había fabricado con sus propias manos.

—Es tan bonito —susurró.

—Podemos dar un agradable paseo a pie hasta Covent Garden, dar una vuelta por el mercado y luego pasar el resto de la mañana con mi padre, hasta la hora del almuerzo.

Belinda asintió, le entusiasmaba estar en la tienda cuando estaba abierta al público. Alguna vez Robert le había permitido actuar como una dependienta, aunque Meredith les había regañado por ello.

—¿Podemos quedarnos a almorzar con él? Le pediremos a la señora Carpenter que prepare algo para los tres, seguro que estará encantada. Yo no sé por qué, pero siempre se pone muy contenta cuando le digo que me dé algo para él. —Frunció el ceño—. La señora Carpenter nunca se ha casado, quizá esté enamorada de su padre.

—Pero si no lo conoce, no digas tonterías.

—Una puede enamorarse platónicamente. ¿A usted no le ha pasado nunca?

Meredith negó con la cabeza.

—¿De verdad que no? ¿Ni una vez? —Enarcó una ceja incrédula—. Yo me enamoré de Ryan cuando aún no lo conocía siquiera.

—Eres muy fantasiosa, Belinda, y no sé si eso es bueno.

—Claro que es bueno. La fantasía es algo maravilloso que te permite imaginar y soñar cualquier cosa que quieras.

La institutriz no estaba de acuerdo. Ella necesitaba siempre cosas tangibles, no se enamoraría jamás de un ideal. El hombre al que ella amase sería de carne y hueso. Auténtico. Un hombre firme, confiable, de palabra… Y, sobre todo, sería un hombre que le estuviese permitido.

—¿Entonces podemos quedarnos a almorzar con el señor MacNiall?

Meredith asintió y la joven dio palmas mostrando su alegría.

—Voy a decírselo ahora mismo a la señora Carpenter —dijo poniéndose de pie—. Y también hay que contárselo a mamá, para que no haga ningún plan aburrido para mí.

—¿Quedarte a almorzar? Pero, niña, el padre de Meredith no…

—Al señor MacNiall no le importa que yo esté allí, ¿verdad, señorita?

—Al contrario, se alegra mucho de verte.

—Llevaremos comida, la señora Carpenter ha dicho que preparará todo lo necesario. Será como ir de pícnic, así le evitaremos trabajo al señor MacNiall y a nosotras mismas —se rio—. Además, le ayudaré en la tienda. Me gusta mucho organizar y colocar cosas en las vitrinas. Es muy divertido. Y escuchar las cosas que dice la gente. A veces preguntan cosas muy raras, ¿verdad, señorita Meredith?

La otra asintió sonriendo.

—Está bien, está bien —aceptó su madre—, si a Meredith le parece bien, no pongo impedimento para que vayáis mañana a Covent Garden.

—Gracias, mamá —dijo abrazándola entre risas.

—Con una condición —añadió taimada—. Esta noche te irás a dormir temprano.

La joven asintió sin dejar de sonreír.

—Qué condición más extraña. No sé por qué iba a querer acostarme tarde.

—¿Porque Georgia cenará con nosotros?

La joven abrió mucho los ojos.

—¿Ya han regresado? —preguntó entusiasmada.

Su madre asintió riendo.

—Hoy mismo, y tu hermano acaba de decirme que las ha invitado a cenar esta noche.

—¡Oh! ¡Qué alegría! Entre la señorita Meredith y tú, habéis convertido un día gris y triste en uno soleado y hermoso. Seguro que Georgia tiene muchas cosas que contar y lo pasaremos muy bien. Podemos jugar a…

—Nada de juegos, que te conozco —la cortó su madre y mirando a la institutriz añadió—:

Tú te unirás a ellas después de la cena.

—Oh, no, yo…

—Desde luego que sí. ¿Georgia y Belinda sin vigilancia? ¡De ningún modo! Seguro que tramarían alguna maldad y acabaríamos jugando a alguno de esos juegos estúpidos que idean los jóvenes de hoy en día. No, no, quiero una velada tranquila, una partida de *Whist*, una copita de jerez y buena charla. Si tengo que estar vigilándolas, no disfrutaré en absoluto. Eres la salvaguarda de mi paz, Meredith, no puedes fallarme.

—Vendrá Frederick, supongo —dijo Belinda con naturalidad—. Ya sabes que no le gusta el *Whist*, mamá.

—Pues que no juegue —respondió encogiéndose de hombros—. Sé que no está bien que yo lo diga, pero me alegro de que el barón no esté en Londres esta noche, habría tenido que invitarlo también y todo es mucho más incómodo cuando él está. —Vio que la institutriz desviaba la mirada—. Imagina la confianza que te tengo, Meredith, jamás hablaría con tanta despreocupación si no confiara ciegamente en ti.

—Me honra inmerecidamente —musitó la otra aún más incómoda.

—Tonterías. Es la verdad y hay que decirla. Y ahora, id, id. Ayuda a Belinda a elegir su vestido, tienes muy buen gusto. Yo tenía pensado un menú que debo cambiar, por supuesto. Marchad, marchad. Pero recuerda, Belinda, nada de trasnochar, cuando llegue la hora de retirarte lo harás sin protestar.

La joven asintió y ella y su institutriz salieron del saloncito.

—¡Qué alegría! —exclamó Belinda una vez fuera y cogiéndola de la mano, tiró de ella para correr hacia las escaleras.

Meredith observaba a Belinda con sincero afecto y mucha paciencia mientras la joven deslizaba sus delicados dedos por las suaves telas de los vestidos que había amontonado sobre la cama. El sol de la tarde se colaba por la ventana, iluminando los colores pálidos y pastel de las prendas con un brillo cálido y dorado.

—¿Qué le parece este? —preguntó, levantando uno de muselina color lavanda.

Meredith dio un paso hacia delante, suavizando una arruga en la falda con cuidado. El vestido era encantador, con bordados delicados en el corpiño y mangas que terminaban en pequeños volantes.

—Es muy bonito —dijo con una sonrisa—, pero prefiero el verde agua. Realza el color de tus ojos.

Belinda miró hacia la cama. Dejó el vestido lavanda y tomó el verde para mirarlo a la luz del atardecer

—¿No es demasiado elegante? —preguntó con una pizca de duda en la voz.

Meredith negó suavemente con la cabeza.

—Es perfecto para una cena como la de esta noche. Sutil, pero lo suficientemente especial como para que te sientas segura y cómoda a la vez. Además, deberías usar los pendientes de perlas que te regaló tu madre el año pasado.

Belinda asintió, dejándose convencer.

—Creo que tiene razón. —La miró con sorpresa—. ¿Cómo lo hace? Cualquiera diría que es una experta. Siempre sabe qué debo ponerme.

—Pues las dos sabemos que experta no soy —sonrió divertida.

Belinda la miró apenada.

—No es justo.

—No empieces otra vez con eso —dijo Meredith comenzando a devolver los vestidos a su sitio—. Ya no puedes estar aburrida porque…

—No hablo de mí, hablo de usted.

—¿De mí? —Meredith la miró riendo.

—Estaría preciosa con un vestido de baile, estoy segura. Debería haber insistido en que asistiese al que organizaron por el regreso de mi hermano. Ya ha visto que mi madre piensa como yo, usted es un miembro más de esta familia.

Recordar la noche del baile y la posterior mañana hizo que el corazón de la institutriz se acelerase. Por suerte, Belinda estaba ya ante al espejo, sosteniendo el vestido verde frente a ella mientras se imaginaba con él puesto.

—Tiene razón, es perfecto. Sencillo y elegante a la vez.

—Iré a buscar a Jane para que te arregle el peinado —dijo Meredith caminando hacia la puerta y, sin más, salió.

La doncella asintió en cuanto le hubo explicado lo que Belinda necesitaba y se alejó con paso rápido en dirección a su dormitorio.

—No sé qué harían mi madre y mi hermana sin usted —dijo Luke a su espalda.

—Yo estoy encantada de ayudarlas —respondió, volviéndose sin ganas.

Luke sonrió levemente.

—¿Nos acompañará esta noche?

—Su madre me ha pedido que asista a la velada tras la cena.

—¿No la ha invitado a cenar? Tengo entendido que Imogen Crawford sí lo hizo, está claro que los Crawford son menos estirados que los Warren.

—Estábamos en Berksham, las cosas son diferentes fuera de Londres.

—¿Usted cree?

Meredith lo observó con curiosidad, no estaba muy segura de hacia dónde iba esa conversación.

—Si me disculpa… —hizo además de girarse para regresar al dormitorio de Belinda.

—No se deje engañar —la detuvo—. Mi madre es tan esnob como cualquiera de sus amigas. ¿Ya le ha dicho que la considera a usted de la familia? No se crea todo lo que le diga, así se evitará disgustos.

Meredith se giró despacio.

—No debería hablar así de su madre. Le debe respeto.

—Si está tratando de educarme, llega un poco tarde, ya soy un hombre hecho y derecho.

—La hombría puede medirse de muchas formas. La fortaleza para enfrentar las adversidades y la compasión para sostener a los más débiles son rasgos mucho más importantes que la edad.

—¿Conoce a muchos hombres así?

—Al menos conozco a uno.

—¿Frederick? —dijo con cinismo.

—Hablaba de mi padre.

—¡Ah, el relojero escocés!

Meredith entornó los ojos.

—El mismo —dijo con tono afable.

—No se enfade, me cayó muy bien su padre.

—No me enfado.

—Sí lo hace, pero no es mi intención molestarla, aunque se lo parezca. Me intriga usted —dijo sincero—. Tengo mucha curiosidad por ver qué se esconde detrás de todo ese control y resiliencia. Sospecho que es usted tierna y dulce, pero que tiene un corazón apasionado.

La institutriz se dio la vuelta y se alejó de él.

—Nos veremos después de la cena —dijo Luke elevando ligeramente la voz.

Ella no respondió.

✿✿✿

La lámpara de aceite sobre la mesa emitía una luz suave y parpadeante que proyectaba sombras largas sobre las paredes revestidas de tela. Frente a ella, una bandeja contenía su cena que consistía en una sopa ligera, un pequeño pastel de carne, y algunas verduras frescas, todo dispuesto con la simplicidad que a ella le gustaba y lejos del comedor principal. Sonrió al pensar en su padre, la regañaría por haberse llevado un libro a la mesa: *Evelina, or the History of a Young Lady's Entrance into the World,* de Fanny Burney. Al fin iba a leer la novela en la que tanto interés había puesto Belinda. Tomó la primera cucharada de sopa y abrió el libro con delicadeza. Mientras avanzaba en la historia, Meredith se encontró riendo suavemente ante los ingeniosos comentarios de Evelina y frunciendo el ceño cuando la inocente protagonista enfrentaba los desafíos y malentendidos de la alta sociedad. Qué desastre de familia le había tocado a la pobre. En poco rato se vio completamente imbuida en la trama y se olvidó de dónde estaba. Terminó la cena y continuó leyendo sin moverse de la silla, tan ensimismada que no se percató de que había permanecido en la misma posición demasiado rato hasta que sintió molestias en su espalda. Se reclinó en el respaldo buscando acomodarse mejor y siguió leyendo con el libro entre las manos. ¿Ese misterioso joven iba a quitarse la vida? Se levantó y fue hasta el sofá donde se recostó distraída y acabó tumbándose cuan larga era. Volvía a ser la jovencita que vivía en casa de sus padres, cuando la regañaban por no despegar la nariz del libro que leía ni durante el almuerzo. El reloj de chimenea había dado las nueve y allí seguía, ansiosa por saber si Evelina se iría finalmente a Francia, dejando atrás…

Jane, la doncella de Belinda, entró en la habitación para retirar la bandeja y sonrió al verla tumbada en el sofá sujetando el libro delante de su cara.

—Parece que le gusta esa lectura —dijo recogiendo la mesa.

—¿Gustarme? Creo que esta noche no voy a poder dormir. ¿Lo has leído?

—No.

—Pues hazlo, te aseguro que merece la pena —afirmó sentándose como es debido.

—Me pidió que la avisara cuando los señores y sus invitados pasaran al salón. No he recogido la bandeja hasta ahora, por eso.

—¿Ya? —se lamentó sin poder contenerse.

—La señora enviará a alguien a buscarla si no va.

Meredith miró el libro y luego hacia la puerta con una mueca de fastidio.

—Podríamos decir que me ha sentado mal la cena —se aventuró.

—La señora Carpenter no tiene la culpa —se rio Jane—. Vamos, seguro que es entretenido. Ojalá me dejaran quedarme a mí.

—Te cedo el honor.

La joven llevó la bandeja hacia la puerta y salió dejándola abierta. Meredith hizo algo entonces de lo que se arrepentiría durante mucho tiempo. Miró el libro en sus manos y comenzó a patalear para desahogar su frustración por tener que hacer algo que le apetecía tan poco. Cuando se calmó y levantó la mirada para ponerse en pie, se topó con los azules ojos de Frederick Wharton clavados en ella y una expresión burlona de lo más divertida.

Capítulo 10



—El barón no nos lo permite —decía lady Carver en el momento en que Meredith y Frederick entraban en el salón.

—Señorita Meredith —la recibió Belinda corriendo hacia ella para cogerla de la mano—. Venga con nosotras.

La institutriz se sentó en el sofá que ocupaban las dos jóvenes, pero sus oídos siguieron la conversación que se producía un poco más lejos, entre la señora Carver y los anfitriones.

—Siempre que menciono la idea de alquilar una casa, se pone como un basilisco y no me permite seguir hablando —se rio—. Si no lo conociera desde hace años, le temería, se lo aseguro.

—Todo el mundo sabe del mal carácter del barón —afirmó la señora Warren—. Nadie se atreve a contradecirlo.

—Es sorprendente que Frederick sea hijo suyo —dijo lady Carver mirándolo—. Está claro que sale a su madre. ¿Conoció usted a lady Wharton?

—No, por desgracia.

—Era una mujer maravillosa. Dulce y cariñosa con todo el mundo. Y muy culta. Más que muchos hombres que conozco.

Frederick sonrió ligeramente antes de responder.

—Para algunos eso era un defecto, tía Charlotte, no una virtud.

La mujer se rio a carcajadas.

—Tienes razón, hijo, pero seguro que nuestros amigos me entienden, ¿verdad, Emily?

—Desde luego. Abogo por que mis hijos reciban una buena educación. Por eso envié a Luke a Cambridge y contraté a la señorita MacNiall y al profesor Cunningam.

Lady Carver se giró entonces hacia Meredith.

—Georgia nunca tuvo institutriz —dijo con tono ligero—. En cambio Frederick…

—Lady Carver, todos sabemos la inquina que tiene Frederick hacia ese colectivo —dijo Luke mirando burlón a su amigo—. No debería mentar la soga en casa del ahorcado.

—Tuvo muy mala suerte, es cierto. En especial con la tercera, ¿cómo se llamaba, Frederick?

—Rebecca Randle.

—¡Esa! Dios, qué mujer tan horrible, ¿verdad, Georgia?

La joven asintió, pero no dijo nada.

—Por suerte no todas son así —añadió su madre mirando a Meredith—. De usted solo hablan maravillas.

—Meredith ha sido una bendición en esta casa —dijo Emily—, no sé qué haríamos sin ella.

—Tengo entendido que es usted escocesa —dijo Charlotte Carver y luego se llevó la copita de jerez a la boca.

—Mis padres lo son, yo nací en Londres.

—¿De dónde son sus padres exactamente?

—De las Highlands.

—Yo tengo familia en las islas Hébridas. ¿Usted va a menudo?

—No, la verdad es que no he ido nunca.

—¿No tienen familia allí?

Meredith negó con la cabeza sin mostrar la menor incomodidad por tantas preguntas.

—Comprendo.

—La familia de mi madre murió y la de mi padre emigró a América antes de que ellos se casaran. Solo conozco a una tía abuela de mi padre a la que le gusta mucho viajar.

—El padre de Meredith es viudo y tiene una tienda en Covent Garden —explicó Emily.

—¿De qué es la tienda? —se interesó Georgia.

—De tabaco y relojes —respondió Belinda, lo que sorprendió a Meredith a la que le extrañó que no se lo hubiese comentado ya antes—. Mañana iremos a visitarla. El señor MacNiall me deja organizar los relojes y cuenta unas historias muy divertidas. Podrías venir, Georgia, ¿verdad, señorita Meredith?

No le gustó que la pusiera en aquella tesitura. Si decía que no, resultaría desagradable, pero si decía que sí sin consultar a su padre, estaría siendo desconsiderada con él.

—Mañana no puedo —respondió Georgia sin esperar su contestación—. Tengo cita con la modista.

—Hemos aprovechado la visita a Londres para renovar su vestuario —explicó su madre orgullosa—. Sospecho que esta temporada va a ser muy importante para ella y quiero que esté

deslumbrante.

—No necesita adorno alguno para eso —dijo Luke con voz seductora.

—¡Oh! —se rio lady Carver mientras su hija bajaba la mirada.

Luke parecía estar mirando a Georgia, pero en realidad tenía los ojos clavados en Meredith. Mientras que la institutriz trataba de obviar la evidente atención de Frederick, que la observaba con fijeza. Un baile de luces y sombras en la que nadie encontraba respuesta a su manifiesto interés.

—¿A quién le apetece una partida de *Whist*? —preguntó el señor Warren.

Su esposa y lady Carver se apuntaron enseguida, pero los jóvenes no parecían dispuestos a unirse al grupo.

—Vamos, necesitamos un número par de jugadores. ¿Luke? ¿Belinda? —insistió lady Warren.

Los dos hermanos se miraron con desagrado, ninguno quería dar el paso.

—¿Georgia? ¿Frederick? —añadió lady Carver al ver que los otros no se decidían.

—Si juega Georgia, nosotros también —dijo Belinda solo por fastidiar a su hermano—. A Frederick no le gusta el *Whist*.

Luke entrecerró los ojos mirándola con inquina y ella sonrió satisfecha.

—Perfecto —dijo su madre colocando las sillas alrededor de la mesa—. Entonces seremos seis.

Frederick permaneció sentado en la silla que ocupaba y Meredith en el sofá. Obviando el hecho de que a ella nadie le había preguntado si quería jugar, cosa que por otra parte agradecía, le parecía absurdo tener que permanecer en el salón sin nada que hacer. Pensó levantarse con alguna excusa, pero la insistente mirada de Frederick no le permitía pensar con claridad, además habría sido desconsiderado dejarlo solo.

—¿Tampoco le gusta el *Whist*? —preguntó sin pensar.

Frederick torció la sonrisa.

—¿Tampoco?

—Además de las institutrices —se burló.

La sonrisa de él se amplió al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Y no le gusta solo el *Whist* o le pasa lo mismo con todos los juegos de cartas en general?

—No me gusta el *Whist* y algún otro, pero no me disgustan todos los juegos. Al igual que no me disgustan todas las institutrices, solo las que son horribles.

Ahora fue ella la que sonrió y desvió la mirada tratando de disimular.

—¿Le apetece una copa de jerez? —preguntó él al darse cuenta de que nadie se la había ofrecido.

Ella negó levemente.

—Así que su padre tiene una tienda en Covent Garden… No me lo comentó cuando hablamos de él.

Meredith sintió una cálida sensación al percibir su tono amigable.

—*The Scotsman's Nook* —dijo en tono suave—. Es el nombre de la tienda, por si le interesa. Tiene la figura de un Highlander a tamaño real junto a la puerta, es inconfundible. Lo cierto es que es un buen relojero y su tabaco es de los mejores que conseguirá aquí en Londres.

—El rincón del escocés —dijo pensativo—, me gusta cómo suena.

—Se le ocurrió a mi madre.

—Me interesa mucho la gente que hace cosas. La gente que quiere aprender y que tiene curiosidad por cómo funciona todo. Imagino que su padre es de esos.

Meredith asintió.

—Sin duda. Siempre dice que se hizo relojero porque quería desentrañar el misterio que se escondía detrás de esas pequeñas manecillas que dominan el mundo —Sonrió divertida.

—Ya veo —sonrió también—. ¿Y usted?

—¿Yo?

Frederick asintió.

—¿Tiene curiosidad por cómo funcionan las cosas?

La institutriz lo pensó un momento y asintió.

—La verdad es que sí. Siempre he sido una persona de mente inquieta, no me conformaba con los «porque sí» o los «porque yo lo digo». Siempre he necesitado mayor contexto.

—Eso le debió traer muchos problemas.

—No crea. Mis padres eran pacientes y no se cansaban de mis preguntas. Y teniendo en cuenta que mi madre fue mi maestra…

—De nuevo vuelve a hacerme sentir envidia.

Pareciera que estaban solos en aquel salón. Los jugadores estaban metidos en la partida y lo bastante lejos como para que solo les llegase un ligero murmullo ininteligible. Exceptuando a Luke, que observaba a la pareja sin que nada se interpusiese en su campo de visión, los demás eran ajenos a la conversación que mantenían.

—¿Por qué se hizo institutriz? —Frederick levantó la mano antes de que ella respondiera

—. Ya sé que quería ser autosuficiente, pero tiene que haber algo más.

—Me gusta enseñar.

—¿Y no debería ser maestra entonces?

Ella negó.

—Es demasiado impersonal, prefiero el trato cercano y conocer a mi alumno en profundidad. Quiero ayudar de verdad a mis alumnos, quiero acompañarlos en su crecimiento, sostenerlos cuando titubean inseguros, consolarlos cuando yerran…

—Habla como una madre, no como una institutriz.

Meredith lo miró confusa.

—Ayuda, sostén, consuelo… —enumeró él—. Debería casarse y formar una familia. No hay duda de que sus hijos serán muy afortunados.

Lo dijo con voz profunda y Meredith no supo qué responder.

—¿A qué venía lo de antes? —siguió él—. La pataleta en el sofá.

Las mejillas de la institutriz se sonrojaron visiblemente y contuvo una risita avergonzada.

—Estaba leyendo y no quería dejar el libro.

—Ya veo. La hemos importunado con esta reunión. Mi más sinceras disculpas. Para compensarla, ¿me permite que la invite a dar un paseo por el jardín? Hace una noche magnífica. Así podremos hablar tranquilos, sin tener que soportar el constante escrutinio de Luke. Perderá todas las partidas si sigue más pendiente de usted que del juego.

Meredith miró hacia la mesa y se topó con los acerados ojos del hermano de Belinda clavados en ella. Sin poder resistirse se puso de pie aceptando el ofrecimiento y juntos se dirigieron hacia los ventanales para salir al exterior. Cuando hubieron caminado un trecho se dio cuenta de que se había precipitado al salir solo con el vestido y se abrazó para darse calor.

Frederick se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros.

—Oh, no, no es necesario…

—¿Le gusta vivir en Londres? —preguntó haciendo caso omiso a sus protestas.

—Siempre he vivido aquí.

—Yo prefiero Harmouth. Me gusta venir a la ciudad, pero no querría vivir aquí todo el año. ¿Qué cosas le gustaban de niña? Aparte de leer y preguntar.

Meredith sonrió divertida.

—Ver trabajar a mi padre.

Él la miró sorprendido.

—¿Tan emocionante es el trabajo en una tienda?

—Me refiero a los relojes. Solía pasarme horas viéndolo trabajar. De hecho, todavía me gusta.

Siguieron caminando.

—¿Y a usted? —preguntó ella a su vez—. ¿Qué le gusta?

—Me gusta la tierra. —Sonrió al ver su expresión—. Tengo alma de granjero.

—¿Granjero?

Él asintió lentamente.

—Me gusta experimentar nuevas técnicas. Ayudar a encontrar modos de facilitar el trabajo de nuestros granjeros.

—¿Lo aprendió de su padre?

La miró como si dudara de si debía echarse a reír.

—Mi padre solo se relaciona con nuestros arrendados para exigir el pago del alquiler. A él lo único que le interesa de la tierra es el beneficio económico que aporta. No creo que sepa ni el nombre de la mayoría de nuestros granjeros.

—¿Y usted? —preguntó interesada—. ¿Los conoce a todos?

Frederick asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Y ellos me conocen a mí.

Meredith supo a qué se refería y no era al hecho de que fuese el hijo del barón dueño de sus tierras.

—La tierra no se rige por una ciencia exacta. Hay años de mejor cosecha y otros en los que el tiempo y las circunstancias hacen imposible una buena recolección. Mi padre no lo entiende, lo único que le importa es que paguen religiosamente. No atiende nunca a razones. —dijo bajando el tono al tiempo que se frotaba la nuca.

—Quizá por eso no quiere conocer a sus granjeros. Así le resulta más fácil ignorar sus necesidades. Lo que, a mi parecer, demuestra una debilidad de carácter.

Había hablado sin pensar y enseguida se dio cuenta de que había traspasado una línea que no debería haber cruzado.

—Lo siento, no tengo derecho a…

—No se preocupe.

—Es su padre, no puedo hablar de él en estos términos. Lo siento, discúlpeme por favor.

—La disculpo, no tema. No ha dicho nada que yo mismo no diría.

—Pero usted es su hijo.

Frederick sonrió afable.

—Tranquila —repitió—, no le diré lo que piensa de él.

—¡Oh! Yo no pienso eso. En realidad no pienso nada. Solo lo he visto un momento y jamás se debe juzgar a nadie por lo que los demás cuenten de él. Si mi padre estuviese aquí me señalaría con el dedo y diría: Meredith, tú y ese carácter tuyo, algún día os meteréis en un serio problema.

—¿Habla de su carácter como si fuese un ente aislado de usted misma?

Meredith asintió.

—A veces tengo la impresión de que lo hace porque le resulta imposible regañarme sin más. Es demasiado bueno.

—Su padre y yo podríamos ser buenos amigos —dijo con una sonrisa divertida.

Meredith desvió la mirada incómoda.

—¿No lo cree?

Ella volvió a mirarlo, esta vez ceñuda.

—Es usted barón.

—Todavía no.

—Pero lo será algún día.

—¿Y eso qué tiene que ver? Ni siquiera estoy seguro de lo que significa en realidad. ¿Se supone que el título te hace mejor persona? He conocido hombres humildes, mucho mejores que yo. Barón. Es una palabra vacía de significado, algo heredado… Si hablamos de lo que suponía en la antigüedad, cuando era un privilegio conseguido por un gran servicio… —Negó con la cabeza—. No creo que ahora tenga el mismo significado.

—Si habla así delante de sus iguales, no van a entenderlo. Ni mucho menos aceptarlo.

Él sonrió de nuevo.

—Por eso lo hablo con usted.

Meredith contuvo la respiración.

—Deberíamos volver —dijo después de unos segundos.

—¿Se aburre conmigo?

—No, pero… —Se mordió el labio inquieta y sin dar más explicaciones giró sobre sí misma para regresar.

Frederick la siguió sin disimular su decepción. Cuando entraron en el salón se encontraron con que Luke y Belinda estaban apartando los muebles.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó Luke sin mirarlos.

—Vamos a bailar —dijo Belinda con claro entusiasmo—. Únanse a nosotros.

Lady Carver estaba sentada al piano y Meredith comprendió que sobraba para formar una cuadrilla, eran tres caballeros y tres damas, así que fue a sentarse en el lugar que había ocupado antes mientras Frederick se sumaba al grupo con semblante serio.

Pronto el salón se llenó de música y risas. Bailaron un minué y dos contradanzas.

—Yo ya he tenido bastante —dijo la señora Carver agitando las manos y yendo a sentarse en uno de los sofás—. Estoy agotada.

El señor Warren aprovechó la ocasión para retirarse también y su esposa pidió que alguien la sustituyera al piano para poder atender a su invitada.

—Por mí no se preocupe —dijo lady Carver mostrando una copa de oporto que ella misma se había servido.

—De ningún modo voy a dejarla sola. Si quieren música, que toquen ellos.

—Georgia tiene unos dedos prodigiosos —apuntó su madre.

La joven se dirigió al piano y se sentó frente a la partitura.

—Voy a enseñaros un nuevo baile que pronto llegará a Inglaterra —dijo Luke caminando hacia una mesa sobre la que había dejado una partitura—. Tuve el privilegio de ser uno de los primeros ingleses en conocerlo, gracias a la condesa Constanza.

—¡Qué emoción! —exclamó Belinda dando palmas.

Luke colocó la partitura en el atril del piano y miró a Georgia sonriendo.

—Es un compás tres por cuatro —dijo señalando la indicación.

Ella tarareó en voz queda. Luke asintió y se fue directamente hacia Meredith con el brazo extendido.

—¿Me concede este baile?

La institutriz frunció el ceño.

—Pero, hijo, no incomodes a Meredith —dijo su madre rápidamente al ver la expresión reprobadora de lady Carver

—Lo llaman *Vals* —siguió Luke ignorando a su madre y sin retirar su mano—, pronto llegará a Inglaterra y lo bailarán las jovencitas debutantes. Vamos, señorita Meredith, como institutriz de mi hermana, debe experimentarlo y comprobar si es conveniente que su alumna lo aprenda.

—¡Sí, señorita, baile, por favor! —pidió Belinda dando palmas.

—Ahora tengo curiosidad —musitó lady Carver.

Meredith se levantó evitando mirar a Frederick, convencida de que su expresión sería de disgusto. Tomó la mano de Luke y lo acompañó hasta la improvisada pista de baile. Cuando

Meredith sintió su mano en la cintura a punto estuvo de dar un salto.

—Coloque su mano en mi hombro —pidió él antes de cogerle la otra.

Meredith lo hizo con tanta sutileza que apenas notó el roce del contacto.

—Le enseñaré los pasos, fíjese bien. Un, dos, tres. Un, dos, tres. ¿Lo ve?

La institutriz asintió.

—Solo déjese llevar, yo haré el resto. —Miró a Georgia para indicarle que podía comenzar.

Los primeros acordes resonaron en la sala, suaves y envolventes. Luke la guio con firmeza, y sus cuerpos comenzaron a girar ante la atenta mirada de Frederick, cuyo rostro no mostraba la menor alteración.

Mientras Luke la guiaba, Meredith empezó a sentir una desconocida emoción. El movimiento constante, los giros rápidos y las suaves pausas la envolvieron en un manto de embriagadora dicha. Se sintió extrañamente feliz y liviana. Se olvidó por completo de donde estaba y de todo lo que no fuese aquella música hipnótica. Y de girar y girar y girar…

Frederick los veía danzar, tan juntos, tan entrelazados… Sus músculos se fueron tensando y sus puños apretados lo sostuvieron. Nadie se percató de su mirada gélida ni de su respiración agitada, todos estaban muy pendientes de aquel baile que los había dejado sin palabras. Lady Carver tenía la boca abierta y el señor Warren sonreía divertido.

—Este baile no se verá en Londres jamás —musitó inclinado hacia su esposa—. ¿Te imaginas a la reina bailando así con su esposo?

Lady Emily abrió los ojos como platos al pensar en ello y negó con la cabeza.

—Jamás verá nadie bailar a mi hija de ese modo. Ninguna joven decente se plegaría a semejante despropósito —sentenció lady Carver.

La música se ralentizó al acercarse a su final y no fue hasta que Georgia apartó las manos de las teclas, que Meredith fue consciente de cómo los miraban todos.

—Escandaloso —sentenció lady Carver negando con la cabeza.

—En Viena se han vuelto locos —dijo el señor Warren riendo—. Completamente locos.

—Nosotras no vimos este baile en ninguno de los lugares en los que estuvimos, ¿verdad Georgia? —dijo su madre visiblemente molesta—. Es indecente que un hombre sujete así a una dama. Ni siquiera con su esposa estaría bien visto. Mucho menos con una sirvienta.

Meredith se sonrojó visiblemente y regresó a su asiento después de una ligera inclinación de cortesía.

—Meredith es de total confianza —dijo Emily tratando de sonar distendida—. Luke debe

haber pensado que pedírselo a Georgia era inapropiado.

—¡Qué horror! —exclamó lady Carver.

—Ya es muy tarde —dijo Frederick con voz profunda—. Deberíamos marcharnos.

Los invitados se disponían a abandonar la casa cuando Emily se acercó a Meredith con disimulo.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

Meredith esperó como le había indicado con cierto nerviosismo. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Debería haberse negado… La señora Warren entró en la sala y cerró la puerta tras ella antes de dirigirse a una de las butacas.

—Siéntate, por favor. —Le señaló el sofá frente a ella y esperó hasta que se hubo sentado —. En primer lugar, quiero pedirte disculpas por el comportamiento de mi hijo.

—No se preocupe, no…

—Déjame hablar sin interrumpirme, por favor.

Meredith asintió con actitud respetuosa.

—De no haber estado Georgia y su madre presentes, no habría permitido semejante escena en mi casa. Mi hijo ha viajado mucho y reconozco que es un joven muy atrevido, pero bailar así con una empleada es del todo inapropiado e indigno. ¡Casi te estaba abrazando! —Se llevó la mano a la frente como si le doliera la cabeza—. Veo a mi hijo muy confundido últimamente y temo que tome malas decisiones que puedan acarrearnos serias consecuencias a todos. Es un joven entusiasta y divertido que tiene un futuro brillante por delante. Su padre y yo tenemos grandes planes para él y estoy segura de que comprenderás mi inquietud ante algunos comportamientos que se han producido desde su regreso. Sé que eres una buena chica, de no ser así no estarías viviendo en mi casa. Te hemos tratado como a un miembro de la familia, no puedes tener queja de nosotros. —La miró con fijeza—. ¿Tienes alguna queja?

—No, señora.

—Bien. Soy de las que piensa que es mejor una vez colorada que ciento amarilla, así que no me andaré por las ramas, Meredith. No toleraré situaciones incómodas en mi casa como las que se han vivido aquí esta noche. No voy a consentir que se hable de nosotros en los salones de nuestros conocidos y amigos, para divertimento de los maledicentes. ¿El mensaje es lo bastante claro?

Meredith tenía los ojos ligeramente entornados y las manos apretadas sobre el regazo. Una sombra empezó a cubrir sus certezas, como si alguien hubiese sofocado el fuego que la había mantenido cálida todo ese tiempo, vertiendo sobre él una espesa capa de podredumbre. Asintió

levemente, consciente de que lady Warren esperaba una respuesta.

—Pronto Georgia será parte de esta familia. —Los labios de Emily sonrieron, pero sus ojos seguían con la misma fría advertencia—. Este matrimonio traerá muchas cosas buenas. Con nuestra posición, mis hijos tienen asegurado un próspero futuro. Siempre y cuando las cosas se hagan como es debido.

¿Y no es con su hijo con quien debería hablar? Ha sido él el que me ha puesto en esta situación, no al revés.

—Hoy he tenido que soportar el disgusto de lady Carver en dos ocasiones y las dos te han tenido a ti como protagonista. No es adecuado que una institutriz pasee a solas por el jardín con un futuro barón como lo has hecho. Comprendo que te has visto desbordada por las circunstancias, pero si no sabías cómo actuar deberías haberme pedido ayuda. Está claro que esos dos se han enfrascado en alguna clase de competición para ver cuál de ellos consigue el trofeo. Pero no vamos a permitir que jueguen contigo, ¿verdad, querida? Te aprecio demasiado para dejar que te coloquen en una situación tan desagradable. Eso supondría tu despido inmediato y nadie volvería a contratarte en Londres. De ningún modo dejaré que esos dos atolondrados cometan semejante injusticia.

Meredith se sorprendió de su serenidad. No estaba preparada para aquella larga lista de injustas insinuaciones, pero nadie podría negarle que las estaba soportando con relativa tranquilidad. Su padre estaría orgulloso. Por algún motivo, el cambio de actitud hacia ella por parte de lady Warren no le resultaba totalmente inesperado. Quizá era porque la había visto tratar al resto del servicio durante aquellos dos años o por cómo criticaba a personas, a las que llamaba «amigas» con devoción, para después destriparlas sin contemplaciones en la intimidad de su casa. La cuestión era que todo aquello no la pilló por sorpresa. ¿Le dolía? Mucho. Estaba siendo muy injusta al poner el peso del mal comportamiento de su hijo sobre sus hombros. ¿Qué debería haber hecho ella? ¿Negarse a bailar con él a pesar de su insistencia? ¿Ponerlo en evidencia delante de los demás? ¿De su supuesta futura prometida? Sí, quizá eso es exactamente lo que debería haber hecho, en lugar de preocuparse por no dejar patente el interés que mostraba.

Pero ¿Frederick? ¿Qué tenía de malo que hubiesen paseado por el jardín? No se habían escondido y tampoco se habían alejado de la casa. ¿Pensaba acaso que ella pretendía algo? No era posible que la estuviese juzgando tan mal. En todo el tiempo que llevaba en la familia nunca le había dado el menor motivo para pensar eso de ella.

—Veo que no dices nada. Supongo que crees que estoy enfadada contigo. —Sonrió de nuevo afable, pero a Meredith le resultó mucho más fácil ver la falsedad en su expresión ahora

que conocía su verdadero rostro—. Te contaré algo para que veas que sigo considerándote miembro de esta familia. Pero no puedes decirle nada a Belinda, es muy importante que no lo sepa hasta que sea el momento adecuado.

Y entonces sucedió algo totalmente inesperado. Fue como una explosión que dejó a Meredith confusa y ciega. Debería haber escuchado el rumor de los tambores que iban a poner su mundo patas arriba, pero estaba demasiado desconcertada como para anticiparse.

—El señor Warren y yo pensamos que Frederick es el candidato ideal para Belinda. Es un hombre cabal, bien situado, con un título en ciernes y muy buena presencia. Mi esposo se reunió esta semana con el barón y tuvo la impresión de que se mostraba claramente predispuesto. Está claro que…

¿Eso que escuchaba en sus oídos era el rugir de su propia sangre? Sentía las manos entumecidas y una sordera repentina que le impedía seguir atendiendo a la voz de Emily. ¿Frederick y Belinda?

—Vamos, mujer, quita esa cara. —Emily la sujetaba por los brazos para sacudirla suavemente mientras empleaba su voz más dulce—. ¿He sido demasiado dura contigo? No era mi intención asustarte. No he pensado en ningún momento que fueses a hacer algo indebido. ¡No, por Dios! Tan solo estoy tratando de protegerte. Luke es muy atolondrado, conozco sus desmanes y devaneos. Pero en mi casa no, eso nunca.

—Yo jamás…

—¡Por supuesto que no! Estoy segura de que no te habías dado ni cuenta de sus atenciones, por eso he decidido mantener esta conversación. Si creyera que has participado de algún modo, tendría que despedirte —sentenció soltándola con cierta brusquedad—. Creo haberte demostrado que te aprecio, pero como comprenderás, mis hijos están por encima de todo. El compromiso de Luke y Georgia se hará público pronto, no puedo dejar que falsas impresiones lo estropeen. Lady Carver se ha disgustado mucho. —Negó con la cabeza visiblemente molesta —. Y en cuanto a Frederick y Belinda… Habrá que esperar a que Luke se case, por supuesto, pero estoy convencida de que será antes de primavera… Mi hija debe centrarse en su educación y tú eres primordial para eso. Ser la esposa de un barón conlleva muchas responsabilidades para las que debe estar preparada. ¿Cuento contigo, Meredith?

—Haré todo lo que esté en mi mano —respondió la institutriz con excesiva suavidad.

—No estés triste, no es culpa tuya. No dejaremos que esos dos se diviertan a tu costa, tranquila. Son jóvenes y solo piensan en disfrutar, no se lo tengas en cuenta. A partir de ahora ya sabes a qué atenerte. Mantén las distancias y todo irá bien. Y, si ocurre algo que te sobresalte, no

dudes en acudir a mí inmediatamente y yo lo resolveré al instante.

Despidiéndome.

—Así lo haré —aceptó y a continuación se inclinó ligeramente sin su habitual sonrisa—. Que descanse, señora Warren. Buenas noches.

—Buenas noches, Meredith. Gracias por ser tan comprensiva.

✿✿✿

El reloj de chimenea había mostrado las dos de la madrugada hacía ya un rato y Meredith seguía sentada en la cama, con las piernas dobladas y la mirada fija en un punto invisible. Estaba inquieta y preocupada. Muy preocupada. Que la señora Warren hubiese hablado con ella en los términos en los que lo había hecho la ponía en una situación de lo más incómoda. *No te acerques a mi hijo. Y no te acerques a Frederick Wharton. Los dos son piezas blancas y tú solo puedes jugar con las negras.* Sonrió perversa al pensar en la señora Warren hablando en esos términos. Demasiado cáustica y directa, a ella le iban más las medias tintas y los rodeos.

¿Frederick y Belinda? ¿En serio su madre estaba pensando en casar a su hija con Frederick Wharton? Belinda se moriría del disgusto si lo supiera. Cuando lo supiera, debería decir, porque no tardaría en enterarse. En cuanto la situación de Luke y Georgia se aclarase, lady Warren tejería su red para atrapar al futuro barón de Harmouth y entregárselo a su hermosa hija.

¿Podía culparla por ello? No. Frederick era el hombre que cualquier madre querría para su hija. Su opinión sobre él no había hecho más que mejorar a medida que lo iba conociendo. Su integridad y su absoluta honorabilidad era algo que emanaba de él como un manantial inagotable. Por no hablar de lo enormemente atractivo que era, de su inteligente conversación o de su sentido del humor.

Había imaginado a Georgia con él, aunque Luke le parecía mucho más apropiado para ella, ambos gozaban de estatus y sus personalidades eran bastante afines. Tendrían temas de conversación y gustos parecidos… Excepto en lo de la tierra y las granjas, no veía a Georgia preocupándose por las cosechas de sus arrendados.

No le gustaba Georgia. ¿O sí? No estaba segura. Había algo en ella que la desconcertaba, como si estuviese siempre actuando. Permanentemente. Sabía que había personas así, su madre los llamaba prestidigitadores. Personas que fingían ser quien no eran con tal maestría que acababan por convertirse en su propio personaje. No podía asegurar que Georgia fuese una prestidigitadora, quizá sí era tan comedida, indiferente y pacífica como aparentaba, pero a ella se

le erizaba el vello cada vez que estaban en la misma sala y nunca hay que ignorar al vello, es un gran comunicador.

Tampoco le gustaba Luke. Thomas sí. Thomas era una de esas personas que camina de frente y a pleno sol. Sin dobleces ni falsedad. Sonrió levemente. También le gustaba mucho Frances, eran una pareja maravillosa.

—Estoy desvariando —musitó para sí y se abrazó a las rodillas apoyando la barbilla en ellas.

Belinda y Frederick. Ellos sí le gustaban. Los dos. Mucho. Belinda era más que su pupila. Se había convertido en alguien importante para ella. La hermana que habría deseado tener. Su bondad estaba fuera de toda duda y su afecto hacia ella, también. No estaba muy segura de que su elección romántica fuese la adecuada. Ryan Crawford parecía un buen hombre, pero no tenía pruebas de que fuese lo suficientemente bueno para ella. Belinda se merecía lo mejor. ¿Y lo mejor no era Frederick Wharton? Se mordió el labio hasta hacerse daño. ¿Mejor para quién?

Se levantó de la cama y fue hasta el tocador para mirarse en el pequeño espejo que utilizaba cada día para su arreglo personal. El suyo propio, porque ella no tenía una doncella que la ayudase en esos quehaceres. No tenía una familia rica y poderosa que le permitiese elegir marido entre la aristocracia inglesa. Solo era hija de un tendero escocés.

—Mírate bien —se dijo con voz dura—. ¡Eres una ridícula institutriz! Por favor, tu estupidez no tiene límites. Has perdido la cabeza si has sido capaz de imaginar siquiera algo así. ¿Cómo te atreves?

Apretó los puños con rabia manifiesta y comenzó a pasearse por el cuarto, cada vez más enfadada consigo misma.

—No me lo puedo creer, pensaba que era inteligente, pero solo soy una pobre y fantasiosa estúpida. ¿Frederick Wharton? ¿El mismo Frederick Wharton que pensó lo peor de ti y que te dijo cosas horribles sin el menor tacto? ¿Ese Frederick Wharton? ¿El que odia a las institutrices? ¿Te crees que puede enamorarse de alguien tan insignificante como tú? ¡Oh, Dios mío! Solo de escucharme decir esto me dan ganas de arrancarme el pelo. Por supuesto que se casará con Belinda o con alguien de la categoría de Belinda. Es lo que merece. ¿Tú? ¡Tú solo eres una empleada a sueldo! Da gracias si te mira siquiera cuando ya no trabajes aquí y os crucéis por la calle. Probablemente no sea capaz de distinguir tu rostro del de cualquier otra criada que haya visto en su vida.

Volvió a detenerse frente al espejo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, ¿por qué me ha hablado así? ¿Por qué me ha mirado de un modo que ha hecho

que lo sintiera tan adentro? —Se puso la mano en el pecho y ahogó un sollozo involuntario—. Llora. Llora, estúpida. ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera en un hombre como él? ¿Es que no lo oíste? Le dijo a Luke Warren que no estaba interesado en ti. Deberías dar gracias por ello.

Se sentó en la silla del tocador y cogió el cepillo. Con firmeza y un poco más de violencia de la necesaria, cepilló su cabello de arriba abajo con los labios apretados. De repente, las palabras de lady Warren cobraron un nuevo sentido. Hacía bien en ponerla en su sitio. Su padre se moriría de la vergüenza si ella llegase a caer tan bajo como para…

Pensar en su padre la debilitó. Necesitaba un abrazo suyo, una palabra de consuelo. Alguien que la comprendiese y que le dijese que no había hecho nada malo. Soñar no debería ser malo. Amar no debería ser malo. Se le retorcieron las tripas al recordar el modo en el que lady Warren le habló. Un miembro de la familia… Nunca creyó que lo fuese, sabía perfectamente que era el modo que utilizaba Emily para tener controlado al servicio. La había visto hacer cosas parecidas con su doncella, con el mayordomo, su modista… Era una manipuladora nata, le salía solo y sin esfuerzo. Era capaz de detectar las debilidades de los demás y las utilizaba para su propio beneficio.

A ella le hacía falta una madre y Emily adoptó el rol de lo que ella consideraba que debía ser una madre. Sonrió con tristeza. El problema era que no podía competir con Yvaine. Era imposible. Ni en un millón de años habría podido sustituirla. Su madre era una mujer sincera, auténtica y fuerte. Tan fuerte que cuando enfermó fue ella la que los sostuvo hasta el final. Ella la que se despertaba cada mañana con una sonrisa, incluso cuando ya no podía ni levantarse de la cama.

Se cubrió la cara con las manos y sollozó al recordarla. Sentía un vacío tan grande en el pecho que cada vez que miraba adentro temía perderse en la oscuridad que albergaba. ¿Cómo se puede echar tanto de menos a alguien? ¿Cómo podía recordar hasta su olor y despertarse temblando en plena noche porque había olvidado su rostro? Nadie podría sustituirla y menos que nadie Emily Warren. La apreciaba, a pesar de que era consciente de su falsedad y de que todo lo que decía no eran más que palabras vacías. No era mala persona y era la madre de Belinda. Pero su insistente cantinela de que la consideraba un miembro más de la familia había llegado a revolverle las tripas. No era necesario mentir una y otra vez. Ella podría habérselo creído.

Soltó el cepillo y lo miró con inquina. Después se tapó el rostro con las manos y lo frotó intentando calmar su ansiedad. Volvió a la cama y se lanzó sobre ella bocabajo. Los minutos pasaron, su corazón se calmó y su cerebro volvió a pensar con claridad. ¿Debía advertir a Belinda? Se sentó mirando hacia la puerta. Le daría un enorme disgusto y no podría disimularlo.

¿Y de qué serviría que estuviese preparada? Nadie le iba a pedir su opinión al respecto. Las hijas deben obedecer a sus padres. Frederick y Belinda. Frederick y Belinda.

—Papá… —susurró y rompió a llorar.

Capítulo 11



Robert MacNiall observaba a su hija mientras escuchaba la animada charla de Belinda. La joven estaba entusiasmada con sus nuevas adquisiciones y no dejaba de hablar. En cambio Meredith estaba excesivamente silenciosa. Evitaba su mirada, como si así pudiese ocultarle que había estado llorando. Conocía bien esos cercos liláceos que aparecían alrededor de sus ojos cuando lloraba. Tras la muerte de su madre los tuvo durante meses.

—¿Quieres atender a esa señora? —preguntó señalando con disimulo a una dama que acababa de entrar.

Belinda abrió los ojos como platos.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

La joven se colocó detrás del mostrador y recibió a la clienta con una enorme sonrisa. Robert aprovechó para acercarse a su hija, que estaba al fondo de la tienda, y la abordó sin pamplinas.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué? —lo miró con fingida sorpresa.

—No me vengas con disimulos, soy tu padre. Dime qué te pasa.

Meredith miró hacia Belinda y luego volvió a mirar a su padre.

—No podemos hablar ahora. —Negó con la cabeza—. Ya te lo contaré.

—¿Has llorado?

Ella asintió, no tenía sentido negárselo, si se había dado cuenta, era mejor rendirse.

—¿Es grave?

Su hija negó con la cabeza.

—Tú no lloras por tonterías.

—Pues esto lo es.

Robert frunció el ceño y se giró al escuchar la campanilla de la puerta. La sangre abandonó

el rostro de Meredith y cayó a sus pies que de repente pesaban como el plomo.

—¡Frederick! —lo recibió su padre caminando hacia él—. No te esperaba hoy.

—He sabido que iba a recibir nuevo material y no he podido resistir la tentación.

Meredith seguía inmóvil en el mismo sitio cuando los ojos del futuro barón se posaron en ella. Inclinó la cabeza con elegancia y le dedicó una leve sonrisa.

—Por fin vas a conocer a Meredith. —Robert le hizo un gesto para que se acercara a ellos —. Ven, querida, voy a presentarte a un amigo que…

—Ya nos conocemos —dijo ella cortándolo en seco.

Robert frunció el ceño y miró a Frederick sorprendido.

—¿Os conocéis?

El otro asintió sin dejar de mirarla a ella.

—Aunque no supe que era su hija hasta ayer mismo.

Meredith levantó la cabeza y posó sus ojos en él.

—¿Y tú por qué no me habías hablado de Frederick, hija?

—Papá, no deberías llamarlo por su nombre de pila.

—¿Y cómo quieres que le llame? —se rio él.

—Señor Wharton. Es hijo del barón de Harmouth, papá —dijo entre dientes.

Robert frunció el ceño y lo miró interrogador.

—¿Eres…? ¿Por qué no me lo dijiste? —Cambió a un trato más cortés—. ¿Por qué no me lo dijo?

—No lo consideré necesario.

—Pues lo era —afirmó Meredith con demasiada aspereza.

—Su padre y yo hemos forjado una bonita amistad, creo. Puede llamarme Frederick o como él desee.

—No, no puede —insistió ella.

—Debería haberme dicho quién era —intervino Robert, consciente de la tensión que embargaba a su hija.

Frederick comprendió que lo estaba perdiendo y se inclinó con deferencia.

—Discúlpeme, no pretendía engañarlo de ningún modo, tan solo trataba de ser… solo Frederick. Nada más.

Robert miró a su hija frotándose el mentón.

—Imagino que su hija le habrá hablado de mí con poco afecto.

El escocés frunció el ceño y de pronto se dio cuenta de quién era.

—¡Es usted el que la acusó de ser una ladrona!

—¡Papá! —exclamó ella asustada.

Frederick frunció el ceño y los miró a ambos alternativamente.

—Fue un error imperdonable y ya me disculpé por ello.

—Hombre, imperdonable, imperdonable… —Se burló el escocés—. La pilló infraganti.

Su hija lo fulminó con la mirada.

—¿Tú de parte de quién estás?

Su padre no respondió y siguió mirando a Frederick.

—¿Por qué no le dijo que conocía la tienda?

—Mire con qué poca alegría me ha recibido —señaló el futuro barón—. Manteníamos una conversación muy agradable y no quise estropearlo.

Robert miró a su hija y esta desvió la mirada, lo que hizo que su ceño se arrugara un poco más. ¿Qué estaba pasando allí? Volvió a poner sus ojos en Frederick con expresión interrogadora.

—¿En esa conversación, mi hija le comentó que hoy vendría a verme? —preguntó taimado.

—Sí.

—¿Por eso está usted aquí?

Frederick asintió.

—Me gustaría hablar con ella un momento —pidió—. A solas, si es posible.

Robert suspiró y miró a su hija interrogador. Ella asintió.

—No veo inconveniente. Podéis hablar en la cocina, de paso puedes aprovechar para ir calentando el almuerzo. Está usted invitado, estas muchachas han traído comida para un regimiento.

Meredith permanecía de pie frente a él en la diminuta cocina y Frederick sostenía su sombrero mientras observaba la estancia.

—Nunca había estado aquí —dijo al fin mirándola a ella—. ¿No va a decir nada?

—¿Qué quiere que diga?

—Tiene mala cara.

—Gracias, es muy amable por hacérmelo saber.

—Luke me ha dicho que su madre habló con usted anoche.

Meredith frunció el ceño. ¿Cómo lo sabía él?

—Lady Warren habla conmigo a diario.

—¿Y siempre la hace llorar?

Ella empalideció. ¿Tanto se le notaba?

—¿Qué le dijo? —insistió él.

—No es asunto suyo.

—¿Fue por el paseo o por el vals? Si mencionó mi nombre, es asunto mío.

Meredith no pudo ocultar su turbación y desvió la mirada con muy poco acierto. Frederick colocó el sombrero sobre la mesa y dejó escapar el aire en un contenido suspiro.

—No tengo la menor intención de casarme con Belinda.

La expresión de Meredith lo habría hecho sonreír de no estar tan nervioso.

—Mi padre me habló del tema, pero eso no va a suceder. Belinda es una niña para mí, jamás he puesto los ojos en ella, igual que no los puse en Georgia. Yo elegiré a mi esposa, nadie más.

—No creo que sea asunto mío con quién…

—Se equivoca —la cortó—. Es más que evidente que siento una irresistible atracción hacia usted desde el mismo instante en que la vi. Al principio traté de ignorarla, puse mucho esfuerzo en arrancármela de cuajo como se hace con las malas hierbas…

—¿Me está llamando mala hierba?

Él sonrió sin disimulo.

—Fue del todo inútil. Mi corazón no me obedecía y se empeñaba en mostrarme sus virtudes a pesar de mis esfuerzos por ignorarlas.

—Tengo defectos que dejarían en ridículo a mis eximias virtudes.

—Es evidente lo mucho que esto me complica la vida, lo difícil que me será resolver la situación de manera satisfactoria para todos. Estoy seguro de que entiende mi situación.

—Pues no, la verdad. No entiendo a qué viene todo esto y no sé cómo…

—Mi padre es un hombre duro y muy poco dado a la compasión, no le ablandará el corazón saber de su calidad humana. Él quiere un título y, a ser posible, superior al suyo. Se mostrará contrario a un matrimonio y, probablemente, amenace con desheredarme. —Suspiró—. Nuestro entorno tampoco lo verá con buenos ojos. Una institutriz… ya sabe, dirán que es poco más que una criada…

Meredith estaba cada vez más perpleja. ¿De qué estaba hablando?

—Aun así, estoy dispuesto a enfrentarme a todos ellos —dijo con mirada franca y resuelta —. Hasta ese punto llega mi amor por usted. He venido hoy con la firme pretensión de pedirle su

mano a su padre. En cuanto él me la conceda, iré a hablar con el mío y le plantearé la situación tal y como yo la veo. Sé cómo va a reaccionar y no niego que será un proceso duro y difícil, pero mi felicidad está a su lado y no renunciaré a ella por convencionalismos estúpidos.

¿Debería haberla ablandado semejante declaración? Si la hubiese hecho otro, es posible que la hubiese conmovido. Si ese otro no significara nada para ella, hasta se habría compadecido de él. Pero no era otro. Era Frederick Wharton. Una pieza blanca.

—¿No se le olvida algo? —dijo después de respirar hondo.

Él frunció el ceño y se frotó la nuca pensativo. De repente se dio cuenta de que no le había preguntado a ella.

—Por supuesto, disculpe mi torpeza, venía tan predispuesto… Señorita Meredith, ¿me haría el honor de ser mi esposa?

—¿No merezco que se arrodille?

Frederick percibía algo extraño en ella, pero hincó la rodilla en el suelo y le cogió la mano con delicadeza.

—Mi muy querida Meredith, ¿me hará usted el hombre más feliz de la tierra convirtiéndose en mi esposa?

La institutriz lo dejó unos segundos en espera antes de responder.

—No.

La sonrisa de Frederick se esfumó como por ensalmo y su rostro se transformó en la viva imagen de la sorpresa.

—¿No? —Se puso de pie muy despacio.

Meredith negó con la cabeza.

—Rotunda y tajantemente, no.

—¿Y puedo preguntarle por qué me rechaza con tanta pasión?

—No quiero ser su esposa.

—Pero… Creí… Parecía usted…

—Siento que se haya confundido tanto, señor Wharton, pero no tengo el menor interés en usted. Alégrese, ya no tendrá que enfrentarse a su padre y a toda esa sociedad a la que pertenece.

—No puedo alegrarme.

—Claro que puede. En cuanto comprenda que se ha librado de todos esos problemas de los que me ha hablado, se alegrará. Yo estoy muy cómoda en este lado del tablero.

—¿De qué habla?

—No me haga caso, son cosas mías. La cuestión es que es usted libre para casarse con

quien quiera… Menos conmigo, claro.

La sorpresa dio paso al enfado. No solo lo estaba rechazando, estaba claro que pretendía humillarlo.

—¿Por qué es tan dura conmigo? No responde a su naturaleza.

—Usted no conoce mi naturaleza, señor Wharton, no trate de entenderme.

—¿Es por Luke Warren?

Ahora fue ella la que mostró una expresión de enfado.

—¿Cómo se atreve?

—No puede dejarse engañar, él no tiene intención de casarse con…

—Ni yo lo espero —lo encaró ya sin el menor humor—. Si hubiera querido dedicarme una declaración más ofensiva, no le habría resultado fácil conseguirlo. Soy institutriz, es cierto, y vengo de una familia humilde, pero, aunque no lo crea, tengo orgullo y dignidad. No solo me ha ofendido a mí y a mi familia, sino que ha dado por hecho que estaría agradecida por ello, sin ni siquiera molestarse en averiguar cuáles son mis sentimientos. Pues bien, son estos: lo desprecio a usted y todos los que son como usted. ¿Cree que me enfrentaré a su padre y al mundo por alguien que no me valora en absoluto?

—¿Que no la valoro? —dijo muy enfadado—. ¿Que yo no la valoro? Le hablé sobre mi padre, estoy seguro de que comprende mis palabras perfectamente.

—No, no me valora —insistió—. El modo en el que ha compartido sus sentimientos lo demuestra. No he visto a un hombre enamorado, a un hombre que me idolatre, he visto a alguien que me considera inferior y que me concede el privilegio de escogerme entre las muchas candidatas que tiene. Alguien que me exige agradecimiento por su sacrificio. ¿Es un sacrificio amarme? ¡Menuda desfachatez!

Frederick estaba profundamente dolido y la miraba sin poder creer lo que estaba pasando.

—No he sido ofensivo, he sido sincero y en ningún caso pretendía dar a entender que su posición me importa lo más mínimo. ¿Por qué hace esto? Está tratando de convertirme en alguien que no soy. ¿Por qué?

Ella desvió la mirada consciente de lo peligroso que era que leyese en sus ojos.

—No es propio de usted ser tan cruel.

La tristeza en la voz de Frederick la traspasó como una daga y tuvo que apretarse las manos para no extenderlas hacia él.

—No suelo hablar de mis sentimientos —añadió en tono apenas audible—. No me lo tenga en cuenta, si tan mal lo he hecho.

—¿Sentimientos? —le espetó ella con dureza—. El único sentimiento del que ha hablado es el de sacrificio y no me parece una buena premisa para un matrimonio, lo siento, señor Wharton. —Negó con la cabeza y señaló la puerta—. Y ahora, le pido por favor que se marche y que no vuelva nunca. Yo no hablaré con nadie de esto.

—Me disculpo si la he ofendido. Como ha podido comprobar, no tengo experiencia en estos temas y no sé identificar las señales. —Sonrió apesadumbrado—. Está claro que no podía estar más equivocado. Achaque mi torpeza al hecho de que es la primera vez que le abro mi corazón a otro ser humano.

—Le aconsejo que no mencione la mala hierba la próxima vez —dijo ella sin poder despojar su tono de la tristeza que sentía.

—Lo tendré en cuenta.

Meredith desvió la mirada de nuevo y la clavó en la pared mientras contenía la vorágine de emociones que anegaba su espíritu. Habría querido decirle tantas cosas y tan distintas a la que había dicho. Que estaría dispuesta a tolerar que todo el mundo la mirase con desprecio por aceptar su proposición. Pero no podría soportar que él tuviese que sortear ese desprecio y fingir que no le importaba. ¿Cómo no iba a importarle? Por mucho que creyera que estaba preparado, no lo estaba. No lo estaba en absoluto. Su corrección y buen talante no iban a poder soportar los comentarios desagradables, los desplantes, los cuchicheos… Toda esa firmeza se resquebrajaría y lo convertirían en alguien que no era. Negó para sí, como si estuviese manteniendo una lucha interna de la que debía salir victoriosa su parte más insensible. No podía decirle lo que sentía de verdad, eso sería darle un arma para luchar contra ella. Y la vencería.

—No tiene sentido alargarlo —dijo ella—. Usted ha dicho lo que quería decir y yo le he escuchado. Ya tiene mi respuesta, así que podemos continuar con nuestras vidas como si este desafortunado incidente no se hubiese producido. Y, por favor, no comente nada con mi padre. Ni con Belinda, por supuesto.

Salieron de la trastienda y Robert se acercó al verlos.

—¿Ya habéis aclarado la situación? —preguntó mirando a su hija que asintió con la cabeza —. Bien, entonces podemos almorzar, ya hemos cerrado, ¿verdad, Belinda?

La joven se unió a ellos.

—Sí. ¡He vendido un reloj de chimenea y dos cajitas de rapé!

—Ha hecho un gran trabajo —afirmó Robert sonriendo—. ¿Te quedas a almorzar, Frederick? Digo, señor Wharton.

—Sigo siendo Frederick —dijo el otro visiblemente apesadumbrado—. Gracias, pero será

mejor que me marche. En otra ocasión.

Se despidió de todos y salió de allí. Robert y Belinda miraron a Meredith esperando una explicación, pero la joven ignoró su interés y volvió a la cocina para servir los platos.

Capítulo 12



Una semana después de la malograda declaración de Frederick, Belinda entró en la biblioteca donde Meredith escribía una carta de agradecimiento a petición de la señora Warren.

—¡Luke y Georgia van a comprometerse! —gritó la joven corriendo hacia su mentora—. Acabo de enterarme. Los Wharton darán una fiesta para anunciar el compromiso este sábado. ¡Por fin!

Belinda comenzó a dar vueltas y más vueltas por el salón mientras tarareaba una cancioncilla alegre. Meredith centró la mirada en la carta y terminó de escribirla sin responder. La joven se detuvo y la miró sorprendida.

—¿No va a decir nada? —Se acercó de nuevo—. ¿No me ha oído? Luke y Georgia…

—Te he oído —la cortó pasando el secante antes de doblar el papel.

—Por fin podré hablarles a mis padres de Ryan. Estoy segura de que les va a encantar la idea de…

—No te precipites, Belinda —pidió, vertiendo el lacre que previamente había calentado con la llama de la vela.

—¿Precipitarme? Si tengo que esperar más me va a dar algo.

Meredith dejó la carta en la bandeja para ese menester y suspiró antes de girarse para mirarla.

—No te precipites —repitió.

Belinda detuvo un momento su alegría y la miró ceñuda.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, pero no es buena idea que le cuentes a tu madre tus… planes.

La joven la miró expectante.

—Es usted mi mentora, la persona en la que más confío. Nadie sabe lo que guardo en mi corazón mejor que usted. ¿Qué ocurre? No intente negarlo, sé que sabe algo que pone en peligro mi felicidad. Lo veo en su cara.

—No puedo hablarte de ello.

—¿Qué? —Se acercó a ella y la agarró de las manos para hacerla levantarse de la silla—. Tiene que contármelo. ¿Qué ocurre? ¿Mi madre le ha dicho algo? ¿Es eso? ¿Algo malo de Ryan? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es? Dígamelo o iré ahora mismo a preguntarle.

—No harás semejante cosa —dijo Meredith con severidad.

—¿Qué no? —La soltó desesperada—. Si no me lo cuenta…

Meredith vio con preocupación que se dirigía hacia la puerta.

—Si tu madre descubre que te lo he contado, probablemente me despida.

Belinda se giró lentamente.

—Ven y siéntate —pidió la institutriz caminando hacia el sofá.

La joven obedeció y esperó con la espalda envarada y las manos unidas en su regazo.

—Tu madre quiere que te cases con Frederick Wharton.

—¡¿Qué?! —gritó.

—Belinda… —puso una mano sobre las de ella y la miró pidiéndole calma con los ojos.

—Eso no es posible. ¿Frederick? ¡No! Mi madre se ha vuelto loca.

—Debes pensar con calma, no dejes que el miedo se apodere de tu raciocinio. Si te pones en contra de los deseos de tu madre, quizá ella no esté muy abierta a concederte los tuyos. ¿Lo entiendes, Belinda?

La joven asintió. El corazón le latía desbocado y le costaba respirar.

—Aprecio a Frederic, pero… —sollozó—. ¡Amo a Ryan!

—Lo sé.

—Mi madre lo entenderá. En cuanto se lo expliqué verá que es mucho mejor para mí, ella solo quiere mi felicidad. Hablaré con ella…

—Debes esperar a que ella saque el tema, no ha de saber que te lo he contado, Belinda.

—¿Cómo voy a esperar? No puedo dejar que siga maquinando. ¿Y si hablan con el barón y él está de acuerdo? ¡Oh, no puedo esperar, señorita Meredith! No me pida que espere.

—Pero, no lo entiendes, esto me lo dijo en confianza.

—Lo siento —dijo la joven poniéndose de pie—. No puedo anteponerla a esto. Es demasiado grave…

Enseguida se dio cuenta de lo que estaba diciendo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Perdóneme, pero no puedo, de verdad que no puedo. Amo a Ryan más que a nada en el mundo, esperaré por él lo que haga falta, pero no me casaré con otro. No lo haré.

Salió corriendo de la biblioteca y Meredith cerró los ojos un instante al tiempo que se

llevaba una mano al pecho para calmar la ansiedad. Sabía lo que pasaría, pero no le había dejado opción. Respiró hondo y se levantó para ir tras ella.

—… no puedes obligarme. No aceptaré.

Cuando Meredith entró en el salón, Belinda gritaba entre lágrimas mientras su madre soportaba el temporal con actitud firme y serena.

—Harás lo que se te diga.

—¡Mamá!

—¡Basta! No tolero este comportamiento. Creía que la señorita MacNiall había conseguido dominar este carácter tuyo tan inestable, pero veo que vuelves a las andadas. —Miró a la institutriz con inquina—. ¿Ve lo que ha hecho al traicionar mi confianza?

—Ella solo quería ayudarme —sollozó Belinda—. Sabe que amo a Ryan. Meredith me comprende, no como tú.

—¿No va a decir nada? —preguntó Emily poniéndose de pie sin dejar de mirar a la institutriz.

—Lo siento, señora. Belinda es muy perspicaz y se dio cuenta de que pasaba algo. Iba a venir a preguntarle igualmente, pensé que era mejor que yo le explicase la situación con calma. Trataba de evitar… esto. —Señaló.

Belinda la miró horrorizada.

—¿Va a ponerse de su lado?

Meredith no la miró siquiera.

—Está bien. Llévesela de aquí y trate de hacerla entender. Que use la cabeza y no el corazón.

—¿Por qué, mama? —sollozó Belinda—. ¿Por qué no puede ser Ryan?

—¿El hijo pequeño de los Crawford? ¿Te has vuelto loca? Lo único que poseen son las minas y serán para Thomas. Ryan se tendrá que marchar a Francia, con su abuelo materno. ¿Crees que un comerciante puede competir con un barón? Frederick es un hombre excelente, te tratará bien.

—Pero no lo amo, amo a…

—Amor, amor… ¡pamplinas! Esto es por leer novelas estúpidas que solo te llenan la cabeza de pájaros. El amor se construye, hija, se forja con el día a día. Aprenderéis a amaros, los dos sois atractivos y de buena familia, los sentimientos llegarán, estoy segura.

Belinda escondió la cara entre las manos y Meredith la cogió por los hombros y la llevó hacia la puerta para sacarla del salón. No se detuvieron hasta estar de nuevo en la biblioteca,

entonces la institutriz la soltó y caminó hacia la mesa en la que había estado escribiendo cartas, dispuesta a continuar con su tarea. Su joven pupila la miró incrédula.

—¿Qué hace? —preguntó entre hipos—. ¿No va a consolarme? ¿No me dirá algo que calme esta terrible angustia que siento?

—¿Consolarte? —Levantó la mirada y la posó en ella—. ¿Por qué iba a consolarte? Debes aceptar las consecuencias de tus actos, igual que hacemos todos.

—¿Aceptar las consecuencias? ¿Qué quería que hiciera? ¿Que esperase a que todo estuviese ya decidido?

—Todo estaba ya decidido, Belinda.

La dureza de su voz no era comparable a la que mostraban sus ojos. Belinda comprendió que había transgredido una norma no escrita, que había violado la confianza que su mentora le tenía.

—No va a perdonarme nunca, ¿verdad?

—No es una cuestión de perdón. Claro que te perdonaré, has actuado presa del terror y no has sido capaz de pensar con claridad.

—Entonces, ¿por qué me mira así?

—Lo que no recuperarás jamás es mi confianza, Belinda. Eso es algo que se otorga muy pocas veces y a muy pocas personas. Yo te la otorgué a ti y me has demostrado que no la merecías.

La joven corrió hasta ella y se apoyó en la mesa.

—Usted no lo entiende porque nunca ha estado enamorada, pero lo que siento por Ryan es demasiado grande como para que ninguna otra cosa lo enturbie. Claro que puede confiar en mí, siempre que esa confianza no interfiera en un sentimiento mucho más enorme e importante como es mi amor por él.

Meredith juntó las manos encima del escritorio y la miró a los ojos con fijeza.

—La confianza se otorga voluntariamente y es de quién la ofrece, no de quién la recibe. Yo te di mi confianza porque creía que nuestro vínculo era tan fuerte como para soportar golpes como este. Me equivoqué, no es culpa tuya.

—Usted también ha traicionado a mi madre, ¿por qué lo ha hecho? Porque yo le importo más que ella. Es lo mismo que me pasa a mí con Ryan. A usted la quiero muchísimo, señorita Meredith, de verdad que sí. Pero a él lo quiero más.

La institutriz sonrió levemente.

—Tienes razón, yo traicioné la confianza de tu madre y también tienes razón en que lo

hice porque tú eres más importante para mí que ella. La única diferencia es que yo lo hice para beneficiar a otro, no a mí misma. No pretendía «traicionar» a tu madre, tan solo quería ayudarte a ti a enfrentar esta situación tan desagradable. Esto debería haber quedado entre nosotras. Juntas habríamos podido encontrar la fortaleza y…

—¿Seguro que es eso lo que pretendía? —la cortó con inquina—. ¿Seguro que pensaba en mí y no en usted?

Meredith empalideció.

—¿Qué estás diciendo?

—Usted no quiere que yo me case con Frederick Wharton.

—Belinda…

—Lo quiere para usted —siguió furiosa—. Lo vi en la tienda, el otro día, vi cómo se miraban. Está claro que los dos sienten algo. Debería habérselo dicho a mamá, pero no lo he hecho. ¿Ve que sí soy de confianza? No la he traicionado, señorita Meredith. En eso no.

Sollozó y escondió de nuevo la cara entre las manos. La institutriz la observó conmovida y sin poder resistirse extendió una mano y la puso sobre su espalda. Inmediatamente, la joven se abrazó a ella y lloró en su hombro con desesperación.

—Lo siento —dijo con voz entrecortada—, siento haberla puesto en esta… situación. No podía… Ya conoce a… mi madre, no habrá quien… la pare, si… Tenía que detenerla, tenía que hacer algo…

Meredith le acarició el pelo con suavidad.

—Deberíamos haber pensado muy bien lo que hacer, Belinda. Encontrar una solución juntas.

—Lo sé. Soy… una… estúpida.

La institutriz la apartó con delicadeza, pero sin concesiones y la miró a los ojos fijamente.

—Deja de llorar. Las lágrimas no te ayudarán con esto. Respira hondo y sentémonos a hablar con tranquilidad. —La llevó de nuevo hasta el sofá y esperó a que se calmase—. Bien. ¿Tan terrible te parece casarte con…?

—No lo diga siquiera, no quiero oírlo más. Aprecio a Frederick, lo aprecio de verdad, ya lo sabe, pero no me casaré con él. No importa lo que me pase, si quieren encerrarme en un convento, pues que lo hagan.

—No tenemos conventos en Inglaterra —dijo Meredith forzando una sonrisa.

—Aunque los tuviéramos, no me importa lo que me hagan. Si no me caso con Ryan, no me casaré con nadie.

La institutriz suspiró con cansancio.

—Tu madre es un rival muy poderoso, Belinda. Y solo quiere tu bien. En cuanto al señor Wharton… Es un gran hombre y estoy segura de que sería un buen marido.

—Para usted —la cortó—, pero no para mí. ¿Entregarme a él? ¡Dios Santo, no!

Meredith desvió la mirada consciente de que le dolía demasiado. Las mujeres llevaban haciendo eso desde que el mundo existía, entregarse a hombres a los que no amaban y aceptar que las tomaran e hicieran con ellas lo que quisieran sin importar sus deseos. Pero que Belinda hiciese eso precisamente con Frederick Wharton, era demasiado insoportable para pensarlo siquiera.

Belinda se limpió la cara con fiereza y soltó el aire que había retenido en sus pulmones.

—Hablaré con papá. Le expondré la situación dejándole muy claro que, hagan lo que hagan, no me casaré con nadie que no sea Ryan Crawford. Si quieren castigarme, que lo hagan, verán que no soy tan débil como piensan.

—Tu padre no se enfrentará a tu madre, Belinda.

—Lo sé, pero también sé que es más débil que ella y que causarme sufrimiento le hará daño. Le haré saber que estoy sufriendo. Muchísimo.

—¿Te vas a posicionar en contra de tu madre? ¿Estás segura de lo que dices?

Belinda asintió.

—Lo primero que hará será despedirme, ¿lo sabes?

Los ojos de la joven volvieron a llenarse de lágrimas y asintió levemente provocando que cayeran en tropel.

—Me quedaré sola —musitó.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer?

—Muy segura.

La firmeza en su voz sorprendió a la institutriz, que no tuvo más remedio que asentir.

—Entonces, hazlo y que sea lo que Dios quiera. Pero, espera a que pase la fiesta de compromiso de tu hermano. Si provocas una hecatombe antes del sábado, tu madre estará mucho más furiosa. La boda de tu hermano es muy importante para ella.

—Todo lo que tiene que ver con mi hermano es muy importante para ella. Es como si Charles, John y yo solo fuésemos comparsas en su historia. Siempre he vivido relegada a un segundo plano. Todas las cosas que quería estaban supeditadas a él. Cuando Luke se marche a estudiar, cuando Luke vuelva de su viaje, cuando Luke se case… Siempre Luke, Luke, Luke.

—Es el primogénito y es varón, así funciona el mundo, Belinda. De nada sirve resistirse.

—Usted es la prueba viviente de que sí sirve.

—¿Yo?

—Tiene la vida que usted ha elegido. Nadie decide por usted.

—Eso no es cierto —se rio—. Todo el mundo decide por mí. No soy libre en absoluto.

—Ya me entiende.

—Sí, te entiendo, pero estás equivocada. Si me hice institutriz no fue porque esto sea lo que yo deseo, fue porque era la única opción que se me ocurrió para tener una vida.

—Pero su padre la apoyó, siempre la apoya en todo. Decida lo que decida, sabe que él siempre estará ahí para acompañarla.

—Eso es cierto.

—El señor MacNiall solo quiere su felicidad. Jamás la obligaría a casarse con nadie. Ni siquiera con Frederick Wharton, a pesar de que se lo pidió.

Meredith abrió los ojos asustada.

—No es que quisiéramos escuchar —dijo Belinda bajando la mirada con timidez—. Su padre cerró la tienda en cuanto terminé de atender a aquella señora, no quería que los clientes los oyeran. Y por esa mujer no se preocupe, tenía que hablarle a voz en grito para que me escuchara y la tenía delante.

—¿Oísteis… todo?

Belinda asintió.

—¿Todo, todo? —repitió Meredith y cuando ella asintió se tapó la boca para ahogar un grito de terror.

—Su padre no dijo una palabra, pero me dio la impresión que estaba muy preocupado.

Tenía que hablar con él cuanto antes. ¡*Oh, pobre, papá*!

—En lo importante no la he traicionado. Podría haberle dicho a mamá que Frederick está enamorado de usted. Que le pidió matrimonio, incluso, y que usted lo rechazó de muy mala manera.

—¿De muy mala manera? —titubeó nerviosa.

—¡Dios Santo! Casi entro en aquella cocina para consolarlo. Fue usted terriblemente dura con él. No entiendo cómo pudo engañarlo de ese modo.

—¿Engañarlo? —Meredith no salía de su asombro.

—Es evidente que usted lo ama y estaba intentando protegerlo. No puede ser que todos los hombres sean tan estúpidos.

—Shsssss —la ordenó callar—. Baja la voz.

—Tiene que aceptar su proposición, así todos podremos ser felices.

—No puedo.

—No digo que vaya a ser fácil, pero si hay algo que sé es que usted no es una cobarde. No es eso lo que me ha enseñado durante estos dos años.

—Algún día será el barón de Harmouth.

—¿Y? ¿Tiene algo en contra de los barones? —Se burló.

—Belinda, no te burles.

—A él no le importa, es más que evidente.

—Pero les importará a todos los demás.

—Eso será problema suyo, no de usted.

—No lo pondré en esa tesitura.

Belinda sonrió por primera vez desde que le habían dado el disgusto.

—Lo ama casi tanto como yo amo a Ryan.

—Deja de decir tonterías.

—Desde luego que lo ama —insistió la joven sonriendo un poco más—. Está enamoradísima de él.

La institutriz la miró con fijeza.

—Te juro que si hablas de esto con alguien, no volveré a dirigirte la palabra en mi vida.

Belinda negó con la cabeza.

—No diré nada. Ya estoy tranquila. No tengo que hablar con mi padre ni con nadie, no tengo que hacer nada.

Meredith frunció el ceño.

—Frederick la ama y usted lo ama a él. Lo que pasó en aquella trastienda fue solo un bache en el camino. Él sabrá sortearlo para llegar a su destino.

—¡Dios! Tu madre tiene razón, no te dejaré leer más novelas.

La joven mantuvo su sonrisa mientras se limpiaba los restos de lágrimas y se arreglaba el pelo y el vestido.

—Menuda rabieta he tenido.

—Mereces un par de azotes.

Belinda la cogió de las manos y la miró a los ojos con afecto.

—Ahora sé que me entiende. Sabe perfectamente la angustia que he sentido con todo esto.

—No te entiendo en absoluto —mintió la otra mostrando indiferencia.

—Le prometo que, pase lo que pase, no volveré a traicionar su confianza. Me he

comportado como una estúpida. Ha sido como volver a tener catorce años. Cuando usted llegó a esta casa yo era así. Pero ya no, usted me ha cambiado.

—No del todo, al parecer.

—Entonces no era capaz de gestionar la frustración que sentía todo el tiempo. Quería muchísimo a Luke y al mismo tiempo lo detestaba. Que se marchara esos dos años fue mi salvación. Eso y usted. Sobre todo usted. Nunca nadie me había prestado tanta atención. Al principio sé que solo me soportaba por obligación, pero sé que poco a poco me gané su afecto. ¿A que sí?

Meredith enarcó una ceja como respuesta.

—No hace falta que lo reconozca, yo lo sé. Noté enseguida cómo me iba cogiendo cariño y eso hizo que yo la quisiera también. Pero, ¿sabe el momento exacto en el que supe que usted era una persona muy importante para mí? Cuando me llevó a conocer a su padre. Señorita Meredith, no imagina cuánto la envidio por tener un padre como él. No puedo más que desear haber vivido en esa tienda y haber tenido a alguien como él cerca. Me cambiaría por usted sin pensarlo un segundo.

La institutriz tenía una expresión de orgullo en el rostro.

—¿Te cambiarías por mí? —se burló—. ¿Y tener que soportar a muchachitas insolentes con demasiados pájaros en la cabeza y pocas entendederas? No lo creo.

La joven volvió a abrazarla riendo, pero Meredith no sonreía. Estaba aterrada.

✿✿✿

A partir de ese día lady Warren la trató con total frialdad. Lejos quedaron las confidencias y el fingido cariño. Curiosamente, eso hizo que Meredith tuviese más tiempo libre. De repente se dio cuenta de lo mucho que la agobiaba Emily con peticiones que nada tenían que ver con su labor de institutriz y no pudo menos que alegrarse de que la dejase en paz. Hasta la mañana de la fiesta de compromiso en casa del barón. La madre de Belinda la recibió en el saloncito de siempre, aunque esta vez no le pidió que se sentara.

—Ryan Crawford asistirá a la fiesta de compromiso. Quiero que vigile a mi hija de cerca —dijo sin mirarla a los ojos—. Por supuesto, nos acompañará en calidad de institutriz de Belinda y se limitará a atenderla y a asegurarse de que se comporta como es debido. ¿Tiene algún vestido «decente» que pueda utilizar?

Meredith la miraba estupefacta.

—Si no tiene ninguno, puedo dejarle alguno de los que ya no me pongo, aunque no tenemos las mismas medidas y habrá que hacer retoques. Hable con mi doncella y encuentren una solución. Nada extravagante, por supuesto, sigue siendo una institutriz. Si no temiera que mi hija haga alguna tontería, no requeriría de sus servicios. Frederick podría llevarse una mala impresión de ella y eso es lo último que deseo hoy. Imagino que para usted será una situación incómoda, pero no se preocupe, nadie la molestará.

—Señora, no creo que yo deba asistir.

—¿Por qué?

Meredith quería contestar, pero no encontraba ninguna excusa sincera y creíble que, a su vez, estuviese lo más alejada posible de la verdadera razón.

—Las institutrices no asisten a bailes ni a fiestas de compromiso —dijo sin pensar.

Enrojeció al darse cuenta de lo estúpido que había sonado.

—Por supuesto que no —afirmó lady Warren—. Y usted no «asiste» al baile, tan solo estará allí como empleada nuestra, con la única misión de atender las necesidades de mi hija. Y, por supuesto, para evitar que esa tonta se ponga en evidencia delante del que será su futuro esposo. Y no se preocupe, no es la primera vez que una institutriz asiste a un baile, lo he visto unas cuantas veces. Nunca pensé que yo necesitaría… —Movió la cabeza con desagrado—. Debí enviarla a un internado como quería su padre. Ahora ya es tarde para eso. Dejemos ya de hablar de esto, tengo mucho que hacer y poco tiempo. Hable con Dorothy y que la ayude a escoger vestido. Y asegúrese de que Belinda esté deslumbrante. Queremos que Frederick la vea con buenos ojos.

Meredith entró en su cuarto y cerró la puerta apoyándose en ella. ¿De verdad iba a tener que asistir a ese maldito baile? Gruñó impotente y se paseó por la habitación presa de una excitación difícil de contener. El desprecio en el tono, las palabras y el modo en el que Emily Warren la había mirado no le provocaba ni la mitad de molestia que el hecho de tener que ponerse uno de sus vestidos. Su padre la había llevado en varias ocasiones a *The Bedford arms* y también a *The Shakespeare Tavern. S*abía bailar, por supuesto, y no se le daba nada mal. Pero jamás había asistido a un baile como el que se celebraría en casa del barón de Harmouth. El padre de Frederick…

Soltó el aire de un bufido y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Belinda al ver que se disponía a salir de casa.

—Luego te lo cuento, ahora tengo prisa.

Media hora después y con las mejillas arreboladas, entraba en la tienda de su padre.

—¿Meredith? No te esperaba hoy —dijo su padre levantando la vista del objeto que sostenía.

Su hija se alegró de que no hubiese nadie en ese momento en la tienda y sin preámbulos le contó lo del baile.

—No pienso llevar un vestido de lady Warren. ¿Puedo coger uno de mamá? Sé que aún tienes su baúl.

Su padre asintió. Por supuesto que lo tenía, jamás se desharía de sus cosas.

—Claro que puedes. Tu madre estaría feliz de que usaras uno de sus vestidos.

—Oh, papá, no quiero ir a ese baile.

—Ya lo veo. Es por él, supongo.

Meredith asintió.

—Sé que lo oíste todo —musitó avergonzada.

—No hablabais en tono muy bajo, precisamente.

—Qué vergüenza —musitó de nuevo.

—Al principio me sorprendió tu dureza —dijo él torciendo una sonrisa—. Pero enseguida comprendí lo que pasaba.

—¡Oh, papá! —repitió con pesar.

—¿Estás segura de lo que haces? Él te quiere y tú tam…

—No lo digas.

Robert la miró con ternura.

—Hija, esa clase de sentimientos no desaparecen porque los ignoremos. Son demasiado poderosos como para amilanarse por nuestro empeño. Si está en tu corazón no podrás sacarlo de ahí.

—Podré —lo cortó—. Soy mucho más fuerte de lo que crees. Podré, si tú me ayudas.

—Y te ayudaré, aunque no estoy seguro de que sea lo mejor para ti. —Suspiró—. Ve arriba y busca algún vestido que te guste. Si el baile es esta noche apenas tendrás tiempo de airearlo.

La campanilla de la puerta sonó y Meredith se apresuró hacia las escaleras. El baúl estaba en el cuarto de su padre, en un lugar privilegiado, bajo un espejo y junto al que había sido el tocador de su madre. Sobre él continuaban bien colocadas las cosas de su madre. Sus cepillos para el pelo, sus cajitas de maquillaje… Su padre no había permitido que las quitaran de allí y él mismo se encargaba de limpiarlas a diario para que permanecieran brillantes y ordenadas. A

Meredith se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mamá —susurró—, te necesito tanto…

—*No seas tonta, niña, levanta ese mentón y deja que brille tu sangre escocesa*.

Casi podía oírla a su espalda. Se sacudió la congoja y abrió el baúl para buscar un vestido que ponerse. Enseguida llamó su atención un brocado de seda en tonos azul zafiro y oro pálido. Sacó el traje del baúl y lo sacudió para estirarlo, buscando la luz de la ventana. Lanzó una exclamación admirada. ¿Para qué tendría su madre un vestido tan lujoso? La tela, suave, pero con cuerpo, tenía un diseño de ramas florales bordadas en hilo de oro que serpentean a lo largo de la falda y el corpiño. El tejido reflejaba la luz en un juego de brillo y sombra que hacían que el vestido pareciese casi etéreo. Se fijó en el ajustado corpiño, decorado con pequeños botones de perlas en la parte frontal. Ese detalle realzaría la figura femenina dándole además un toque muy elegante. Un escote en forma de corazón cuyo borde estaba adornado por una fina línea de encaje Chantillí blanco. También habían puesto encaje en los extremos de las mangas tres cuartos, que acababan en volantes. Bajó la vista hasta la falda, de gran volumen, que caía en capas de brillante seda hasta el suelo. El miriñaque le daría forma y Meredith no tuvo ninguna dificultad en imaginarlo en todo su esplendor. Era el vestido más bonito que hubiese visto nunca. Bajó la vista al baúl, cualquier otro languidecería a su lado. Negó con la cabeza y volvió a dejarlo donde estaba.

Eligió uno confeccionado en muselina color marfil que mostraba un brillo sutil bajo la luz que entraba por la ventana. Lo dejó sobre la cama y volvió a cerrar el baúl después de ordenar bien su contenido. Observó entonces la prenda con ojo crítico, mordiéndose el labio. Pequeños bordados de flores silvestres, apenas visibles, decoraban los bordes del vestido, añadiendo un toque de frescura sin parecer ostentoso. El corsé rígido y ajustado a la cintura daría forma al torso. Nada de botones de perlas. Le gustó especialmente el original escote cuadrado, aunque aquel encaje flamenco…

—Excesivo —dijo inclinándose para ver cuán difícil le resultaría quitarlo.

Preferiría no tocar nada del vestido de su madre, por respeto a su padre, pero no podía llevar aquel encaje sin llamar demasiado la atención. Por suerte, estaba cosido con ligeras puntadas. Podría quitarlo y volverlo a poner después del baile, su padre no se enteraría siquiera. Suponiendo que recordase cómo era, cosa que dudaba sinceramente.

Las mangas, finamente fruncidas, llegaban justo por encima del codo, lo que permitiría que la brisa suave de la tarde la ayudara a soportar el sofoco que seguro iba a abrumarla cada vez que viese a… Sacudió la cabeza para librarse de pensamientos indeseados y cogió el vestido para

mirarlo a la luz y sonrió al imaginarse con él puesto. Su madre tenía unas medidas muy parecidas a las suyas y no haría falta ningún retoque.

—¿Por qué sonríes, estúpida? ¿Te crees que vas a una fiesta? Bueno, sí, vas a una fiesta, pero nadie te quiere allí.

La imagen de Frederick Wharton se materializó frente a ella y su mirada le decía otra cosa. Dio varios golpes con el pie en el suelo y contuvo un gemido de impotencia mordiéndose el labio.

Cuando bajó a la tienda había envuelto el vestido con una sábana y parecía calmada. Su padre sonrió satisfecho.

—Veo que has encontrado lo que necesitabas.

Ella asintió sin decir nada.

—Mi techo y yo te lo agradecemos, hija.

—Siento los golpes —se disculpó y enseguida dejó escapar un largo y áspero suspiro—. Tendré que hacerle un pequeño retoque en el escote, pero te lo devolveré tal y como está.

—Puedes hacerle todos los cambios que quieras. A ella le encantaría saber que te lo has puesto.

Meredith dejó el vestido sobre el mostrador y lo rodeó para llegar hasta su padre y abrazarlo. Robert la acogió en sus brazos como cuando era niña y la acunó unos segundos con ternura.

—No seas tan dura, pequeña, la vida es muy corta para perder el tiempo con cosas que no tienen importancia.

Su hija se separó de él y lo miró a los ojos.

—¿Y cómo saber lo que es verdaderamente importante?

—Escuchando a tu corazón.

—Será barón, papá.

El escocés se encogió de hombros.

—Deja que él decida. Nosotros solo podemos esperar.

Meredith frunció el ceño. ¿Nosotros? ¿Se estaba colocando en su lado del tablero? ¿Eso significaba que su madre era una pieza blanca?

—Apenas lo conozco —dijo.

—Yo me enamoré de tu madre la primera vez que la vi —confesó—. Fue un instante fugaz, me di la vuelta y allí estaba. No hizo falta más.

Meredith sonrió divertida.

—Ya lo creo que hizo falta. Según mamá te estuvo dando calabazas durante meses.

—Es cierto. —Robert se llevó una mano al pelo y lo mesó pensativo—. Su boca no dejaba de rechazarme mientras sus ojos me suplicaban que no me alejase de ella.

Meredith temió que Frederick hubiese visto en ella algo parecido.

—Me gustaría que me hablases más de todo aquello —dijo mirándolo con atención—. De vuestra vida en Escocia. Mamá y tú solo hacías comentarios de pasada, nunca respondíais verdaderamente a mis preguntas.

—Es mejor no remover el pasado. Está bien donde está y lo importante es lo que ocurrió después. La vida que construimos aquí, eso es lo que importa.

—Papá… ¿tú me entiendes?

Robert lo pensó un momento antes de responder. Asintió lentamente.

—Sé que crees que así lo proteges. Pero también lo estás dejando solo. Si piensas que toda esa gente puede hacerle daño por tu causa. Si crees que su padre puede hacerle daño por tu causa, entonces debes saber que lo estás dejando al amparo de personas que no dudarán en hacerle daño.

—No todos los padres pueden ser tan maravillosos como tú —dijo ella abrazándolo de nuevo.

—Si eres la única capaz de renunciar a él para que no sufra, él no debería renunciar a ti jamás.

Su hija lo miró burlona.

—¿Qué quieres decir?

—Si es la clase de hombre que creo que es, no te dejará escapar.

Meredith lo soltó de golpe, visiblemente asustada.

—Será mejor que te vayas o no podrás hacer esos retoques a tiempo. —Robert la empujó con cariño y la siguió hasta la puerta.

—Que sepas que no me has tranquilizado en absoluto.

Ella salió de la tienda y él la observó desde la puerta hasta que desapareció de su vista.

—Ay, Yvaine —susurró—, cuánto te necesitamos.

Capítulo 13



El carruaje de los Warren avanzaba lentamente por el camino arbolado que conducía a la residencia del barón de Harmouth. Meredith, sentada frente a Emily y junto a Belinda, mantenía la vista fija en la ventanilla. La silueta de la mansión se alzaba majestuosa, con hileras de ventanas resplandeciendo bajo los últimos rayos del sol. Dentro del carruaje, el ambiente estaba cargado de un aire de formalidad y silenciosa tensión. Emily Warren, con su porte altivo, miraba inquieta a Meredith. A pesar de saber que su presencia en la fiesta de compromiso no era más que un conveniente recurso para vigilar a su hija, tenía una extraña opresión en el pecho. Miró entonces a Belinda, que estaba sorprendentemente relajada, lo que, lejos de tranquilizarla, la hacía temer que la noche acabase con alguna desagradable sorpresa. Jonathan Warren ocupaba el asiento junto a su esposa con expresión del todo indiferente, mientras que Luke se había ofrecido a viajar en el pescante para evitar que Meredith tuviera que sentarse fuera, llevando un vestido tan elegante. ¿Por qué se había puesto un vestido tan elegante? Se preguntó Emily molesta. No parecía una institutriz así vestida, más bien una dama de alta alcurnia. Se sorprendió al saber que ese precioso vestido había pertenecido a su madre. ¿Cómo podía permitirse la esposa de un simple comerciante semejante atuendo?

El carruaje se detuvo en la entrada de la mansión, y un lacayo abrió la portezuela. Luke ayudaba a bajar a las damas, cuando la figura de Frederick apareció en lo alto de la escalinata de entrada. Estaba impecablemente vestido, con un aire de impaciencia apenas disimulado. Sus ojos se posaron en Meredith en cuanto ella descendió del carruaje, pero ella evitó mirarlo. Era la primera vez que se encontraban tras su tormentosa conversación.

—Querido Frederick —dijo lady Warren con más confianza de lo habitual—. Qué detalle más considerado salir a recibirnos.

Frederick saludó uno a uno a los recién llegados y luego los invitó a entrar sin que Meredith se dignara mirarlo a los ojos ni una sola vez.

—Esta es la señorita MacNiall —la presentó a su padre con la misma reverencia con la que

habría presentado a la duquesa de Devonshire.

—Señorita —la saludó el barón mirándola de arriba abajo sin expresión alguna.

Meredith hizo una perfecta reverencia y lo miró con respeto.

—Gracias por su invitación —dijo con sencillez.

Lady Warren la miraba estupefacta y el barón miró a su hijo enarcando una ceja.

—Me temo que es a mi hijo a quien debe agradecérselo, señorita. No me encargo de estos asuntos personalmente, tengo cosas más importantes que hacer.

Meredith enrojeció involuntariamente y Luke le dio un disimulado codazo a Frederick, que ignoró el gesto con total maestría.

—Pueden pasar al gran salón, si lo desean —dijo Frederick señalando—. Georgia y su madre ya están allí.

—He pensado anunciar el compromiso en las escaleras, ¿qué le parece? —preguntó el barón mirando a Jonathan Warren.

—Me parece una excelente idea —respondió el otro y Meredith tuvo la impresión de que todo aquello le importaba bastante poco.

El grupo atravesó el hall y se dirigió hacia el salón desde el que les llegaba el sonido de la música mezclado con el rumor de la charla de los invitados allí congregados. Enseguida, los señores Warren se vieron obligados a saludar a conocidos y amigos que querían felicitarlos. Belinda y Meredith se dirigieron a un lugar relativamente apartado, pero suficientemente estratégico como para poder ver sin ser demasiado evidentes. Se sentaron en sendas sillas y observaron la sala con curiosidad.

—Su vestido es realmente precioso —insistió Belinda.

—Era de mi madre —respondió, e inclinándose hacia ella para poder bajar el tono, añadió —: ¿Percibes algún olor extraño? Lo he rociado con agua de lavanda y lo he dejado más de una hora aireándose fuera, pero no estoy segura de haber logrado que huela a limpio.

—Puede estar tranquila, huele maravillosamente.

La institutriz no pudo evitar un suspiro de alivio y su pupila se rio de ella. Se estaba formando una cuadrilla para iniciar una contradanza y les faltaba una dama. Uno de los caballeros, un joven al que Belinda conocía, se acercó para preguntarle si se uniría al grupo. Belinda miró a Meredith que asintió levemente para darle permiso y la joven se alejó de allí sin disimular su alegría. Estaba entusiasmada con la idea de ver a Ryan Crawford. La institutriz entornó ligeramente los ojos, prestando atención a los rostros de los asistentes, buscando el del joven, pero no consiguió verlo en ninguna parte. Tampoco vio a Thomas y…

—No estaba seguro de si vendría.

La voz de Frederick a su lado la hizo dar un respingo y se puso de pie como si alguien hubiese tirado de ella.

—Lo siento —dijo sin pensar.

Él la miró confuso.

—¿Qué siente?

—Haber venido… Quiero decir… Yo no… La señora Warren…

—Me alegra que no rechazara mi invitación —la interrumpió.

—Quería hacerlo —insistió.

—Supongo que no quiere ofenderme —dijo él con ironía.

—Estoy aquí en calidad de institutriz de Belinda. Para vigilarla.

—¿Vigilarla?

—Su madre teme que no se comporte como debe.

Frederick se mostró sorprendido.

—Por lo que yo sé, Belinda era una joven de lo más amable y cordial.

—Han tenido unos pequeños contratiempos estos días.

—Espero que no haya sido nada importante. Y que a usted no la haya afectado en absoluto.

Meredith negó levemente y a continuación permanecieron unos minutos en silencio. A la pieza no le quedaban muchos compases para terminar y cuando eso sucediera, Belinda regresaría a su lado.

—Imagino que si le pido un baile, me dirá que no.

—No me lo pida.

—¿Tan patético le parezco que hasta se compadece de mí?

Ella lo miró sin ocultar que se sentía mortificada.

—No lo considero patético en absoluto, señor Wharton. Pero preferiría no tener que rechazarlo.

—Una vez más.

Ella apretó los labios y desvió la mirada fijándola en los que danzaban.

—Luke ha pedido a los músicos que toquen un vals después de que el compromiso se haya anunciado. Me ha pedido que no los deje solos, así que tendré que bailar. ¿Qué opina al respecto? ¿Cree que mis «iguales» están preparados para ello?

Meredith lo miró asustada y vio su perfil más propio de una estatua griega que de un hombre de carne y hueso. Cuando se giró lentamente y posó sus brillantes ojos en ella, le

flaquearon las rodillas.

—Usted bailará conmigo, señorita MacNiall o me dejará en evidencia delante de todos los invitados de mi padre. —Se inclinó cortésmente antes de darse la vuelta y alejarse de ella.

Meredith se dejó caer en la silla y dejó escapar el aire con un soplido. Sus hombros cayeron con ella y su ánimo también. Miró hacia donde estaba Belinda y se planteó la posibilidad de salir huyendo sin más. ¿Qué podía pasar si lo hacía? ¿Que la señora Warren la despidiese? Eso ocurriría igual si la veía bailando un vals con Frederick Wharton la noche del compromiso de Luke y Georgia. Por no hablar de que bailar con él la convertiría en alguien visible para todos.

¿Quién es esa joven? ¿Una institutriz? ¡Dios Santo! ¿Se ha vuelto loco?

Se levantó de la silla y miró hacia todas partes, había olvidado dónde estaban las puertas. Junto a la más cercana estaban los Warren hablando con otras personas.

—Por ahí no —musitó para sí.

Pero la otra estaba bloqueada por un grupo entre los que se encontraban Luke y Georgia, no podría salir sin ser vista. Se mordió el labio y una explosión de alivio inundó su pecho. La terraza. Podía salir por ahí, bajar al jardín y dar la vuelta a la casa. Sonrió levemente, no había nadie que se interpusiera en su camino. Se dirigió hacia allí con paso ligero y la mirada fija en sus pies, como si no mirar a nadie le asegurase no ser vista. Cuando estuvo fuera de la casa respiró profundamente, le faltaba el aire por haber contenido la respiración.

—Gracias a Dios —musitó de nuevo.

—Sabía que lo intentaría.

La voz de Frederick llegó a ella antes de que su figura emergiese de las sombras.

—Temía que se arriesgase a intentarlo por una de las puertas, pero esta me pareció la opción más propicia para escapar.

Meredith no sabía qué decir.

—¿Qué pensaba hacer una vez llegase a la entrada principal? ¿Irse caminando hasta la mansión de los Warren o se iría a casa de su padre? Apuesto por lo segundo. —Se acercó a ella despacio.

Meredith miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más allí.

—¿La he dejado muda o me está castigando con el látigo de su indiferencia?

—Yo no tengo nada que decir y al parecer usted tiene muchas ganas de hablar.

—He ido a ver a su padre hoy —siguió él—. Usted se acababa de marchar. Me ha dicho que se había llevado un vestido de su madre. Está bellísima, por cierto.

La institutriz enrojeció completamente y desvió la mirada como si eso la protegiera de algo.

—¿No va a preguntarme por qué he ido a verlo?

—No me interesan sus asuntos.

Él sonrió taimado y detuvo su paseo frente a ella.

—Quería sincerarme con él, a pesar de que usted me dejó muy claro que no tenía el menor interés por mí, me sentía… ¿cómo decirlo? Inquieto.

Ahora sí tuvo fuerzas para mirarlo y elevó el mentón en orgulloso gesto.

—No creo que tenga usted que hablar nada con mi padre, señor, soy yo la única que puede decidir lo que hago con mi corazón.

—Por supuesto, no pretendía otra cosa. Tan solo quería que él supiera lo que yo desearía hacer con el mío.

Parecía distinto, no había debilidad ni tristeza en su ánimo.

—¿Qué le ha dicho mi padre?

—Oh, no mucho. Lo cierto es que ha permanecido callado la mayor parte del tiempo.

El ceño fruncido de Meredith acentúo sus arrugas a medida que la preocupación ganaba terreno.

—Señor Wharton, deje este juego, por favor. Al final alguien saldrá herido.

—Por si acaso lo ha dudado siquiera un segundo, no voy a casarme con Belinda Warren ni con ninguna otra mujer que no sea usted.

Meredith palideció. ¿Su padre se lo había contado? Dio un paso atrás y él uno adelante. No iba a dejarla escapar.

—Tengo que irme.

—Me debe un baile.

—No me obligue a rechazarlo delante de todos.

—¿Por qué no? ¿Cree que dolerá más? No me importa lo que ellos piensen, solo lo que piensa usted.

—Por favor. Deje esta tontería. Mi padre vende relojes, ¡por Dios! Deje de comportarse como un niño y asuma su papel en la vida.

—Lo tengo completamente asumido.

—No puede hacer lo que quiera, señor.

—En esto no nos pondremos de acuerdo, me temo.

—Apenas me conoce, solo hemos hablado unas cuantas veces.

—Suficiente para mí.

—No se puede razonar con usted.

—Soy el único que sabe lo que siento.

—Deje de bromear.

—¿Le parece que bromeo?

—Está conteniendo la risa.

—Es que se pone usted adorable cuando se enfada.

Ella mordió una palabra incomprensible y trató de bajar las escaleras que llevaban al jardín, pero él se interpuso de nuevo en su camino.

—No dejaré que se marche.

—No puede obligarme a hacer nada que no quiera.

—Por supuesto que no. Puede rechazarme cuando la invite a bailar, nada se lo impide.

—¿Por qué quiere que haga eso?

Frederick se encogió de hombros, indiferente a su escrutinio.

—Tiene un motivo, pero no quiere decirme cuál es. ¿Por qué?

—Si tuviese un motivo oculto, sería absurdo responder a esa pregunta, ¿no cree?

La curiosidad hizo mella en su firme determinación.

—¿Qué está tramando?

—No sé de qué me habla.

—¿Esto es divertido para usted? ¿Sabe que su comportamiento va a provocar que me… despidan? —De repente la luz iluminó sus pensamientos y empezó a ver lo que escondían las sombras—. ¡Quiere que me despidan!

Él enarcó una ceja por toda respuesta.

—Es usted… —La rabia la inundó como una tromba de agua—. No me lo puedo creer. ¿Se piensa que porque me echen voy a dejar de ser institutriz? ¿Que eso va a hacer que todos los que están ahí dentro me miren de otro modo? Realmente es usted estúpido si piensa eso.

Lo empujó sin miramientos y bajó las escaleras con paso decidido. Frederick tardó unos segundos en alcanzarla.

—¿Por qué es tan cabezota? —preguntó despojándose de su talante sereno—. He visto cómo me mira.

Meredith se detuvo anonadada.

—¿Que ha visto cómo…? Habrase visto tamaña desfachatez, pero ¿qué se ha creído? Yo no lo miro de ningún modo. De hecho, no lo miro en absoluto.

—Ahora me está mirando —dijo socarrón.

Se alejó de él con los puños pegados a su cuerpo, como si temiera usarlos.

—No voy a rendirme —sentenció él sonriendo—. Casi me engañó, lo reconozco. Estaba tan dolido que no podía pensar con claridad. Pero en cuanto estuve a solas, lo comprendí todo.

Ella se giró despacio y lo miró de frente y sin prevención. Más tarde pensaría en el traidor de su padre.

—No sé qué le ha dicho mi padre, pero le aseguro…

—Su padre no la ha traicionado, si es lo que piensa. Ese hombre se dejaría matar antes de traicionarla. No, cuando he ido a verlo, ya lo sabía.

—No importa lo que crea que sabe, no me casaré con usted.

—Seremos dos almas solitarias que se aman en silencio.

—No me hable así.

—No me importa lo que nadie piense, Meredith, solo me interesa lo que piensa usted.

—¿No le importa lo que piense su padre?

—Desearía que pensara en mi felicidad, pero hace ya mucho tiempo que dejé de creer en los milagros.

—Algún día será el barón de Harmouth, eso debe significar algo.

Él se encogió de hombros sin dejar de sonreír, aunque sus ojos se habían apagado.

—Renunciaré a ello si es necesario.

—¿Renunciar? —Lo miró horrorizada—. ¿Cree que yo aceptaría ser la causa de…? —Negó con la cabeza mirándolo con fiereza—. No lo permitiré. No importa lo mucho que insista, no importa lo fuerte que sea, yo lo seré más.

—¿Aun a costa de mi sufrimiento?

Meredith asintió una vez, agradecida de que no pudiese ver el dolor de su corazón.

—¿Me condenará a una vida de soledad y ausencia? ¿A pensar en usted todos los días de mi existencia sabiendo que no podré tenerla?

—Deje de hablar así —pidió con la voz temblando.

—¿Así cómo? ¿Como si no pudiese dormir, ni comer? ¿Como si todos mis pensamientos fuesen sobre usted? Míreme, Meredith, míreme a los ojos, no sea cobarde.

Ella elevó la mirada y se estremeció.

—La amo sincera y profundamente. La amé desde el mismo instante en que la vi. Fue como si ya nos conociéramos, como si hubiese un hilo invisible atado entre su corazón y el mío.

—Me odió —musitó ella.

—La odié como defensa, porque me di cuenta al instante de que me había vencido sin necesidad de luchar. Mi corazón estaba en peligro y no había forma humana de salvarlo.

—Soy institutriz, ¿ya lo ha olvidado?

Él sonrió burlón.

—¿Olvidarlo? ¿Le parece poca broma del destino poner mi corazón a disposición de semejante chance? ¡Institutriz! Con las veces que las he maldecido, he renegado de ellas y las he vilipendiado frente a todos. ¡Institutriz! Hubiese preferido que fuese usted doncella, pinche de cocina incluso…

Ella sonrió, pero rápidamente contuvo el gesto.

—Ha sonreído.

—No.

—Lo ha hecho. —Él elevó un poco más la comisura de sus labios.

—Sea como sea, esto no es posible y debe actuar como su posición le exige. Soy la hija de un comerciante escocés que regenta una tienda de relojes en Covent Garden.

—No hay nada de malo en eso.

—Si de verdad le importase, no insistiría.

—¿Si de verdad me importase? ¿Todavía lo duda?

—¡Sí, lo dudo! Va a destruir mi vida sin pestañear y solo por conseguir lo que desea.

Aquello pareció ofenderlo de verdad y con ello le mostró la veta que necesitaba para seguir cavando.

—Si yo le importase, desearía mi bienestar y le aseguro que esta situación no va a procurármelo. Me van a despedir, recibiré el odio y el desprecio de sus iguales, de sus amigos y de su familia. Me señalarán como lo que no soy, dirán cosas horribles de mí…

—Nadie dirá una palabra sobre usted cuando anuncie que va a ser mi esposa.

—¡No quiero ser su esposa! —Lo dijo en un tono más elevado del que habría querido—. ¿Es que no lo entiende? Quiero mi vida tal y como está.

—Miente, solo desea protegerme.

—Es cierto —aceptó—, quiero protegerlo, pero no «solo» a usted. También quiero protegerme yo. No me considero lo bastante fuerte como para enfrentarme a algo así. No lo deseo y no puede obligarme. Si sigue así acabará por destruirme, pero no me casaré con usted por ello. Acéptelo o no lo haga, en su conciencia lo dejo.

Se agarró el vestido y echó a correr para alejarse de él. Frederick no pudo moverse del sitio durante mucho, mucho rato.

—Señorita MacNiall, ¿ha ocurrido al…? —La doncella la vio subir las escaleras corriendo y se quedó con la pregunta en la boca.

Meredith cerró la puerta de su cuarto y corrió hasta la cama para tirarse en ella. Enterró un largo gemido, áspero y sentido, entre las ropas que la cubrían. Lloró desconsoladamente durante más de una hora. Cuando se hubo calmado se sentó y miró el bajo del vestido de su madre.

—¡Oh, no! —sollozó de nuevo al verlo sucio por el barro del camino. No iba a poder recuperarlo.

Se tumbó en la cama, esta vez bocarriba, y clavó la mirada en el techo, dejando que las lágrimas se deslizaran sin resistencia. ¿Cómo había pasado? Frederick Wharton la odiaba. Lo vio en sus ojos cuando la presentaron como la institutriz de Belinda. ¡La odiaba! ¿Cómo había pasado de eso a…?

Se cubrió la cara con las manos y gruñó impotente. Se sentó de golpe y limpió sus lágrimas con decisión. Se marcharía de Londres, eso es. Convencería a su padre de mudarse a Escocia. Edimburgo estaba lo bastante lejos. Pensar en su padre la enfureció.

—Ese maldito traidor —masculló—. Me va a oír. Seguro que algo le ha dicho. Jamás volveré a contarle nada. Nunca volverle a confiar en él.

Se bajó de la cama y comenzó a desvestirse, pero no consiguió ni por un momento borrar de su mente el rostro de Frederick. Sus ojos, que la miraban de un modo que parecían poder verla por dentro. No podía dejar de lamentarse y maldecir entre dientes a su corazón por regocijarse al recordar sus palabras. *¡La amo! ¡La amo!*

—Estúpido, estúpido, estúpido —insultó mirando hacia su pecho.

Se metió en la cama con las horquillas puestas y tuvo que volver a levantarse para quitárselas. Lo hizo tirándose del pelo y con cada tirón lanzaba una exclamación de dolor, pero no suavizaba sus gestos. De nuevo se metió en la cama, pero el enfado se acostó con ella. ¿Cómo podía estar furiosa y feliz al mismo tiempo?

—Agggggggg —gruñó tapándose la cabeza con las sábanas.

Después de un buen rato se liberó de las cobijas y miró de nuevo al techo. La echarían a patadas.

—Así aprenderás —masculló.

Debería estar haciendo el equipaje y esperarlos sentada sobre su maleta frente a la puerta de la calle, así no tendría que pasar la noche en vela esperando lo inevitable. ¿Por qué no se

había ido directamente a casa de su padre? Eso le habría ahorrado el bochorno de que la echaran al día siguiente. Pero estaba tan furiosa con él que no pudo hacerlo. Debería haberla cubierto, haber mentido…, cualquier cosa para que Frederick no se diera cuenta de la realidad.

Después de unos minutos, con todos aquellos pensamientos y otros peores atormentándola, se levantó y comenzó a sacar sus cosas del armario y las fue colocando sobre la cama ordenadamente. Haría el equipaje y se marcharía por la mañana. Sin importar si la despedían o no, no se quedaría. Debía alejarse de Frederick y de todo lo que tuviera que ver con esa vida lo más pronto posible.

Capítulo 14



Lady Warren la miraba impávida, mientras Belinda corría hacia ella para abrazarla.

—No se vaya, por favor —suplicó.

—Es lo mejor para todos —dijo Meredith decidida.

—¿Por qué? —preguntó Luke con sincera curiosidad.

Meredith miró a lady Warren esperando que ella la ayudase por propia conveniencia. Emily carraspeó dejando la servilleta sobre la mesa.

—La señorita MacNiall y yo estuvimos hablando hace un par de días. Belinda ya no necesita una institutriz. Ahora que tú te has comprometido con Georgia, nos centraremos en el futuro de tu hermana.

—¡Claro que la necesito! —exclamó Belinda—. ¡La necesito mucho, mamá!

—Hija, no seas…

—No se vaya, señorita Meredith, por favor —sollozó.

—¿Cuál es ese futuro? —insistió Luke.

—Mamá quiere que me case con Frederick Wharton —dijo la joven con inquina.

—¿Qué? —Luke miró a su madre incrédulo.

Emily apretó los labios molesta por el cariz que estaba tomando el asunto, pero en vista de que sus cartas habían sido mostradas, optó por la vía más rápida y directa.

—Es un excelente muchacho.

—¿Frederick y Belinda? —Luke soltó una carcajada.

—¿Te parece gracioso?

Luke miró entonces a Meredith y su risa aumentó.

—Muy gracioso.

Emily envaró su espalda.

—¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Frederick lo sabe? —preguntó cuando consiguió calmar su risa.

—Contaba con que tú tanteases el terreno.

—¿Yo? —De nuevo empezó a reírse.

—Luke, ya basta —ordenó su padre.

—Disculpadme por favor —pidió el otro y carraspeó tratando de recuperar la compostura —. Es que es muy gracioso que penséis que Frederick puede estar interesado en semejante idea.

—Tu hermana es una joven excelente y nuestra familia…

—La señorita MacNiall sigue aquí —aclaró Jonathan Warren mirando a su esposa.

—Ah, sí, es cierto —dijo Emily enarcando una ceja—. ¿Necesita algo?

—Quería saber si me permitirían utilizar uno de los coches. Después de dos años viviendo aquí tengo más equipaje del que pensaba…

—Puede llevarse el *dogcart* —dijo Emily.

—¡Mamá! —exclamó Belinda incrédula—. Ese es el coche que usan los criados para hacer la compra.

—¿Y qué tiene de malo? La señorita MacNiall no necesita más que un caballo que tire de un carro. Tampoco es que sea un carro de carga, abierto y rudimentario, mujer. Cualquiera diría.

—¡Es Meredith, mamá!

—Sé perfectamente quién es y se marcha porque ella quiere. A pesar de que anoche te abandonó a tu suerte y sin avisar, no se lo he reprochado, debería estarme agradecida.

—Sí que avisó —puntualizó Luke—. Se lo dijo a Frederick.

Su madre apretó los labios, bastante le había molestado que fuese precisamente él el que diese la noticia de su partida.

—El *dogcart* está perfectamente —dijo Meredith—. Les agradezco que me hayan permitido vivir aquí estos dos años. —Miró a Belinda y le sonrió con cariño—. Ha sido un enorme placer ser tu institutriz, Belinda, y te deseo toda la felicidad del mundo. Sabes que la tienda de mi padre estará siempre abierta para ti. Ven a visitarnos de vez en cuando.

—¡Oh, señorita! —la abrazó de nuevo sollozando.

Luke se levantó de la mesa y fue hasta su hermana apartándola con suavidad.

—Deja que la señorita MacNiall se marche, Belinda, le estás haciendo pasar un momento incómodo. No se va del país, seguirá en Londres. Ya la has oído, puedes ir a verla cuando quieras. Yo te acompañaré.

—¿De verdad? —preguntó la joven mirando a su hermano con los ojos anegados en lágrimas.

—Por supuesto. Señorita Meredith —dijo con una inclinación de cabeza—, vayamos a por

ese coche.

Luke hizo que trajeran un carruaje y él mismo ayudó a subir el equipaje mientras Belinda y Meredith esperaban en los escalones de la entrada.

—Pórtate bien. —Le acarició el pelo a su pupila con mirada emocionada—. No utilices esto para tener uno de tus berrinches. Me sentiría muy decepcionada.

—¿Por qué tiene que irse? No voy a casarme con él.

—Es lo mejor. Tu madre ha perdido su confianza en mí y yo tampoco estoy a gusto ya. —Se giró a mirar a Luke—. Gracias por todo, señor Warren.

—Llámeme Luke, por favor. Ya no trabaja para mis padres, podemos ser amigos. No volveré a comprar tabaco ni relojes en otra parte que no sea la tienda de su padre. —Sonrió con complicidad y cogió a su hermana por los hombros para que la dejase marchar.

Juntos la observaron mientras Meredith subía al carruaje. Una vez en su asiento, ella miró por la ventanilla para decirles adiós con un último gesto y el cochero se puso en marcha.

✿✿✿

Julio llegó a su fin y la mayoría de los habitantes de temporada de Londres empezaban a hacer sus equipajes para marcharse. Ahora se desplazarían hacia sus casas de campo para nuevos divertimentos y distracciones y solo los más fieles a la ciudad se quedarían hasta el final del verano, lo que reduciría en gran medida el número de habitantes.

—Deberías escribir al dueño del local que visitaste en Edimburgo y ver si todavía está disponible. —Meredith colocaba los relojes de bolsillo en la vitrina después de haberla limpiado —. Lo más probable es que lo haya alquilado.

—Escribiré —dijo su padre no muy entusiasmado con la idea.

—Papá, llevas semanas diciéndome lo mismo.

—Hija, a ti te gusta Londres.

—Me gustaba. Y Edimburgo me gustará también.

—No se parecen en nada. Son como el agua y el aceite.

—Me gusta el agua y también el aceite —sonrió burlona.

Robert la miró de soslayo fingiendo interés en el tabaco que manipulaba.

—Belinda va a comprometerse con Ryan Crawford, ya la oíste ayer.

Meredith emitió un sonido que parecía una afirmación.

—Estaba muy feliz.

De nuevo ese sonido sin que se volviese a mirarlo.

—Meredith…

Su hija suspiró al tiempo que se giraba.

—¿Qué?

—Solo digo que ya no tienes por qué irte. Podrías buscar otra familia y continuar con tu vida.

—Me gusta estar contigo.

Su padre sonrió afable y la siguió con la mirada mientras cerraba la vitrina y daba la vuelta al mostrador hasta llegar a su lado. Meredith también sonrió.

—Deja de preocuparte por mí. Estoy bien.

La campanilla sonó y entró en la tienda un caballero bien vestido, de porte distinguido y aire pensativo.

—Buenos días. ¿En qué puedo atenderlo? —lo recibió Meredith con voz amigable.

El hombre se acercó mirando a su alrededor antes de mirarla a ella.

—Estoy buscando un reloj de chimenea. Es un regalo, pero no estoy muy seguro de qué estilo elegir. Soy un desastre para los regalos —dijo esto último con una expresión algo avergonzada.

Meredith sonrió con una chispa de burla y miró a su padre con elocuencia. No era el único.

—¿Para quién es el regalo?

—Para mi hija —afirmó el caballero—. Nunca le gusta lo que le compro, por más que me esfuerce.

—A mí me pasa lo mismo —afirmó Robert—, pero no estoy seguro de que sea culpa nuestra.

—No se trata de culpas —aclaró Meredith—, se trata de conocer a la persona a la que se le va a hacer el regalo. Háble me de su hija.

—Pues… —El hombre se frotó la nuca sin saber cómo describirla.

—Empecemos por su edad —lo ayudó Meredith—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

Meredith asintió.

—¿Cuál es el motivo del regalo?

—Va a casarse. Ya le hemos hecho un gran regalo, por supuesto, pero me gustaría darle algo más personal, algo para su vida cotidiana que haga que se acuerde de mí…

De nuevo aquella expresión tímida.

—¿Usted diría que a su hija les gustan las cosas clásicas o se siente atraída por los objetos

más modernos?

—Clásica, definitivamente —respondió él sin pensarlo apenas—. Está más apegada a las tradiciones que yo mismo. Pero no le gustará si está excesivamente recargado. Refinado, pero discreto.

—¿Y es muy meticulosa o la describiría más como un ave ligera?

El caballero sonrió ampliamente.

—Un ave ligera, sin duda. Nunca sabe dónde deja las cosas, es adorablemente despistada.

Meredith miró hacia las vitrinas con ojo experto y después de un momento salió de detrás del mostrador y fue hasta una de ellas haciéndole un gesto para que la siguiera.

—¿Qué le parece este reloj de chimenea? —Abrió la vitrina y lo cogió con delicadeza.

La base era de mármol negro pulido, con detalles de bronce dorado. Las manecillas de acero azulado contrastaban elegantemente con el fondo blanco. En la parte superior del reloj, dos columnas de bronce sostenían un pequeño templo griego, cuyo techo estaba coronado por una figura masculina en posición defensiva.

—Este reloj tiene ese aire clásico que usted busca. Observe cómo el brillo del bronce contrasta sutilmente con el mármol negro —Meredith lo giró para que el cliente apreciara todos los ángulos—. Los grabados son delicados pero no excesivos, y la esfera de porcelana está pintada a mano. Es una pieza que destacará sin dominar la estancia en la que lo coloque. Masculino, para que lo represente a usted y con una evidente calidad en los materiales, lo que lo convierte en un objeto hermoso, pero sólido.

El caballero sostuvo el reloj con cuidado y evidente admiración.

—Vayamos al mostrador para que pueda enseñarle el mecanismo —dijo caminando hacia él—. Este reloj, no solo es hermoso por su apariencia, también su interior es digno de ser visto.

Una vez estuvieron colocados a ambos lados del mostrador, Meredith abrió la parte trasera del reloj para que lo viese.

—¿Ha oído hablar de Abraham-Louis Breguet? Es muy conocido por sus innovaciones técnicas y diseños refinados. Dicen que Maria Antonieta adora sus relojes. —Sonrió antes de proseguir—. El movimiento es de un tipo llamado *pendule* de París, y es famoso por su precisión y durabilidad.

—He oído hablar de él —afirmó el comprador sin apartar la mirada del mecanismo.

—Tiene un movimiento de ocho días, lo que significa que su hija solo necesitará darle cuerda una vez por semana, una comodidad muy interesante, ¿no cree? Si se acostumbra a darle cuerda siempre el mismo día y lo relaciona con algún otro hecho semanal, no se olvidará.

El caballero asintió cómplice y se inclinó un poco más para observar el mecanismo.

—¿El escape es de áncora? —preguntó.

—Así es. Tiene un ritmo suave y constante, evitando los sobresaltos en el movimiento de las manecillas. Además, el volante está ajustado a mano para asegurar una marcha precisa, incluso en condiciones menos ideales como cambios de temperatura o humedad.

—Los relojes son muy sensibles a esos cambios —apuntó Robert.

El cliente lo miró y asintió pensativo. Después le preguntó a Meredith:

—Suena con las horas, imagino.

—Sí, con un timbre claro, nada molesto, ideal para una sala tranquila. Cada engranaje, cada muelle, ha sido calibrado con precisión, y mi padre se ha asegurado personalmente de que esté en condiciones óptimas. —Se giró hacia él con cariño—. Es un gran relojero, se lo aseguro.

El caballero observó la pieza durante unos segundos más y finalmente se irguió asintiendo.

—Está claro que mi amigo Frederick Wharton tenía razón al recomendarme su tienda. Ahora dígame cuánto me va a costar.

En las semanas que hacía desde que se había marchado de la casa de los Warren no había tenido noticias de él. Quizá por eso escuchar su nombre esa mañana le produjo un efecto tan inquietante. Ni siquiera cuando Belinda los visitaba mencionaba al futuro barón de Harmouth, tal y como ella le había pedido.

Por la tarde le dijo a su padre que salía a dar un paseo. Necesitaba hacer un poco de ejercicio, y subir y bajar las escaleras de su casa no era suficiente. Con paso rápido caminó por las concurridas calles en dirección a *Regent's Park*. Pasó por la zona de Holborn y cruzó Bloomsbury. Observó el British Museum a lo lejos, con su imponente fachada, y se recriminó mentalmente por no haberlo visitado aún ese año. Subió hacia Fitzrovia cruzando Oxford Street. Era evidente la diferencia con el bullicio de Covent Garden, allí el ambiente era mucho más tranquilo. Los edificios se volvían más imponentes, con fachadas de ladrillo limpio y puertas de entrada enmarcadas por columnas blancas. Respiró profundamente, sintiendo cómo la tranquilidad del lugar la iba envolviendo a medida que se acercaba a su destino. Media hora tardó en llegar al parque, y al entrar se dio cuenta de que tenía el corazón acelerado y respiraba agitada por haber caminado a paso vigoroso. Sus amplias avenidas estaban flanqueadas por majestuosos árboles, que ofrecían sombra a los que descansaban en los bancos de hierro forjado. Se imaginó allí sentada con un libro en las manos, disfrutando de la quietud y el sosiego mientras leía. Echaba de menos el jardín de la casa de los Warren, donde solía sentarse a leer a esa hora de

la tarde. Suspiró con pesar por haber tenido que cambiar sus rutinas, ahora leía en una butaca de la trastienda o por la noche antes de dormirse.

Caminó hacia el sendero de grava y encontró cierto placer en el crujido que hacían sus botas al pisar. El aire olía a tierra húmeda y césped fresco y su corazón se calmó al instante. Se detuvo un momento junto a un banco vacío, para observar a una mujer joven que jugaba con un niño pequeño cerca de una fuente. Su respiración se suavizó y su ánimo se aligeró. La congoja y la angustia dieron paso a un sentimiento de serena resignación y siguió paseando, ya sin prisa, disfrutando del entorno. El cielo comenzaba a teñirse de tonos dorados y rosados y la luz de la tarde, cayendo suavemente sobre las ramas, proyectaba largas sombras sobre el suelo.

—Señorita Meredith.

La voz familiar le erizó el vello de la nuca y contuvo la respiración sin volverse.

—¿No va a saludarme siquiera?

Lentamente, se giró con expresión anonadada. Frederick sonrió levemente.

—Cualquiera diría que ha visto usted un fantasma.

Así se sentía exactamente, como si acabara de ver a alguien levantarse de entre los muertos.

—Buenas tardes —musitó casi sin voz.

—Qué sorpresa verla por aquí.

Eso mismo pienso yo.

—Estaba visitando a unos amigos aquí cerca —explicó él—. Han tenido una hija y no había tenido ocasión de conocerla. Una niña preciosa, por cierto.

—Enhorabuena. Quiero decir… A sus amigos, no a usted.

Frederick sonrió un poco más.

—La he visto entrar en el parque. ¿Ha venido a dar un paseo usted sola?

La institutriz asintió.

—¿Le importa si la acompaño?

Ella suspiró impaciente.

—Lo tomaré por un sí —dijo él colocándose a su lado.

Estaban en un sitio público y había demasiada gente como para que una discusión pasase desapercibida. Se encogió de hombros, conminándose a ignorarlo si era posible.

—Espero que haya estado bien desde la última vez que nos vimos.

—Muy bien. ¿Y usted?

Él asintió sin responder.

—He tratado de que mi padre diese por terminada la temporada o que al menos me dejase a mí regresar a Harmouth, pero al parecer, tampoco en eso soy muy convincente.

Ella sintió un pinchazo justo a la altura del corazón.

—¿Echa de menos su casa? —preguntó sin pensar.

—Sí. No me gusta estar ocioso y aquí no hay mucho que hacer aparte de socializar, cosa que no me apetece especialmente. Allí hay mucho trabajo, uno no tiene tiempo de pensar demasiado. Y me siento menos inútil que aquí.

—Usted no es inútil —dijo para sí.

Si él la oyó, no mostró el menor cambio en su expresión.

—He sabido que está trabajando en la tienda de su padre.

Ella sonrió tímidamente.

—Precisamente hoy nos ha visitado un amigo suyo. Un caballero que buscaba un regalo para su hija.

—August Boxall —afirmó sin dudar—. Le hablé de la tienda hace unos días cuando me mencionó que quería darle una sorpresa a su hija con motivo de su boda.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas, todo lo que le dije era cierto.

Continuaron caminando hasta el lago y avanzaron por su linde con paso tranquilo.

—Quería disculparme —dijo él con evidente turbación—. Sé que fui en parte responsable de que dejara de trabajar para los Warren. Nunca fue mi intención perjudicarla…

—No se preocupe —lo interrumpió—. Lo cierto es que me hizo un favor.

Él la miró sorprendido, pero ella no continuó hablando. No quería confesarle que gracias a lo sucedido había visto el verdadero rostro de Emily Warren y supo el sitio que ella ocupaba en aquella casa.

—He sabido que las señoritas Ashton organizan una velada musical este sábado. Quieren dar la oportunidad a nuevos talentos para que puedan mostrar su valía y me han invitado. ¿Le gustaría asistir? Se lo propongo como amigo. Será un evento sencillo, sin etiqueta. ¿Las conoce?

Meredith sonrió abiertamente.

—Las conozco bien. Su familia es cliente de mi padre desde que abrió la tienda y ellas siempre han sido muy amables conmigo. De hecho, me llegó una invitación para el evento que menciona, pero no pensaba asistir.

—¿Por qué no?

—Tampoco pertenezco a su círculo.

—¿Y qué círculo es ese? Por lo que yo sé, las señoritas Ashton se relacionan con todo tipo de gente. El otro día las vi tomando café con su librero y hace un mes asistieron a un baile acompañadas de un conocido actor de teatro. No creo que haya en Londres dos personas menos clasistas que ellas.

Meredith sonrió, esas dos mujeres hacían gala de una absoluta indiferencia por las convenciones sociales. Quizá por eso seguían solteras. Conocía la historia de Caitlin porque ella misma se la había contado. Su prometido la abandonó el día de su boda. De eso hacía dos años ya y, curiosamente, parecía mucho más afectada su hermana Poppy que ella misma. Cuando le hablaron de ello, Poppy no dejaba de mascullar palabras ininteligibles que a Meredith le sonaron a insulto, mientras que Caitlin parecía la mar de tranquila. Pero eso no explicaba que siguieran solteras. Eran dos jóvenes amables, bastante atractivas y de familia bien, aunque no tenían título ni eran ricas.

—¿Por qué cree usted que no se han casado? —preguntó sin pensar y enseguida se arrepintió, al ver la expresión sorprendida en el rostro de su acompañante—. No conteste, es una pregunta desacertada.

—Me ha sorprendido que le interese mi opinión. Pero ya que lo ha preguntado, le diré lo que pienso. Caitlin, como ya sabe, estuvo a punto de casarse hace un par de años. Lo que mucha gente no sabe es que él había pedido la mano de Poppy antes de eso.

—¿Qué? —Meredith se detuvo en seco mirándolo con los ojos muy abiertos.

Frederick asentía con una sonrisa divertida.

—Digamos que se «conformó» con la hermana pequeña. No quería un noviazgo largo, por lo que en pocos meses fijaron la fecha de la boda.

—¿Por qué se comprometió con ella si no la amaba?

—Su madre estaba enferma, tener una esposa haría su vida más fácil.

—¿Y qué pasó?

—¿No lo imagina? Su madre falleció el mismo día que iba a celebrarse la boda. Él acudió a casa de los Ashton y le pidió a Caitlin que lo liberase de su compromiso.

—Creía que no había aparecido. Ellas me dijeron que la había abandonado ese día, pero no me dieron más detalles y yo no me atreví a preguntar.

—Lo comprendo. Yo tuve el dudoso honor de actuar como testigo del suceso.

—Qué situación tan violenta.

Frederick asintió.

—Le aseguro que no fue plato de gusto.

—Pobre señorita Ashton.

—Lo cierto es…

Meredith lo miró ceñuda al ver que dudaba si continuar.

—No me deje así.

—¿No cree que esté siendo indiscreto?

—Sea como sea, ya ha empezado, así que termine.

—Bien, lo cierto es que la señorita Caitlin no se inmutó. Su respuesta después de la perorata que le soltó el individuo fue preguntar: ¿entonces no nos casamos?

—¿De verdad preguntó eso?

Frederick asintió.

—No me lo puedo creer.

—No vaya a preguntárselo, me dejaría en muy mal lugar —se burló él.

—Veo que no debo contarle ningún secreto.

—Los suyos sabré guardarlos convenientemente. De hecho, ya lo hice una vez.

Meredith sonrió al recordar.

—Y en ese momento pensaba que yo era una ladrona.

—Pensé cosas peores de usted —siguió burlándose.

—¿Peores?

Él asintió.

—¿No va a decírmelas?

—¿Quiere que se las diga?

—Por supuesto que no. Puedo odiarlo sin conocer los detalles.

—Puede hasta insultarme, lo soportaré.

—No hay insulto capaz de estar a la altura de sus circunstancias.

—En mi defensa diré que tenía mucho interés en encontrarle defectos, pero usted me lo ponía muy difícil todo el tiempo.

Meredith giró la cara para que no la viese sonreír.

—Con la llegada de Luke, todo fue más fácil —siguió él.

—¿A qué se refiere?

—Usted le hacía demasiado caso.

—En realidad, no. Aunque reconozco que su amigo es muy insistente.

—Lo conozco bien.

—Y, aun así, no se opone a que se case con su prima.

—Georgia sabe cuidarse muy bien. Si lo ha aceptado, conociéndolo como lo conoce, es que no le importa.

—Lo que insinúa es muy triste.

—¿Triste por qué? Si ambos están de acuerdo… ¿Sabe que Thomas y Frances se casaron por conveniencia?

—Sí, pero eso es distinto. Los dos han puesto mucho interés en amar al otro.

—Luke y Georgia son diferentes, pero tengo fe en que les irá bien juntos. No todos los matrimonios se celebran por la misma razón. Aspiro a que el mío se sustente en el amor, si llega a producirse alguna vez.

Lo dijo de un modo tan íntimo que a Meredith volvió a erizársele el vello de la nuca. Siguieron bordeando el lago que en ese momento estaba casi desierto. Apenas un par de transeúntes y una niña que jugaba con una rama con la que empujaba una hoja que flotaba en la superficie cristalina.

—Esa niña… —musitó temblorosa mientras buscaba a la cuidadora con la mirada—. ¿Dónde está su…?

Se escuchó el ruido de algo cayendo al agua y un grito agudo cortó el aire. El corazón de Meredith se detuvo al ver a la niña chapoteando desesperada. Un terror viejo y correoso la inundó como una enorme ola cortándole la respiración. Estaba paralizada y por más que quería correr no podía moverse. Frederick se quitó la chaqueta.

—Sujétemela, vuelvo enseguida.

Se lanzó al agua y nadó hacia la niña que era evidente que no iba a poder aguantar más tiempo sin sumergirse. Cuando desapareció bajo el agua, Meredith ahogó un grito tapándose la boca con la chaqueta de Frederick. Él cogió aire y se hundió también. Una joven con uniforme de sirvienta llegó a la orilla llamando a la niña con desesperación. Meredith se hizo una clara imagen de la situación. Una cuidadora, con un bebé en los brazos, que además debía ocuparse de una niña que no tendría más de tres años. Echó a correr hacia ella y la ayudó a sentarse en el suelo por temor a que se le cayera la criatura.

Después de unos angustiosos segundos que a Meredith se le hicieron eternos, Frederick emergió a la superficie con la niña, que tosía y lo golpeaba con sus bracitos comprensiblemente aterrada. Con absoluto control, él la inmovilizó mientras le hablaba para tranquilizarla, después nadó con ella hacia la orilla.

—Gracias a Dios —musitó Meredith y en ese momento se dio cuenta de que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Las limpió rápidamente y puso una mano en el hombro de la sirvienta

—. Tranquila, ya están a salvo.

Cuando Frederick llegó con la niña, Meredith extendió los brazos para cogerla. Él resollaba por el esfuerzo, con la ropa empapada y una expresión fiera en los ojos. Se miraron un instante y a ella le temblaron las rodillas. Bajó hasta el suelo con la pequeña centrando su atención en ella.

—¿Estás bien? —preguntó amorosa apartándole el pelo de la cara—. Ya pasó, no tengas miedo. Te has llevado un buen susto, ¿verdad?

La niña no dejaba de llorar y de repetir el nombre de su niñera. Lucy, que así se llamaba la cuidadora, se arrodilló junto a ellas sollozando y, mientras sostenía con un brazo a su hermano, rodeó con el otro a la niña a la que llamó Anna.

Meredith levantó la mirada hacia Frederick, que seguía con la misma expresión y aquella mirada intensa. Su cabello oscuro goteaba en el suelo y la camisa dibujaba su torso con total precisión.

—¿Está usted bien? —Su voz tembló al ponerse de pie.

—Nada que no se solucione con ropa seca.

Meredith cogió la chaqueta que había soltado para recibir a la niña y la sujetó para que él se la pusiera.

—Mejor que no se enfríe.

Frederick cogió la chaqueta de sus manos y envolvió a la niña con ella antes de elevarla del suelo.

—Así que te llamas Anna. Menudo susto me has dado, Anna. No vuelvas a acercarte al agua hasta que aprendas a nadar, ¿de acuerdo?

La niña asintió con la cabeza.

—Mi carruaje está cerca —añadió él mirando a Lucy—. Vamos, os llevaré a casa.

—¡Oh, no hace falta! —La criada tenía una expresión muy asustada—. Vivimos aquí mismo, en…

—Insisto —dijo tajante.

Meredith no disimuló una sonrisa de satisfacción y Frederick la miró burlón, pero no dijo nada.

—Si me espera, volveré y la llevaré a usted.

—No se preocupe por mí —lo animó asintiendo con la cabeza—. Vayan, deberían secarse cuanto antes.

—Usted también se ha mojado el vestido —indicó él señalándola.

—¡Oh, esto no es nada! —dijo ella sacudiéndolo un poco.

Su corazón latía desbocado y temió que él pudiese oírlo.

—Vaya —susurró mirándolo a los ojos con admiración—. Y no vuelva, no quiero que enferme por mi culpa.

Lo dijo de un modo que a él se le caldearon los huesos. Sonrió con dulzura y asintió antes de marcharse. Meredith lo observó hasta que se perdió de vista, con el corazón tembloroso y una llama prendida que no iba a poder apagar fácilmente. Se giró hacia el lago y volvió a verlo salir de él con la niña en brazos. Se dio cuenta entonces de que muchos paseantes se habían detenido a ver la escena y ahora la observaban a ella con curiosidad. ¿Querían saber quién era la mujer que acompañaba al valeroso caballero? ¿Lo habrían reconocido? Por cómo la miraban, sospechaba que sí. Salió del parque lo más rápido que pudo y sin mirar atrás. Cuando Frederick volvió a por ella, no pudo encontrarla.

Capítulo 15



—¿Quién era esa mujer con la que te vieron paseando?

El barón miraba a su hijo expectante mientras sostenía el vaso de whisky en la mano alzada.

—Una amiga.

—¿Una amiga? Tendrá nombre, supongo.

—Meredith MacNiall. —Lo dijo sin volverse y continuó observando la calle desde la ventana.

—¿De qué me suena ese nombre? ¿Quién es su padre?

—Robert MacNiall.

—¿A qué se dedica?

—Tiene una tienda de tabaco y relojes en Covent Garden.

Su padre lo miró ceñudo y después de unos segundos soltó una carcajada.

—Vale, ahora que ya te has reído de mí, contesta a lo que te he preguntado, anda.

Frederick se giró a mirarlo antes de responder.

—No bromeo, padre.

Edmund Wharton bebió un trago de su vaso y luego jugó durante unos segundos con el terciopelo que adornaba los brazos de su butaca. Dibujó la filigrana con un dedo mientras su mente analizaba la situación y lo colocaba todo en su sitio.

—¿Te estás divirtiendo? No me parece mal. Soy un hombre, sé de qué va esto. Rechazaste a Georgia y también a la hija de los Warren. Deberías tomar en consideración a Dorothy Oberon. A fin de cuentas, tendrás que decidirte por alguna.

Frederick no mostró la menor reacción. Se dirigió al mueble de las bebidas y se sirvió un whisky también. Después se sentó en el sofá, lo bastante cerca de su padre para poder mantener una conversación, pero no tanto como para percibir su olor. Odiaba su olor. No es que oliese mal, al contrario, su padre era un hombre pulcro, cuidadoso con su higiene, además de muy

presumido. Pero, aun así, Frederick no soportaba su olor. Era un olor característico suyo, su piel, su esencia…

—¿No vas a responderme o es que quieres darle emoción al asunto?

—Lo cierto es que le he pedido que sea mi esposa y me ha rechazado.

—¿Que le has pedido…? ¿A la hija de un zarrapastroso comerciante?

Su hijo levantó la mirada de su vaso y se enfrentó a sus ojos.

—No es ningún zarrapastroso. Tiene un negocio y no le va mal.

—¿Le has pedido matrimonio a una mujerzuela sin ni siquiera consultarlo conmigo?

—Soy un hombre adulto, puedo tomar mis propias decisiones.

—De eso nada. No te casarás sin mi consentimiento. Y, desde luego, no te casarás con la hija de un relojero.

—No me casaré porque me ha rechazado, como te he dicho.

—¿Se lo pediste en el parque? ¿Delante de toda esa gente?

—No. Se lo pedí hace un tiempo ya.

—¡Ja! ¿Y paseas con ella por el parque después de que te rechazara? —No daba crédito—. ¿Y cómo se atreve a rechazarte? ¿Acaso piensa que puede cazar una presa mayor? ¿Un conde? ¿Un duque, quizá? Es avispada la moza.

Frederick suspiró.

—Me rechazó precisamente por eso.

—¿Porque quiere un duque?

—Porque temía que eso es lo que pensarías. Lo que pensarían todos cuando supieran que solo era una institutriz.

—¿Institutriz? —Entornó los ojos al recordar—. ¡Ahora caigo! Meredith MacNiall, me la presentaste el día del compromiso de Georgia.

—Sí, padre, era la institutriz de Belinda.

—¿Era? ¿La han despedido? ¿Por qué? ¿La descubrieron haciendo cosas indebidas con Luke Warren?

Frederick apretó los labios y lo miró contenido.

—Está bien, está bien. Has dicho que no quiere casarse contigo, así que no tenemos por qué seguir hablando de ella. Todos podemos sufrir un momento de locura. Digamos que esa MacNiall ha sido el tuyo. Ahora hablemos de personas que sí nos interesan como Dorothy Oberon.

Su hijo recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Aunque nunca heredará el título, le corresponde a su hermano, por supuesto, recibirá una suculenta dote. Su familia está muy bien situada en la corte y…

—No voy a casarme con la señorita Oberon, padre.

—¿Con quién entonces?

—Con nadie.

—Qué tontería, por supuesto que vas a casarte. Tienes que sentar la cabeza y formar una familia. Ya no eres ningún niño. —Bebió un largo trago y luego apoyó el vaso en el reposabrazos—. Ya sé lo que te pasa, te crees que cuando te cases se te habrá acabado la diversión, pero eso no es así, hijo. Si tu mujer no te alegra la vida, puedes buscar en otros lugares. No dejarán de presentársete oportunidades, te lo aseguro, lo sé bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta, padre? —Lo miró con fijeza.

El barón le hizo un gesto con la mano animándolo.

—¿Quisiste a mi madre alguna vez?

—Claro que la quise. Amber era una mujer extraordinaria en todos los sentidos. De buena familia, con una gran clase y muy hermosa.

—¿Y ella? ¿Te quiso a ti?

—Era su marido, por supuesto que me quiso.

—Tenía entendido que la obligaron a casarse.

—¿Obligarla? Lo dices como si la hubiesen llevado amordazada a mi encuentro. Sus padres y los míos estipularon nuestro matrimonio, pero fui el hombre de su vida.

Frederick no estaba tan seguro de eso. No era que su madre le hubiese confesado de niño que no amaba a su padre, pero por más que lo pensaba no conseguía encontrar en sus recuerdos ni una sola mención a ese afecto por su parte. Además, a pesar de que era una mujer muy cariñosa, nunca vio por su parte una muestra de cariño hacia su padre.

—Si me caso, lo haré por amor —dijo con voz serena y tono firme.

—¿Qué? ¡Menuda estupidez! El matrimonio es un contrato, un convenio entre partes. Hay cosas mucho más importantes a valorar: La posición, las finanzas, la belleza incluso. Nadie quiere a un adefesio en su cama. ¿Pero el amor? ¿Qué importancia puede tener el amor en tu posición, en tu prestigio social? Yo te lo diré: ninguna.

Frederick lo escuchaba sin inmutarse, bebiendo de su vaso en actitud respetuosa y distante.

—Por eso Dorothy Oberon es perfecta para ti. Y para mí, por qué no. Podré hacer negocios con su padre y seguro que…

—Cásate tú con ella —lo cortó sin acritud.

Su padre abrió los ojos asombrado.

—Lo digo en serio —insistió su hijo—. Cásate con ella, padre. Ya que no quisiste casarte con la madre de tu hija, eres libre.

—Esa no es hija mía.

—Los dos sabemos que sí lo es.

—Si yo digo que no es hija mía, es que no lo es. Y jamás, ¿me oyes?, jamás la reconoceré como tal.

—Lo sé. —Frederick asintió con la cabeza—. Y eres tú el que sale perdiendo, no ella. Es una niña preciosa y estoy seguro de que sería motivo de alegría que la tuvieras cerca, pero no puedo obligarte.

—Desde luego que no puedes.

Su hijo dejó el vaso sobre la mesilla más cercana y se puso de pie arreglándose la chaqueta.

—Igual que tú no puedes obligarme a casarme con la señorita Oberon ni con ninguna otra. Porque solo me casaré por amor.

—¡Habrase visto! Menuda estupidez.

—Buenas noches, padre.

El barón lo vio desaparecer por la puerta sin poder impedírselo. Cuando se quedó solo, estuvo a punto de estampar el vaso contra la pared, pero lo pensó mejor y, en lugar de eso, decidió rellenarlo. Bebió con fruición hasta vaciarlo de nuevo, aunque su rabia no se calmaba. ¿Casarse con una institutriz? ¡Antes muerto! ¿Que no podía hacer nada? Claro que podía, y lo haría. Haría lo que fuese necesario para apartar a esa cazadotes de su hijo.

✿✿✿

La casa de los condes de *Westbridge* se alzaba imponente en una tranquila calle de Marylebone, no muy lejos de la entrada a *Regent's Park*. Meredith se detuvo en la acera de enfrente para observarla un momento. La fachada de ladrillo rojo tenía detalles de piedra blanca que enmarcaban las amplias ventanas de cada uno de los tres pisos.

Cruzó la calle poniendo atención a los carruajes que pasaban en ese momento, y no se detuvo hasta estar delante de la puerta principal, flanqueada por dos columnas clásicas de piedra blanca. Levantó la mirada hacia el pequeño balcón de hierro forjado, decorado con enredaderas verdes que trepaban desde los cuidados jardines de la casa, y se fijó también en las dos grandes

lámparas de hierro en forma de faroles que colgaban a ambos lados.

—¿Señorita MacNiall?

El mayordomo salió a la escalinata para recibirla y Meredith se apresuró a subir los escalones para no hacerlo esperar.

—La señora condesa la espera. Sígame.

El suelo de mármol resonaba con sus pisadas, lo que hizo que caminase con más cuidado. Embelesada, contempló las paredes y los techos, según avanzaba en su recorrido. Cruzaron el *hall* y se adentraron por un largo pasillo iluminado por candelabros de cristal que colgaban del techo. Aquella era la mansión más lujosa en la que hubiese estado nunca. Más que la del barón de Harmouth y mucho más que la de los Warren.

Se detuvo al ver que el mayordomo se disponía a abrir una puerta doble.

—Adelante —la invitó a pasar.

Al entrar, Meredith sintió de inmediato la calidez del salón. Las paredes, cubiertas por finas sedas en tonos azul pálido y dorado, creaban una atmósfera íntima y elegante. En el centro de la estancia, una mujer bajita, con una cintura generosa y un cabello tan rojo como el suyo, la esperaba sonriente y con expresión afable.

—Es usted tal y como la describió Lucy —dijo cogiéndola de las manos cuando llegó hasta ella—. Un ángel caído del cielo, sin duda.

Y, sin previo aviso, la envolvió en un apretado abrazo.

—Gracias por salvar a mi pequeña Anna, le estaré eternamente agradecida.

Cuando acabó de abrazarla la llevó hasta un sofá e hizo que se sentara a su lado cogiéndola de nuevo de las manos. Su acento peculiar, junto con su fisonomía, advertían de su origen español.

—Cuando Lucy me contó lo sucedido, casi sufro un colapso. Creí que mi corazón iba a detenerse para siempre. Soy una persona muy imaginativa y puedo ver con todo lujo de detalles todo lo que me cuentan. Me pasa lo mismo cuando leo un libro, le aseguro que sé lo que tiene el autor en mente mejor que él. Es usted un alma bondadosa y un ángel, ¡un ángel!

—Yo no hice nada, fue el señor Wharton el que se lanzó al agua.

—¡Oh, sí, desde luego! Él es un héroe, un paladín, sin duda. Estoy dispuesta a hablar con su majestad la reina para pedirle que le den una medalla o algo. Se lo merece, no hay duda de que se lo merece. ¿Le apetece un té mientras esperamos? Por supuesto que le apetece. —Sin esperar respuesta, se levantó del sofá y fue a tirar de la campanilla para avisar al servicio.

Mientras lady Gaardner le daba instrucciones al mayordomo, Meredith se entretuvo

admirando la decoración del salón. Maderas oscuras, sillas de brocado fino con delicados bordados. La enorme alfombra persa y los cuadros con escenas de caza y paisajes campestres. Todo ello perfectamente combinado para dar un aspecto de elegancia y sofisticación.

Miró a la condesa, que hablaba con su mayordomo con la misma simpatía que había empleado con ella. Era una mujer curiosa. Se fijó en su precioso vestido de seda en color gris perla. Era sobrio, pero sin llegar a ser aburrido, y hacía juego con unas prematuras canas que, lejos de envejecerla, le daban un aspecto distinguido y único. Se preguntó a qué se referiría con «mientras esperamos». ¿Qué esperaban? No tenía ni idea y tampoco iba a preguntar.

Lo único que sabía de lady Paula Gaardner era que se había casado con el conde de Westbridge hacía cinco años, que tenía dos hijos, Anna, la niña de tres años que Frederick había rescatado, y Max, su hermanito. Y que era de origen español. También le habían dicho que no se prodigaba en bailes y fiestas a pesar de que la familia pasaba todo el verano en su gran mansión de Londres. Jamás había oído a lady Warren mencionarla, por lo que, cuando recibió una invitación para tomar el té con ella, tuvo que hacer un trabajo de investigación para saber a qué atenerse.

—Pero hábleme de usted, querida —dijo la anfitriona volviendo a sentarse—. Tenemos el mismo color de pelo. Yo lo heredé de mi abuela por parte de padre, un irlandés robusto como yo. Supongo que ya lo sabe, pero por si no es así se lo cuento yo. Soy española, mi madre era una sevillana con un salero que quitaba el *sentío*, y mi padre un irlandés grande como una montaña. Y debo reconocer, con cierto pesar, que no he heredado ninguna de esas virtudes. Tengo la gracia de una rana y mido poco más de metro y medio.

Se echó a reír contagiando a Meredith.

—Mis padres son escoceses —explicó la institutriz—. Eran. Bueno, mi madre falleció hace unos años, pero mi padre sigue vivo, gracias a Dios.

—Por muchos años —deseó la otra persignándose.

Meredith se sorprendió, no conocía a muchos católicos, pero los pocos que conocía no habrían mostrado su fe de manera tan evidente.

—¿Le molesta? —preguntó la condesa al ver que tenía la mirada fija en el crucifijo de oro que colgaba de su cuello.

—No, en absoluto.

—Mi marido es anglicano y practico mi fe solo en la intimidad. Aun así, no soy muy bien recibida en algunas casas, así que no me verá mucho por ahí. Española y católica, demasiado para sus compatriotas. —Sonrió sin disimulo—. Lo cierto es que no me gusta mucho socializar,

soy bastante tímida y muy casera.

—Mi padre es un comerciante y yo soy institutriz, no frecuento las casas a las que a usted no la invitan.

La condesa soltó otra carcajada espontánea y Meredith se rio también.

—Me encanta usted. ¿Qué vende su padre?

—Relojes y tabaco. Tiene una tienda en Covent Garden. Está invitada a visitarnos cuando quiera.

—¿Qué clase de relojes? Me encantan los relojes, tengo uno en cada chimenea. Mi marido se ríe de mí, dice que para qué los quiero si nunca hago caso de ellos. Suelo llegar tarde a todas partes, ¿sabe? Pero es que no soporto esperar a nadie, prefiero que me esperen a mí.

Dos doncellas llegaron con la bandeja del té y varios expositores de pastas.

—Como no sé lo que le gusta, he hecho que preparen una variedad de dulces.

Meredith no pudo disimular la sorpresa y la admiración por semejante despliegue de colores y texturas aparentemente deliciosos.

—Cuando acabemos haré que pongan unos cuantos en una cajita para que se la lleve a su padre.

La propia condesa sirvió el té, después de despedir a sus doncellas con la amabilidad que la caracterizaba. Meredith la observó con atención, maravillada por su bondad de carácter. No había conocido nunca a nadie como ella. Cogió la taza que le ofrecía y bebió un sorbo.

—Delicioso —dijo.

—Es té. —Se encogió de hombros y señaló los pastelitos—. Cualquiera de esos lo superará. ¿Le gustan los dulces? A mí me chiflan, por eso no dejan de ensanchar mis vestidos.

Meredith cogió uno que tenía un sombrerito rojo y se lo llevó a la boca expectante. Enseguida abrió los ojos, abrumada por un sabor tan delicado.

—Ha cogido mi favorito. Tengo la mejor cocinera del mundo. Un día vengan a almorzar su padre y usted y verá que no exagero.

—Es usted muy amable.

—¿Amable? Nunca podré pagarle lo que ha hecho por mí. Pensará que soy una mala madre por dejar a Lucy con dos criaturas. Lo cierto es que soy muy despistada y envié a un recado a Mary, que siempre las acompaña. Lucy no quiso decirme nada para no disgustar a Anna, a la que le encanta ir a jugar al parque. Pensó que podría con los dos y… lo demás ya lo sabe. Pobrecita, no puede evitar llorar cada vez que alguien saca el tema. Se asustó muchísimo.

—Yo también, lo confieso. Si no hubiese estado el señor Wharton, yo misma me habría

tirado al agua a rescatarla, pero no sé si hubiera conseguido mi propósito. Nadar con tanta ropa debe ser muy complicado…

La condesa volvió a persignarse como si hubiese mentado al diablo.

—Por suerte él estaba allí. Qué caballero tan amable, cuando le pedí que viniera a visitarme no dejó de decir que fue usted la que lo alertó sobre lo que sucedía y que, si se lanzó al agua sin pensarlo, fue porque vio en su rostro la intención de hacerlo usted misma.

Meredith se ruborizó levemente y bebió de su taza eludiendo la perspicaz mirada de su anfitriona.

—Por cierto. —Lady Gaardner frunció el ceño mirando hacia la chimenea—. ¿Qué hora es? Desde aquí no veo bien el reloj. Ya debería haber…

—El señor Wharton —anunció el mayordomo provocando un instintivo respingo en Meredith que a punto estuvo de verter el té sobre su falda.

—¡Señor Wharton! —exclamó lady Gaardner levantándose para recibirlo—. Ahora mismo le decía a la señorita MacNiall que se estaba retrasando.

—Discúlpenme, me ha surgido un imprevisto y no he podido llegar antes. —Besó su mano y luego se inclinó frente a Meredith—. Señorita MacNiall.

—Señor Wharton —respondió ella con voz insegura.

—No se preocupe, usted puede llegar tarde siempre que quiera. Pero, siéntese, siéntese. Le serviré una taza de té; aún está caliente.

Le entregó su taza y le señaló los pastelitos.

—Coma, coma…

El invitado cogió uno y alabó el trabajo de la cocinera después de probarlo.

—Hablábamos de lo agradecida que les estoy por salvar a mi Anna.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —dijo él quitándole importancia.

—No lo creo. De hecho, me consta que había muchas personas en ese parque y que ninguna movió un dedo, excepto ustedes dos.

—Porque nos vieron actuar, de lo contrario lo habrían hecho sin duda.

—No se quite mérito, señor Wharton, está claro que es usted un héroe. ¿Verdad, señorita MacNiall?

Ella asintió turbada.

—Fue muy… impresionante.

La anfitriona la miró complacida, pero fue la mirada de Frederick la que aceleró su pulso.

—Y ahora, cuéntenme cómo se conocieron.

Los dos se miraron un momento como si buscaran la confirmación del otro.

—Yo era institutriz de Belinda Warren.

—Y Luke Warren es uno de mis mejores amigos —añadió Frederick.

—Qué curioso es el destino, ¿verdad? —dijo la condesa.

—Muy curioso —afirmó Frederick.

—Supongo que enseguida se dieron cuenta de que eran almas afines —afirmó Paula cogiendo un pastelito al que llevaba mirando con deseo un buen rato—. Esas cosas se perciben. —Se lo llevó a la boca y puso los ojos en blanco—. ¡Qué delicia!

Meredith y Frederick se miraron sonriendo.

—Pero cuéntenme los detalles, vamos, no sean tímidos —dijo cogiendo otro pastelito—. ¿Se hicieron amigos enseguida?

—¡Oh, no! —exclamó Meredith.

Haciendo caso omiso a la mirada de Frederick, Meredith explicó lo sucedido en casa de los Crawford. Belinda y Ryan estaban ya prometidos, así que no estaba revelando ningún secreto.

—¿Creyó que había entrado a robar? —preguntó Paula abriendo mucho los ojos.

—No fue así exactamente —negó él.

—¿Cómo fue entonces? —lo retó Meredith.

—Debía comprobar cuáles eran sus intenciones.

—Porque pensaba que había entrado a robar —insistió divertida al verlo pasar un mal trago.

—¿Y no pensó que había algo entre ellos? —preguntó la condesa interesada en una bolita naranja rellena de chocolate.

—¡Lady Gaardner! —exclamó Meredith incrédula.

—¿Qué? —Se limpió los dedos en la servilleta dispuesta a no volver a tocar la bandeja de pastelitos—. Es lo que yo habría pensado en su situación. Se coló usted en el dormitorio de un joven soltero.

Ahora era Frederick el que se estaba divirtiendo.

—Mucha gente lo habría pensado —azuzó perverso.

—¿Cómo iba a…? —Meredith los miraba a ambos sin dar crédito—. Qué mente más retorcida.

—¿Retorcida? ¿Qué explicación lógica habría podido tener dicho comportamiento? —dijo la condesa con mirada inocente—. Yo no se la encuentro.

—¿No ha oído lo que le he contado sobre Belinda?

—Sí, mujer, y con eso tengo claro por qué entró, pero ¿quién pensaría eso estando en la posición del señor Wharton? Nadie, ya se lo digo yo. ¿Cómo iba él a adivinarlo?

—Pues no sabe cómo me trató por dudar de ella —dijo él mirando a la condesa como un niño al que han castigado injustamente.

—Eso no estuvo bien, Meredith —la llamó por su nombre—. ¿Qué le ha parecido el de grosellas?

—Delicioso —afirmó Meredith.

Paula se encogió de hombros.

—Total, uno más no se notará. Tampoco es que me los haya comido todos yo.

Frederick le acercó el expositor para que lo alcanzara y ella le sonrió agradecida.

—No debería haber sido tan dura con él —reprobó a su invitada—. A la vista está que es un caballero educado y amable.

—¿Por qué todos lo defienden cuando yo fui la ofendida?

—¿Todos? —Paula suspiró antes de meterse el pastelito en la boca.

—Mi padre…

—Su padre me comprende. —Frederick contenía las comisuras de sus labios, pero sus ojos lo traicionaban—. Señorita MacNiall, si cuando usted camina por la calle ve que todo el mundo va en dirección contraria, debería plantearse si la que está equivocada es usted.

—¡Oh, déjeme en paz! —exclamó airada.

No se podía creer que la señora Gaardner se pusiera también de su lado.

—Vamos, vamos, señorita Meredith, yo estoy de su parte, por supuesto. Si quiere que me enfade con el señor Wharton por pensar mal de usted, me enfadaré. ¿Cómo se atreve a acusarla de ladrona? Habrase visto semejante desfachatez. ¿Es que no vio enseguida que esta joven es un dechado de bondad y virtud? —Movió la cabeza con expresión reprobadora—. Muy mal, señor Wharton, muy mal.

Meredith sonrió como una niña a la que le dan la razón y Frederick no pudo contener más su sonrisa y dejó que emergiera esplendorosa e impúdica.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó soberbia.

—Usted, señorita Meredith, usted me hace gracia.

—Diré que avisen a Anna para que pueda saludarlos, estoy segura de que se alegrará mucho de verlos a los dos. Pero primero coman unos cuantos pastelitos más, mi hija es igualita a mí, le gustan demasiado. Háblame de la tienda de su padre, señorita, pienso hacerle una visita muy pronto, mi esposo se alegrará de que le compre tabaco y yo me traeré un nuevo reloj de

chimenea —dijo riendo ilusionada—. Me encanta ir de compras, ¿a ustedes no?

Conversaron durante toda la tarde y disfrutaron de unos minutos con los pequeños de la casa. Anna se mostró muy cariñosa con los dos, especialmente con Frederick, al que Meredith vio muy cómodo con la niña. No pudo evitar pensar que sería un excelente padre y que la mujer con la que se casara sería muy afortunada. Cuando llegó el momento de marcharse, mucho más tarde de lo que ninguno de los dos habría esperado, lady Gaardner insistió en que volvieran a visitarla pronto. Quería presentarles a su marido, que en ese momento estaba de viaje fuera de Londres. Los dos quedaron en volver y se despidieron de ella con afecto.

—La llevo a su casa —se ofreció Frederick señalando su carruaje.

—No es necesario, puedo ir caminando.

—De ningún modo. Está a punto de anochecer. No dejaré que camine sola por ahí.

Le hizo un gesto para que pasara delante de él y Meredith dudó de si debía insistir en su postura. Se había imaginado una reunión corta e incómoda con una persona muy distinta a la condesa, pero había resultado una tarde maravillosa y divertida, ¡pero demasiado extensa!

—Está bien —aceptó al fin.

Frederick le dio instrucciones al cochero para que los llevara primero a Covent Garden y subió al coche sentándose frente a ella.

—Qué mujer tan encantadora —dijo Meredith intentando sonar trivial.

—Desde luego. Había oído hablar de ella y me esperaba otra cosa.

—¿Qué esperaba? —preguntó curiosa.

—Me habían dicho que era una mujer algo zafia y no estoy de acuerdo en absoluto. Me ha parecido una persona sensible y con un discurso inteligente. Supongo que hay personas que no entienden que alguien puede ser amable y cercano sin que eso suponga una menor preparación. A veces tengo la impresión de que nuestra sociedad promueve la antipatía y el esnobismo.

Meredith miró por la ventanilla sin responder, y Frederick imaginó lo que estaba pensando. «Si de una condesa pueden hablar tan mal, qué no dirían de una simple institutriz». No podía rebatírselo, las cosas que había dicho su padre sobre ella, eran mucho peores que los adjetivos que le había dedicado a lady Gaardner, e igual de injustos.

—¿Cómo está su padre? Hace un tiempo que no voy por su tienda.

—Está muy bien. —Meredith lo miró con simpatía.

—Estará contento de tenerla con él.

Ella asintió con expresión burlona.

—Así tiene a alguien a quien torturar con sus detalladas indicaciones de cómo engrasar las

ruedas o cuántas horas ha dedicado a reparar un reloj, sí.

—Es muy meticuloso. —Sonrió divertido—. ¿Todavía se sienta a verlo trabajar?

Ella lo miró con una sonrisa y después asintió.

—Me resulta difícil imaginarla estando sin hacer nada.

—¿Y quién dice que no haga nada? Suele dejarme una de las ruedas para que me entretenga girándola como una peonza.

—Es el único modo de que no lo atosigue a preguntas —se burló él.

Meredtih lo miró sorprendida.

—¿Han hablado de mí?

—Es usted su tema favorito —dijo con una dulce sonrisa—. Y el mío.

Ella desvió la mirada y volvió a centrar toda su atención en lo que ocurría fuera del carruaje.

—Una vez su padre me preguntó por el mío —siguió Frederick—. Nunca me había preguntado antes. Lo entiendo. Es un hombre tremendamente respetuoso con los demás. Sus palabras fueron: «No tiene una buena relación con su padre». —Sonrió afable—. Fue muy considerado al exponerlo de ese modo. Lo cierto es que mi padre y yo nos limitamos a respirar el mismo aire para no asfixiarnos. Aunque, curiosamente, es cuando estoy en la misma habitación que él cuando siento que me asfixio. No quiero sonar cruel ni desagradecido, es mi padre…

Meredith lo observaba con interés y preocupación.

—La familia no se elige —dijo con tacto—. No debe sentirse culpable por reconocer un hecho sobre el que ha tenido una nula capacidad de acción.

Frederick cerró los ojos un instante y dejó que el bamboleo del carruaje calmase sus emociones. Cuando volvió a mirarla, su semblante se había serenado.

—¿Entiende por qué me gusta ir a la tienda de su padre?

Meredith no respondió, pero su sonrisa fue más que elocuente.

—La encontré por casualidad hace un año, un día que paseaba sin rumbo con la excusa de comprar algo. Ni siquiera recuerdo qué. Vi el escaparate y me llamó la atención. Lo había visto muchas veces, pero no fumo y siempre me han regalado mis relojes… No sé por qué entré, la verdad. Recuerdo que su padre me preguntó si quería un reloj para hacer un regalo. Eso fue todo. No entiendo cómo acabamos en su pequeño taller, pero desde ese día, su tienda se convirtió en un refugio para mí.

—Qué extraño que no nos encontrásemos nunca.

—Yo paso poco tiempo en Londres. Durante el año, vengo esporádicamente y en la

temporada social hay demasiados eventos a los que asistir. Aun así, lo visitaba una vez al mes. La última fue para comprar un reloj de chimenea para Thomas.

Meredith frunció el ceño y luego abrió los ojos sorprendida.

—No será el de Aurora…

Frederick asintió.

—¿Le ocurre algo?

Meredith le contó entonces que ese reloj quiso comprarlo Luke y que su padre le dijo que estaba reservado.

—Ahora entiendo su cara cuando le llevé un pisapapeles para su nuevo despacho. —Soltó una carcajada—. Cuando se entere de que le regalé el reloj a Thomas me va a matar.

—Tengo la impresión de que es mejor amigo del señor Crawford que de Luke, ¿es así?

Frederick asintió.

—Thomas y yo fuimos amigos desde el mismo instante en que nos conocimos. Teníamos dieciséis años cuando llegamos a Cambridge. Con Luke fue diferente.

Ella lo miró expectante, consciente de que había algo más. Frederick suspiró.

—Al principio no mostró mayor interés en nosotros. Como le digo, tenía muchos amigos. El futuro conde de Lovelace, el futuro duque de Highmoor… Solo se rodeaba de personas de la alta aristocracia. No fue hasta su penúltimo año en Cambridge que se acercó a nosotros. Mi padre solo era barón y el de Thomas no tenía título alguno.

Esa descripción encajaba perfectamente con la idea que Meredith tenía de él.

—Pasamos dos años juntos. Él se marchó para ser aprendiz de Robert Adam. De hecho, parte de su Grand Tour lo hizo con él.

—Ahora entiendo mejor su relación. Me dio la impresión de que con el señor Crawford era más afectiva y con él más… —No encontró una palabra para definirla.

Frederick entornó los ojos para mirarla con mayor atención y ella no desvió la mirada.

—¿Quiere preguntarme algo más?

—¿Por qué odiaba tanto a las institutrices? —Enseguida se arrepintió—. No me haga caso, no sé por qué lo he dicho.

Él movió la cabeza visiblemente incómodo.

—No querría hablar de esto con usted —dijo con voz profunda—. Por algún motivo me sentiría… avergonzado.

—Era usted un niño, no tiene que…

—No por mí. Por ellas.

Meredith frunció el ceño confusa.

—Puedo decirle que mi padre las elegía para su propia conveniencia y eso hizo que no escogiera a las más cultas, profesionales o con mayor carisma. Se fijaba más en su color de pelo o en su disposición a complacerlo.

Meredith se tapó la boca para ahogar una exclamación.

—Yo era un niño y era incapaz de asumir que no volvería a ver a mi madre. Como comprenderá, al principio no entendía nada de lo que pasaba con esas mujeres. Necesité tiempo para asimilarlo.

—Dios mío… —susurró ella.

—Parecían felices y se portaban relativamente bien conmigo. Pero poco a poco sus expectativas no cumplidas las llevaban a amargarse y yo era el eslabón más débil de la cadena.

—Lo que dice es espantoso.

—Yo tampoco contribuí mucho a suavizar el asunto. Según fui creciendo el rencor se fue acumulando. Soy consciente de haber propiciado más de un castigo.

—¿La madre de su hermanastra…? ¿Ella era una de…?

—No. —Suspiró—. Paige es la hija del reverendo Sikes, de Blackwood. Las dos viven con su anciano padre en la rectoría. No sé cómo se conocieron mi padre y ella y tampoco me importa. Mi único interés es mi hermana, asegurarme de que está bien cuidada y que no le falta de nada. No sé por qué mi padre no se casó con ella, por más vueltas que le he dado, no he sido capaz de comprenderlo. Todo el mundo sabe que Elizabeth es su hija y, aun así, prefiere estar en boca de todos en lugar de acallar las habladurías cumpliendo con su deber. Incluso yo, que soy su primogénito y el que heredará el título cuando él fallezca, soy partidario de esa boda.

—Le habrá dado alguna explicación para su comportamiento —sugirió ella con timidez.

—Ninguna. Mi padre siempre hace lo que le place sin tener en cuenta a los demás. Es un hombre egoísta y ruin al que solo le preocupa su propio bienestar —dijo entre dientes y Meredith comprendió que cuanto más hablaba de ello más se indignaba.

—El mundo es un lugar extraño —musitó doblando y desdoblando la punta de un lazo de su vestido—. Nos empeñamos en crear normas que nos dificultan la vida, en lugar de pensar en cómo ayudarnos los unos a los otros. Todo sería mucho más sencillo si solo nos preocupásemos de no hacer daño a los demás. Con eso, sería suficiente. Mi madre solía decir que hay dos clases de personas: las que saben sumar y las que saben restar. Las primeras siempre ayudan allí donde están. Dan alegría, aportan paz, sostienen y consuelan. Las segundas se lo llevan todo, nunca te ofrecen su mano y jamás se compadecen del prójimo. —Lo miró con tal intensidad que Frederick

contuvo la respiración—. No volveré a hablar de esto, es evidente que le duele, pero la señorita Sikes y la pequeña Elizabeth son muy afortunadas. Usted es de los que saben sumar y ha decidido estar en sus vidas. Sin duda, el destino les ha sido favorable.

Después de eso, Meredith permaneció en silencio contemplando la ciudad por la ventanilla del carruaje. Frederick pudo observarla libremente con el corazón acompasado y una dulce calidez en su ánimo. En aquel pequeño receptáculo se sintió de repente como si hubiese encontrado su hogar y una extraña congoja inundó su pecho al comprender que nunca sería suya. Sintió tanta rabia y tanta impotencia que cuando el coche enfiló las últimas yardas, no fue capaz de contenerse y la besó. Fue un beso desesperado, como si supiera que en cuanto el coche se detuviese y ella bajase, la perdería para siempre. Sus manos sostenían su rostro mientras sus labios la acariciaban con ternura. Meredith se agarró a esas manos y poco a poco sus párpados cayeron y el mundo desapareció a su alrededor dando paso a una nueva realidad. Lo sintió profundo, como si hubiese entrado en ella buscando un lugar donde acomodarse.

En su corazón.

En sus huesos.

En su mente.

En su boca.

Los labios se movían con suavidad y dulzura y de repente su lengua se abrió paso dejándola sin aliento. Gimió asustada, pero él continuó con su caricia hasta derrotarla. Cuando se separó de ella tenía los labios rojos y la mirada vidriosa.

—La amo, Meredith, la amo con todo mi ser y debe saber que me condena a una vida de tristeza y soledad por no aceptarme como su esposo.

—No puedo —gimió ella con lágrimas en los ojos.

—Por Dios, se lo suplico, deje que me enfrente a ellos, déjeme luchar esta batalla por usted.

Meredith bajó rápidamente del carruaje y corrió para entrar en la casa de su padre sin mirar atrás. Frederick se quedó allí un momento, con la cabeza baja y la respiración áspera y temblorosa. Durante unos segundos no pudo moverse ni articular palabra. El cochero esperaba el consabido golpe en la puerta o el techo.

—¿Señor Wharton? —preguntó expectante.

Frederick levantó la cabeza y miró a su alrededor como si no recordase dónde estaba. Respiró hondo y dio un golpe en el techo. El cochero maniobró para dar la vuelta y se alejaron de allí.

Capítulo 16



Thomas miraba a su amigo con expresión circunspecta.

—No veo qué puedes hacer. Si no quiere casarse contigo, no puedes obligarla.

El otro no dijo nada y se llevó el vaso de whisky a los labios.

—¿Has hablado con tu padre?

Frederick lo miró enarcando una ceja.

—Si lo convences a él, ella cambiará de opinión.

—Eso es imposible.

—¿Entonces? Si piensas eso, ella tiene razón, ¿no lo ves? No puedes ponerte en contra de tu padre, podría desheredarte.

—No me importa.

—Que no te… —El otro se llevó las manos a la cabeza—. ¡Estás hablando de tu futuro, Frederick! ¡Del de tus hijos! ¿Cómo que no te importa? ¡Claro que te importa!

—No, no me importa en absoluto, renunciaría ahora mismo, si con eso la tuviera.

Thomas lo miró un momento en silencio asimilando la situación.

—¿Tan enamorado estás?

El otro asintió y después apuró el contenido de su vaso de un trago.

—Esto va a ser muy difícil.

Se paseó por la habitación pensativo, pero por más vueltas que le daba no encontraba ninguna salida.

—Sin la aprobación de tu padre no tienes nada que hacer. Está claro que Meredith no es una arribista, si lo fuese te tendría comiendo de su mano.

—No he venido hasta aquí para que me digas obviedades, necesito el consejo de un amigo.

—¿Y qué pasa con Luke? A él lo tenías más cerca.

—No estoy seguro de él.

—¿De qué no estás seguro exactamente?

—De que quiera ayudarme. Le gusta Meredith.

—Va a casarse con Georgia.

—¿Te crees que Georgia y él se quieren? Es un matrimonio de conveniencia.

—Frances y yo nos queremos.

—Vosotros sois unos bichos raros.

El otro sonrió aceptando el piropo y se sentó frente a él.

—Frederick, no puedes enemistarte con tu padre. No digo que renuncies a tus sentimientos, pero deberías intentar ablandarlo.

—Mi padre tiene un agujero donde debería estar su corazón, solo así se explica que le haya dado la espalda a su propia hija. No va a cambiar de opinión.

Thomas se recostó contra el respaldo del sillón y durante unos minutos pensó concienzudamente en sus posibilidades.

—Entonces, dejando a un lado la posibilidad de que tu padre dé su brazo a torcer, deberíamos centrarnos en cómo convencerla de que, aun así, acepte casarse contigo.

—Es muy cabezota.

Thomas asintió frotándose el mentón en actitud reflexiva.

—¿Has probado a hablar con su padre? Por lo que me has dicho, te aprecia. Y ella confía plenamente en él. Si lo pones de tu parte, quizá él consiga inclinar la balanza a tu favor.

A Frederick se le iluminaron los ojos.

—Ella confía ciegamente en él… —Se puso de pie ansioso—. No me lo puedo creer.

—¿El qué? —preguntó acercándose a él.

—Que me hayas ayudado.

—Serás —lo golpeó amistosamente—. Has sido tú el que ha montado durante días para venir a pedirme que lo ayude, digo yo que habrá sido por algo.

—Me marcho.

—¿Qué? No digas tonterías. Has cabalgado tres días, no puedes… —Se detuvo al ver la resolución en sus ojos—. Quédate al menos esta noche y regresas por la mañana. No va de un día más, Frederick.

—Está bien, me quedaré a dormir y saldré mañana. —Suspiró—. Aunque los dos sabemos que no pegaré ojo.

El otro asintió y volvió a sentarse.

—Gracias, Thomas, por esto eres mi mejor amigo. —Cogió el vaso vacío que había dejado en una mesita y se lo brindó—. Necesito un poco más.

Thomas se levantó para rellenarlo con una sonrisa burlona en el rostro, que a Frederick no le pasó desapercibida.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —respondió antes de entregarle el vaso.

Frederick puso los ojos en blanco.

—Sois como dos críos. ¿Vas a decirle a Luke que he dicho que eres mi mejor amigo?

—En cuanto lo vea.

El otro bebió un trago y recostó la cabeza en la butaca, cerrando los ojos.

✿✿✿

No podía quitarse el beso de la cabeza, cada vez que su mente se distraía del trabajo viajaba directamente a aquel instante, y toda su sensibilidad se concentraba en sus labios y su lengua. ¡La había besado! Dios Santo, ¿cómo un gesto tan simple podía provocar aquel cataclismo en sus emociones?

—Meredith, ¿me oyes? —Su padre la miraba expectante.

—¿Qué?

—El encargo de la señora Simons, ¿lo has preparado?

Su hija frunció el ceño y miró a la mujer de expresión malhumorada.

—Estos jóvenes de hoy en día siempre están en las nubes —rezongó la señora Simons negando con la cabeza—. En mis tiempos…

—Está preparado —la cortó Meredith dirigiéndose hasta el armario que usaba para guardar los encargos hechos.

Robert hizo una mueca al recordar que le había dicho que lo guardaba allí.

—Perdón —musitó en voz baja cuando la tuvo a su lado.

—¿Y seguro que funcionará bien? —preguntó la señora Simons sin variar su agria expresión—. Mire que mi marido es muy maniático y no quiero estar oyéndolo quejarse todo el día.

Para eso ya está usted, pensó Meredith.

—Los hombres siempre se están quejando de todo y nunca resuelven nada. Ay, qué sería de ellos si no fuera por nosotras. Niña, ya deberías estar casada. A tu edad yo ya tenía dos hijos y sabía lo que era la vida. Aquí, al lado de tu padre, no aprenderás nada.

Meredith se preguntó cómo podía saber qué edad tenía si nadie se lo había dicho.

—Envuélvalo bien, que no quiero que se raye por el camino.

—Descuide —dijo Robert con enorme paciencia.

Meredith volvió a sus pensamientos y se rozó los labios con la yema de los dedos. Podía recordar su sabor perfectamente. Lo más delicioso que había probado nun…

—¿Me oyes, niña?

Se volvió hacia la señora Simons que se disponía ya a salir de la tienda.

—Dígame.

—¿Es que estás sorda? Te he preguntado si quieres que te presente a mi nieto. Es un buen mozo, trabaja en las cuadras de los Greenwood y tiene un futuro brillante. El otro día, el duque lo felicitó por lo bien que cuida de sus caballos. —Sonrió satisfecha—. Podría hablarle de ti, aunque creo que eres un poco mayor para él. Va a cumplir treinta años en dos meses.

Meredith contuvo la risa, pues sí que le echaba años.

—Muchas gracias, pero tiene razón, soy demasiado mayor para él. Seguro que encuentra algo mejor.

La mujer se encogió de hombros y salió de la tienda sin más. Su padre la miró interrogador.

—¿Algo mejor? Serás descarada.

—¿Qué pasa? No me gustaría quitarle la ilusión diciéndole que su nieto no me interesa lo más mínimo. Prefiero que se vaya pensando que es él el que me ha rechazado. Eso es bueno para el negocio. Es una buena clienta. Deberías estar orgulloso de mí.

Su padre sonrió dejándola por imposible.

—¿Vas a llevarle tú el pedido a los Morrison o voy yo? —preguntó el escocés cogiendo el paquete de la estantería y depositándolo sobre el mostrador.

—¿Pesa mucho?

—No.

—Entonces lo llevo yo, así me doy un paseo, que llevo todo el día aquí metida. Me duele un poco la espalda —dijo estirando los brazos para desentumecer los músculos.

Su padre la vio salir y se quedó con la mirada fija en el mostrador. ¿Qué le pasaba? Desde hacía días que estaba distraída. Se reía sola y luego se ponía tan seria que parecía a punto de llorar. Pero no lloraba. Meredith nunca lloraba. Era contenida y serena. Cuando murió su madre no la vio llorar ni una sola vez. Deslizarse las lágrimas por su cara, sí, eso le ocurría todo el tiempo, pero llorar como lloró él, dejando que el alma se le desgarrara, que sus huesos se sacudieran como impelidos por un ataque animal… Negó con la cabeza. No, eso no lo vio nunca.

Meredith se limpiaba las lágrimas que mojaban su rostro, mientras ordenaba las cosas de Yvaine, sin emitir sonido alguno. No la oyó quejarse ni una vez del destino que le había arrebatado a su madre, no despotricó ni se lamentó por el vacío que dejaba. La última vez que la vio llorar con desesperación fue cuando murió Malcolm, y era una niña de cinco años. Algo le pasaba y también sabía que tenía que ver con…

La campanilla de la puerta hizo que levantara la vista y se topó con los ojos azules de sus pensamientos.

—Frederick…

—Buenas tardes, señor MacNiall.

Robert frunció el ceño percatándose de su aspecto agitado.

—¿Ha venido corriendo?

—A caballo, en realidad. Hace tres días estaba en Berksham.

Robert abrió los ojos sorprendido.

—¿Tres días? ¡Menuda carrera!

Frederick sonrió con timidez.

—¿Podemos hablar? —Miró a su alrededor—. ¿Está… solo?

—Iba a cerrar ya. Y sí, esto solo. Meredith ha ido a entregar un encargo y luego dará un paseo.

—Sola.

Robert asintió.

—Pronto se hará de noche —siguió Frederick con evidente preocupación.

—Aún falta un rato para eso. Y no se alejará. Es muy independiente, ya la conoce.

El otro asintió.

—¿Podemos hablar? —repitió.

—¿No es lo que estamos haciendo?

—Tiene que ayudarme. —Se apoyó en el mostrador con mirada expectante.

—¿Ayudarle? Por supuesto, ¿qué le ocurre?

—Con su hija.

Robert frunció un poco más el ceño y se puso las manos en la cintura.

—¿Qué?

—La amo, señor MacNiall, la amo profundamente.

—Pero, hijo, esto no…

—Escúcheme, por favor… —Se giró al oír la campanilla.

—Menos mal que aún no ha cerrado —dijo una mujer que se apoyaba en un bastón.

Frederick se apresuró a sujetarle la puerta y le ofreció su brazo para llegar hasta el mostrador.

—Mi marido está hablando con un conocido y he aprovechado para venir sin que se dé cuenta. Quiero un poco de ese tabaco que me vendió el otro día. Ese que viene de tan lejos. Era delicioso.

Robert sonrió, con esas indicaciones sería muy difícil saber de qué tabaco se trataba, pero no hacía falta, la recordaba perfectamente.

—¿Le gustó? —preguntó mientras iba al estante correspondiente.

—¿Gustarme? Es el mejor tabaco que he fumado nunca. —Miró a Frederick y sonrió con picardía—. A mi marido no le gusta que fume, dice que es muy poco elegante y tiene razón, pero ¿qué le voy a hacer? Para lo que me queda de vida…

La mujer se encogió de hombros y los dos hombres la miraron tratando de no mostrar en su rostro la menor expresión.

—¿Le pongo la misma cantidad que la otra vez? —preguntó Robert antes de pesarlo en la báscula.

—Un poquito más —dijo ella haciendo un gesto con los dedos—. El doble estaría bien.

Frederick miró hacia la puerta con urgencia.

—Dese prisa —azuzó la anciana a Robert—. Este joven tiene mucha prisa porque me vaya. Siento haber venido tan tarde.

La anciana pagó su tabaco y Frederick la acompañó hasta fuera de la tienda. La despidió con cortesía y en cuanto entró dio la vuelta al cartel que indicaba que estaba cerrado.

—Eso no los hará desistir. Eche el cerrojo también —aconsejó Robert retirando del mostrador los restos de tabaco que habían caído de la báscula—. Vamos atrás, preparé café.

—¿Y Meredith?

—Ella entrará por la puerta de al lado.

Frederick lo siguió y se sentó en la silla que le indicaba, visiblemente inquieto.

—Relájese, hombre.

El futuro barón miraba insistentemente hacia la puerta. No tenía miedo de él, tenía miedo de que Meredith llegase antes de haberlo convencido y no lo dejase hablar.

Robert sirvió el café y se sentó frente a él con actitud expectante.

—Adelante, diga lo que ha venido a decir.

—Amo a su hija.

—Eso ya lo ha dicho.

—Quiero casarme con ella.

—Pero ella no quiere casarse con usted.

—Yo creo que sí que quiere, pero tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Mi Meredith, miedo? No lo creo. —Se llevó la taza a los labios.

—Tiene miedo de destruirme. Miedo de que tenga que renunciar a todo por ella. Miedo de que un día me arrepienta. Miedo de que sea infeliz. Tiene miedo por mí, señor MacNiall.

Robert bajó la taza hacia la mesa muy despacio, eso sí le encajaba con la personalidad de su hija.

—¿Y usted no lo tiene por ella?

Frederick asintió repetidamente antes de hablar.

—Por eso me marché aquel día después de que me rechazara y he tratado de mantenerme alejado de ella todo este tiempo. Pero es inútil, no puedo renunciar a ella. Sé que no será fácil, que sufriremos los dos, pero es muchísimo peor si no estamos juntos.

—Su padre es el barón de Harmouth —dijo Robert haciendo girar su taza en el platillo—. Y algún día usted heredará el título.

—Soy su único hijo.

Robert lo miró con fijeza.

—¿Y qué pasa si, aun así, lo deshereda?

—Cederá.

—¿Ya ha hablado con él de Meredith?

Frederick asintió y luchó para sostenerle la mirada.

—¿Y qué le ha dicho?

—Eso no importa.

—Así que mi hija tiene razón.

—Cambiará de opinión en cuanto se dé cuenta de que no voy a ceder.

Robert dejó escapar el aire en un suspiro y movió la cabeza.

—Me temo que no voy a poder ayudarle, muchacho.

Frederick apoyó los codos en la mesa y en una actitud muy poco protocolaria enterró los dedos en su pelo hasta llevar sus manos a la nuca. Robert lo observó con pesar, sabía bien la vorágine de emociones que estaba sintiendo. Él había estado ahí, aunque de eso hacía mucho tiempo. Toda una vida.

—Sé cómo se siente —dijo sincero y a continuación volvió a suspirar dejando salir el aire

con fuerza—. Necesitaremos algo más fuerte para seguir con esta conversación.

Fue hasta el armario y sacó una botella de *drambuie*. Se lo encargaba a un amigo escocés y le traía una botella una vez al año. Tenía unas cuantas almacenadas porque no le gustaba beber solo y únicamente lo hacía en ocasiones especiales. Colocó dos vasos en la mesa y vertió el líquido ambarino antes de que Frederick levantase la cabeza.

—¿Sabe cómo me siento? —Frederick cogió el vaso y dejó escapar el aire con un bufido antes de beber.

—Es una larga historia y no voy a contársela, pero, sí, sé cómo se siente.

Frederick bebió de nuevo, apuró el contenido casi de un trago y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe contundente.

—¿Va a ayudarme con su hija? —preguntó impaciente.

—No.

—Aunque sepa cómo me siento.

—No voy a empujar a mi hija a un sufrimiento seguro. La apoyaré si ella decide subirse a ese barco, pero no seré yo el que le muestre la pasarela.

—Me ama, estoy seguro.

—Si lo ama de verdad, nada podrá separarlos.

—No voy a ceder. —Cogió la botella y rellenó los vasos. Después apuró el suyo de nuevo.

—Se caerá del caballo si sigue bebiendo así.

Frederick llenó de nuevo el vaso y repitió la jugada.

—Queda claro que no le importa romperse el cuello. —El escocés se encogió de hombros —. Bueno, es una manera estúpida de resolver su problema, pero ¿quién soy yo para discutírselo?

Cuando Frederick hizo ademán de coger la botella, Robert se la quitó de las manos con muy poco tacto y sin dejar de mirarlo volvió a guardarla en su sitio. El futuro barón apretó los dientes y su mandíbula se marcó pronunciada.

—Me la llevaré por la fuerza —afirmó rotundo con una mirada oscura y peligrosa.

Robert se sentó, cogió su vaso y bebió un trago. Cuando levantó la mirada de su bebida, Frederick pudo asegurar que nunca había visto una expresión tan resuelta en nadie.

—¿Ha matado usted a alguien, señor Wharton?

Frederick negó con la cabeza.

—Pues sepa, que para llevarse a mi hija en contra de su voluntad, tendría que matarme a mí primero y le aseguro que no soy fácil de matar. Ya lo intentaron otros mucho más preparados

que usted. Como le he dicho, sé por lo que está pasando, por eso no lo agarro del cuello y lo echo a patadas de mi casa. Por eso lo estoy escuchando y, como ve, estoy bastante calmado. Pero no vuelva a amenazar la seguridad de mi hija o saldrá de aquí con los pies por delante.

—Nunca haré daño a Meredith.

—No, nunca se lo hará, porque yo lo mataría si lo hiciese. Y usted no quiere morir, ¿verdad?

Frederick apretó los labios y respiró hondo tratando de calmarse. Notaba los efectos del *drambuie*, pero no eran los que habría esperado.

—Jamás me la llevaría contra su voluntad.

—Ni aunque ella lo consintiera —dio Robert tajante—. No permitiré que destruya a mi hija. Tiene un corazón enorme y sé que es capaz de los mayores sacrificios por aquellos a los que ama. Es igual que su madre, ¿sabe? La conozco bien, mejor que ella misma.

—Creía que me ayudaría.

—Pues se equivocó al juzgarme.

—Ha dicho que sabe cómo me siento, que estuvo donde yo estoy ahora.

Robert asintió y una sombra de pesar cruzó su rostro.

—Frederick, por mucho que esté sufriendo, le aseguro que sufrirá un millón de veces más si siguen adelante y las cosas no salen como espera. No está preparado para ello, se lo aseguro.

—¿Dejará que su hija se case con otro sabiendo que me ama a mí?

—Dejaré que mi hija haga lo que ella decida. Si hay algo que los dos debemos tener claro es que Meredith no es la clase de mujer que permite que le digan lo que debe o no debe hacer. Así la educó su madre y ya no se puede hacer nada al respecto.

Frederick enterró la cara en sus manos y gruñó como un animal herido.

—Meredith luchará por usted, contra todo y contra todos, si ella así lo decide. Y, en ese caso, le aseguro que me tendrá a su lado. Pero no dejaré que usted la obligue a hacer nada que ella no quiera y tampoco la animaré a hacerlo. Si me pregunta a mí le diré que corra en dirección contraria a usted y que no vuelva a verlo siquiera. —Miró el vaso un momento antes de volver a poner sus ojos en él—. Le voy a decir cosas que no son lo que ha venido a buscar, pero es lo que va a llevarse consigo. ¿Qué ha hecho usted para demostrarle a mi hija que debe dar ese paso? Le ha pedido matrimonio y ha hablado con su padre… ¿Cree que eso significa algo? ¿De verdad es consciente de todo lo que puede perder si se enfrenta a él? Me parece que no y creo que mi hija piensa lo mismo. Usted sigue creyendo que su padre cederá al final, que si le presenta hechos consumados, él no tendrá más remedio que aceptarlo. Que serán felices para siempre…

—Es lo que creo.

—Pero se equivoca. Imagine por un momento que su padre lo deshereda y lo echa de casa. ¿Qué hará entonces?

Frederick frunció el ceño y lo pensó, cómo él le pedía.

—Tengo el dinero que me dejó mi madre al morir, no es mucho, pero nos permitiría vivir humildemente. —Se irguió en la silla y apoyó los brazos en la mesa. De repente se sentía más tranquilo—. Compraría una granja, sé mucho de eso. No podría darle lujos, es cierto, pero le daría estabilidad. Me conformaré con dos hijos, aunque siempre deseé tener una gran familia. Ser hijo único tuvo muchas cosas malas, sobre todo la soledad, pero sé que con Meredith nunca me sentiré solo, así que dos hijos estará bien.

Robert lo observaba perplejo. Parecía que lo tenía todo muy bien pensado.

—No creo que mi padre vaya a desheredarme porque aún no lo he desahuciado del todo. Soy lo único que tiene y no pierdo la esperanza de que me demuestre que hay algo en él de lo que puedo enorgullecerme. Pero cuando digo que no me importa perderlo todo por ella, no miento, señor MacNiall. Quiero a su hija de un modo que jamás pensé que podría querer a nadie. Me siento en paz y profundamente feliz cuando estoy a su lado. Incluso cuando discutimos soy feliz. No me sentía así desde que murió mi madre. No las estoy comparando, de hecho son como la noche y el día, pero las dos son de esa clase de mujeres que hacen que la vida de los que las rodean sea mejor. Mucho mejor. No quiero vivir sin ella. Me importa muy poco en qué cama duermo o qué comida hay en mi plato. Quiero escucharla reír todos los días, verla caminar con esa seguridad y aplomo que hace que te yergas de manera instintiva, que quieras ser tan firme y fuerte como ella. Me lancé al lago para rescatar a una niña porque ella me miró de un modo que me traspasó hasta los huesos. Y cuando salí del agua y volví a ver sus ojos, supe que quería estar con alguien que me mirase así el resto de mi vida.

Robert tenía la vista fija en la puerta y Frederick se giró sobresaltado. Meredith estaba allí de pie, con la boca ligeramente abierta y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Respiraba agitada y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Su padre se levantó de la silla y pasó a su lado.

—Os dejo solos para que habléis. Estaré arriba si me necesitas.

Frederick se levantó despacio, mirándola con tal intensidad que ella sintió su mirada en lo más profundo de su ser.

—¿Te conformarías con ser un simple granjero?

Él sonrió y después asintió.

—Sería cualquier cosa con tal de que tú estuvieses a mi lado.

—Estás loco. —Se limpió las lágrimas que habían empezado a caer por sus mejillas.

Frederick caminó hasta ella y la abrazó sin pensarlo. La acomodó contra su pecho y cerró los ojos aspirando su aroma.

—Sé exactamente qué granja compraría. La he visto muchas veces y sé que su dueño me la vendería. No es gran cosa, pero es más grande que esto —señaló a su alrededor—. Si has podido vivir aquí y ser feliz…

—Estás loco —repitió con una sonrisa en su voz, pero sin apartar la mejilla de su pecho—. Completamente loco.

—Nunca te faltará de nada, Meredith. No seremos ricos ni viviremos en una gran mansión, pero…

—No tendrás una casa llena de niños —lo cortó ella con pesar.

—… pero te querré con toda mi alma hasta el fin de mis días —siguió él ignorándola—, si tú me dejas.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y asintió. Frederick la apartó sujetándola por los brazos.

—¿Has dicho que sí?

Ella volvió a asentir riendo, aunque las lágrimas seguían brotando solas. Él no sabía cómo reaccionar. Quería abrazarla, besarla, levantarla del suelo y girar con ella. Quería gritar, reír y quería…

—Si las cosas van mal… —Dejó caer los brazos—. Las habladurías, que nos señalen con el dedo… ¿Podrás aguantarlo?

Ahora fue ella la que lo abrazó. Rodeó su cintura y se pegó a su cuerpo sin dejar de mirarlo.

—Podré con cualquier cosa si me besas ahora.

Él cogió su rostro con las manos y se inclinó con el corazón en llamas. La besó como si quisiera bebérsela entera, como si de ese beso dependiera su misma existencia. Sujetó su cabeza poniendo una mano en su nuca y con el otro brazo la rodeó para pegarla a su cuerpo con firmeza. La deseaba de un modo insoportable y no pudo disimularlo en un contacto tan estrecho. Sentirla tan cerca nubló su mente y el *drambuie* tampoco ayudó mucho a sus inhibiciones.

Meredith sintió que su espalda chocaba con algo, pero no le importó. Solo quería sentir su lengua recorriendo su boca y utilizó la suya para volverlo loco. Cuando Frederick apoyó la frente en su hombro respirando agitado, ella echó la cabeza hacia atrás, golpeándose con la pared. Y entonces empezó a reír a carcajadas.

—¿Te ríes? —preguntó él apartándose para mirarla.

—Soy tan feliz…

La levantó del suelo y comenzó a dar vueltas por la estancia con ella. Alrededor de la mesa, cerca de los fogones… Salió de allí sin soltarla y atravesó la tienda con ella en brazos.

—¿Qué haces?

—Quiero salir fuera y gritar a todos que te amo.

—¿Te has vuelto loco?

—Completamente. Y también estoy un poco borracho. —Sonrió divertido al ver su cara de susto—. Solo un poco.

—¿D*rambuie*?

Frederick asintió.

—No estás acostumbrado.

—Me acostumbraré. Pienso emborracharme con tu padre cada año para recordar este día.

Ella le acarició el pelo y él la depositó en el suelo con delicadeza. Volvió a besarla, esta vez despacio, deleitándose con su sabor, como si tuviera todo el tiempo del mundo para disfrutar de ese beso. Meredith se mordió el labio cuando le dio espacio, sus manos seguían acariciándole el pelo.

—Te amo, Frederick Wharton —dijo sin más.

Él cerró los ojos un instante. Respiró profundamente y soltó el aire en con un bufido.

—Perdón —dijo al darse cuenta de que le había soplado en la cara—. Creo que llevaba demasiado tiempo conteniendo la respiración.

Meredith se rio de nuevo y poniéndose de puntillas lo besó en las mejillas, en la punta de la nariz y finalmente en los labios. Un beso casto y puro. Un beso de cariño, de ternura.

—Ya está bien por hoy —dijo Robert desde la escalera y su voz entre las sombras sonó áspera y dura—. Vete a tu casa, Frederick. Ya.

Él asintió sin soltarla. Meredith lo acompañó a la puerta y esperó hasta que él subió a su caballo, giró con él para llevarlo a la calzada y se alejó de allí, después de lanzarle un beso con la mano.

Cuando entró en la tienda de nuevo, su padre seguía en el peldaño de la escalera.

—¿Estás segura de esto?

Meredith asintió y Robert extendió el brazo esperándola. Lo agarró de la cintura y comenzaron a subir la escalera.

—No va a ser fácil —dijo él con evidente preocupación.

—Lo sé.

Capítulo 17



—Te compraré un caballo —afirmó rotundo—. No podemos torturar al pobre animal teniendo que soportar el peso de los dos.

Ella se volvió a mirarlo con expresión enfadada.

—¿Estás diciendo que peso mucho?

—Pesas menos que Anna, la hija de la condesa, aunque también es verdad que ella estaba empapada de agua, no sé cuánto pesarías tú si te rescatase del lago. ¿Sabes nadar, por cierto?

La tenía rodeada con su brazo izquierdo y la pegaba a su pecho con osadía. Se habían alejado de Londres antes de montar juntos para librarse de miradas ajenas. No es que a él le importase, pero ella le había pedido un poco más de tiempo y él se lo había concedido.

—Sí, sé nadar. Mi padre me enseñó cuando era niña, después de morir mi hermano.

—No quería sacar el tema.

—No pasa nada. Soy una mujer adulta, puedo hablar de cosas tristes.

—Tu padre me lo contó hace tiempo.

Meredith asintió.

—Yo creía que mi hermano era invencible. Cuando se cayó al río pensé que era uno de sus juegos y me puse a dar palmas… —Los ojos se le llenaron de agua y escondió la cara en la chaqueta de Frederick—. No sabía nadar. La marea alta lo llevó río arriba…

Frederick sabía que lo habían encontrado enredado entre los postes de uno de los muelles, unas horas después.

—Tu padre me contó que te pasabas el día sentada en el escalón de la tienda esperando a que regresara.

—Era invencible —repitió ella con una sonrisa triste—. Mamá lloraba y yo le decía que volvería.

Frederick la apretó con ternura contra su pecho y no volvieron a hablar hasta llegar a su destino.

—¿Por qué me has traído a Parliament Hill? —Bajó del caballo sujetándose de su mano.

—Desde esta colina se ve una preciosa puesta de sol. —Sonrió feliz—. Ven, nos sentaremos ahí.

Meredith caminó a su lado sin soltarse de su mano. El sol ya viajaba hacia el horizonte y pronto se despediría de ellos. Frederick se sentó con la espalda apoyada en un árbol y extendió la mano para atraerla. Ella no se hizo de rogar y se sentó delante de él dejando que la recostara en su pecho. Sin hablar contemplaron las vistas hasta que el sol descendió y desapareció. Frederick la inclinó entonces y la besó profunda y apasionadamente. Cuando se apartó se miraron durante mucho rato, hablando en silencio de lo que sentían.

—¿Te casarás conmigo?

—¿Cuántas veces me lo vas a preguntar?

—Cada día hasta que seas mi esposa.

Ella sonrió divertida y asintió.

—¿Pase lo que pase?

Meredith volvió a asentir.

—Júramelo.

La institutriz frunció el ceño y se incorporó sin apartar la mirada.

—¿Por qué quieres que te lo jure? ¿No me crees acaso?

—Quiero asegurarme.

Ella se arrodilló sentándose sobre sus pies.

—¿Qué ocurre?

—No ocurre nada. Tú solo, júramelo.

—Frederick.

—Te conozco. Sé que querrás protegerme.

Meredith sonrió con ternura y extendió la mano para ponerla en su mejilla.

—Me casaré contigo. Aunque tu padre te desherede.

—Júramelo.

Ella lo miró sorprendida por su insistencia.

—Está bien, te lo juro.

Él sonrió y miró al cielo con satisfacción. Rápidamente, la atrajo hacia su cuerpo y se tumbó con ella encima.

—¡Frederick! —se rio ella—. Alguien podría vernos.

—No me importa. Eres mi esposa.

—Aún no.

—Para mí ya lo eres.

—No seas tonto y suéltame.

—¡Jamás! —giró con ella colocándose encima—. Da gracias que soy un hombre de principios, de no ser así te tomaría aquí mismo.

Ella lo miró asustada y él besó la punta de su nariz.

—Tranquila, amor mío, conmigo siempre estarás a salvo. Jamás haré nada que pueda perturbarte. Bueno, quizá nuestra primera noche te perturbe un poco, pero no haré nada que no quieras.

—No deberías hablarme así —lo regañó ella poniéndose seria—. No puedes decirme todo lo que piensas.

—Si dijera todo lo que pienso, saldrías corriendo. —Apartó un mechón de pelo y acarició su mejilla—. Me gustaría escuchar todo lo que esconde esta cabecita. ¿Piensas en mí? ¿En cuando te beso?

Meredith lo empujó y se puso de pie.

—No volveré a salir contigo. Eres un insensato.

—Pues he comprado entradas para ver *The School for Scandal*, de Richard Brinsley Sheridan. —Se levantó también.

—No vamos a ir juntos al teatro, ¿te has vuelto loco?

—He comprado tres asientos. Yo iré solo y tú puedes ir con tu padre. Pero debes saber que estaré en la fila de atrás y que no pienso dejar de mirarte.

Lo miró sin ocultar una sonrisa divertida.

—¿De verdad harías eso?

—Te escuché el otro día hablar de esa obra con Belinda y pensé que sería divertido ir juntos, sin ir juntos.

Ella se acercó para jugar con los botones de su chaleco. Después lo miró y se mordió el labio pensativa.

—No podré disfrutar de la obra si sé que estás mirándome.

—Y yo no podré disfrutar teniéndote tan lejos —dijo pegándola de nuevo a su cuerpo—. ¡Oh, Meredith! Debemos casarnos pronto si no quieres que muera joven.

—Pues entonces no debo contarte jamás lo mucho que pienso en tus besos.

Él dejó escapar un suspiro agónico y echó la cabeza atrás como si le doliera. Meredith se rio divertida y lo soltó sin miramientos.

—Volvamos ya, se está haciendo tarde —dijo caminando hacia el caballo.

Frederick tiró de su mano para volver a atraerla.

—¿Puedo hablar ya con mi padre? No tiene sentido retrasarlo más. El verano está a punto de acabar, hemos esperado suficiente. No va a cambiar nada por más días que pasen.

—En otoño habrá menos gente en Londres —musitó ella bajando la mirada.

Él cogió su barbilla y la obligó a mirarlo.

—En otoño estaré en Harmouth.

—Frederick…

—Déjame dar el paso, Meredith. Ya sé que estás asustada, pero no tienes nada que temer. Te demostraré que yo sí soy invencible.

Meredith se puso de puntillas para besarlo y Frederick la sostuvo con sus brazos. Pero ella no dijo que sí.

✿✿✿

Luke lo miraba con expresión preocupada.

—¿Lo has pensado bien?

Su amigo asintió muy serio.

—Tu padre…

—Lo sé. —Se llevó el vaso de whisky a los labios.

Luke se frotó la barbilla pensativo, se estaba dejando crecer la barba y le molestaba.

—Reconozco que eres valiente. O que estás loco, aún no lo tengo claro del todo. Lo que me sorprende es que a Thomas le parezca bien. Ya me contó que habías ido corriendo a verlo. Estoy un poco dolido porque lo escogieses teniéndome a mí a un tiro de piedra.

Frederick siguió con la mirada clavada en el líquido de su vaso.

—Acabo de darme cuenta de que el whisky tiene el color de sus ojos —musitó.

Luke soltó una carcajada y se sentó frente a su amigo.

—Has caído rendido a sus pies.

—Absolutamente. —Una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Ella sabe dónde se mete? ¿Le has presentado ya a tu padre?

—La conoció el día de tu compromiso con Georgia.

—¿Se la presentaste?

Frederick asintió y después bebió otro sorbo.

—¿Y qué dijo?

—¿Qué quieres que diga? Pues devolvió el saludo sin mucho interés.

—¿Qué crees que hará? Estoy seguro de que has barajado todas las posibilidades y ya estás listo para reaccionar a ellas.

—Supongo que primero me amenazará con desheredarme. Y después… lo hará o no lo hará. —Se encogió de hombros.

—Bonito análisis. Si yo hiciera así mis proyecciones, los edificios colapsarían sin duda.

—Si hay algo que sé de mi padre es que es impredecible. Por más que piense, no sabré cuál será su reacción hasta que se produzca. Pero te aseguro que estoy preparado para lo que sea. No dejaré que nadie me aparte de Meredith.

—¿Ni la propia Meredith?

El futuro barón arrugó el ceño mirándolo con desagrado.

—No seas imbécil.

Luke sonrió divertido.

—Estás muy seguro de su amor. Quizá tu padre le ofrezca algo que la tiente.

—¿Quieres que te estropee tu bonita cara? ¿Es eso?

—No te enfades, es broma. Me da a mí que tu señorita MacNiall es una mujer de la que te puedes fiar.

—Por supuesto que lo es.

—Nunca te había visto enamorado. Reconozco que es… gracioso.

—Pues yo no le veo la gracia por ninguna parte. —Bebió un largo trago y dejó el vaso sobre la mesa.

—Una institutriz… Al destino debe gustarle mucho jugar a las cartas. —Se burló Luke—. Por cierto, ¿Belinda lo sabe o debo guardar el secreto también con ella?

—¡Qué alegría! —Su pupila la abrazó con tanto ímpetu que Meredith cayó contra el respaldo del sofá—. ¡Lo sabía, lo sabía! Sabía que estaba enamorada de él. ¡Oh, señorita Wharton! No sabe cuánto me alegro. Frederick es un hombre maravilloso, y usted… ¡Oh! A usted la quiero tanto que me va a explotar el corazón…

Meredith se rio sin poder contenerse más. La desbordante alegría de la joven era

ineludible.

—Aún no es oficial, así que te pido total discreción.

—Por supuesto. —Belinda se apartó devolviéndole su espacio—. Podrían celebrar las dos bodas juntas, la de Georgia y Luke y la suya. Al fin y al cabo son familia. ¡Oh, señorita Meredith! Estoy tan feliz. Ya podremos ser amigas sin disimulos y no hay nada que desee más. Aparte de casarme con Ryan, por supuesto, pero eso ya lo sabe. —Se tapó la boca con las manos —. Mi madre sufrirá un desmayo cuando se entere. Le estará bien empleado por tratar de manipularnos a todos. Y por cómo la trató, después de todo lo que hizo usted por ella. No crea que no sé que la estuvo utilizando como su asistente personal y como niñera para mis hermanos. Cada vez que usted desaparecía de mi vista era porque mi madre le había dado alguna tarea de las suyas.

—¿No vas a respirar siquiera? Llevas hablando desde que has llegado.

Belinda bajó la mirada conteniendo la risa.

—Es que me ha hecho mucha ilusión.

—Ya lo veo. Estás casi más contenta que yo.

—No diga tonterías, señorita. —Sonrió—. Le brillan los ojos, no puede disimularlo.

—Puedes llamarme solo Meredith, ya no soy tu institutriz. Si somos amigas deberíamos tutearnos, ¿no crees?

La joven la cogió de las manos y se las apretó con suavidad.

—Quería preguntarte algo —siguió Meredith—. No es una pregunta exactamente. Más bien quiero que me hables de él…

—¿De Frederick? —preguntó confusa.

Meredith negó con la cabeza.

—Del barón.

Belinda le soltó las manos despacio.

—Ah. De él. Es un hombre… peculiar.

Su mentora esperaba un poco más de detalle.

—Es muy galante y caballeroso —siguió la joven.

—Lo dices como si fuese algo malo.

La joven la miró con expresión asustada al tiempo que asentía con la cabeza.

—En su caso, lo es. Muestra un excesivo interés en… las mujeres. —Se mordió el labio incómoda—. En todas las mujeres. Ay, Meredith, no quiero ponerte en su contra, es el padre de Frederick.

—Puedes hablarme de cualquier cosa sin temor. Lo que me digas no saldrá de aquí.

—Pero es que es… Él…

—Por Dios, Belinda, estás empezando a asustarme.

—¡Oh, lo siento! Lo que pasa es que me resulta muy incómodo hablar de ello. —Se movió inquieta en el asiento—. El barón se… propasó… una vez.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Estábamos de visita en su casa y yo salí a la terraza para tomar el aire. Fue hace un año y solo pasó esa vez. Se disculpó enseguida diciendo que me veía aún como una niña y que solo había sido un gesto cariñoso sin importancia.

—Pero ¿qué pasó?

—Me besó… en los labios. —Al ver que la otra abría los ojos asustada, añadió—: Fue solo un roce, apenas noté el contacto, pero lo que me asustó más fue cómo me miraba. Y sus manos… Me agarraba tan fuerte que no pude apartarme.

Meredith sintió que se le anudaba el estómago.

—Todo el mundo sabe lo mucho que le gustan las mujeres —siguió Belinda—. Se callan cuando yo entro en la habitación, pero he escuchado a mis padres hablar de eso desde que era una cría. ¿Sabes que tuvo relaciones indebidas incluso con las institutrices de Frederick? Mi madre dice que alguna llegó a creerse que acabaría siendo la señora de Harmouth. Pero las echaba en cuanto se cansaba de ellas. No me gusta el barón, no se lo digas a Frederick, es su padre y bueno… Aunque a él nunca le importó el bienestar de su hijo, sigue siendo su padre. Esas mujeres se portaron muy mal con él, mi hermano dice que le hicieron cosas horribles. La señorita Hepples lo encerró en el sótano antes de marcharse cuando su padre la despidió. Sabía que nadie bajaba allí. Lo encontraron dos días después. ¡No le había dejado ni agua! Esa mujer era un demonio. Y la señorita Randle ponía cosas en su comida para enfermarlo. Y el barón no hacía nada, dejaba que esas mujeres maltrataran a su hijo —Movió la cabeza apesadumbrada—. No me gusta el barón, Meredith, no es una buena persona. Tengo miedo de lo que pueda hacer cuando se entere de…

Meredith escuchaba aquello con una mezcla de frustración y rabia. Aunque todo ese sufrimiento forjó la personalidad de Frederick, convirtiéndolo en un hombre bueno, con entereza de espíritu y una honorabilidad fuera de toda duda, no podía dejar de pensar en el niño que después de perder a su madre tuvo que soportar semejante maltrato.

—Si mis padres te parecieron clasistas, el barón será mucho peor —siguió Belinda—. Debes prepararte para lo que vendrá. No creo que la idea de la boda sea de su agrado, pero tú no

te preocupes. Frederick te ama y yo estaré a tu lado contra todos, si es necesario.

Cuando Belinda se marchó, Meredith volvió al trabajo y atendió a los clientes con la misma simpatía de siempre ante la atenta mirada de su padre. A Robert no se le escapaba el rictus de preocupación de su rostro, pero tuvo que esperar a que estuvieran solos para abordarla.

—No pasa nada, de verdad, papá.

—¿Ves esto de aquí? —dijo señalando su sien—. Son canas. Si no quieres hablarme de lo que te pasa, di que no quieres hablarme de lo que te pasa, pero no me mientas.

Meredith se giró hacia él y lo miró con seriedad.

—No quiero hablar de lo que me pasa.

—Bien —asintió malhumorado.

—¿Bien? Ahora estarás enfurruñado todo el día.

—Soy tu padre, que no confíes en mí no es nada agradable.

—¡Claro que confío en ti! Eres la persona del mundo en la que más confío.

—Después de Frederick, imagino.

—No, después de nadie.

Robert sonrió satisfecho y su hija puso los ojos en blanco.

—¿En serio estás celoso de él?

—Ya no —siguió sonriendo.

—¿Canas? No tienes ni cuatro años.

—Has sido mi niña hasta que él llegó, temía que ya no me necesitases.

Ella lo abrazó pegando la mejilla a su pecho y su padre la rodeó con sus brazos, para que sintiera la calidez de su afecto.

—Siempre voy a necesitarte, papá.

—Y ahí estaré, como un rayo.

Meredith se apartó y lo miró a los ojos.

—Deberías haber vuelto a casarte. No soporto la idea de que te quedes solo.

Su padre se apartó frunciendo el ceño.

—¿Casarme? ¿De qué hablas? ¿Por qué iba a casarme? Yo amaba a tu madre.

—Mamá te pidió que no estuvieras solo.

—Y no estoy solo, te tengo a ti.

—Sabes que no se refería a eso. Y, además, has dicho que no vendrás a vivir con nosotros.

Él cogió un trapo y comenzó a limpiar fingiendo indiferencia.

—Me iré a Edimburgo después de la boda, ya lo sabes.

—¿Por qué quieres volver? No hay nadie allí para ti. Aquí estaremos Frederick, Belinda y…

—Belinda se irá a París en cuanto se case y Frederick y tú no necesitáis cargar con un viejo achacoso. Escocia es mi tierra y quiero vivir mis últimos años allí.

—Nunca serás un viejo achacoso. —Le quitó el trapo de las manos y lo utilizó ella—. Y yo quiero a mi padre cerca.

—Vendré siempre que me necesites. Y, piensa una cosa, tenerme a mí en Edimburgo te dará un lugar al que escapar cada vez que tu suegro se ponga insoportable.

Meredith lo miró interrogadora.

—Frederick me ha hablado de su padre y no se parece en nada a mí —aclaró su padre.

Ella se mordió el labio sin esconderle su preocupación.

—Así que es eso —asintió al comprender—. ¿Qué te ha dicho Belinda?

Ella luchaba entre sus ganas de sincerarse y su deseo de proteger al hombre al que amaba. Robert puso las manos en sus hombros obligándola a mirarlo.

—No me lo cuentes si no quieres, pero dime que no te enfrentarás a nada tú sola y contarás conmigo para lo que sea.

Ella asintió y su padre la abrazó como cuando era niña y quería hacerse la fuerte, pero en realidad estaba muerta de miedo. Cuando Meredith se separó de él, trató de mostrar un rostro sereno.

—Tengo que llevarle su pedido a la señora MacKinnon, el barco de su hijo Dearg llegará probablemente mañana. He hecho una cajita para la pipa, ¿la has visto? Me ha quedado muy… ¿A qué viene esa cara?

—¿Qué? —Su padre la miró confuso.

—Has puesto una expresión… Ni que hubieras visto un fantasma. ¿Conoces a su hijo? Creía que no…

—No, no lo conozco —dijo forzando una sonrisa—. Es solo que ese nombre me ha traído recuerdos de hace mucho tiempo.

Su hija frunció el ceño sin apartar la mirada.

—Debió de ser alguien muy desagradable a juzgar por la cara que has puesto. —Se encogió de hombros—. Bueno, ya me contarás quién era ese Dearg y por qué tienes tan mal recuerdo de él. Ahora me voy o se me hará tarde. Si viene Frederick, dale algo para que se entretenga o dile que vaya a buscarme y daremos un paseo.

Robert suspiró cuando la puerta se cerró y Meredith desapareció de su vista. Los recuerdos

lo sepultaron bajo un montón de piedra y tierra, amenazando con enterrarlo vivo. Respiró hondo y sacó su reloj de bolsillo. Lo abrió y contempló el mechón de pelo rojo que llevaba encima desde hacía más de veinte años. Pensar en su esposa le aceleró el corazón y un dolor sordo e intenso atravesó su pecho. Todavía se quedaba sin respiración cuando pensaba que ya nunca iba a volver a verla. Nunca volvería a escuchar su voz ni la envolvería con sus brazos. Nunca la escucharía reír ni oiría sus gritos, enfadada por algo que él había hecho. Cerró los ojos un instante y gimió entre dientes. Buscó en su interior la fortaleza que necesitaba para reponerse. Siempre se ocultaba de su hija para que no lo viese así. Sabía que eso la destrozaba. Se concentró en su respiración, inhalar, exhalar. Adentro y afuera. Ese nombre pronunciado por los labios de su hija le había retrotraído hacia un pasado que lo llenaba de desasosiego. Que Dearg MacDonald no supiese siquiera que su hija había muerto, no era castigo suficiente para expiar sus pecados.

La campanilla llamó su atención obligándolo a abandonar sus agitados pensamientos.

—Frederick —saludó como el que despierta de un profundo sueño.

—Robert. —Se acercó al mostrador observándolo con atención, tenía el rostro demudado y los ojos vidriosos—. ¿Ocurre algo?

—¿Eh? ¡No, nada, nada! De repente me he puesto a pensar… Cosas de viejo, no me hagas caso.

—No sé cómo serán esos pensamientos, pero por experiencia propia, si produce ese efecto, es mejor desterrarlos enseguida.

Robert sonrió levemente con simpatía.

—¿Has hablado ya con tu padre?

—No.

—¿Y a qué esperas?

—Meredith me pidió unos días.

—Mi hija está preocupada.

—¿Preocupada por qué? —preguntó apremiante.

—Belinda ha estado aquí y no sé qué es lo que le ha contado, pero después Meredith tenía esa cara. Ya sabes, esa que pone cuando algo le preocupa mucho.

—Ya —afirmó él.

—Y sé que han hablado de tu padre.

—Belinda debería meterse en sus asuntos.

—No creo que haya dicho nada para molestarla, esa muchacha la aprecia de verdad.

Frederick se frotó la nuca.

—¿Tiene motivos? —preguntó Robert—. Para preocuparse, ¿los tiene? ¿Ha ocurrido algo?

—No ha ocurrido nada, que yo sepa. Pero claro que tiene motivos para preocuparse.

Durante unos segundos los dos hombres permanecieron callados y pensativos.

—¿Por eso aún no me has pedido su mano?

No había acritud en la voz de Robert, más bien un tono comprensivo y amable que buscaba hacerse cómplice de su situación. Frederick asintió después de unos segundos.

—Si das tu palabra, ya no habrá marcha atrás.

Frederick se irguió y lo miró ceñudo.

—No voy a echarme atrás, pase lo que pase.

—¿Entonces? —Lo interrogó con la mirada—. ¿Es por Meredith? ¿Crees que ella sí se retractaría?

—Debe tener la oportunidad.

—Creía que conocías a mi hija.

—Si pido su mano oficialmente… Quiero darle la oportunidad de escapar si las cosas se ponen muy feas, pero ella no me deja hablar con mi padre para aclarar la situación y saber a qué atenernos. Y así estamos, en el limbo.

—Mientras no te pases de la raya con ella, todo tiene solución —advirtió Robert.

—Yo jamás… ¿Por quién me toma?

—Por un hombre enamorado —dijo Robert con dureza—. Y sé bien lo que es, así que estás advertido.

—Yo no soy usted —dijo tajante.

Robert soltó una carcajada.

—¿Te crees mejor que yo?

Frederick se encogió de hombros.

—No sé lo que hizo, así que no puedo juzgarlo. Pero si piensa lo que parece que está pensando, puedo hacerme una idea.

—¿Una idea de qué?

—Que usted sobrepasara los límites no significa que yo vaya a hacerlo. Respeto demasiado a Meredith.

—¿Te crees que yo no respetaba a Yvaine? —Entornó los ojos—. Ruega porque el destino no te ponga prueba. Torres más altas han caído.

Cogió una caja y la soltó sobre el mostrador con demasiado ímpetu. Frederick lo observó

trastear en ella con una expresión muy poco amigable y se encogió de hombros dispuesto a mantener la boca cerrada.

—Siéntate ahí a esperarla —ordenó el escocés con el mismo tono malhumorado.

—Piensa el ladrón… —musitó Frederick obedeciendo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Mejor.

Capítulo 18



La boda de Georgia y Luke se celebraría a finales de septiembre y el barón decidió que permanecería en Londres hasta entonces. Cerrar la casa para volver a abrirla poco después, no tenía sentido y sus asuntos podía llevarlos desde la capital sin problemas. Además, eso le permitía llevar una vida más «desahogada» y sin tantos miramientos como cuando estaba en Harmouth.

La notoria actividad de su padre le permitía a Frederick mantenerse alejado de él sin demasiado esfuerzo. Lo prefería, dado que cada vez que estaban en la misma habitación solo podía pensar en contarle sus planes para casarse con Meredith, y ella seguía sin darle su permiso. Llegó a preguntarse si sería alguna clase de estratagema, si en realidad pretendía darle tiempo para cambiar de opinión. O si quería tener la oportunidad de desdecirse ella misma. Iba a volverse loco si no avanzaban en la dirección correcta de una vez por todas. Así que decidió dar un paso arriesgado, pero importante para él.

Meredith lo miró con expresión incrédula. Se habían detenido al otro lado de la calle y sus ojos iban de la pequeña rectoría al rostro inmutable de Frederick.

—Deberías haberme avisado antes de…

—Podemos irnos sin entrar, si es lo que quieres.

Ella volvió a mirar hacia la casa y le pareció ver que se movían las cortinas.

—No sé si esto es correcto, Frederick.

Él continuó esperando. Quería que fuese ella la que decidiese.

—La vamos a incomodar —siguió Meredith—. Deberías haberla avisado antes. ¿Qué va a pensar si nos presentamos así, sin…?

—Cuando se lo pregunté, dijo que le encantaría conocerte.

Lo pensó un poco más y finalmente asintió.

—Entonces, vamos. Quiero conocerlas.

Cruzaron la calzada y se detuvieron frente a la entrada. No tuvieron que llamar a la puerta,

esta se abrió y al otro lado apareció una joven con una niña en los brazos.

—Bienvenidos. —Sonrió.

Meredith veía cómo Frederick jugaba con su hermana, sentados en la alfombra. Verlo con la niña la llenó de ternura. Ya había visto su naturalidad para tratar con los niños cuando tranquilizó a Anna, después del suceso en el lago. Era un hombre con una sensibilidad asombrosa.

—Será un padre extraordinario —dijo Paige con una dulce expresión—. Elizabeth lo adora.

Meredith asintió.

—Me alegra mucho que haya querido visitarnos —confesó Paige sonriendo—. No deja de hablar de usted.

—A mí también me ha hablado mucho de… las dos.

La joven madre bajó la cabeza y se mordió el labio.

—Entiendo que haya dudado tanto antes de decidirse a entrar.

Meredith comprendió que la había visto parada en la calle.

—No quería incomodarla con una visita inesperada. Creía que Frederick me había traído sin avisar.

Paige sonrió aliviada.

—Frederick puede venir siempre que quiera, no es necesario que avise. Y usted también, por supuesto.

Él levantó la mirada y posó sus ojos en Meredith de un modo que hizo que se ruborizase.

—Prepararé el té —dijo Paige poniéndose de pie—. La señora Sellwood tiene el día libre y ha ido a visitar a su hermana, pero no se asuste, sé hacer té. No me manejo mal en la cocina.

—La ayudo —dijo dispuesta a seguirla.

—No es necesario.

—Insisto.

Las dos mujeres salieron del salón y se dirigieron a la cocina.

—Solo tenemos una criada y la consideramos un miembro de la familia, más que una empleada, la verdad —explicó Paige mientras preparaba el té—. Ahí hay un bote con galletas. Las preparamos ayer mismo, todavía estarán frescas.

Meredith cogió un platito y el bote de galletas para colocarlas en él.

—Supongo que Frederick la ha traído hoy porque sabe que no está mi padre. Es un buen

hombre, pero seguro que se habría sentido incómodo. Por mí —sonrió—, no por usted. Ha sido muy bueno con nosotras, nos acogió en la rectoría sin el menor resquicio de duda. Pero, como comprenderá, a ningún padre le gusta tener una hija descarriada.

—Yo también vivo con mi padre. —Meredith ignoró el último comentario—. Después de morir mi madre solo nos tuvimos el uno al otro…

—Hasta ahora. —Sonrió afable y detuvo sus manos mirándola con fijeza—. Frederick es un gran hombre.

—Lo sé.

—No es como su padre. Puede confiar en él.

Meredith asintió y siguió colocando galletas.

—A Elizabeth le encantan las galletas —dijo su madre sonriendo incómoda.

Durante unos segundos trabajaron en silencio. Meredith percibió que Paige se tensaba y esperó para darle espacio. Cuando dejó escapar el aire con un tembloroso suspiro, la miró interrogadora.

—Yo lo amaba —dijo sin más.

—Lo sé —respondió Meredith sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—Era amable y galante, no sabe usted lo amable que puede llegar a ser cuando desea algo. En esos momentos se parecía tanto a Frederick… Venía a visitarnos y hablaba con mi padre con total naturalidad. Ninguno de los dos pensamos… —Se limpió una lágrima, aunque sus labios sonreían ligeramente—. Siempre creí que nos casaríamos.

—No tiene que hablarme de ello.

—Quiero hacerlo. De verdad, es importante para mí que usted me comprenda.

Meredith asintió y tapó el bote de las galletas para que supiera que tenía toda su atención.

—En cuanto supo que estaba embarazada, cambió. Siempre ponía excusas para no visitarme. Mi padre se dio cuenta enseguida y trató de prepararme para lo que venía, pero yo lo negaba, no podía creer que él… —Negó con la cabeza—. No hay manera de prepararse para algo así, se lo aseguro.

Se dejó caer en una silla como si se hubiese quedado sin fuerzas.

—Fui a verlo a Harmouth, a su casa. Me dijo cosas horribles. Nunca lo había visto así. Era como si se hubiese transformado en otra persona. Lo miraba y me preguntaba: ¿dónde está mi Edmund? ¿Dónde está el hombre que me decía que yo era el sol de su vida? ¿El que quería pasar el resto de sus días conmigo? —Negó con la cabeza—. Me ofreció dinero y al ver que yo no reaccionaba, me amenazó. Me dijo que me destruiría a mí, a mi padre y a… —Miró hacia la

puerta con los ojos anegados en lágrimas—. Fue el peor momento de mi vida. Si no hubiese tenido a mi hija en mi vientre, no sé lo que hubiera hecho.

Meredith se sentó también y le cogió las manos para tratar de transmitirle su apoyo.

—Me sentí como si me estuviese despellejando viva. Sentí físicamente cada tirón de piel y cuando salí de allí tenía el cuerpo en carne viva. No sé cómo pude llegar hasta el coche y sostener las riendas hasta llegar a casa. Creo que el caballo se sabía tan bien el camino que no hizo falta mi colaboración.

Meredith se limpió una lágrima con disimulo y Paige sonrió con ternura.

—Alguien capaz de compadecerse de quien ha pecado como yo lo he hecho, ha de ser una buena persona. —Le apretó la mano con afecto—. Me alegra que Frederick la haya encontrado. No crea que estoy llena de odio o amargura. Si vivir aquella terrible experiencia fue lo peor que me había pasado jamás, tener a mi hija fue una bendición. Amo profundamente a esa niña y solo deseo su felicidad. Ya he perdido la esperanza de que su padre quiera conocerla, pero sé que el día que yo no esté, tendrá a Frederick. Y espero que usted esté de acuerdo.

—Por supuesto —afirmó Meredith emocionada porque la hubiese incluido—. Esa niña es su hermana y formará parte de nuestras vidas.

—Gracias —sollozó Paige—. No sabe lo mucho que significa para mí oírselo decir.

—Mamá llora.

Frederick, de pie junto a la puerta con la pequeña Elizabeth en los brazos, observaba la escena conmovido.

—¡Qué tonta es mamá! —exclamó Paige poniéndose de pie al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

Frederick se acercó hasta la mesa y cogió el platito de galletas.

—Nos llevamos esto, ¿verdad, Elizabeth? —dijo mirando a la niña.

—¡Galletas! —exclamó la pequeña.

—Lo siento —se disculpó Paige cuando estuvieron de nuevo solas—. Siento mucho haberle dicho todas estas cosas, no sé qué me ha pasado.

—Me enorgullece que me haya otorgado esta confianza sin apenas conocerme.

—¡Oh, pero sí la conozco! —sonrió la otra sorbiendo por la nariz—. Frederick no ha dejado de hablar de usted todo el verano. Me di cuenta enseguida de que algo pasaba. Al principio pretendía criticarla, pero el modo en el que describía sus defectos los convertía en virtudes dignas de admiración.

Meredith trató de contener su sonrisa y desvió la mirada.

—Frederick es un hombre maravilloso. No encontrará otro mejor que él. Será un excelente marido y un amoroso padre. Adora a los niños y es bueno y dulce con ellos. Nunca pierde los nervios, tiene una paciencia inagotable. Ha estado siempre muy solo, espero y deseo que puedan formar una gran familia juntos. —Se puso seria—. Pero todo lo que le he contado debe hacerle entender que no va a ser fácil. Su padre no es un hombre compasivo.

—No me aceptará, soy consciente de ello.

—Frederick jamás se acobarda. No importa lo difícil que sea, no se echará atrás.

—Lo sé.

—Usted también ha de ser fuerte, Meredith. Frederick lo merece.

—Lo seré.

—Y, si en algún momento desfallece… —Sonrió con ternura—. Venga a verme y lloraremos juntas. Como ve, se me da muy bien llorar.

Meredith sintió un pellizco en el corazón. ¿Cómo alguien podía haber sido tan cruel con una persona tan dulce y amable como Paige Sikes? No le cabía en la cabeza que hubiese personas tan malvadas en el mundo.

—Y ahora, terminemos de preparar el té. Tendremos suerte si han dejado alguna galleta para nosotras.

Pasaron una agradable tarde, mucho más agradable de lo que Meredith hubiese podido imaginar. La confianza que le brindó Paige hizo que enseguida se sintiese como un miembro más del grupo. Frederick y ella tenían una relación fraternal y la pequeña Elizabeth, con su alegría infantil, hizo el resto.

Cuando el carruaje se puso en marcha y se hubieron alejado de la rectoría, Meredith se lanzó sobre Frederick y comenzó a besarlo por toda la cara.

—Te amo, te amo, te amo, te amo —repetía con cada nuevo beso.

Frederick se reía a carcajadas mientras se dejaba hacer sin resistencia.

—Eres el hombre más bueno y maravilloso que hay sobre la tierra —dijo sin soltarlo, pero manteniendo su boca a cierta distancia—. Me casaría contigo mañana mismo.

—¿Mañana? ¿Y por qué no hoy? —Siguió riendo él.

—No quiero una boda nocturna. —Meredith se sentó en su sitio arreglándose la falda del vestido.

Frederick la miró entornando los ojos.

—¿Me estás dando permiso para hablar con mi padre?

Ella asintió y los ojos de él brillaron como dos luminarias.

—¿Qué te ha dicho Paige para que hayas cambiado de opinión?

—No es por nada que me haya dicho, aunque reconozco que su charla ha sido muy reveladora en todos los sentidos. Eres tú, Frederick. Verte con ellas era lo único que me faltaba para saber que no puedo vivir sin ti. No me importa lo alto que sea el muro, lo escalaré con mis propias manos si al otro lado estás tú.

Se miraron durante unos segundos sin decir nada y diciéndolo todo. Él se inclinó hacia delante y cogió sus delicadas manos para llevárselas a la boca. Las sostuvo allí durante unos segundos, con los ojos cerrados y el corazón latiendo desbocado. Había ansiado tanto escuchar esas palabras que ahora que por fin habían llegado, lo dejaron sin aliento.

—Hablaré con mi padre esta misma noche —dijo poniéndose serio.

Ella asintió. Frederick se puso de rodillas y la inclinó en sus brazos para besarla. La miró unos segundos antes de tomar su boca. Sus labios se amoldaron a la perfección, como si no hubiesen hecho otra cosa que besarse. Se pegó tanto a ella que no hubo resquicio para el aire y su lengua se deslizó con una suave caricia abordándola sin recato. Ella gimió y él jadeó con un anhelo insoportable y prohibido. La amaba con desesperación y la deseaba tanto que amenazaba su cordura. Deslizó los labios por su garganta y no se detuvo hasta llegar al borde de su escote. Meredith tenía la cabeza echada hacia atrás y sintió el camino que trazó su boca como un reguero de aceite hirviendo.

—¿Puedo? —preguntó él mirándola, con los dedos sujetando la puntilla que bordeaba el vestido en la zona que cubría sus pechos.

Ella se ruborizó tan explosivamente que sus mejillas rivalizaban con el color de su pelo.

—Frederick…

—Solo una vez, lo prometo —dijo con voz ronca y una mirada que nunca antes le había visto.

Cuando ella asintió él no lo pensó dos veces, apartó el vestido y dejó que uno de sus pechos escapara de su encierro. Lo envolvió con su mano y llevó su boca directo a la erguida protuberancia que lo desafiaba. Meredith sintió que el cerebro se le licuaba, todo pensamiento abandonó su raciocinio y de repente solo había emoción y sensibilidad por todas partes. Frederick jugueteó unos segundos, pero en lugar de calmar su ansia, esta se embraveció y lo golpeó con furia. Sintió un hambre voraz mezclada con un dolor intenso. Apoyó la frente en su pecho y respiró como un pez fuera del agua. Meredith recuperó la capacidad de pensar y se subió el vestido rápidamente, apartándolo sin miramientos.

—Ya basta —dijo agitada.

—Oh, sí, ya basta. —Arrastró las palabras y su cuerpo hasta el otro asiento.

Apoyó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados y se golpeó contra él suavemente. Meredith lo miraba interrogadora, pero no se atrevía a preguntar. Era evidente que aquello lo había afectado aún más que a ella, que tenía el corazón latiendo en una vertiginosa carrera sin aparente meta.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

Frederick abrió los ojos y la miró un largo y silencioso instante.

—Lo estaré. —Sonrió burlón—. Necesito un momento. O una hora. De aburrimiento. Incluso de fastidio. Una larga disertación sobre la mosca de la fruta. Eso podría ayudarme. O una patada en la espinilla, si quieres probar.

Meredith sonrió divertida, aún con las mejillas y los labios rojos.

—No deberías mirarme así —dijo él entornando los ojos—. No deberías sonreír. Ni morderte el labio. No deberías moverte siquiera. Ni estarte quieta. No deberías…

El carruaje se detuvo frente a la tienda.

—Está claro que lo mejor es que desaparezca —dijo ella haciendo ademán de abrir la portezuela del coche.

Frederick cogió su mano y se inclinó para susurrarle al oído.

—Meredith MacNiall, si llego vivo a nuestra noche de bodas, te juro que voy a hacerte la mujer más feliz de la tierra.

Bajó para ayudarla galante y la siguió hasta la casa. Meredith se disponía a despedirse, pero él entró tras ella.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hablar con tu padre.

—¿Ahora?

—Por supuesto. Hay unas normas, no querrás que las transgreda, ¿verdad?

—Pero…

Él la empujó suavemente para que subiera la escalera y ella no tuvo más remedio que rendirse.

¿Por qué tardaban tanto? Era una simple pregunta que se respondía con un simple «sí». Seguro que se habían servido una copa y estaban hablando de sus cosas mientras ella esperaba ansiosa dando vueltas por el diminuto salón. Si al menos fuera una casa grande como la de los Warren, tendría espacio para moverse, pero aquel salón solo tenía un sofá y un par de butacas y

parecía atestado de muebles.

¿Dónde viviremos? Supongo que en Harmouth. Si su padre lo deshereda… ¡No puedo pensar en eso! ¿Cómo voy a aceptar que haga algo tan atroz? No tiene otro hijo. ¿Dejará que el título se pierda y que su apellido desaparezca en el olvido solo por no aceptarme a mí? No puede ser tan estúpido. Todos hablan de que es injusto y cruel, pero nadie ha dicho nada de que sea estúpido. No, seguro que no lo deshereda y entonces tendremos que vivir en Harmouth. Con él. Quizá sea mejor que lo desherede. No sé si podré soportarlo, si es como dicen…

Suspiró retorciéndose las manos impaciente, sin apartar la mirada de la puerta cerrada del despacho de su padre. No se escuchaba ni un ruido, así que la cosa iba bien y tranquila. ¿Por qué no iba a ir bien? Su padre era un hombre razonable. Y apreciaba a Frederick.

—Le debes respeto. A pesar de todo, es tu padre.

—Por supuesto.

—¿Qué harás si te prohíbe explícitamente casarte con mi hija?

—Le diré, con todo el respeto, que no puedo complacerlo.

Robert estuvo tentado de reírse, pero con gran esfuerzo fue capaz de contener el gesto.

—Te amenazará.

—Cuento con ello.

—¿No te preocupa?

Frederick asintió.

—¿No será que no quieres ser barón? —Le entregó una copa de *drambuie* y se llevó la suya hasta su butaca.

—Tengo muchos proyectos. Quiero mejorar la vida de nuestros granjeros con algunas ideas que creo que pueden funcionar. Todo eso ha partido siempre de la premisa de que algún día seré barón y heredaré todas las posesiones de mi padre y, por tanto, tendré el poder de decidir. Pero, pase lo que pase, no renunciaré a Meredith, ya se lo dije.

—¿Por qué te ha dicho mi hija que sí precisamente hoy y a esta hora tan intempestiva? ¿Has hecho algo de lo que debas avergonzarte?

Frederick no pudo evitar pensar en lo que había pasado en el carruaje y sus ojos mostraron más de lo que él habría deseado. Robert dio un golpe en el reposabrazos y lo señaló con el dedo después.

—¡Te lo advertí!

—No ha pasado nada —se apresuró a aclarar con cierta incomodidad—. Pero cuanto antes

nos casemos, mejor para todos.

—No volveréis a ir solos a ninguna parte. Y, desde luego, Meredith no se subirá a un carruaje a solas contigo.

—Entonces, ¿me concede su mano?

—¿Tengo otra opción? —El escocés no disimuló su malhumor—. Sé a ciencia cierta que mi hija va a sufrir si digo que sí, pero también sé que sufrirá mucho más si digo que no. Además, ¿a quién quiero engañar? Soy incapaz de decirle a nada que no.

Frederick sonrió aliviado y bebió un largo trago de su copa. Robert negó con la cabeza.

—Te he dicho un millón de veces que así no se bebe el *drambuie*.

✿✿✿

Dos días después, Frederick cenó con su padre y trató de mostrarse amable y conciliador, a pesar de que cada tema que iniciaba terminase en discusión. Sus posiciones estaban tan alejadas que era mejor no profundizar en nada y navegar por la superficie con cuidado. Tras la cena pasaron al salón y Frederick sirvió dos copas de vino. Le entregó una a su padre, que había ocupado su butaca, y él se sentó en el sofá.

—He decidido que voy a casarme, padre.

—¡Hombre, por fin! —exclamó el otro levantando su copa—. ¡Aleluya!

—Con Meredith MacNiall.

—¿Otra vez con eso? —Endureció su expresión bajando la copa lentamente hasta apoyarla en el reposabrazos.

—Hace dos días que pedí su mano y su padre nos ha dado su bendición.

—Me importa muy poco lo que diga ese escocés. No tienes mi consentimiento.

—No te lo estoy pidiendo, padre, tan solo te lo estoy comunicando: Voy a casarme con Meredith MacNiall lo antes posible.

—¿La has dejado preñada? Ya sabes cómo se solucionan esas cosas, no seas mojigato.

—Los dos deseamos tu aprobación, pero si no vas a dármela, no insistiré.

—Por supuesto que no voy a darte mi aprobación. Y no solo eso, te lo prohíbo terminantemente.

Frederick suspiró con pesar, pero no se movió un ápice de su posición.

—He dado mi palabra y sabes que jamás falto a ella.

—Alguna vez tenía que ser la primera. No voy a consentir ese matrimonio, te pongas como

te pongas. Eres mi hijo y me debes obediencia.

—No soy ningún niño, padre, puedo decidir por mí mismo.

—No, no puedes, porque, por ser mi hijo, te debes a nuestro título. No dejaré que lo ensucies añadiendo a nuestro nombre el de una simple y vulgar tendera.

—Eres barón, padre, no rey, tú mismo podrías casarte con quien quisieras.

Edmund Wharton entornó los ojos mirándolo con perspicacia.

—¿Otra vez estás pensando en la maldita Paige Sikes? ¿Pero qué es lo que te ha dado para que la tengas tan presente?

—No estaba pensando en nadie.

El otro negó con la cabeza con expresión decepcionada.

—¿Cómo ha podido salirme un hijo como tú? No lo entiendo. Siempre has sido demasiado sensiblero. ¿Te crees que no sé que las visitas a menudo? No son nada tuyo, estúpido, deja de hacernos quedar en ridículo.

—Elizabeth es mi hermanastra.

—Te prohíbo que vuelvas a verlas. No he tomado medidas contra ella porque no me ha hecho falta, pero si sigues enfrentándote a mí haré que se marchen de Londres. Y no saldrán bien paradas, puedes estar seguro.

Frederick sintió un temblor en el pecho, pero se mantuvo impertérrito.

—En cuanto a lo de la institutriz, hay que ver lo perversas que pueden llegar a ser, no entiendo cómo has caído en su trampa después de lo que yo pasé con las tuyas.

—¿Tú, padre? —Lo miró incrédulo—. ¿Tú lo pasaste mal con mis institutrices?

El barón enarcó una ceja.

—¿Me estás reprochando algo?

—No serviría de nada.

—Vaya, vaya. Así que tu vida no ha sido fácil. Claro, tu madre murió cuando eras un niño y ella te tenía tan mimado… ¡Pobrecito! Si hubieses tenido un padre como el mío, sabrías lo que es una infancia difícil. Menudas palizas me daba día sí y día también. Yo solo te pegué cuando fue estrictamente necesario y mira cómo me lo pagas.

Frederick dejó escapar el aire en un sonoro suspiro y depositó la copa sobre una mesilla cercana. Después se puso de pie y miró a su padre con expresión serena.

—Padre, te pido… no, te suplico encarecidamente que me escuches. Amo a Meredith. La amo sincera y profundamente. No voy a convertirla en mi amante. La respeto y voy a hacerla mi esposa. Sé que cuando la conozcas te darás cuenta de lo valiosa que es y que con el tiempo tú…

—¡Basta! Me he cansado de tantas tonterías. —El barón se puso de pie y por un momento a Frederick le pareció que crecía ante sus ojos—. ¡No te casarás con ella! Jamás permitiré que me desafíes. Lo has convertido en una cuestión de orgullo y te aseguro que doblegarás tu espíritu o lo quebraré sin remilgos. ¿Crees que no soy capaz de desheredarte? Estoy seguro de que me conoces lo suficiente como para saber que no tengo reparos a la hora de hacer mi santa voluntad. Si insistes en desafiarme te haré llorar sangre, no me pongas a prueba, hijo, no eres rival para mí.

Frederick sintió que se le congelaba la sangre en las venas y un sudor frío cubrió su frente.

—No voy a luchar contra ti, padre. Puedes desheredarme, es tu potestad. Aun así, para mí seguirás siendo mi padre. Espero que algún día puedas perdonarme. —Se dio la vuelta para salir del salón.

La furia arrolló al barón cuando se quedó solo. Jamás, en todos los años que llevaba viviendo, se había sentido tan insultado. ¡Por su propio hijo!

—¡Judas! —exclamó a voz en grito—. ¡Yo te maldigo!

Frederick lo oyó desde el pasillo y se detuvo en seco, apretando los puños y con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Respiró profundamente varias veces y escuchó la puerta abrirse a su espalda.

—Ahí estás —lo señaló su padre caminando hacia él con paso acelerado—. ¿Qué te has creído, malnacido? ¿Te crees que puedes dejarme con la palabra en la boca?

Frederick se dio la vuelta para mirarlo.

—Tú harás lo que yo te diga o te dejaré en la miseria. ¿Es por el dinero que te dejó tu madre? ¿Crees que con eso podrías vivir? ¡Eso no es nada! ¡Una miseria comparada con lo que yo tengo! ¿Te piensas que esa zorra se casará contigo si no tienes dinero? Eres más estúpido de lo que pensaba. ¡Te dejará en cuanto sepa que te he desheredado! Y entonces vendrás arrastrándote para suplicarme que te acepte de nuevo.

Frederick no movió un músculo. No era la primera vez que veía el verdadero rostro de su padre.

—¿No vas a responder?

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Serás… —Levantó la mano para golpearlo, pero Frederick lo agarró por la muñeca con firmeza.

—No es necesario llegar a estos extremos —dijo con frialdad—. Si quieres desheredarme, hazlo, como he dicho, es tu potestad. La mía es actuar conforme a mis principios y cumplir con mi palabra. Buenas noches, padre.

El barón lo vio alejarse con el rostro demudado y ojos desquiciados. ¿Le había sujetado la mano?

—Verás de lo que soy capaz. Juro por Dios que, si te enfrentas a mí, te veré de rodillas suplicándome.

Abrió los ojos y se sentó en la cama de golpe respirando con dificultad. Estaba empapado en sudor y había lanzado las sábanas lo más lejos que sus pies le habían permitido. Se apartó el pelo de la cara y bajó los pies al suelo con el corazón acelerado. Había tenido un sueño espantoso. Estaba en el velatorio de su madre, solo que no era su madre la que yacía muerta en aquella cama, sino Meredith. Se levantó y abrió la ventana para sentir el frescor de la noche. Permaneció inmóvil hasta su temperatura corporal descendió y su ánimo se calmó.

Se había dormido después de darle muchas vueltas a la reacción de su padre. Lo que había visto en sus ojos le había provocado un sentimiento de profundo terror. Sabía que no iba a ser fácil, pero no esperaba… Se sacudió sus miedos de un manotazo y apretó los dientes. ¿Qué podía hacer más que esperar y acumular la mayor cantidad de resistencia? Era su padre. Hiciese lo que hiciese, debería aceptarlo.

Nunca le había pedido mucho a la vida, no era un hombre de grandes gestos ni al que le gustase vivir aventuras. Podría haber hecho el Gran Tour con Luke, pero no era algo que lo increpase. Era un hombre apacible y de gustos sencillos. Disfrutaba con una buena charla, una buena cabalgata o un buen libro. Pero, sobre todo, le gustaba meter las manos en la tierra, clavar la azada con precisión y ver cómo, pasado un tiempo, brotaba el fruto de su simiente. Había leído todo lo que se había escrito sobre el tema, había estudiado y había practicado desde que supo que eso era lo que lo apasionaba. Además, le gustaba experimentar y tenía grandes ideas que quizá algún día facilitarían la vida de mucha gente.

Cuando conoció a Meredith ni siquiera sabía que le faltaba algo. Algo tan importante como para ser el centro de su vida. Al principio creyó poder resistirse, era una institutriz y él las detestaba, no debería resultarle nada difícil. Pero era Meredith, la mujer más maravillosa que había conocido jamás. ¿Cómo resistirse a eso? Sonrió sintiendo su cálido y amoroso abrazo. Así se sentía siempre que estaba a su lado: querido y a salvo.

Si ahora tuviese que renunciar a ella sería como si le arrancasen el corazón de cuajo. Nadie puede vivir sin su corazón. Respiró profundamente y se quitó la camisola de dormir para ponerse una camisa. Eran casi las cinco de la mañana, seguro que ya había alguien del servicio levantado,

quizá pudieran prepararle un café. Y si no, se lo prepararía él mismo. No tenía buena mano atizando el fuego, por eso procuraba mantenerse apartado de los útiles de la chimenea, pero un café podía prepararlo cualquiera, ¿no?

—Hay que reavivar el fuego, señorito Frederick, así no calentaría el agua ni en mil años.

La señora Pater entró en la cocina moviendo la cabeza como haría con un niño pequeño que no supiese lo más básico. Lo apartó con suavidad.

—Se han de quitar las cenizas que se han acumulado durante la noche, si no el flujo del aire no será el adecuado —explicó la mujer al tiempo que realizaba la tarea.

Frederick la vio sacar las cenizas con una pala y depositarlas en un cubo.

—Añadimos unas astillas de leña y encima el carbón, ¿ve? Así.

Él se inclinó para verlo mejor. La cocinera cogió el fuelle y sopló aire sobre las brasas para hacerlas arder de nuevo.

—Eche más carbón —ordenó con un gesto de cabeza—, vamos, no se quede ahí parado.

Frederick hizo lo que le decía y una vez el fuego estuvo en pleno funcionamiento, la señora Pater colocó una rejilla y el hervidor encima.

—Ahora sí. —Se limpió las manos en el delantal y sonrió—. Siéntese ahí y espere —ordenó de nuevo sin demasiados miramientos.

A Frederick le gustaba la señora Pater. La cocinera apreciaba de verdad a su madre y ese vínculo con ella había creado una relación extraña entre los dos. La mujer no era nada cariñosa o al menos su cariño era un poco… doloroso. De niño solía darle collejas y tirones de oreja cuando lo veía triste, que era bastante a menudo. Y solía regañarlo por entrar en la cocina con los pies sucios de barro, por tener las manos llenas de callos, por ir despeinado como «uno de esos zarrapastrosos»… Pero también era la única que le hablaba de su madre. Siempre tenía alguna historia que contar. Y también era la única que llevaba flores a su tumba, aparte de él. Su padre hacía muchos años que la había olvidado.

—¿Adónde va tan temprano? —preguntó la mujer.

—A ninguna parte —respondió sincero—. He tenido una pesadilla.

La cocinera lo miró de soslayo y luego continuó con los preparativos del desayuno. Siempre era la primera en levantarse, antes incluso que George, el mayordomo.

—Voy a casarme —dijo él de pronto.

Se giró sobresaltada y a punto estuvo de esparcir el café por toda la cocina.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Con quién? ¿Cómo…?

Frederick sonrió abiertamente.

—Hoy haré los trámites para que se publiquen las amonestaciones, así que dentro de tres domingos y con la señorita Meredith MacNiall. En cuanto a «cómo», no entiendo bien la pregunta, si pudiera formularla con un poco más de contexto…

—¿Quién es la señorita Meredith MacNiall? No recuerdo haber oído hablar de ella. ¿Qué dice su padre?

Frederick suspiró y se encogió de hombros con una expresión más que elocuente y la cocinera cerró los ojos un instante antes de continuar con la tarea de preparar el café. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada.

—¿Va a desayunar aquí? Tardarán un rato en preparar el comedor.

—Aquí mismo —dijo él sentándose a la mesa—. Si a usted no le molesta mi compañía.

La cocinera puso dos tazas de café en la mesa y una bandeja de bollos de canela, los preferidos de su madre. Él cogió uno enseguida y lo olió con placer, ese olor lo trasladaba a su infancia. Casi pudo escuchar la risa de Amber en aquella cocina mientras lo embadurnaba de harina sin hacer caso a los gritos de la cocinera.

—La señorita MacNiall era la institutriz de Belinda Warren.

La taza que viajaba hacia los labios de la cocinera regresó inmediatamente a su platito.

—¿Institutriz?

Frederick sonrió burlón, ella conocía bien su animadversión por las institutrices.

—Puede reírse de mí, si quiere.

—Pero… El barón…

Iba a soltar una retahíla sobre los problemas que eso iba a acarrearle, pero comprendió que no había nada que ella supiera de lo que Frederick no estuviese al tanto. En lugar de eso, empujó el plato de los bollos hacia él y lo miró reprobadora.

—Cómase uno, que va a necesitar fuerzas para salir del lío en el que se ha metido. ¿A quién se le ocurre? Una institutriz… ¿Por qué no una comediante de esas que van por los pueblos? —Se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo—. Si su madre levantara la cabeza… Qué pena que no tenga unos cuantos años menos, le daría una buena tunda.

—La amo.

La mujer puso los ojos en blanco y Frederick dio un mordisco tan grande al bollo que se quedó solo con la punta entre los dedos.

—Mastique. Hay que ver lo bruto que es, ¿cómo se lo mete entero en la boca? Si es que…

Movió la cabeza durante unos segundos y volvió a empujar el plato con los bollos hacia él.

—Merece ser feliz —dijo desviando la mirada para que no viera que se emocionaba al

decirlo—. Si ha de ser una institutriz, pues que sea. Su madre estaría orgullosa de usted con todo lo que hace con esos campesinos.

Frederick detuvo la mano que llevaba otro bollo hacia su boca.

—No son campesinos, son granjeros.

La cocinera lo fulminó con la mirada.

—No me provoque o me olvidaré de que ya es un hombre hecho y derecho.

Él mordió el bollo sonriendo y empujó el plato hacia ella.

—Coma usted también. No está bien comer a escondidas.

—¿A escondidas? ¿Quién come a escondidas?

—Usted, que la he visto. Siempre pica la comida como un pajarito porque cuando se sienta a la mesa ya no tiene hambre.

—Menuda tontería.

—Todos lo saben —siguió divertido—. No dicen nada, pero lo saben.

La señora Pater se puso de pie, fue hasta él y le dio una colleja.

—¡Au! —se quejó llevándose una mano a la nuca.

—Así aprenderá a tener respeto por sus mayores. Si su madre levantara la cabeza…

Cogió un bollo y le dio un buen mordisco antes de empezar a preparar el desayuno de los demás.

Capítulo 19



Meredith se retorcía las manos con tanta ansia que tuvo que sujetárselas para obligarla a parar.

—No podemos seguir adelante —dijo con preocupación—. Tu padre…

Frederick la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos.

—Shssss, respira hondo, así, muy bien. —La apartó mirándola con una sonrisa—. Todo irá bien.

Ella quería creerlo, pero tenía un nudo en el estómago que no la dejaba ni respirar.

—Vas a perderlo todo —gimió—, por mi culpa.

Él amplió su sonrisa.

—¿Vas a dejarme porque soy pobre?

—No te burles de mí.

Él le acomodó el pelo con delicadeza, deleitándose en la suavidad de sus rizos.

—No se atreverá, sería un escándalo para él. —Fijó la mirada en sus ojos—. Pero, haga lo que haga, no me importa.

—Pero a mí sí me importa, Frederick.

—¿Tanto querías ser baronesa?

Ella se apartó empujándolo con toda la firmeza que pudo, que no fue mucha. Él se rio divertido.

—Me estás haciendo enfadar —dijo ella.

—Te prefiero enfadada a triste.

Meredith sintió una oleada de cariño que a punto estuvo de lanzarla a sus brazos, pero se contuvo.

—¿Cómo puede ser tan cruel para hablarte así?

—No todos los padres son como Robert, ya lo sabes. Pero no tienes nada de lo que preocuparte, ya te lo dije. Tenemos el dinero de mi madre y compraré la granja de…

—Cuando pase el tiempo me odiarás —se lamentó ella al borde de las lágrimas.

Frederick extendió el brazo para alcanzarla y tiró de ella, pegándola de nuevo a su cuerpo.

—Jamás te odiaré —musitó cerca de su boca—. Te amaré todos los días de mi vida. Cuando seamos ancianos todavía te preguntarás cómo alguien pudo amarte tanto.

Ella se quedó prendada en aquellos ojos limpios y claros que la miraban con tanta seguridad y confianza. Nada podía salir mal si él la miraba así. Lo sintió dentro con cada fibra de su ser. Lo amaba tanto que la sola idea de renunciar a él la enfermaría. Lentamente, dejó que una sonrisa aflorara a sus labios.

—Voy a besarte —musitó él rozándole los labios—. Espero que tu padre no aparezca y…

Ella se le adelantó y atrapó su boca, provocando que él arrastrase un agónico gemido con su lengua. Sentía el cuerpo femenino pegado al suyo, cada curva, cada promesa oculta bajo aquel vestido que maldijo en silencio de manera irracional.

—Dios mío, Meredith… —susurró cogiéndole la cara con las manos y mirándola profundamente, como si quisiera entrar en ella y no salir de allí jamás—. Te deseo tanto que no sé…

Ella lo sentía, era consciente de ese deseo que se mezclaba inextricablemente con el suyo propio.

—Yo también —dijo sin pensar.

El fuego llameó en los ojos de Frederick peligrosamente.

—No vuelvas a decirlo. —Apoyó su frente en la de ella—. Por Dios, Meredith, no vuelvas a decirme algo así o no podré…

Respiraba con dificultad y su cuerpo estaba tenso como el amarre de un barco.

—Aquí estoy a salvo —dijo ella con voz ronca—. Bésame. Por favor, Fre…

La besó profundo y febril. Su lengua ardía y cada embestida era una promesa no cumplida. Ella se aferraba a él mientras sus piernas se iban debilitando a marchas forzadas. Frederick la rodeó con uno de sus brazos para sostenerla y el otro viajó hasta su nuca, manteniéndola exactamente en el lugar que quería. Cuando se separó de ella, Meredith no sabía ni dónde estaba. Lo miró con ojos vidriosos y desconcertados y él sonrió con una enorme emoción llenando el vacío de su pecho.

—¿Crees que alguien podría renunciar a esto? —preguntó negando con la cabeza—. Ni muerto me apartarán de tus brazos, amor mío.

✿✿✿

Elizabeth cabeceaba mientras Frederick le contaba un cuento en la mecedora. La niña apoyó la frente en su pecho y su hermanastro la miró ceñudo. Al levantar los ojos vio que Paige los observaba a ambos con expresión divertida.

—Se ha dormido —dijo sorprendido.

Su madre cogió a la niña en sus brazos y se la llevó para acostarla. Cuando regresó, Frederick seguía balanceándose en la mecedora con expresión pensativa.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó ella recogiendo los juguetes de la niña.

Él se encogió de hombros.

—Mi padre estará encantado —añadió Paige sabiendo lo que pensaba.

—¿Seguro? Esta semana será la segunda noche que ceno aquí.

—¿Dónde has cenado las otras noches?

Él no respondió y Paige fue a sentarse frente a él.

—¿Qué ha pasado?

Frederick cogió aire y lo soltó de golpe.

—Lo que tenía que pasar.

—¿Meredith lo sabe?

Él asintió.

—¿Todo?

—¿Qué significa «todo»? Le conté que mi padre no nos da su bendición. Eso es lo único importante de aquella conversación.

—A mí puedes contármela entera.

Frederick desvió la mirada sin poder ocultar su turbación.

—¿Tan malo fue?

—Sí.

—Entonces, cuéntamelo. Palabra por palabra.

✿✿✿

Paige no era una mujer fuerte y lo dudó mucho antes de volver a casa de los Wharton. George, el mayordomo, era uno de esos hombres que aparentan ser más viejos de lo que son y estaba convencida de que, en parte, era por servir a un hombre como el barón. Edmund la miró de arriba abajo y se sorprendió de ver que aún podía despertarle deseos lujuriosos. Había pasado muy buenos ratos con ella y no le importaría volver a tenerla entre sus brazos.

—¿Le apetece beber algo, señorita Sikes? —preguntó antes de que George saliera del cuarto.

—No, gracias. —Se volvió hacia el mayordomo—. ¿Puede dejar la puerta abierta, por favor?

El sirviente asintió e hizo lo que le pedía. El barón no hizo el menor comentario al respecto y le indicó un sofá para que se sentara.

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo desplegando sus dotes de seducción—. Me alegra ver que estás tan… bien.

—He venido a hablar de Frederick.

El rostro del barón cambió y la temperatura en la habitación cayó en picado.

—No tengo nada que hablar contigo sobre mi hijo.

—Edmund… Señor Wharton —se corrigió enseguida—. Escúcheme un momento. Después me iré y no lo molestaré más. Por favor, concédame este privilegio por… la amistad que un día nos unió.

Él frunció el ceño y apretó los labios sin responder, lo que Paige tomó por aceptación.

—Meredith MacNiall es una buena chica —dijo con tacto.

—¿La conoces? —preguntó empequeñeciendo su mirada.

Paige asintió.

—Ha venido a visitarme con… Frederick.

El barón dejó escapar el aire sonriendo con cinismo.

—Dios los cría…

—Se aman —siguió Paige ignorando el sarcasmo—. Son felices juntos. Todos los padres queremos que nuestros hijos sean felices. Frederick lo será con ella. Y también será un magnífico barón, llegado el momento dentro de muchos años. Dele una oportunidad. Hable con ella, verá que no es la persona que piensa. Esa joven no quiere dinero ni posición, no le da importancia a ninguna de esas cosas. De todos modos, intentó apartarse de él para no perjudicarlo, pero Frederick la ama de verdad y no va a permitirlo. Es una lucha inútil que hará daño a mucha gente.

El barón la miraba con fijeza, pero no había nada en su expresión que la ayudase a adivinar lo que estaba pensando. Su corazón tembló al recordar un tiempo en el que la trató con amabilidad y dulzura. Cuando susurraba su nombre de manera apasionada y aseguraba que solo era feliz cuando estaba en sus brazos.

—¿Te importa si me sirvo una copa? —preguntó él—. Se me ha quedado la boca seca.

Paige negó y esperó hasta que él volvió a sentarse ya con la bebida en la mano.

—Bien. Así que mi hijo y esa… institutriz son felices. —Bebió un largo trago sin dejar de mirarla—. Y te envían a ti para…

—¡Oh, no, no! Ni siquiera saben que estoy aquí.

El barón bebió otro sorbo antes de continuar.

—Si esa joven trató de apartarse de él, demuestra que no es tonta. Sabe tan bien como yo que ese matrimonio es imposible. Probablemente quiso ahorrarse mayores disgustos. Frederick recapacitará, te lo aseguro. —Se rio a carcajadas—. De ningún modo va a casarse con una institutriz de pacotilla. Te dije que tu hija no sería nunca mi hija y ya ves que he cumplido mi promesa. Tú mejor que nadie deberías saber que siempre me salgo con la mía. En lugar de venir aquí, habrías hecho un mejor servicio haciéndole ver a ese mentecato el error que comete al enfrentarse a mí. Dile a esa señorita MacNiall que voy a acabar con ella y con su padre si no se aparta de mi hijo.

Paige empalideció por completo y sentía un asco tan profundo que su cuerpo temblaba por las náuseas. Se puso de pie sujetándose al respaldo del sofá sin apartar la mirada de aquel monstruo que seguía sonriendo mientras amenazaba la felicidad de su único hijo.

—No entiendo cómo pude amarte —dijo a trompicones—. ¿Cómo no vi tu verdadero rostro?

El barón se levantó y en dos pasos estuvo frente a ella. Le propinó una sonora bofetada que a punto estuvo de derribarla.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡A mí! ¿Qué te has creído, sucia ramera? Yo no te forcé a nada, tú me dejaste hacer lo que quise contigo, ¿o es que le has mentido tanto a todo el mundo que has acabado por creerte tus mentiras?

Paige miró hacia la puerta aterrada por si alguien del servicio lo escuchaba hablar así.

—Tú has querido dejar la puerta abierta, ahora aguántate. Tú eres una ramera y esa niña siempre será una bastarda. ¿Te creías que me casaría contigo? ¿Con una indecente como tú? —Se rio de nuevo a carcajadas—. Deja de soñar, estúpida. Y no interfieras en mi camino. Harías bien en apartarte tú también de mi hijo. Puedes estar segura de que emplearé todas las armas que tenga a mi alcance para doblegarlo, y está claro que esa niña tuya le importa…

—Si le haces daño a Elizabeth, te juro…

La agarró del brazo y la sacudió como a un muñeco.

—¿Qué? ¿Qué me harás si le hago daño? —La empujó haciéndola caer en el sofá de muy mala manera—. Te aplastaré como a una cucaracha si vuelves a molestarme. Llévatela lejos,

adonde yo no pueda encontrarte. Es el único modo en el que podrás protegerla de mí.

Paige se levantó de nuevo. Seguía temblando y los sollozos le dificultaban enormemente la tarea de hablar.

—¿Qué has dicho? No te entiendo.

—Te… mataré. Te… mataré.

Una sombra de temor cruzó un instante la mirada del barón, pero enseguida se rio a carcajadas con verdaderas ganas.

—¿Que me…? ¿Tú?

Siguió riéndose mientras Paige caminaba hasta la puerta.

—La próxima vez que te atrevas a visitarme haré que te echen a patadas. ¡No quiero putas en mi casa! —exclamó con rabia.

La joven consiguió llegar hasta la puerta, pero antes de salir se desplomó. Cuando despertó estaba en el suelo de la cocina, con la cabeza en el regazo de la señora Pater, que la abanicaba con una hoja de col rizada.

—Menos mal que ya está despierta. ¿Ha venido con algún criado? ¿Quiere que lo avisemos?

El mayordomo se inclinó también.

—Puedo ir a buscar al señorito Frederick.

—No, por favor —dijo incorporándose de golpe—. Estoy bien.

Trató de ponerse de pie, pero la cocinera no se lo permitió.

—Espere un poco, tiene que ir con calma o volverá a desmayarse.

La joven hizo lo que le decía y pasados unos segundos se puso de pie despacio.

—Ha sido un mareo sin importancia.

—Se ha desmayado —afirmó la cocinera—. Y ha estado inconsciente unos minutos. A mí sí me parece importante. Debería verla un médico.

—No es la primera vez que me pasa —dijo desviando la mirada.

—Más razón para que se lo haga mirar. Coma algo antes de irse. ¿Dónde vive?

—En Blackwood.

—Eso está bastante lejos. Coma algo —repitió mientras se apresuraba a buscarle algo de comer.

En dos minutos la señora Pater había puesto un plato en la mesa con varias viandas. Paige no pudo evitar sonreír. Había oído a Frederick hablar de ella muchas veces y era tal y como él la había descrito.

—No me importaría… —Se detuvo avergonzada.

—¿Qué? Iba a decir algo. —La animó la cocinera.

—¿Tiene alguno de esos bollitos de canela que le gustaban tanto a la madre de Frederick? Que Dios la tenga en su gloria.

La señora Pater frunció el ceño.

—¿Conocía usted a la señora Wharton? Diría que es muy joven para…

—No, no la conocí —negó—. Pero su hijo me ha hablado mucho de ella.

La cocinera la miró interrogadora y de pronto comprendió.

—¿Es usted la institutriz?

—¡Oh, no, no! —Paige la miró horrorizada de que la hubiese confundido con Meredith—. Soy Paige Sikes, la madre de Elizabeth. Frederick… el señor Wharton le ha hablado de… Soy… Yo…

La cocinera se tapó la boca para ahogar una exclamación y miró al mayordomo con evidente reclamo. ¿Cómo no la había avisado de quién era? Sin decir nada se dio la vuelta y se alejó con premura. Paige bajó la mirada y se mordió el labio. Debería estar acostumbrada, pero por más tiempo que pasara y por más veces que se topara con el rechazo y el desprecio de la gente, no dejaba de doler.

—Será mejor que me marche…

Ya estaba en la puerta cuando la señora Pater dejó la bandeja de bollitos sobre la mesa con un golpe seco.

—Ha dicho que quería probarlos —le espetó con mal talante—. Es de mala educación pedir algo y luego no comerlo.

Paige volvió sobre sus pasos y cogió uno de los dulces. La textura esponjosa le resultó tremendamente agradable, pero fue el sabor que inundó su paladar lo que hizo que abriera los ojos sorprendida.

—Siéntese, le prepararé un té. ¿Le gusta el té o prefiere café?

—No es necesario.

—Té entonces —dijo la cocinera dándole la espalda—. Le prepararé una cesta con bollos para su niña. Frederick siempre dice que es buena comedora.

—Le encantarán —dijo la joven con los ojos húmedos.

La dulzura del bollo se contaminó con la sal de sus lágrimas y Paige se limpió los ojos conteniendo los sollozos. El mayordomo salió de allí como alma que lleva el diablo y las dos mujeres se quedaron solas.

Unos minutos después, la cocinera ya estaba al tanto de todo lo sucedido. La señora Pater apretaba los labios para impedir que saliesen de su boca todas las imprecaciones que su mente iba fabricando sin descanso, a medida que la escuchaba.

—Yo quería ayudar a Frederick, pero me temo que no he hecho más que empeorarlo todo —dijo Paige entre lágrimas—. Jamás imaginé que su padre podría decir cosas como las que he oído hoy.

Pues no entiendo cómo no lo imaginó, después de lo que le hizo a usted y a su hija.

La cocinera dejó escapar un sonoro suspiro y le dio unas palmadas en la mano.

—No se preocupe. Cómase otro bollo y bébase el té, que se le va a quedar frío. El señorito Frederick sabrá qué hacer.

Paige hizo lo que le decía.

—Entonces, ¿usted conoce a esa señorita MacNiall?

La joven asintió mientras dejaba la taza en el plato.

—¿Y cómo es?

—Maravillosa. Se quieren muchísimo. Espero que… —de nuevo las lágrimas cortaron su voz.

—Vamos, vamos… Hasta donde yo sé, las lágrimas nunca han solucionado ningún problema. Al contrario. No hay que llorar, hay que buscar soluciones.

—Pero es lo que he tratado de hacer, encontrar una solución y mire lo que he conseguido. Si el barón se entera de que aún sigo aquí, la meteré a usted en problemas. Debería irme ya.

—Espere, voy a pedirle a Tom que la acompañe con el coche.

—Oh, no hace falta, he traído nuestro faetón.

Paige se despidió de la cocinera y salió por la puerta de servicio. La señora Pater la observó subir a su coche y no entró en la casa hasta que se incorporó al tráfico, que a aquella hora era bastante intenso.

El reverendo Sikes era un hombre parco en palabras y tranquilo de ánimo. Nadie que lo conociese podría decir que lo había visto perder los nervios. Pero no era que no los padeciera, sino que tenía un gran dominio de sí mismo y eso le permitía controlar lo que mostraba o no mostraba a los demás. Todo lo sucedido con su hija había sido una dura prueba también para él. Durísima. Pero la había superado porque así lo requería la situación. Paige lo necesitaba. Elizabeth lo necesitaba. No había más. Su fe lo sostuvo en los momentos más amargos y se aferró a ella con todas sus fuerzas, recuperando la calma que la situación amenazaba con robarle.

Desde el primer momento supo que la llegada de Frederick a sus vidas traería consecuencias, pero era un buen muchacho y él no estaría siempre para ayudar a su hija. Que tuviese alguien a quien acudir en caso de necesidad, era más importante que saber que la presencia de su hijo en aquella rectoría podía «alterar» al barón.

Edmund Wharton era una mala persona. Engañó a una joven inocente y buena, la corrompió y luego la dejó tirada como un trapo sucio. A pesar de lo sucedido, ni una sola vez pensó el reverendo que debería haberla educado de otro modo. No, Paige era la hija que cualquier padre desearía tener. Dulce, buena y muy alegre. Tras la muerte de su esposa había sido un gran consuelo para él. Su casa continuó siendo un hogar porque ella estaba allí. El barón los engañó. A los dos. Él también creyó que sus intenciones eran loables. Parecía muy sincero y nunca vio el más mínimo desliz por su parte. Fue malvado y retorcido. No se debe culpar nunca a la víctima por tener un corazón puro y limpio, incapaz de ver la maldad en los demás. A pesar de todo, nunca lo maldijo. Aun con lo que había hecho, no podía maldecirlo, porque Dios no se lo permitía y porque Elizabeth era su hija.

Elizabeth había traído la alegría de nuevo a aquella casa. Durante el embarazo de Paige, padre e hija vivieron sumidos en la más absoluta desolación. El dolor de la joven era muy intenso y el del padre no se quedaba atrás. A la vergüenza por lo ocurrido había que añadir la pérdida de confianza en los seres humanos. Si se puede amar a alguien tan malvado, nadie está a salvo. Pero eso fue hasta que la niña llegó. Desde ese instante las cosas cambiaron para los Sikes. Las risas regresaron y la alegría inundó el hogar de nuevo. El padre recuperó la calma y la hija la sonrisa. Cada nuevo logro de la pequeña era motivo de algarabía y su abuelo sentía que aquellas pequeñas manitas lo sostenían como el más fuerte de los pilares.

—¿Te ha amenazado? —El reverendo la observaba sin expresión alguna sosteniendo a Elizabeth en los brazos.

Paige asintió y vio cómo los ojos de su padre se apagaban lentamente. Dejó a la niña en el suelo con sus juguetes y miró a su hija con determinación.

—Deberíais marcharos —dijo tranquilo—. La tía Claire estará encantada de acogeros.

—No voy a irme —dijo rotunda—. No te dejaremos solo.

—Debéis hacerlo. Ese hombre…

—Ese hombre ya no me da miedo, padre. —Caminó hacia él y lo agarró de la manga de la chaqueta—. No vamos a irnos, esta es nuestra casa y tú eres nuestra familia. No quiero que mi hija viva alejada de su abuelo. Quiero que tú la enseñes y que la lleves por el buen camino.

Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos y lo miraba con tanto amor que su padre se

conmovió y desvió la mirada para ocultárselo.

—Gracias, padre —dijo ella entre sollozos—. Gracias por todo lo que ha hecho por nosotras. Gracias por no recriminarme nunca que fuese una estúpida. Gracias por creerme, por sostenerme y por cuidarme. Gracias, padre.

Él la abrazó con el corazón desbocado y un dolor lacerante en el pecho. Habría querido tanto para ella. Verla casada con un buen hombre. Una bonita casa. Un montón de niños…

—¿Sirvo ya la cena o quieren llorar un rato más? —dijo la señora Sellwood mientras se limpiaba las mejillas con el delantal.

Paige sonrió entre lágrimas.

—Menuda estampa hacemos —dijo mofándose y se agachó para coger a su hija en brazos —. Acostaré a Elizabeth. Deme unos minutos para contarle un cuento y sirva la cena, señora Sellwood.

El reverendo se sentó en su butaca cuando se quedó solo y recordó la parábola del trigo y la cizaña. En ella un granjero siembra trigo en sus campos y su enemigo, para perjudicarlo, siembra también cizaña, metiéndola entre el trigo. Los sirvientes le preguntan a su señor si arrancan la cizaña en cuando empieza a brotar, pero él les dice que no, que la dejen donde está porque podrían arrancar también el trigo.

«Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla, y guardad el trigo en mi granero».

—Quizá ya sea hora de quemar la cizaña.

✿✿✿

Se detuvo un momento en la entrada, respirando profundamente el aire de la mañana antes de ponerse el sombrero y emprender el camino. Cuando llegó a la gran catedral de San Pablo, el reverendo Sikes tuvo que esperar casi una hora para ser atendido por el obispo, Robert Lowth. Cuando entró a su despacho, el olor a cuero y a madera lo impregnaba todo y le costó respirar.

—Reverendo Sikes, pase, pase… —lo saludó el obispo con voz profunda—. Siéntese, parece usted muy cansado.

El reverendo se sentó al borde de la silla, con las manos todavía tensas. Le había costado mucho que el obispo accediera a recibirlo. Un día tras otro le decían que no podía atenderlo, que el asunto que quería tratar con él no era lo suficientemente importante, que el obispo tenía cosas

mucho más elevadas que tratar que los problemas familiares de alguien como él. Pero no se había rendido y allí estaba, en el despacho privado del obispo.

—Me han contado que es usted incombustible. ¿Veamos cuál es ese tema tan importante que solo podía tratar conmigo?

—Es un asunto delicado, Su Excelencia. Mi hija, Paige… ella… ha sido agraviada por un caballero que carece por completo de honor ni dignidad. Lo recibí en mi casa creyendo que era un hombre decente y fui engañado al igual que mi hija. Ahora hay una niña de por medio. Elizabeth, mi nieta…

El obispo ladeó la cabeza y lo miró con una mezcla de incomodidad y lástima. El reverendo estaba preparado para ello y tragó saliva organizando sus ideas.

—Mi hija cayó en desgracia, no voy a excusarla y tampoco vengo a pedir nada para ella. Tanto ella como mi nieta viven felices conmigo en la casa parroquial. No le pido a la vida más que eso, que ellas estén bien y que vivan en paz. Pero, Su Excelencia, el barón de Harmouth ha amenazado con hacerles daño y eso no puedo permitirlo. Si usted quisiera interceder y…

Sikes vio el gesto al escuchar el nombre y su corazón empezó a hundirse antes de que el obispo siquiera hablara.

—¿Habla usted de Edmund Wharton, el barón de Harmouth? —preguntó ceñudo—. Es un caballero notable y de gran posición. Me sorprende mucho lo que me cuenta y debe entender que cuestione sus palabras dado que esta es solo una versión del asunto. No veo por qué el barón habría de amenazar a su hija, aunque entiendo que si lo que ella cuenta no es exactamente así…

—Yo lo vi todo con mis propios ojos, Su Excelencia. Él la visitaba con intención de desposarla. Lo dijo en incontables ocasiones delante de mí.

—¿Hay otros testigos que puedan corroborar ese hecho? Reverendo Sikes, los hombres influyentes como el barón son acusados falsamente con la finalidad de obtener algún beneficio. No digo que este sea el caso, válgame Dios, conozco su trayectoria y sé que es un hombre decente, pero, aun así, comprenda usted que me pone en una situación difícil. No puedo intervenir sin ofender a dicho caballero.

—Tan solo pido protección para mi hija y mi nieta. Nada más.

—¿Qué clase de protección? ¿A qué peligro se enfrentan?

El reverendo frunció el ceño confuso y titubeó sin poder emitir más que sonidos incongruentes.

—Usted mismo no sabe lo que teme. ¿Qué les va a hacer ese hombre, por Dios? Nada. Seguro que se enfadó por algo que su hija le dijo y ya sabe lo que pasa cuando un hombre monta

en cólera. No hagan caso y sigan con sus vidas.

—Pero… Su Excelencia, es un hombre depravado que se aprovecha…

—Lo siento profundamente, reverendo Sikes, pero debo detenerlo aquí. Está usted vertiendo acusaciones muy graves sobre un caballero de la nobleza, sin ningún testigo, solo con la palabra de su hija. Está claro que los pecadores buscan a menudo maneras de minimizar su pecado, los dos lo sabemos bien.

—Pero…

El obispo suspiró, bajando la vista a sus manos cruzadas.

—Mi consejo es que aleccione a su hija y su nieta en la decencia, reverendo. Recen, recen mucho. A veces, el consuelo divino es lo único que podemos ofrecer a los pecadores de este mundo. La justicia de Dios llegará. Siempre llega, ¿verdad?

Sikes se levantó, débil, pero no vencido. Hizo una reverencia respetuosa y abandonó la catedral con el alma más pesada que antes. No podía rendirse y se encomendó a Dios con total confianza. Había decidido luchar y no se perdía una guerra hasta haber luchado todas las batallas.

El juez Mathews lo recibió con frialdad desde el otro lado de su imponente escritorio.

—No tengo mucho tiempo reverendo Sikes. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sin levantar la vista de sus papeles.

Sikes aclaró la garganta

—Señor, es mi deber como padre y ciudadano informar de un grave agravio. Edmund Wharton, barón de Harmouth, ha amenazado a mi hija y a mi nieta. Y temo que pueda hacer algo contra ellas si no se toma alguna medida para protegerlas.

El juez alzó la cabeza, clavando en Sikes una mirada calculadora.

—¿El barón de Harmouth, dice? —repitió en un tono más incrédulo que interesado—. ¿Trae alguna prueba? ¿Hay algún testigo de dichas amenazas? ¿Por qué el barón se molestaría en amenazar a su hija?

El reverendo, con evidente mortificación, le relató la relación que les unía.

—¡Acabáramos! —exclamó el juez con una desagradable expresión en su rostro—. Así que ese es el problema. Su hija quiere resarcimiento por lo que hizo.

—De ningún…

—Reverendo —lo cortó tajante—, debe comprender que acusaciones de tal magnitud requieren pruebas sólidas. Y, en cualquier caso, ¿contra quién cree que se enfrentarán las

autoridades? —Se inclinó ligeramente hacia él—. El barón es un hombre poderoso, tiene dinero y conoce a los más altos cargos de este país. ¿De verdad quiere usted enfrentarse a él?

El reverendo sintió un nudo en el estómago, pero se mantuvo firme.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras él amenaza a mi hija y a mi nieta —replicó tembloroso.

El juez suspiró, entrelazando sus manos sobre la mesa.

—Pues es exactamente lo que le aconsejo que haga. Mantenga la cabeza baja, reverendo, y no haga enfadar a hombres que están muy por encima de usted. No querría que acabase en una situación comprometida. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer. Que tenga un buen día.

Se levantó, más abatido que antes, y salió del despacho con la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies. ¿Es que no había justicia en este mundo? Regresó a casa con ánimo lúgubre y una profunda tristeza.

Capítulo 20



El verano llegaba a su fin y Luke y Georgia lo despedirían como esposos, una vez oficiada la ceremonia. El barón había invitado a todo aquel que tenía alguna relevancia en Londres y la casa bullía de actividad desde primera hora de la mañana, preparándose para la gran fiesta que se celebraría esa noche.

La señora Pater revisaba que no faltase ningún ingrediente para los platos que aún le faltaba por cocinar. Todo lo que eran carnes frías, pasteles salados y gelatinas, ya estaba hecho. Solo quedaban los rustidos y asados que se harían a última hora y también algunos postres, cuyo aspecto desmerecería si se preparaban con tanta antelación. Su cocina estaba repleta de gente, había contratado a varias ayudantes y había perdido demasiado tiempo tratando de que entendieran cómo se hacían las cosas allí.

Mientras en la casa del barón de Harmouth la actividad era frenética, en la tienda de los MacNiall estaba siendo una mañana de lo más tranquila.

—No pienso ir, no insistas más. —Meredith limpiaba la vitrina de relojes de chimenea.

—La invitación viene directamente del barón, hija, no puedes hacerle ese desaire.

—No es un desaire, papa, yo no pinto nada en esa boda.

—Cuando Frederick y tú os caséis…

Su hija lo miró con cara de susto.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó Robert, a lo que ella respondió negando efusivamente con la cabeza—. ¿Entonces?

—No puedo asimilarlo, papá.

—Pues solo os queda una amonestación y Frederick quiere casarse inmediatamente.

—Lo sé.

—En poco más de una semana serás la esposa de su hijo y te ha invitado a la boda de su ahijada. No puedes faltar.

Meredith dejó caer los brazos.

—¿Tengo que ir?

—Eso me temo, sí. No creo que quieras disgustar a su padre ahora que parece que está cediendo.

Ella suspiró y luego se mordió el labio con preocupación.

—¿De verdad está cediendo?

Robert se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que vayas. Pero, sea como sea, no puedes hacerle un desaire. Dijiste que sabías que esto no iba a ser fácil.

—Tienes razón, soy una cobarde.

Robert sonrió.

—No eres ninguna cobarde.

Lo miró asustada contradiciendo su afirmación.

—No tengo vestido.

—Coge uno de tu madre.

—Pero, papá, es una boda. Al baile asistirán personas muy importantes. ¿Qué vestido podría…?

A su mente afloró un brocado de seda en color azul zafiro y oro pálido. Su padre sonrió.

—Parece que puede haber algo que te sirva.

Meredith lo miró ceñuda.

—¿Por qué mamá tiene esos vestidos? ¿Cómo pudisteis permitíroslos?

—Tu madre era muy coqueta.

—No, no. Ese vestido era digno de una reina.

Robert entornó los ojos.

—¿Te refieres al azul y dorado?

Su hija abrió los ojos como platos y asintió repetidamente. Que su padre se acordase de él lo hacía aún más especial.

—Nunca se lo puso.

—¿Qué? ¿Tenía un vestido como ese y no se lo puso? ¡Pero si debió costar carísimo!

—Fue un regalo.

—¿Y por qué lo guardó sin ponérselo? A ver, entiendo que lo guardase, es maravilloso, pero si no lo iba a usar… Podría haberlo vendido.

—Era un recuerdo.

—¿Un recuerdo de qué si no se lo puso nunca?

—De la persona que se lo regaló.

Meredith frunció el ceño.

—¿Quién era esa persona?

—Su padre.

Ella estaba cada vez más confusa.

—¿El abuelo le regaló un vestido lujoso a mamá y ella nunca se lo puso?

Su padre asintió.

—¿Por qué?

Robert lo pensó un momento antes de responder.

—Hija, ni tu madre ni yo nacimos siendo tus padres, antes de eso fuimos jóvenes como tú y tuvimos una vida. Si ella hubiese querido hablarte de aquello, lo habría hecho, ¿verdad?

Meredith entornó ligeramente los ojos con expresión seria.

—¿Tan malo fue?

Robert asintió y ella respondió con el mismo gesto.

—De acuerdo, no te preguntaré nada más. Y tampoco me pondré ese vestido. Si a ella no le gustaba a mí tampoco.

—Ya lo creo que le gustaba —dijo su padre sonriendo—. Solía mirarlo con la misma cara que has puesto tú al pensar en él.

Meredith no podía estar más desconcertada.

—Hija, si te gusta, póntelo. Estoy seguro de que a ella le gustaría mucho que lo llevaras a ese baile. Quizá ese vestido ha estado ahí todos estos años para que tú pudieras usarlo.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro —repitió.

Ella suspiró impaciente.

—Entonces tengo mucho que hacer.

✿✿✿

La fila de carruajes avanzaba lentamente y Meredith estaba tan nerviosa que no podía dejar las piernas quietas. Habría preferido ir caminando, el ejercicio la habría ayudado a serenarse, pero el bajo del vestido y sus zapatos habrían sufrido las consecuencias. Además, Frederick le había mandado un lujoso coche, estaba claro que quería que llegase en él. Los ocupantes de los otros vehículos observaban a los que bajaban y seguro que juzgaban sus vestimentas y adornos.

Se tocó la cabeza para asegurarse de que el tocado seguía en su sitio. No es fácil peinarse uno mismo y la intervención de su padre no había sido de mucha ayuda. Una risita se le escapó por debajo de la nariz. Lo cierto es que había sido muy divertido verlo intentar manejar sus rizos.

Cuando le llegó el momento de bajar del coche, rogó mentalmente por no dar un traspié y acabar de bruces en el suelo delante de todos aquellos distinguidos invitados. Frederick la esperaba en las escaleras de entrada y sus ojos al verla le dieron toda la seguridad que necesitaba. Si una mirada podía describir admiración, anhelo y devoción, era aquella sin duda.

—Estás… No tengo palabras para expresarlo —musitó tomándola de la mano.

—Gracias. Tú también estás muy elegante.

—Meredith…

—Lo sé.

Él suspiró y la tensión que había acumulado durante todo el día, desapareció. Sonriendo caminaron de la mano hasta el hall y las cuarenta velas de la araña del techo hizo que el azul de su vestido brillase como una piedra preciosa engastada en los dorados adornos. El barón desvió la mirada hacia ellos y las personas con las que hablaba se giraron también con curiosidad. La distinguida dama no disimuló su admiración al ver el vestido y enseguida levantó la vista para tratar de averiguar quién era la joven que lo llevaba.

—Padre, te presento a mi prometida, la señorita Meredith MacNiall. —Se volvió hacia ella con una suave sonrisa—. Meredith, este es mi padre, Edmund Wharton, barón de Harmouth.

Meredith hizo una reverencia perfecta y luego lo miró a los ojos.

—Encantada de conocerlo, *milord*.

—El gusto es mío —dijo el otro con frialdad—. Le presento al conde Benjamin Greenwood y a su esposa Sophie.

Meredith volvió a hacer una reverencia.

—Encantada de conocerla —dijo Sophie con una enorme sonrisa—. Lleva usted un vestido magnífico. ¿Es seda de Lyon? Parece seda de Lyon. Sea como sea, su vestido va a hacer empalidecer cualquier vestimenta esta noche.

Meredith sintió que le temblaban las rodillas. No esperaba destacar entre los invitados, eso era lo último que deseaba. La futura duquesa de Greenwood se dio cuenta de su turbación y entornó ligeramente los ojos para mirarla con más atención. Después de unos segundos en los que resultó evidente que Meredith no se sentía cómoda en aquella situación y viendo que el barón había involucrado a su hijo en la recepción de los invitados, la condesa la llevó a un lado con disimulo.

—No se alarme. La gente está demasiado preocupada por sí misma como para prestar demasiada atención a los demás —dijo con complicidad.

Meredith bajó la mirada y se sujetó las manos para evitar que le temblasen.

—La felicito por su compromiso —dijo la condesa y tocándose el vientre, añadió—: Mi esposo y yo tendremos un bebé el año próximo, si Dios quiere.

—¡Oh! ¡Enhorabuena! —dijo sonriendo sincera.

—Espero que sea niño para que Benjamin esté tranquilo. Ya sabe, los títulos… Con un niño y una niña me conformaría, lo que solo será posible si el primero es niño. ¿Quiere venir conmigo al salón de baile? A Frederick le llevará un rato atender a los invitados que siguen llegando… Pero ¿cuánta gente cabe en esta casa? —Se rio mientras avanzaron en dirección al salón—. Supongo que conoce a los novios, aunque no la he visto en la ceremonia.

—No… —musitó.

¿Por qué de repente se sentía mal por no haber sido invitada?

—En la iglesia no cabíamos todos, es normal —dijo la condesa con el mismo tono distendido.

El salón de baile estaba primorosamente engalanado y una multitud de sedas, brocados y muselinas se desplazaba con elegancia y curiosidad saludando aquí y cuchicheando allá. Meredith notó que algunas mujeres desviaban la mirada para comentar algo con sus acompañantes. «Seda de Lyon», «hilo de oro», «encaje Chantillí» y «efecto dramático», fueron algunas de las frases que pronunciaron a su paso.

—¡Meredith! —exclamó Belinda corriendo hacia ella en cuanto apareció en su campo de visión—. ¡Has venido!

La joven la recibió con evidente entusiasmo.

—Condesa, discúlpeme, es que me ha sorprendido —dijo la joven con timidez.

—No te preocupes, Belinda, sé que conoces bien a la señorita MacNiall.

—Estás bellísima con este vestido. Georgia se va a sentir decepcionada. Es la novia y destaca menos que tú. ¿Dónde lo has comprado?

—Era de mi madre —musitó Meredith con evidente incomodidad.

—Pues permítame decirle que su madre tiene la elegancia y el gusto de una reina, señorita MacNiall —afirmó la condesa con simpatía.

—Está un poco anticuado —dijo la joven estirando el corpiño.

—En absoluto —negó la condesa—, no tiene de qué preocuparse. Discúlpenme, mi marido me hace señas para que vaya a saludar al conde de Kenford.

—Por supuesto, gracias por acompañarme.

—Volveré en cuanto pueda librarme de los caballeros.

La condesa se alejó ante la atenta mirada de Meredith.

—Es una mujer encantadora —musitó.

—¿La condesa? Desde luego. Sus suegros, los duques de Greenwood, la adoran.

A Meredith no le extrañó nada, ¿qué padres no querrían a una mujer con tanta clase para su hijo? Desvió la mirada hacia el vestíbulo. El modo en el que la había mirado el barón no dejaba resquicio para la duda. Respiró hondo al darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración, y se estiró de nuevo el corpiño.

—Por fin Luke y Georgia se han casado —dijo Belinda sonriente—. Mamá dice que pronto anunciarán nuestro compromiso.

—¿Ya? Pero, solo tienes diecisiete años. Eres muy joven…

—Muchas mujeres ya son madres a mi edad. Además, Ryan tiene que volver a casa de su abuelo, es mejor dejar las cosas solucionadas con tiempo, ¿no crees? La boda será el año que viene y entonces me iré a vivir a París. Estoy muy nerviosa, pero son nervios buenos, ¿verdad? Ay, Meredith, te echo mucho de menos. Añoro tus consejos y tu buena cabeza. A veces pienso que no voy a ser capaz de vivir lejos de Londres y otras veces se me hace insoportable la espera.

Meredith sonrió afable, con unos pocos minutos Belinda había conseguido lo que no había logrado por más esfuerzos que hiciese. Pensar en los problemas de otro era la mejor manera de olvidarse de los suyos.

—¿Quieres que nos sentemos? Mira, allí está Georgia hablando con las señoritas Ashton. Vayamos con ellas.

Meredith se dejó llevar sin resistencia y atravesaron la sala para unirse al pequeño grupo.

—¡Señorita MacNiall! —exclamó Caitlin—. ¡Qué gusto verla aquí!

—Enhorabuena, señorita… señora Warren —dijo la institutriz dirigiéndose a Georgia tras devolver el saludo a las Ashton.

—Muchas gracias. Me alegra que haya venido. De haber sabido que… La habría invitado a la boda. Luke me lo ha dicho hace apenas una hora.

Las hermanas Ashton las miraban a ambas interrogadoras ante la evidencia de que compartían una información que ellas desconocían. Fue Belinda la que las sacó de dudas.

—La señorita MacNiall está comprometida con el señor Frederick Wharton.

—¡¿Quéeeee?! ¿Cómo es posible? ¿Tú sabías algo, Poppy?

—Nada en absoluto, Caitlin.

—Mis felicitaciones —dijo Georgia con simpatía.

—Sí, por supuesto, muchas felicidades —dijo Caitlin—. Las malas noticias siempre hay quien corre a contarlas, pero son las buenas las que todos queremos oír.

—No estoy yo tan segura —dijo Poppy enarcando una ceja—. ¿Y dónde está el caballero en cuestión? Queremos felicitarlo también, ¿verdad Caitlin?

—Desde luego. ¿Dónde está? —Se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Georgia, que era más alta y le tapaba la visión.

—Está con su padre recibiendo a los invitados —explicó Meredith.

Las dos hermanas la miraron de nuevo con curiosidad.

—¿Y qué dice el barón? —preguntó Poppy.

—Pero, mujer, ¿cómo le preguntas eso? —le espetó su hermana—. Pues, ¿qué va a decir? Que muy bien.

—Yo qué sé, Caitlin, ese hombre es tan…

—¿Tan qué, Poppy? No se empieza una frase si no vas a acabarla.

—Tú lo haces constantemente.

—¿Yo? ¿Cuándo hago yo eso?

—Ya te lo he dicho, constantemente.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? ¿Y el otro día con la señora Stuart?

—Eso fue…

Las dos hermanas se alejaron para discutir a gusto y Georgia sonrió divertida.

—No he visto hermanas como ellas. ¿Usted tiene hermanas, señorita MacNiall?

—No y me habría gustado mucho.

—¿Cómo que no? Yo soy su hermana —dijo Belinda cogiéndose de su brazo—. Hermanas adoptivas.

—Eso la convierte también en mi hermana desde hoy, entonces —dijo Georgia riendo.

Las otras dos rieron también.

—Qué sorpresa encontrarte aquí.

Meredith se giró para saludar a Emily Warren que la miraba con evidente asombro.

—¿Y ese vestido? ¿Lo has sacado también del baúl de tu madre? Hay que reconocer que todo te sienta bien. Si yo me pusiera un vestido de esa época, seguro que me haría parecer mayor de lo que soy. —Sus labios sonrieron, aunque su mirada era tan fría como el Támesis en enero—. Tengo que darte la enhorabuena, ¿no? Ya me he enterado de la gran noticia. Qué callado te lo

tenías, pillina. Y yo pensando que… —Se calló al ver la expresión de Georgia—. Olvídalo.

—¿Lo está pasando bien, mamá? —preguntó su nuera con voz dulce.

—¡Oh, muy bien, muy bien! El barón no se ha privado de nada, la celebración está siendo espléndida. ¡Veinte músicos! ¡Qué barbaridad! Por cierto, Meredith, ¿has podido conocer a tu futuro suegro? Supongo que se habrá alegrado mucho de verte. Se acordaba perfectamente de ti, me ha preguntado ¿dónde está la institutriz esa de la que tanto habla mi hijo? Es muy gracioso el barón, no vayas a tomártelo a mal, querida. Es así con todo el mundo.

—Es un hombre… peculiar —dijo Georgia de nuevo.

Algunas personas cercanas empezaban a mostrar demasiado interés en lo que allí se decía y Meredith estaba realmente incómoda.

—Si os apetece comer algo, hay varias mesas en el salón contiguo —señaló la novia—. Belinda, ¿por qué no acompañas a Meredith, mientras yo me quedo haciendo compañía a mamá?

Belinda la agarró del brazo y se alejaron de allí.

—Lo siento. Mi madre se está comportando de un modo horrible contigo.

—No te preocupes.

—No sabes cómo se puso cuando se enteró de que Frederick había pedido tu mano. Ni que le hubieses quitado algo a ella. —La miró compungida—. No le hagas caso, por favor, ya se le pasará. Ella quería que me casara con Frederick, ya lo sabes, y no le importa que ninguno de los dos tuviese el menor interés.

Se adentraron en el salón con las viandas. Todavía era temprano para que los invitados tuviesen apetito y estaba relativamente desierto.

—¿Tú tienes hambre? —preguntó Belinda arrugando la nariz—, porque yo no podría comer bocado ahora mismo. Ryan aún no ha llegado y estoy muy nerviosa. ¿Esta ansia se calmará alguna vez? Me temo que no. Desde que se aceptó nuestra relación me siento mucho más inquieta y cuando le veo…

Meredith sonrió afable. La entendía muy bien.

—Si no vamos a comer deberíamos regresar, quizá Frederick ya haya terminado de recibir a los invitados —apuntó Belinda volviendo a cogerla del brazo—. Pero ¿cuánta gente va a venir? Ni que Luke y Georgia fuesen de la realeza.

Los ojos de Meredith se cruzaron entonces con Frederick, que entraba en el salón a la vez que ellas. La calidez con la que los ojos de él la acariciaron borró de un plumazo su inquietud. Sonrió con ternura y él le devolvió el gesto.

—Disculpa mi tardanza —dijo al llegar junto a ellas—. Gracias por atenderla, Belinda.

—¿Atenderla? Pienso pasarme con ella toda la noche. —La joven mostró una expresión orgullosa.

—¿Me la dejas un momento? —dijo Frederick tendiéndole la mano a su prometida sin dejar de mirar a la joven—. Quiero presentarle a algunos amigos. Thomas y Frances acaban de llegar.

Belinda miró a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—Ryan está en el jardín —musitó él con disimulo y una sonrisa divertida.

La joven desapareció al instante.

—Están muy enamorados —dijo Meredith viéndola salir por uno de los ventanales.

—Yo también.

—Tenéis que hacerme un favor. —Luke llegó hasta ellos con rostro apremiante—. Hola, Meredith, por cierto.

—Enhorabuena, señor Warren.

—Déjate de «señor Warren», llámame Luke. Vas a casarte con Frederick. —Se giró hacia su amigo—. Georgia y yo vamos a bailar un vals y le da apuro que estemos solos en la pista. Me ha pedido que os diga que la tranquilizaría mucho que bailaseis con nosotros.

—¿Un vals? —Meredith lo miraba horrorizada—. ¿Delante de… todos?

—Meredith, no pongas esa cara —se burló Luke—. Pronto todo el mundo bailará valses en Londres.

—No lo creo —negó ella visiblemente turbada. Miró hacia el lugar donde estaba el barón y su negativa se hizo más rotunda—. No, no, no, lo siento, dile a Georgia que no puedo.

Luke miró a su amigo que se encogió de hombros.

—Ya la has oído —sonrió.

—Ten amigos para esto… —Luke se alejó enfadado.

—Lo siento. —Meredith lo miraba compungida—. De verdad que no puedo.

—No te preocupes. Ven, vamos a saludar a Frances. Echa mucho de menos a su hijo y está un poco triste.

—¡Señorita MacNiall! —exclamó Frances abrazándola—. ¡Qué alegría verla! James pregunta mucho por usted.

—¿Cómo está ese tesoro?

—Bien, muy bien. Lo echo tanto de menos. —Miró a su marido de soslayo—. No sé por qué tenía que venir yo. Luke es su amigo, no el mío.

—¿Os traemos una copa? —preguntó Thomas que quería alejarse de su esposa lo antes

posible—. Vamos, Frederick, ayúdame.

—Enhorabuena por el compromiso —siguió Frances—. Me alegré mucho al saberlo. ¿Su padre ha venido? Me encantaría conocerlo.

—No —respondió con timidez y desvió la mirada.

Frances comprendió que la había incomodado.

—A veces me olvido de lo que es. —Sonrió señalando el entorno con la mano—. Todo esto. Desde que fui madre, esta es la primera vez que asisto a un baile. Así que no me haga mucho caso.

—Para mí es la primera vez… en mi vida. Los bailes a los que yo asistía eran populares y siempre me acompañaba mi padre.

—Está claro que su padre es un hombre especial. ¿Dónde está su tienda? Iré a visitarlo con disimulo. Compraré algún reloj o le llevaré una pipa a mi suegro. No fuma mucho, pero de vez en cuando le gusta hacerse el importante y enciende una. —Sonrió.

—Está en Covent Garden. La verá enseguida porque tiene la figura de un Highlander junto a la puerta.

—¡Oh, me encanta!

—A él también. Lo hizo tallar a su imagen y semejanza cuando yo tenía quince años. Se le metió en la cabeza que eso podía aliviarme si él se moría.

Frances se rio al escuchar semejante tontería.

—Puede reírse, no es para menos. Yo, para fastidiarlo, hablo con la estatua, en lugar de con él. Sobre todo si me enfado.

—¡Oh! —musitó Frances desviando la mirada—. Los Wainwright.

Meredith se giró con curiosidad y vio a un caballero de unos cuarenta años al que acompañaba una muchacha muy joven.

—¿Es su hija? —preguntó sorprendida por el modo en que la sujetaba por la cintura.

—Su esposa —musitó Frances.

—¡Pero si es una niña! —se horrorizó Meredith.

—Se casaron hace un año.

—¿Un año? Pero si es una niña —repitió.

—Según él, ha cumplido los dieciséis.

—¿No tiene padres?

Frances asintió.

—Su situación no era muy buena. Gracias al matrimonio de su hija, ahora tienen un techo

y comida en la mesa. ¿No oíste nada el año pasado? Emily nos contó que no se hablaba de otra cosa en Londres.

Meredith frunció el ceño pensativa. Ahora que lo decía, sí había escuchado algo en casa de los Warren, pero entonces no prestaba atención a esas cosas, porque no le afectaban en absoluto. Todo había cambiado mucho.

—Ahí vienen —musitó Frances para advertirla sin mover los labios—. Señores Wainwright, ¿cómo están?

—Señora Crawford, qué agradable coincidencia —la saludó él—. ¿Su esposo?

—Ha ido a buscar unas bebidas. Está usted deslumbrante, señora Wainwright.

—Llámeme Victoria, por favor —pidió la joven y con semblante sereno posó sus ojos en Meredith.

—Les presento a la prometida de Frederick Wharton, la señorita Meredith MacNiall.

—Señorita MacNiall. —Victoria inclinó la cabeza con gentileza.

—Enhorabuena —dijo su esposo—. Los Wharton son una excelente familia con la que emparentar, sin duda.

Meredith quedó impresionada, no solo por la extraordinaria belleza de la joven, también por su presencia y saber estar. Resultaba imposible creer que perteneciese a una familia humilde. Su porte y su conversación no desmerecerían en ninguna casa noble. Él, en cambio, era un hombre enormemente rico, pero sin la menor clase. Cuando las dejaron solas suspiró aliviada.

—Provocan ese efecto en la gente —dijo Frances sonriendo—. Ahí vienen nuestros caballeros, está claro que se han entretenido para no tener que saludarlos.

—Os hemos visto muy bien acompañadas —se burló Thomas.

El matrimonio Crawford no tardó en unirse a una cuadrilla, dejando a Meredith y Frederick solos.

—Te echo de menos —musitó él.

—Estoy aquí mismo.

—Pero no puedo tocarte. Ni podemos hablar como en la tienda de tu padre o paseando por Covent Garden. Aquí hay demasiados oídos dispuestos a chismorrear.

—¿A qué hora me está permitido marcharme? —preguntó antes de llevarse la copa a los labios.

Frederick la miró entonces con pesar.

—¿Tan mal lo estás pasando?

—No me siento muy cómoda aquí.

—Pronto esta será tu casa —dijo él.

Y entonces, como si se diera cuenta de algo, sonrió ladeando la cabeza.

—Ven. —La cogió de la mano y tiró de ella para llevarla hacia la puerta.

Meredith dejó la copa en una bandeja al cruzarse con un lacayo y salieron del salón de baile casi a la carrera.

—¿Adónde me llevas?

—Voy a enseñarte la casa.

—¿Ahora?

Él sonrió.

—Prefieres bailar.

—¡Oh, no, por Dios!

En el comedor familiar la agarró por la cintura desde la espalda y se meció con ella hablándole de maderas nobles y tapices. En las escaleras entrelazó sus dedos mientras le señalaba los cuadros de las paredes subiendo los peldaños. Pero no fue hasta que estuvieron en la biblioteca que la rodeó con sus brazos y la besó apasionadamente.

Meredith le devolvió la caricia como una experta. Atrás quedó su timidez y la inseguridad que le provocaba responder a su lengua y a sus manos. Se agarró a su espalda cuando él la tumbó sobre el sofá, intentando no aplastarla con su peso. Frederick se apartó para mirarla y ella le sonrió con calidez.

—Vas a ser mi ruina —dijo ella sin dejar de sonreír.

Él se apartó de un salto y tiró de ella para levantarla del sofá.

—¿Qué…? —se rio burlona.

—¡Dios, Meredith! No sé lo que hago. Si alguien hubiese entrado.

—Vas a ser mi esposo —dijo acariciando los botones de su chaqueta con mirada pícara—. Hablarían, es cierto, pero en una semana se acabarían los cotilleos.

—Aun así. —Se frotó la nuca—. No dejaré que nadie hable de ti. Nunca.

—Ya hablan de mí. —Meredith le rodeó la cintura con los brazos—. Cuchichean cuando paso. Seguro que se preguntan cómo un hombre guapo, rico y con tanta clase se ha fijado en una simple y sencilla institutriz.

—O quizá se preguntan cómo una mujer tan irresistiblemente hermosa… —Enrolló uno de sus rizos alrededor de su dedo—. Divertida e inteligente como tú, ha podido fijarse en un estúpido granjero como yo.

—Oye, no hables así de mi prometido. No tiene nada de estúpido. —Sonrió traviesa—. Me

eligió a mí, así que debe ser muy listo.

Frederick se inclinó y rozó sus labios.

—¿Te gusta tu futura casa? —musitó sin separarse.

Meredith se pasó la lengua por los labios para aliviar las cosquillas que él le hacía y al hacerlo lo encendió como una antorcha.

—No deberías hacer eso. —La empujó con suavidad hasta una de las estanterías.

—¿Qué? —preguntó ella con el corazón acelerado.

—Provocarme así.

—No pretendía…

Él se detuvo y la miró con fijeza.

—No es necesario que lo pretendas, Meredith. Ya deberías saber que tu sola existencia es una provocación para mí. Que vivas en el mismo planeta que yo. Que respires el mismo aire… Es. Una. Provocación.

Ella sonrió y él suspiró dejando escapar el aire derrotado.

—Si me miras así, no puedo excederme.

—¿Pensabas excederte?

—Se me había pasado por la cabeza, sí.

—Frederick Wharton… —Lo miró con severidad y él se apartó mostrando las palmas de sus manos.

—A sus órdenes, señorita MacNiall.

Meredith asintió conforme, sosteniéndole la mirada un momento, pero enseguida prestó atención a las estanterías repletas de libros.

—No quiero ni pensar en cómo será la biblioteca de Harmouth —dijo paseándose—. Si esta es así pasando solo un par de meses al año en Londres…

—Es más pequeña.

—¿En serio?

Él asintió.

—Esta casa era de mi madre.

—Creía…

—Lo sé. Mi padre se casó con ella por su dinero. Su familia tenía mucho.

—¿Tus abuelos aún viven? —preguntó interesada.

—Mi abuela. Te llevaré a conocerla. Está muy delicada de salud y nunca sale de casa. Vive en Cambridge desde que murió mi madre. Perdió la salud cuando ella murió.

—Debe de ser terrible ver morir a un hijo.

—Por aquel entonces ya era viuda. Tampoco tuvo en quién apoyarse. Nunca se llevó bien con mi padre.

Al parecer, nadie se lleva bien con tu padre, pensó ella.

Frederick se sentó en una butaca y la observó pasear por la estancia. Quería memorizar aquel momento, ella deambulando por una biblioteca en la que él había pasado tantos momentos a solas. Melancólico y triste.

Meredith lo miró y vio esa tristeza en sus ojos. Corrió hasta él, se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en sus rodillas. Frederick acarició su pelo con suavidad, poniendo mucho cuidado en no estropear su peinado. Permanecieron unos largos minutos así. En silencio, disfrutando de la mutua compañía.

—Estáis aquí. —Belinda entró en la biblioteca corriendo—. Tu padre pregunta por ti. Por los dos, Frederick, y parece estar de bastante mal humor.

Meredith se puso de pie de un salto y lo miró con preocupación, pero él no se movió.

—¿Qué quiere?

—Luke y Georgia van a bailar un vals, pero tu padre dice que solo lo permitirá si vosotros bailáis también.

Frederick frunció el ceño sin comprender.

—¿Por qué quiere mi padre que bailemos?

—No lo sé, pero Luke está bastante disgustado. Quiere ser el primero en presentar el baile, ya lo conoces.

Meredith negó cuando él fijó sus ojos en ella y Frederick se encogió de hombros antes de responder a Belinda.

—Dile a mi padre que no vamos a bailar.

—¡Frederick! Sabes que no le gusta que lo contradigan. Y Luke se enfadará también. No me hagáis ir a decirles eso. Es solo un baile, ¿qué os cuesta? Lo haría yo misma, pero mamá me mataría y no puedo ponerla en mi contra ahora.

Meredith se mordió el labio, nerviosa. Con su negativa estaba provocando un serio problema, pero aceptar ¿no la pondría en boca de todos? ¿Eso era lo que pretendía el barón? ¿Ponerla en evidencia? ¿Que hablaran de ella?

—Por favor —insistió Belinda—. Por favor, Meredith.

Ella suspiró con resignación.

—Está bien.

—¿Sí? ¡Gracias, gracias! Voy a avisarles, pero venid enseguida.

La joven los dejó solos y Frederick se volvió hacia ella interrogador.

—¿Por qué has dicho que sí?

—Es lo que quiere tu padre.

—No tienes que hacer nada que tú no quieras.

—Quiero.

—Mentirosa.

—No quiero añadir más leña al fuego —dijo tratando de sonar segura.

La cogió por los hombros y la miró con fijeza.

—Meredith, con mi padre no puedes bajar la guardia. Quiere ponerte en evidencia.

—Lo sé.

—¿Y vas a permitírselo?

—¿Qué otra opción tengo?

—Puedes decir que no, simplemente.

—¿Quieres que me enfrente a él? ¿Crees que ponerlo en mi contra ayudará en algo? Él quiere que bailemos, pues bailemos.

—Escúchame bien. Ahí fuera hay mucha gente que disfruta viendo caer a los demás. Se frotarán las manos con esta historia.

Ella elevó el mentón y lo miró decepcionada.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¿Qué? ¡No!

—¿Tienes miedo de que hablen de mí y luego me convierta en tu esposa?

—Meredith.

—Tú has querido esto —le espetó—. Todo esto. Que viniese aquí, que nos casemos…

—¿Tú no quieres?

—Sí, pero eso conlleva pasar por algunos malos momentos. Como este. Soy consciente de lo que tu padre busca y voy a dárselo. Lo soportaré. Le demostraré que no me amilanaré por más que me ridiculice, me ponga en evidencia o me desprecie. —Lo agarró de las solapas de la chaqueta y se puso de puntillas para besarlo en los labios—. Te amo, Frederick, y soy más fuerte de lo que crees.

La abrazó con fuerza y cerró los ojos un instante disfrutando de la calidez que desprendía.

—¿Te sabes los pasos? —preguntó ella sonriendo.

Frederick asintió sin soltarla.

—Te vi bailar, ¿recuerdas?

Ella lo apartó suavemente y le cogió una mano mientras la otra se apoyaba en su hombro.

—Practiquemos —dijo.

Frederick rodeó su cintura y la pegó a su cuerpo.

—Reprímase, señor Wharton —susurró ella con una mirada que lo removió por dentro.

—Me lo pone usted muy difícil, señorita MacNiall.

—El paso básico —dijo ella al ejecutarlo.

—Ahora el cuadro —respondió él iniciando la figura—. Giro a derechas…

La sala comenzó a dar vueltas a su alrededor. Frederick la llevaba con maestría, como si hubiese ejecutado aquel baile innumerables veces.

—Giro a la izquierda —anunció ella dejándose llevar.

La sala se llenó de música que sonaba en sus cabezas mientras sus ojos permanecían clavados en el otro, con una promesa muda y un anhelo en el corazón.

Capítulo 21



Luke había enseñado la partitura a los músicos y estaba todo listo. Había bastante expectación con la idea de descubrir un baile nuevo y muchos de los invitados se colocaron en círculo alrededor de la pista a la espera de que comenzase. Las dos parejas se situaron en el centro, a cierta distancia la una de la otra para que al girar no llegasen a encontrarse.

—¡Dios Santo! —exclamó en tono bajo lady Drummond—. ¡Se están abrazando en público!

Los cuchicheos no se hicieron esperar, pero la música evitó que ellos pudieran escucharlos. Meredith tenía la mirada fija en la pared del fondo, procurando que sus ojos no se cruzaran con los de nadie. Intuía la desaprobación en sus caras y se esforzó mucho en no verlo.

—No les gusta —musitó.

Frederick comenzó a dar vueltas por la pista detrás de Luke y Georgia. La tensión se percibía en el ambiente y en la espalda de Meredith.

—¿No deberíamos parar? —preguntó ella en el mismo tono apenas audible.

—No —dijo él con semblante serio.

Cuando sus ojos se cruzaron con los del barón, Meredith pudo comprobar en ellos que sus sospechas eran del todo fundadas. Estaba disfrutando con la situación.

—Al menos tu padre está disfrutando —musitó ella de nuevo.

Frederick la miró entonces y a punto estuvo de soltar una carcajada, pero consiguió contenerla.

—Es muy posible que no vuelvan a invitarme a ningún baile. —Siguió ella—. ¿Podrás soportarlo?

—Estoy bastante seguro de que sí.

—Quizá las señoritas Ashton se compadezcan de nosotros.

—La que seguro que no nos invita es lady Warren —se unió él a su divertimento.

Meredith miró a Emily que cuchicheaba con lady Drummond.

—Me considera casi un miembro de su familia, ¿lo sabías?

—Algo había oído.

El baile acabó y cuando los músicos dejaron de tocar el silencio era tan espeso que habrían necesitado un cuchillo afilado para poder cortarlo. Georgia parecía la más afectada por la situación y a Meredith no le extrañó, ya que era su boda.

—Te dije que era una mala idea —le espetó a su ya marido y se dirigió al lugar en el que estaba su madre.

Frederick acompañó a Meredith a un lado de la sala y alguien les dijo a los músicos que tocaran un minué.

—Tu padre nos mira mal —dijo con disimulo—. Supongo que esperaba que huyera corriendo al ver la desaprobación de sus invitados.

Frederick sonrió levemente.

—Esa es su expresión normal.

—¿Te apetece comer algo? Yo me muero de hambre —dijo ella haciendo un gesto hacia la puerta que daba al comedor.

Frederick asintió y la dejó pasar delante. Si antes del vals los invitados la habían ignorado descaradamente, ahora no disimulaban al hablar de ellos.

—Deben pensar que tienen carta blanca, ya que nos hemos expuesto con tanto descaro —dijo llenando un platito con algunas delicias de las que había preparado la cocinera.

Caitlin Ashton y su hermana los habían seguido y se sumaron a la degustación con ánimo festivo.

—Ha sido un baile muy… original —dijo Caitlin sirviéndose un poco de galantina de pollo y dos emparedados.

Meredith se mordió el labio conteniendo una sonrisa.

—A mí me ha gustado muchísimo —afirmó Poppy que al parecer había decidido pasar directamente al postre—. Ojalá pronto podamos bailarlo nosotras.

—¿Nosotras? —Su hermana la miró sorprendida.

—Sí, nosotras.

—¿Y con quién, si puede saberse? Te recuerdo que no nos han pedido un baile en todo el verano.

Poppy arrugó el ceño con desagrado.

—Yo bailé con el señor Higgins.

—No creo que el señor Higgins fuese capaz de aprenderse los pasos del… ¿cómo ha dicho

el señor Warren que se llama este baile? —Caitlin miró a Meredith interrogadora.

—Vals.

—Eso, el vals.

—Me parece que a nadie le ha gustado el baile, así que no creo que nadie tenga que aprenderse los pasos —dijo Meredith.

—Entiendo que nadie me pida bailar a mí, soy una apestada —siguió la pequeña de las Ashton—, pero no comprendo por qué a ti tampoco, Poppy.

—Yo también soy una apestada.

—A ti no te dejaron el día de tu boda. Y eres muy guapa, Poppy. No se entiende, lo mires por donde lo mires.

—Y tú también eres guapa, ¿eso qué tiene que ver?

Meredith no perdía detalle mientras comía unas setas al vino, acompañadas de puré de patata.

—Es por nuestra dote —dijo Caitlin soltando una risita.

—Será por la ausencia de ella —se rio Poppy también—. ¿Usted qué opina, señor Wharton?

Las tres mujeres lo miraron con atención y Frederick buscó a su alrededor una escapatoria.

—Yo… —titubeó nervioso.

Meredith contenía la risa escondiéndola detrás de una expresión de exagerado asombro, lo que hizo que él se pusiera más nervioso.

—No…

Poppy frunció el ceño.

—¿No cree que sea por la dote? —preguntó—. ¿O no cree que sea porque no somos lo bastante guapas? No lo estoy entendiendo. ¿Y tú, Caitlin?

—Creo que el señor Wharton no quiere molestarnos —dijo su hermana compadeciéndose de él.

—¿Y por qué íbamos a enfadarnos? ¿Es que nos considera feas, señor Wharton?

—¡Oh, no, no, de ningún modo! Son ustedes muy guapas y no entiendo por qué…

Meredith no pudo contenerse más y empezó a reír a carcajadas. Las hermanas Ashton la miraron un momento confusas, pero enseguida se unieron a ella. El único que no se rio fue Frederick, que se sentía como un completo estúpido por haber caído en una trampa tan burda.

—No se preocupe —lo tranquilizó Poppy—, solemos hablar más de la cuenta y a veces con poco tino, como ahora. Creo que eso también influye en que espantemos a los caballeros.

—¿Cómo va a influir eso si no se acercan siquiera? —contradijo Caitlin cogiéndola del brazo para marcharse—. Anda, vamos al salón de baile que ya has comido suficientes pastelitos. Te lo digo por tu bien, no es bueno que te gusten tanto.

—¿Qué hay de malo? Me hacen feliz y para eso estamos aquí, ¿no? Para ser felices. Eso dice siempre mamá.

Caitlin les hizo un gesto de despedida y salieron del comedor sin cesar su constante charla.

Meredith miró a Frederick que tenía una expresión malhumorada.

—¿Te has divertido? —preguntó irritado.

—Lo cierto es que sí. Ha sido lo mejor de la noche.

—La noche aún no ha acabado.

Lo dijo de un modo que a Meredith se le aceleró el pulso. Carraspeó al tiempo que dejaba el platito sobre la mesa.

—¿De verdad no sabes por qué las Ashton no tienen pretendientes? Seguro que has oído algo.

—¿Por qué te interesa tanto?

Ella se encogió de hombros y miró instintivamente hacia la puerta por la que habían salido.

—Les tengo cariño.

Frederick suspiró dándose por vencido.

—No tienen fortuna y tampoco padre. El hombre que elija a una de ellas deberá ocuparse de las tres. No es una carga menor —musitó.

—Cobardes —dijo ella con total desparpajo—. Así que todo es por dinero.

—La mayoría de las veces, lo es.

Meredith entornó los ojos con tristeza.

—Georgia y Luke no se aman, ¿verdad?

Frederick negó con la cabeza.

—Pero tú aprecias a Georgia y Luke es tu amigo, ¿te parece bien?

—Mi opinión no cuenta, Meredith. Ellos han decidido lo que creen que es mejor. Thomas y Frances tampoco se amaban y ahora…

—Es muy arriesgado —musitó ella pensativa—. ¿Y si no sucede? ¿Y si con el tiempo se enamoran de otra persona?

—¿Quieres que volvamos al salón? —preguntó él cuando se quedó pensativa.

—¿Quién fue? —preguntó ella volviendo de repente—. ¿Quién dejó a Caitlin plantada el día de su boda?

Frederick frunció el ceño desconcertado.

—¿No lo sabes?

Ella negó con la cabeza.

—Charles Magraw. Es el caballero que hemos visto antes hablando con Jacob Burford y Michael Drummond. Magraw era el más alto de los tres.

Meredith recordó ese momento.

—Volvamos al salón, quiero verlo otra vez.

—Meredith —se rio él—. ¿Qué estás pensando?

—Nada, solo quiero ver a ese dechado de honor y virtud un poco mejor.

—Está casado y es un hombre respetable.

—¿Respetable para quién?

—Meredith —insistió sin borrar su sonrisa.

Ella arrugó la nariz con una mirada infantil.

—Es muy injusto.

—Nadie dice que no lo sea. Pero aún son jóvenes, no sabemos cómo será el futuro para ellas.

—Espero que sean felices.

La cogió suavemente del brazo y regresaron al salón de baile. Al pasar junto a un grupo en el que estaba el barón, Frederick se detuvo para darle la oportunidad de dirigirse a Meredith, pero su padre les giró la cara ignorándolos por completo. Meredith se dio cuenta de la expresión en el rostro de su prometido y siguió caminando, obligándolo a seguirla. Ella no se detuvo hasta estar junto a uno de los ventanales que daban al jardín, dispuesta a huir por él si la situación se complicaba demasiado. La tensión en la mandíbula de Frederick lo hacía previsible. Tenía la mirada clavada en su padre y su cabeza parecía sujeta al cuello por alambres.

—¿No te apetece una copa de champán? —preguntó ella tratando de sonar relajada.

—Espérame aquí —pidió.

Meredith contuvo la respiración al ver que se dirigía al lugar en el que estaba su padre y después de un intercambio de palabras se apartaron del grupo en el que estaba el barón. Los observó sujetándose las manos nerviosa. Lo que más temía estaba sucediendo, un enfrentamiento entre padre e hijo era lo peor que podía ocurrir. Sin embargo, parecía que mantenían una conversación relajada y ninguno de los dos hablaba con violencia, por lo que, poco a poco, comenzó a calmarse. Quizá solo estaban manteniendo una conversación normal y el barón acabaría por…

—Permítame presentarme. —Se giró a su derecha—. Soy Michael Drummond y quería felicitarla por su compromiso con el futuro barón de Harmouth.

—Encantada.

Drummond miró entonces hacia donde ella había estado mirando.

—El barón es un hombre un tanto… intransigente.

Si esperaba que Meredith dijera algo al respecto, no lo consiguió.

—¿Su padre ha venido? —Miró a su alrededor—. Me encantaría saludarlo también. Tengo entendido que es relojero. El viejo Perkins ya no ve ni su sombra, pero el hombre no quiere retirarse. Es normal, tiene que comer, como todos.

Meredith lo miró entonces con más atención.

—Mi padre no ha sido invitado —dijo sin el menor atisbo de timidez—. Su tienda está en Covent Garden, la reconocerá porque tiene la enorme figura de un Highlander junto a la puerta.

A Drummond le gustó su actitud y no fue capaz de disimularlo.

—¿Cómo conoció al señor Wharton? ¿Es cliente suyo?

Meredith enfrió su mirada.

—Estoy segura de que sabe que fui la institutriz de Belinda Warren, me consta que su madre ha hablado de mí con muchas personas, entre ellas, su esposa.

—Ah, ¿sí? No recuerdo que me lo mencionara. Pero entienda que no solemos hablar de institutrices ajenas, los únicos miembros del servicio de los que hablamos es de los que pagamos nosotros.

—Michael… —El tono de Frederick era tan gélido como su mirada.

—¡Hombre, Frederick! No había tenido ocasión de felicitar a tu prometida.

—Es a mí a quien deberías felicitar, no a ella.

—Por supuesto, por supuesto. Mi buen amigo, el futuro barón de Harmouth va a casarse con la hija de un relojero, ¿cómo no voy a felicitarlo?

Frederick lo miró enarcando una ceja y con una expresión que decía: «ni en mis peores pesadillas tú y yo seríamos amigos».

—Tu esposa, en cambio, se casó con el hijo de un comerciante de vinos al que le gustaba demasiado probar la mercancía.

Meredith se mordió el labio para no lanzar una exclamación.

—Vamos, vamos, Frederick, ¿tu prometida va a pensar que hay algún problema entre nosotros? —Se giró hacia ella—. ¿Sabía que Frederick y yo hemos competido en pugilismo varias veces? Por desgracia para mí, todavía no le he ganado en ningún combate, pero no pierdo

la esperanza.

—¿Tú… boxeas? —Meredith miraba a su prometido con sorpresa. ¿Cómo no se lo había dicho?

Él asintió, pero enseguida volvió a poner sus ojos en Drummond.

—Quizá deberías poner más interés en aprenderte las Reglas de Broughton, evitando los golpes bajos y no golpeando a tu contrincante cuando está en el suelo.

—A veces uno se olvida de las reglas en el fragor de la batalla.

—¿Fragor? El único sonido que se escucha en esos combates es a los asistentes vitoreándome. ¿Te refieres a eso? No deberías mortificarte, el público siempre alaba al que saben que va a ganar.

—Ese baile que habéis hecho ha sido todo un espectáculo. —Drummond contenía su enfado detrás de una máscara de cinismo—. ¿Ahora se hacen esas cosas en público? ¿Qué será lo siguiente? Mi imaginación se desborda irremediablemente. —Miró a Meredith de arriba abajo como si la desnudara—. Espero asistir a esa celebración cuando se produzca. ¿En tu boda, quizá?

Frederick torció una sonrisa.

—Imagina todo lo que quieras, ya que es lo único que puede hacer alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Mediocre, simple, retorcido…

Drummond se despojó de toda máscara y lo miró con inquina.

—Te estás pasando, Wharton.

—¡Oh! —se rio el otro sin humor—. Te aseguro que me estoy conteniendo.

Drummond miró a Meredith con una expresión que la hizo estremecer.

—¿Bailará conmigo un vals, señorita? Quizá el día de su boda…

—No —respondió Meredith antes de que Frederick dijera o hiciera nada—. No bailaré con usted, señor Drummond.

—¡Qué lástima! Me apetecía muchísimo experimentar que se siente haciéndolo en público con una… dama. —Sonrió perverso—. No perderé la esperanza, quizá de aquí a un tiempo cambie de opinión.

Frederick lo agarró de la solapa y el otro lo empujó con fuerza. Drummond no vio venir el puñetazo que lo lanzó a varios pies de distancia, trató de levantarse, pero Jacob Burford lo sujetó con firmeza.

—Maldito desgraciado —masculló Drummond furioso.

Su esposa se acercó a ver qué pasaba y Meredith agarró a Frederick del brazo tirando de él

para llevárselo de allí.

—Por favor —musitó para que solo él lo oyera.

Como si regresara de un sueño, él la miró y al instante recuperó la calma que había perdido. Dejaron a Drummond rodeado de un grupo de invitados y se fueron hacia el lado opuesto del salón.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó con disimulo.

Muchos de los invitados tenían sus ojos clavados en ellos y Meredith se sentía como un mono de feria.

—Se suponía que era yo la que tenía que meter la pata, no tú.

Él la miró sorprendido y enseguida sonrió.

—¿Tú, meter la pata? No creo que puedas.

—Eres muy tonto, ¿cómo has caído en sus provocaciones? ¿Es que no veías lo que pretendía?

Frederick se encogió de hombros.

—Siempre es agradable pegarle.

Ella lo miró con expresión falsamente severa y negó con la cabeza.

—Un niño, eso es lo que has sido hace un momento. Un niño de tres años.

Él bajó la mirada escondiendo su sonrisa.

—¿Por qué no me habías dicho que boxeabas?

—¿Te interesa el deporte? También juego al cricket, me gustan las carreras de caballos y soy bastante rápido. Nado habitualmente y practico esgrima. Como ves soy bastante activo.

Ahora entiendo de dónde salen todos esos músculos que se marcaban bajo tu camisa mojada el día que salvaste a Anna de morir ahogada.

Iba a comentar algo al respecto, pero Frederick le hizo un gesto para que mirase hacia el barón que se acercaba a ellos.

—¿Me concede este baile, señorita MacNiall?

A Meredith se le aceleró el corazón y miró aquella mano extendida, que más que solicitar parecía exigir respuesta.

—Con mucho gusto —dijo sin mirar a Frederick.

Caminaron hasta la pista y se colocaron en posición para bailar un minué de Mozart.

—¿Lo está pasando bien, señorita MacNiall?

—Muy bien.

—Como habrá podido comprobar, el espectáculo está siempre garantizado.

Meredith comprendió que se refería a lo sucedido con Drummond.

—Ese caballero fue muy impertinente con su hijo.

—Y Frederick fue muy poco inteligente al respecto. Me da la impresión de que mi hijo tiene la mente nublada últimamente.

Se alejó con la danza y Meredith aprovechó para respirar.

—Supongo que se siente como un pez fuera del agua entre toda esta gente —dijo el barón tomándola de la mano—. Es lo que ocurre cuando uno sale de su ambiente. A mí me sucedería lo mismo si acudiera a una fiesta que organizara su padre. Suponiendo que un relojero organice alguna clase de fiestas, claro.

Meredith sintió un pellizco en el estómago, pero continuó danzando sin decir nada, aprovechando que el baile le permitía alejarse de nuevo.

—Y, dígame… —El barón retomó la conversación en cuanto la tuvo a su alcance—. ¿Su padre siempre ha sido relojero o antes tuvo alguna profesión… digamos más… loable?

Lo miró un instante fugaz en el que no pudo disimular lo que pensaba, pero rápidamente su rostro se vistió de nuevo con una expresión serena.

—Siempre ha sido comerciante, si es lo que quiere saber. Regenta *El rincón del escocés* desde que se instaló en Londres, antes de que yo naciera.

De nuevo los pasos se distanciaron y ambos suspendieron la conversación. Cuando volvió a tomarla de la mano, Edmund habló sin tardanza.

—Habría sido interesante oír una dramática historia en la que su padre hubiese tenido que abandonar una vida de lujo por alguna causa mayor.

—No me gusta mentir.

—¿Quién ha hablado de mentir? —Su sonrisa no casaba bien con aquella mirada de hielo —. Si vamos a ser sinceros, yo tampoco soy un hombre muy imaginativo.

Meredith aprovechó los pasos que los distanciaban para intentar calmar los latidos de su corazón. Estaba claro lo que el barón pretendía, quería intimidarla y ponerla en su sitio. Se obligó a no mirar hacia el lugar en el que esperaba Frederick, temía que pudiese leer en su rostro lo que estaba pasando y que acudiese a rescatarla. No era necesario, ella podía defenderse muy bien sola.

—Ya se habrá dado cuenta de que Frederick es un muchacho excesivamente sensible y un poco estúpido —dijo el barón llevándola con él por la sala.

—Creía que había dicho que no era usted imaginativo, *milord*.

Edmund frunció el ceño sin comprender.

—Su hijo no tiene nada de estúpido, es una de las personas más inteligentes que he conocido jamás. En cuanto a lo de sensible, lo considero una virtud. No hay nada más mezquino que una persona incapaz de compadecerse de los demás.

El barón soltó una carcajada involuntaria mientras el baile lo alejaba de ella.

—Debería haber estado preparado. Desde niño le gustó jugar con los hijos de mis granjeros y ahora de mayor, se pasa los días atendiendo sus necesidades, como si fuese él el siervo y no al revés.

—Que yo sepa esos granjeros le pagan una cantidad por el arrendamiento, pero no le sirven. Trabajan la tierra y recogen el fruto, una tarea muy loable, señor.

—Si hubiera sabido adonde lo llevaría esto, la primera vez que lo vi con la azada le habría dado una buena tunda de palos.

Meredith no dijo nada al respecto y mantuvo un rostro inexpresivo, cada vez le costaba más serenarse cuando el baile los alejaba.

—La he molestado —dijo tomándola de nuevo de la mano.

—En absoluto —mintió.

—Creía que no le gustaba mentir.

—No siempre podemos evitar lo que no nos gusta.

De nuevo se alejaron, pero el barón no le quitó los ojos de encima. Parecía sorprendido con su actitud, aunque eso no variaría ni un ápice su determinación. El baile estaba a punto de acabar y antes de volver a cogerse de la mano, Meredith dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones, aliviada porque fuese la última figura de baile.

—Venga a verme —ordenó él cuando el baile terminaba—. Mañana. A las once de la mañana la espero en mi casa. No se lo diga a Frederick, esto es un asunto entre usted y yo, espero que tenga esta consideración para conmigo, señorita MacNiall.

Frederick llegó hasta ellos y su padre y él se saludaron con frialdad.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó cuando se hubieron alejado del centro del salón.

Ella sonrió con ternura y negó con la cabeza.

—Nada que merezca la pena relatar. No te preocupes. ¿Dónde está mi copa de champán?

Durante el resto de la noche, Meredith se obligó a no pensar en por qué no le había contado que su padre la había citado para el día siguiente. Con disimulo averiguó que él iba a acompañar a Thomas a visitar unos talleres de vapor y metalurgia para ver no sé qué máquina de bombeo de agua. No había decidido aún si acudiría a la cita y no quería que Frederick se preocupara sin necesidad. Si finalmente iba, le contaría después todo lo que hubiesen hablado.

Después de bailar, charlar y fingir que lo estaba pasando bien, Frederick consiguió arrastrarla fuera de aquel salón repleto de gente.

—¿Adónde me llevas? —preguntó sujetándose la falda para no pisarse el vestido.

—Ya lo verás.

Subieron las escaleras, recorrieron el pasillo y entraron en una habitación.

—¡Frederick! —exclamó ella al ver la cama—. ¡Este es tu…!

No pudo decir nada más porque él cubrió su boca con un beso y durante los siguientes dos minutos no dejó que respirara más que su aliento. Cuando pudo apartarlo había perdido toda determinación y sonreía como una boba.

—No debería estar aquí —dijo acariciando el borde de su chaqueta con la punta del dedo.

Frederick la cogió de las manos y tiró de ella para llevarla hasta su cama.

—No voy a hacerte nada —musitó—. No temas. Ven.

Meredith se dejó arrastrar sin resistencia y se tumbó junto a él en la cama, uno mirando al otro, pero sin tocarse.

—Ahora tendré algo en lo que pensar cada noche —dijo él apartando un mechón de pelo de su rostro con suavidad.

Ella lo miraba con tanto amor que lo sintió en el pecho como una mano cálida y firme.

—Frederick… —Dudó un instante—. Nunca dejes de ser un atolondrado soñador. Cuida de esos granjeros y preocúpate por ayudar a aquellos que tienen peor suerte que tú. No cambies nunca, por favor.

Él sonrió divertido.

—No creo que pudiera, aunque quisiera. Me temo que mi enfermedad es incurable. —Se apoyó en el codo sin dejar de mirarla—. ¿Alguna vez piensas en cómo será tu vida dentro de…? No sé… ¿Diez años? ¿Veinte?

Meredith asintió y se incorporó para sentarse con las piernas dobladas bajo el vestido. Frederick se sentó también frente a ella, tratando de no pensar que tenía a la mujer que amaba en su cama y al alcance de su mano.

—Me imagino en una casita preciosa, rodeada de un jardín repleto de flores. La chimenea está encendida y yo enseño a una de mis hijas a bordar.

—¿Una de tus hijas?

Meredith asintió.

—Tengo tres niñas y tres muchachos.

—¡Seis! —se rio Frederick—. Me encanta la idea. Cuéntame más.

—Pues… Cuando pensaba en esto, mi esposo no tenía rostro, pero sabía que era un buen hombre. Uno en el que se puede confiar, honesto y que me hará sentir que estoy a salvo a su lado. —Bajó la cabeza para que no viera en sus ojos lo mucho que ansiaba que la besara de nuevo—. Ahora, cuando piense en ese sueño, sabré cómo es él. Conoceré su voz, sus manos, la manera que tiene de sonreír cuando está triste. O lo desastre que es atizando el fuego de la chimenea.

Frederick se rio al tiempo que asentía.

—Lo reconozco. Pero te prometo que tengo mejores cualidades.

Ella también sonrió.

—¿Y tú? ¿Cómo te veías dentro de mucho tiempo?

La miró de soslayo, como si de repente se avergonzara de algo. Meredith frunció el ceño.

—¿No vas a contármelo?

—Como ahora.

—¿Qué?

Él asintió lentamente.

—Me veía igual que ahora.

—¿No pensabas en casarte y en tener hijos?

—Sí, sí lo pensaba, pero no creí que… Temía no encontrarte.

Durante un momento se quedaron en silencio.

—Debería irme a casa —dijo ella bajando de la cama.

—Espera… —Caminó hacia ella—. Quiero enseñarte algo más.

Abrió la puerta con cuidado y miró hacia fuera antes de cogerla de la mano para salir de allí. Avanzaron por el pasillo hacia la izquierda y entraron en una enorme habitación con un friso de madera de nogal y papel en las paredes. Una gran alfombra ocupaba la mayor parte del suelo y muebles desperdigados que no guardaban mucha relación los unos con los otros. La empujó suavemente hasta la ventana y la abrió para que entrase aire fresco. Se colocó a su espalda y la abrazó con calidez, meciéndose con ella.

—Esta era la habitación favorita de mi madre cuando estábamos en Londres —dijo con dulzura—. Aquí pasábamos mucho tiempo juntos, cuando no estábamos cazando mariposas o corriendo por el parque. Cuando ella murió me pasaba las horas aquí encerrado tratando de comprender por qué la vida era tan cruel. Tenía diez años. —Sonrió—. No me lo tengas en cuenta. Después maduré y comprendí que era ley de vida, que las personas no estarían siempre ahí. Aun así, este lugar tiene algo mágico. Me calma y me ayuda a pensar con claridad.

La giró dentro de sus brazos y la miró con ternura.

—Meredith MacNiall, eres la mujer de mi vida. Lo supe casi desde el mismo instante en el que te vi, pero entonces alguien dijo la palabra maldita: institutriz.

—Creo que fue Belinda —dijo ella sonriendo—. Se te cambió la cara.

—Sentí lo mismo que cuando me dan un puñetazo en el estómago. Casi me doblo de la impresión.

Los dos se rieron.

—¿En Harmouth también tienes una habitación como esta? —preguntó con curiosidad.

—Allí todo es diferente. Siento un profundo vínculo con Harmouth, con su gente y con la tierra, ya lo sabes. Pero la casa… Todo lo que pasó tras la muerte de mi madre…

—¿Las institutrices no te acompañaban cuando veníais a Londres?

—No —dijo rotundo—. Mi padre no las quería aquí, decía que no pasaba nada porque no recibiese «educación» un par de meses al año. La verdad era que aquí tenía «otros asuntos», ya me entiendes.

Meredith asintió. Como Paige, por ejemplo, pensó. Se abrazó a él y apoyó la mejilla en su pecho. Los acompasados latidos de su corazón la hicieron sonreír satisfecha. Quería darle paz. Darle amor. Dárselo todo. Levantó la cabeza y lo miró expectante.

—¿Me llevas a casa? —pidió.

Frederick asintió sin dejar de mirarla.

Capítulo 22



El barón la recibió en su despacho, como si de un asunto de negocios se tratase. Meredith se sentó en la silla que le indicó y esperó paciente a que él iniciase la conversación.

—Espero que llegase bien a su casa anoche —dijo desde el otro lado de la mesa.

—Perfectamente, gracias.

—¿Le gustó la fiesta?

—Mucho.

—Bien, una vez abordados los intrascendentes temas de cortesía, vayamos al asunto por el que estamos hoy aquí. Entiendo que sus expectativas eran altas y estoy dispuesto a resarcirla por las molestias que el asunto pueda acarrearle a usted y a su padre. He pensado en una cantidad generosa, pero estoy abierto a explorar otras ideas si usted ha pensado en algo. Quizá contribuir en la tienda de su padre o aportar…

—Discúlpeme, barón, pero creo que no le estoy entendiendo. ¿De qué compensación habla?

Edmund Wharton no era un hombre paciente, pero quería solucionar las cosas lo más discretamente posible, así que respiró hondo y forzó una sonrisa sin demasiado éxito.

—Señorita MacNiall, comprendo que la actitud de mi hijo la ha llevado a creer que tenía alguna posibilidad de convertirse algún día en baronesa, pero usted y yo sabemos que eso no va a suceder. Mi intención es solucionar el asunto en buenos términos y que tanto usted, como yo, salgamos de esta reunión complacidos.

Meredith mantuvo la calma y trató de sonar lo más serena posible, aunque el temblor de sus manos era difícil de disimular.

—Señor Wharton, di mi palabra a su hijo y no pienso retractarme. Comprendo que mi posición no es la que usted…

El barón la interrumpió chasqueando la lengua.

—Vaya, vaya, señorita, así que quiere ir por ese camino. —Movió la cabeza con evidente

desagrado—. En fin, habría preferido hacer las cosas de otro modo, pero si es así como lo quiere… Veamos, si usted y Frederick se casan, desheredaré a mi hijo inmediatamente.

—Es su único hijo.

—Prefiero que el título se pierda a que lo hereden los hijos de una institutriz. Mis nietos no tendrán a un relojero por abuelo, se lo aseguro.

Meredith lo miró unos segundos y finalmente asintió.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Si quiere desheredarlo, hágalo. A mí no me importa lo más mínimo que sea barón o no. Sé que si hay alguien que lo merece es Frederick, pero es su potestad desheredarlo y lo asumirá con madurez y perspectiva, estoy segura.

El barón empalideció. No se esperaba aquella respuesta.

—Si me conociera sabría que jamás cambio de opinión.

—Puede desheredarlo hoy mismo, no espere a la boda, de ese modo comprenderá que no me importa en absoluto.

Edmund entornó los ojos, mirándola con mayor atención.

—Habla en serio.

—Completamente. No quiero el título de su hijo y tampoco su dinero, lo quiero a él, señor Wharton.

—Va a arruinar su vida.

—Al contrario, la voy a llenar de felicidad. —Sonrió satisfecha y sus manos dejaron de temblar—. Es lo que cualquier padre querría para su hijo. Si su madre viviera estoy segura de que…

—¡Ah, ya entiendo! —dio un golpe en el brazo de su butaca y soltó una sonora y desagradable carcajada—. Está pensando en el dinero de su madre, ahora lo veo claro, no lo entendía. Señorita MacNiall, ese dinero es una miseria, no daría ni para comprar esa granja que a él tanto le gusta. Una mala inversión, ya sabe. Hasta ahora yo era su albacea y me dejé guiar por los consejos de mi administrador. Si se casan, mi hijo va a tener que trabajar de verdad. Quizá alguno de esos granjeros a los que tanto ha ayudado le den trabajo.

Ahora fue Meredith la que empalideció. A ella no le importaba el dinero, pero sabía cuánto quería Frederick esa granja, y contar con una pequeña renta le habría permitido vivir tranquilo. Aun así, elevó el mentón y lo miró de frente.

—Saldremos adelante. Tenemos a mi padre y yo puedo trabajar como maestra.

—En Londres no, yo me encargaré de ello. Y de que mi hijo no encuentre trabajo, también. En cuanto a la tienda de su padre, no cuente con que la tenga mucho tiempo, también voy a arruinarlo a él. Acabaré con todos los que se involucren en este asunto. No dejaré títere con cabeza, señorita MacNiall. —Se levantó para acercarse a ella y el corazón de Meredith se aceleró —. Ya conoce a Paige y a su bastarda. También acabaré con ellas. La muy zorra se atrevió a venir a suplicarme por usted. Piénselo bien, por su cabezonería va a sufrir mucha gente. Usted misma, que tendrá que verlos pagar por su pecado.

—¿Por qué? —preguntó horrorizada, poniéndose de pie y alejándose de él—. ¿Por qué habría de hacer daño a todas esas personas que no le han hecho nada? ¡Elizabeth es su hija! ¡Sangre de su sangre!

El barón avanzó los pasos que lo separaban de ella y le dio una sonora bofetada que a punto estuvo de derribarla.

—No vuelva a insultarme de ese modo. Esa criatura no es mi hija y jamás llevará mi apellido.

Meredith se sujetó la mejilla horrorizada, jamás le habían puesto la mano encima y no supo cómo reaccionar.

—Salga de mi casa y no vuelva, ya no es usted bien recibida. Si persiste en continuar con esta locura, aténgase a las consecuencias. No dudaré ni un instante en destruirlos a todos y dejarlos en la miseria. Veremos cuánto dura el amor de mi hijo cuando vea su mundo desmoronarse por su culpa. Si de verdad lo ama como dice, sabrá lo que hacer para protegerlo. ¡Márchese!

Meredith caminó titubeante hasta la puerta y se detuvo antes de salir para mirarlo. Había rasgos físicos que demostraban claramente que Frederick era su hijo. Dio gracias mentalmente porque ese fuera el único parecido entre ellos.

—Debe ser espantoso ser usted, señor Wharton. Que Dios lo ayude.

La miró furibundo, pero no se movió de donde estaba. Meredith abandonó la casa de los Wharton dispuesta a no regresar jamás.

✿✿✿

Dos días después de aquella desagradable conversación la despertaron unos ruidos en la planta de abajo. Cuando salió al pasillo se encontró con su padre portando un garrote en una mano y una vela en la otra. Iba descalzo y se había puesto una bata sobre la camisola de dormir.

—Métete dentro —ordenó el escocés con urgencia.

—No bajes, papá.

Él torció una sonrisa.

—No temas nada. Cierra la puerta y no salgas hasta que yo venga a buscarte.

Meredith hizo lo que le ordenaba y pegó la espalda a la puerta, pero en cuanto escuchó los gritos, salió del cuarto y bajó las escaleras procurando no hacer ruido. Varios hombres estaban golpeando a su padre que estaba en el suelo y trataba de zafarse de ellos.

—¡Basta! —gritó ella mirando a su alrededor en busca de algo que pudiese utilizar para defenderlo.

Uno de aquellos hombres la miró y dijo algo a los otros que Meredith no entendió. Los matones dejaron a Robert en el suelo y con los palos que llevaban destrozaron varias vitrinas haciendo saltar los cristales por todas partes. Meredith corrió hacia su padre y trató de cubrirlo, pero el escocés reaccionó rápidamente y la hizo cambiar de posición usando su enorme espalda como muro.

Los delincuentes hicieron algunos destrozos más y salieron corriendo de la tienda, dejando la puerta abierta de par en par. Robert se puso de pie y pisando con cuidado llegó hasta ella para cerrarla, como si eso pudiera hacerlos desistir.

—¿Estás bien? —preguntó el escocés cogiendo la vela que había dejado sobre el mostrador.

—Papá… —Meredith señalaba en el suelo las huellas de sangre que había ido dejando a su paso.

Robert asintió sin inmutarse por los cristales que aún sentía en la planta del pie.

—Esto es obra de él, ¿verdad? —sollozó su hija.

—No lo sabemos.

—¡No mientas, padre! —exclamó poniéndose de pie.

—Cuidado con los cristales —dijo acercándose a ella.

—¡Papá! —gimió señalando sus pies descalzos—. Voy a traer el botiquín y tus zapatillas. ¿Por qué has tenido que bajar sin ellas?

Su padre la cogió al pasar junto a él y dejando la vela de nuevo sobre el mostrador la acunó en sus brazos.

—Estoy bien, hija —la tranquilizó.

—No estás bien. Te han dado una paliza. —Escondió la cara en su pecho—. Y la tienda… No puedo respirar.

Él comenzó a darle palmaditas en la espalda suavemente como hacía cuando era niña.

—Tranquila, tranquila… Todo se arreglará. No ha pasado nada, estamos bien.

Ella lo apartó con firmeza y se limpió las lágrimas con ánimo resuelto.

—Voy a por tus zapatillas. No te muevas de aquí. Tenemos mucho que hacer. —Cogió la vela y se dirigió a las escaleras.

Su padre la vio desaparecer tras la llama y suspiró. Aquello era obra del barón. Había sido un aviso para que supieran que no se detendría ante nada. Estaba claro que no temía a las autoridades o que estaba muy seguro de que no conseguirían involucrarlo en el asunto, pero a él no le quedaba la menor duda. Movió la cabeza con preocupación, era más peligroso de lo que esperaba y su temor por Meredith creció como la espuma. Debía mantenerla a salvo a toda costa. Gruñó al moverse y notar cómo los cristales penetraban en su carne. Dejó escapar el aire con un bufido.

—¡Trae unas pinzas! —gritó.

✿✿✿

Lady Gaardner miraba a su amiga con seriedad.

—¿Estás segura? Yo puedo…

—Es lo mejor para todos.

—No creo que Frederick esté de acuerdo.

La puerta del salón se abrió y apareció Frederick acompañado por el mayordomo de la condesa.

—Os dejo solos —dijo ella caminando hacia la puerta.

Al pasar junto a Frederick lo agarró del brazo y le sonrió con dulzura.

—¿Qué ocurre? —preguntó tenso cuando se quedaron solos.

—Ven, sentémonos —pidió Meredith señalando el sofá.

—¿Por qué aquí? Podría haber ido a la tienda o…

—Frederick, por favor, sentémonos. Tengo algo que decirte.

Él hizo lo que le pedía y esperó impaciente, percibía el peligro como una espada suspendida sobre su cabeza.

—Debo romper nuestro compromiso.

—¡No! —gritó rotundo.

—Escúchame.

—¿Qué ha hecho? —se puso de pie con los puños cerrados y mirada desafiante—. ¿Cuándo has hablado con él? Fue ayer, ¿verdad? ¿Cuándo? ¿Mientras yo estaba con Thomas? —Se arrodilló delante de ella y le cogió las manos—. No importa lo que dijera, no me importa nada, Meredith, mientras tú estés conmigo.

—Escúchame.

—Que me desherede. Me da igual. Que me quite todo mi dinero, preferiría ser un pobre a tu lado que un rey sin ti.

—Por favor, Frederick —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—No llores, Meredith. No voy a dejarte, no hay fuerza humana que pueda apartarme de ti.

—No somos solo nosotros. Mi padre, Paige… ¡Elizabeth!

La sangre abandonó el rostro de Frederick.

—Los amenazó a todos, a cualquiera que nos apoye lo destruirá y sabes que puede. Con mi padre, con Paige… puede, Frederick. A la condesa o a Belinda, no podría hacerles nada, pero a los demás… —desvió la mirada asustada de que leyera en ella lo sucedido en la tienda de su padre.

—No lo permitiré —dijo él poniéndose de pie.

—¿Y qué harás? No podrás luchar contra él si te deshereda. El único modo de protegerlos es…

—¡No! —gritó de nuevo y se llevó las manos a la cabeza.

Sentía una furia sobrehumana y no encontraba el modo de gestionarla.

—No podemos ser tan egoístas —siguió ella, que también se había levantado—. No destruiré la vida de todas esas personas por mi felicidad. No podría ser feliz con esa carga sobre mis hombros.

—No vas a dejarme.

—Tengo que hacerlo.

—Maldita sea, no debí ponerte a su alcance.

—No podías evitarlo.

—Hablaré con él —dijo caminando hacia la puerta.

Meredith corrió y se interpuso en su camino.

—No, Frederick.

—Quítate, Meredith.

—Sé lo que pasará y no voy a permitirlo. Es tu padre.

—Me importa una mierda —dijo con tal rabia que sus ojos lanzaron llamaradas de fuego

—. Voy a decirle de una vez lo que pienso de él y si quiere destruirme que lo haga, para mí estará muerto.

Intentó apartarla con suavidad, pero ella se abrazó a él y escondió la cara en su pecho. Los sollozos lo agitaron como un mar embravecido, pero, aun así, la apartó con firmeza dispuesto a salir.

—No me casaré contigo —dijo rotunda—. Hagas lo que hagas, no voy a casarme contigo, Frederick.

—Te casarás —afirmó sin volverse.

—No, no lo haré. No viviré con el peso de tanto sufrimiento. No me lo merezco y no puedes condenarme a ello. Por más que te ame, no permitiré que me destruyas.

Él se volvió despacio y sus ojos mostraban tanto dolor que la dejó sin respiración.

—¿Puedes renunciar a mí con tanta facilidad? ¿Así es como me amas?

Ella asintió y las lágrimas se desbordaron de sus ojos imparables. Frederick apretó los dientes y su mandíbula se marcó con violencia mientras trataba de contener la insoportable rabia que lo inundaba. Sabía bien lo que estaba haciendo, la conocía demasiado como para no percatarse.

—¿Tan poco hombre me crees? —le espetó enfadado—. ¿De verdad te piensas que te dejaré ir sin más? ¿Qué fingiré que me creo una mentira tan burda?

Ella volvió a asentir.

—¡Basta! —gritó furioso—. ¡Basta, Meredith!

Ella se llevó las manos a la cabeza, de repente le dolía horrores y le costaba mucho respirar.

—Deja que me vaya —suplicó—. Deja que me vaya, Frederick.

—Lo juraste —dijo él con la misma dureza—. ¡Me lo juraste!

—Y ahora rompo ese juramento.

—No puedes.

—Lo estoy haciendo.

—No lo permitiré.

—No puedes hacer…

Se fue hacia ella y la besó con dureza. Había en sus labios dolor, angustia y un deseo aterrado que provocó una reacción extraña en el corazón de Meredith. Fue como si aquel beso la devorase desde dentro, como si lenguas de fuego la recorriesen causándole un dolor insoportable.

Él se apartó un segundo sin soltarla y la miró febril.

—Di que me amas.

La llevó hasta el sofá y se tumbó sobre ella sin dejar de mirarla.

—Di que me amas —ordenó con fiereza.

—No me casaré contigo.

—Lo harás.

Él utilizó los dientes para capturar su labio inferior y tiró de él con suavidad, enseguida deslizó la lengua en su boca mientras sus manos elevaban la falda del vestido sin miramientos. Ella trató de empujarlo, pero su cuerpo era como una roca inamovible.

—¿Vas a forzarme? —preguntó incrédula cuando pudo librarse de su boca.

—Haré lo que sea, Meredith, lo que sea…

No dejó que protestara cubriendo su boca y su mano buscó el modo de despojarla de la ropa que entorpecía su frenética huida hacia delante. Meredith le mordió el labio y él se apartó un instante.

—Gritaré.

—Mejor. Que nos vean, no quiero que tengas la menor escapatoria. Juro por Dios que el único modo en el que te librarás de mí será con mi muerte.

—Sé que eres incapaz de forzarme, deja de fingir, por favor. —Las lágrimas cayeron de nuevo de sus ojos y dejó de luchar contra él—. Me estás rompiendo el corazón. No me casaré contigo, Frederick. Aunque nos vieran así y todos creyeran lo que sé que no harás, no me casaría y lo sabes.

Frederick gimió como un animal herido, su lamento fue tan profundo y sentido que ella lo abrazó contra su pecho conteniendo sus sollozos. Le cogió el rostro con las manos y lo miró a los ojos.

—Seré tuya si tú quieres —dijo vencida—. No me casaré, pero seré tuya. Te amo más que a mi vida, Frederick. Seré tu refugio, tu paz, haré lo que quieras, menos casarme contigo.

Las lágrimas se deslizaron por el rostro masculino y Meredith gimió desesperada. No sabía que pudiese soportar tanto dolor. Él acarició su rostro con ternura y le dio un beso salado. Después de unos minutos se incorporó y la ayudó a levantarse.

—¿Estás segura de que no hay nada que pueda hacer para que cambies de…? —enmudeció al ver que ella negaba con firmeza.

Él cerró los ojos un instante y asintió.

—¿No hay modo de que te compadezcas de mí? —dijo recomponiéndose—. ¿Aun sabiendo que me condenas a una vida horrible?

Meredith se sintió como un verdugo que sabe que el reo es inocente y, aun así, va a ejecutar la sentencia. La espada le pesaba en las manos y el corazón en el pecho. Quería decirle que el tiempo lo cura todo y que cuando eso sucediese se alegraría de que ella hubiese tomado esa decisión. Pero no dijo nada.

—Que así sea —sentenció él.

Lo vio salir de allí y permaneció en el sitio hasta que lady Gaardner regresó.

—Querida, estás muy pálida, deberías… ¡Meredith! —gritó al ver que se desplomaba en el suelo.

✿✿✿

Paige entró por la puerta de servicio y la señora Pater la recibió con preocupación.

—Está en el salón, no atiende a razones —explicó llevándola hacia allí—. Si no deja de beber se va a morir.

Frederick estaba en el suelo del salón rodeado de botellas. Algunas se habían volcado y el líquido que contenían había empapado la alfombra. No llevaba camisa ni zapatos, solo los pantalones. Tenía el pelo desaliñado y unas profundas ojeras bajo sus tristes ojos.

—Hola, Paige —dijo levantando su vaso—. Brindo por ti y por… Eli…

—No se preocupe, señora Pater, yo me encargo.

La cocinera ya salía del cuarto cuando la detuvo.

—Señora Pater —la llamó—. ¿El barón?

—Regresó a Harmouth ayer.

Paige asintió aliviada y se giró hacia Frederick de nuevo. Lo primero que hizo fue recoger las botellas y colocarlas en una mesa, pero Frederick había cogido la que estaba más llena y la sujetaba contra su pecho sin intención de soltarla. Bebió un largo trago con dificultad para llevarse el vaso hasta la boca. Ella se acuclilló delante de él mirándolo a los ojos con ternura.

—Dame la botella, Frederick.

—No —negó él con la cabeza—. Es mía. Es lo único… que… me alivia.

—Por favor —pidió de nuevo extendiendo la mano—. Has bebido demasiado.

—Nunca es demasiado.

—Frederick…

—Paige, no… Si mi padre te… Deberías…

La joven agarró la botella y tiró, pero a pesar del alcohol él seguía siendo mucho más

fuerte que ella.

—¿Qué diría Meredith si te viese así?

Frederick se giró rápidamente hacia la puerta y luego la miró de nuevo asustado.

—¿Meredith va a venir?

Trató de ponerse de pie, pero perdió el equilibrio y la botella se le cayó de las manos vertiendo el contenido sobre sus pantalones. Contempló el desastre con ojos desquiciados y con un grito enrabiado lanzó el vaso contra una pared. Paige se tapó la cara por temor a que algún cristal la alcanzase. Cuando volvió a mirarlo se mesaba los cabellos con fiereza.

—Es la mujer más cruel que he conocido —dijo furioso—. No tiene corazón. Me ha dejado, Paige, me ha dejado como una cobarde. No ha sido capaz de luchar por mí. Yo… yo…

Se puso de pie a trompicones y caminó tambaleándose hacia la puerta.

—Debí comportarme como un canalla, debí obligarla…

—¡Frederick! —gritó Paige horrorizada—. ¡Basta!

Él se giró sorprendido.

—Deja de comportarte así, tú no eres esa clase de hombre. No vuelvas a decir algo tan horrible.

—Yo…

—Meredith está destrozada y lo sabes mejor que yo.

—¿La… has… visto? —tartamudeó.

Paige asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo dejarla… ir —sollozó cayendo de rodillas—. No puedo, Paige.

Ella fue hasta él y se arrodilló también para abrazarlo. Le partía el corazón verlo así, era el hombre más bueno de la tierra y no se merecía aquello.

—Escúchame, Frederick, tienes que ser fuerte. Si Meredith se entera de que te has rendido, no lo soportará. Hazlo por ella. Tienes que pensar en ella.

Él siguió sollozando con la frente apoyada en su hombro, mientras Paige le acariciaba el pelo como haría con un niño.

Fue a ver a Meredith en cuanto supo lo que había pasado. Y se sentía una persona horrible por ello. Siguió acariciando el pelo de Frederick con las vívidas imágenes de su encuentro con ella.

—Has hecho lo mejor para todos.

Por los ojos de Meredith pasó fugazmente una chispa de decepción.

—Debes pensar que soy una persona horrible por decirte esto —siguió Paige—, pero he de preocuparme por mi hija. Ella está totalmente desprotegida y no puedo…

—Lo sé —dijo Meredith asintiendo.

—Nosotros somos personas adultas, podemos soportar el dolor y seguir adelante. Pero mi niña, ella es demasiado pequeña para entender nada. Y tu padre y el mío tampoco tienen la culpa de nuestras acciones.

—¿Qué acciones, Paige? —Negó Meredith confusa—. Frederick y yo nos amamos, no hacemos daño a nadie, no perjudicamos a nadie por amarnos.

—No quería decir eso.

—Ya sé lo que querías decir —musitó mirándose las temblorosas manos.

Desde aquel día no dejaban de temblarle. Ni cuando las sujetaba se quedaban quietas. Paige se las agarró y la obligó a que la mirase a los ojos.

—Hablé con él —confesó—. Fui a suplicarle por vosotros. Es un hombre malvado, me muero de la pena al pensar que un día lo amé. Hará lo que dice sin pestañear. Destruirá a su hijo, a su hija y a todos los que estemos a su alrededor. No tendréis nada igualmente. Sé que ninguno de los dos podría vivir con ese dolor. Mi padre también lo intentó, pidió ayuda al obispo y a un magistrado, pero los dos le dijeron que no hay nada que podamos hacer contra él. Estamos atados de pies y manos —sollozó—. Por favor, Meredith, no…

Meredith soltó sus manos y asintió consciente de lo que no se atrevía a decir.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó.

Paige asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuida de él —se le rompió la voz, pero fue capaz de contener los sollozos—. No dejes que esté solo.

—Lo siento, Frederick —dijo entre lágrimas—. Lo siento tanto…

Media hora después estaban los dos sentados en el sofá. Frederick se había puesto la camisa, tenía la cabeza apoyada en el respaldo y se tapaba los ojos con un brazo. La señora Pater había llevado café y Paige se esforzaba por obviar el espantoso olor a alcohol que lo impregnaba todo.

—Tómate el café —dijo ella ofreciéndole una taza.

Frederick se incorporó y la cogió para llevársela a los labios. Tenía el rostro demacrado y unas profundas ojeras, pero parecía más calmado.

—¿Cuántas noches llevas sin dormir?

Él no contestó y Paige suspiró.

—No solucionarás nada poniéndote enfermo.

—¿Ella está bien?

—Su padre se ocupa de que coma y de que duerma.

El dolor cruzó su rostro y se mordió el labio contenido.

—Me dijo que habías ido a verlo. Está preocupado por ti.

—Ah, ¿sí? No fue eso lo que me pareció. Lo que yo vi es que mi dolor le importaba una mierda. Y el de su hija tampoco mucho.

—No digas eso.

—Es la verdad. —La miró con fijeza—. ¿Para qué fuiste a verla? Dímelo. Fuiste para asegurarte de que no cambiaba de opinión, ¿verdad? Estáis preocupados por vosotros mismos. Por lo que mi padre pueda haceros.

—Estás enfadado y lo entiendo.

—¿No es verdad acaso? ¡Contéstame!

Paige no pudo evitar el respingo, jamás lo había visto así y se asustó un poco.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —dijo torciendo una sonrisa—. No soy esa clase de hombre. Si lo fuese, mi padre estaría escupiendo sangre, te lo aseguro.

—No hables así, Frederick. Me asustas.

—¿Por qué? ¿Qué te asusta? ¿Que en lugar de defenderme pase al ataque? —dejó la taza sobre la mesa—. Tranquila, mantendré la compostura. Seguiré respirando como si el aire no me quemase en los pulmones. No os pondremos en peligro, sabemos bien que no podríamos vivir con ello. Pero, por favor, no finjas que no sientes alivio por lo que ha hecho Meredith, porque yo sé que sí y estoy seguro de que ella también lo sabe.

Se levantó y salió del salón dejándola sola.

Capítulo 23



Meredith, detrás del mostrador, estaba concentrada en las piezas que acababan de llegar de Francia. Desplegaba cuidadosamente los pequeños envoltorios de papel fino que revelaron engranajes, esferas y resortes para los nuevos trabajos de su padre. La tibia luz de aquella mañana de invierno entraba suavemente por los ventanales de la tienda. Robert la observaba mientras avivaba el fuego de la estufa. Con una pala de latón añadió carbón fresco y escuchó el crujido del mineral al contacto con las brasas. El calor se fue extendiendo por la tienda y él cerró con cuidado la puerta de la estufa. Dio unos golpecitos con el atizador a la rejilla de ventilación para asegurarse de que mantenía un buen flujo de aire y dejó las herramientas en su sitio.

—¿Es buen material? —preguntó limpiándose las manos en un trapo—. Los precios han subido considerablemente.

—Sí, muy bueno —afirmó ella distraída.

Su padre suspiró, hacía ya casi dos meses del destrozo en la tienda y la ruptura del compromiso y ella seguía tan apática y triste como el primer día. Querría poder enfadarse con alguien, pero el hecho de saber que había sido ella la que había tomado la decisión, se lo ponía bastante difícil. La conversación con Frederick resultó muy reveladora y triste. Los dos estaban profundamente enamorados y renunciar al otro tuvo un efecto devastador.

Por supuesto él no podía quedarse de brazos cruzados y, ni corto ni perezoso, se presentó en casa del barón el día en que hacían los preparativos para regresar a Harmouth. Recordar aquella conversación todavía lo enervaba.

—Así que usted es el relojero. Siéntese, siéntese —dijo el barón señalándole el sofá—. ¿Le apetece un whisky? Escocés, por supuesto.

Robert asintió y esperó hasta que el barón estuvo sentado.

—Supongo que ha venido a hablarme de su hija y a hacerme una detallada lista de sus virtudes, pero no se moleste, no tengo el menor interés.

—En realidad he venido a hablarle de su hijo. De su único hijo.

—Conozco bien a Frederick, por eso sé que esto es lo mejor para él.

—Soy consciente de que usted es su padre y quiero pensar que hace esto porque cree que es lo mejor para él. Pero se equivoca.

El barón lo miró con una expresión cínica.

—Mire, señor MacNiall, hoy estoy de buen humor, así que le voy a hablar con total sinceridad. Me importa una mierda si esto es mejor o peor para Frederick. Yo no he venido a este mundo para facilitarle la vida a mi hijo. Esto lo hago única y exclusivamente porque es lo mejor para mí. No soy de esos padres que se desviven por sus hijos. Necesitaba un hijo para que mi título se perpetúe y espero que él tenga un hijo por lo mismo. Frederick es un medio para lograr un fin y no permitiré que lo tire todo por la borda por un deseo estúpido.

—Solo tiene un hijo, si lo deshereda, ¿no irá eso en contra de sus planes?

—En primer lugar, es muy fácil tener hijos, señor MacNiall. Le aseguro que aún me queda mucha mecha. De hecho, no me sorprendería que hubiese vástagos míos por ahí dispuestos a heredar un título y a hacer lo que yo les diga sin protestar.

Robert se sintió perdido, era como si aquel hombre hablase en un lenguaje que no alcanzaba a comprender y al mismo tiempo como si estuviese escuchando un discurso que le resultaba del todo familiar. Él había mantenido una conversación parecida con Dearg MacDonald mucho tiempo atrás.

—Sabe que todos vamos a morir, ¿verdad? —preguntó el escocés.

—Ya veo —sonrió burlón—. Quiere ablandarme haciéndome ver que soy finito y un día no estaré aquí. Que si no tengo a mi hijo… bla, bla, bla. No se moleste, es una pérdida de tiempo. Si Frederick saliese de esta casa y no volviese a verlo nunca… —Se encogió de hombros—. No creo que lo echase de menos siquiera. Señor MacNiall, es evidente que usted es esa clase de hombre. La misma clase de hombre a la que pertenece Frederick. Es curioso, ¿verdad? El destino nos coloca al azar, parece que se ría de nosotros. Yo desprecio a los hombres como usted, son blandos, no tienen agallas. La cuestión es que yo no soy como usted, ya le he dicho cuál es mi prioridad en la vida. Lo ha sido siempre, no es algo nuevo. Me casé con mi esposa porque servía a mi propósito. Creo que fui un marido aceptable, no perfecto, desde luego, soy consciente de que no es fácil vivir con alguien que tiene tan claro que él es lo más importante. Nunca la maltraté, eso tiene que agradecérmelo. Tengo una máxima con las personas que me rodean: mientras me sean útiles, les permito vivir la vida que quieren. Pero si van en contra de mis planes, no seré tan magnánimo, se lo aseguro.

—Se aman —insistió Robert—. Va a destrozarles la vida. ¿Por qué? ¿Cuál es la finalidad? ¿Tan terrible es que Meredith sea hija de un comerciante?

—No, no es terrible, es inútil, no sirve a mi propósito, ya se lo he dicho. Parece que además de pobre es usted un poco obtuso. Frederick se casará con una mujer a su altura o de grado superior. Una condesa, por ejemplo. O alguien con más dinero que él. Nunca permitiré que vaya hacia atrás, esa no ha sido nunca una opción. He tolerado su estúpida relación con los granjeros porque no me estorbaba. —Se encogió de hombros—. Pero de ahí a dejar que se case con su hija, va mucho trecho, hombre.

—Mi hija es una mujer maravillosa.

—Por mí como si es la Virgen María, no tiene título ni dinero, no me interesa. No será la madre de mi nieto. Ya le dije a mi hijo que no me opongo a que la vea de vez en cuando, de manera discreta, por supuesto. Su hija puede vivir muy bien siendo la…

—No lo diga —lo cortó Robert endureciendo su expresión.

El barón soltó una carcajada.

—No me mire así, hombre, solo estoy siendo sincero. Si su hija no quiere, pues estupendo, a mí me da igual. Lo único que tiene que saber es que haré todo lo que esté en mi mano para impedir que mi hijo cometa la estupidez de casarse con ella. Lo desheredaré, téngalo por seguro, pero no me quedaré ahí. Convertiré su vida en un infierno —dijo señalándolo—. Que esté usted aquí me hace ver que esa mujer entendió muy bien el mensaje. Los destruiré a ellos, a usted y a esta desgraciada que parió a una bastarda. Y el sufrimiento de todos ellos caerá sobre los hombros de su hija.

—Es usted una rata —masculló Robert poniéndose de pie.

—Tenga cuidado —dijo el barón levantándose también—. No se convierta en mi enemigo.

—¿Enemigo? Me da usted pena. ¿No se ha preguntado alguna vez si Frederick es realmente hijo suyo? —Vio en los ojos del barón que había tocado una vieja herida—. Eso sería una bendición para él, aunque para usted debe haber sido un suplicio vivir permanentemente con la duda.

—Váyase de mi casa.

—Ya me voy, descuide, el olor a podrido que usted desprende es insoportable. Espero que Frederick encuentre el modo de ser feliz a pesar suyo. —Se acercó con mirada amenazante—. En cuanto a mi hija, juro por Dios que si le pone un solo dedo encima, si mancilla su nombre o le hace más daño del que ya le ha hecho, lo mataré con mis propias manos. Y tenga por seguro que no hablo en sentido figurado. ¿Quiere destrozarme la tienda? Adelante. No me amilanaré

por eso. Pero si toca a mi hija, considérese hombre muerto.

—Habrase visto semejante energúmeno. Podría hacer que lo encerraran solo por esto, maldito imbécil.

Robert había llegado ya a la puerta y lo miró desde allí con una expresión en el rostro que no dejaba lugar a dudas.

—¿Vas esta tarde a casa de la señora Gaardner? —preguntó sacudiéndose aquellos pensamientos.

Meredith asintió.

—¿Qué vas a hacer sobre el ofrecimiento que te hizo?

—Aún no lo sé. Anna es muy pequeña para tener institutriz, necesita una niñera. No quiero ser niñera, papá.

—Lo sé —dijo ayudándola a sacar las cosas de la caja.

—Por otro lado, me ha ofrecido un espléndido sueldo, mucho mejor que el que me ofreció la primera vez que me propuso el tema.

—Difícil decisión.

—Necesito estar ocupada —musitó para sí y comenzó a guardar las piezas en los cajones correspondientes.

—Y lo estás. Eres la que más trabaja de los dos.

Ella no dijo nada y continuó con la tarea.

La campanilla de la puerta sonó y los dos se giraron para saludar a quién llegaba.

—Buenos días, señor MacNiall. Señorita Meredith… —Caitlin Ashton les sonreía tan afable como siempre—. Qué calentito se está aquí, ahí fuera hace muchísimo frío. Está siendo un invierno espantoso, ¿verdad? Mi hermana no ha querido salir de casa por más que le he insistido, pero yo tenía que venir sí o sí.

Dejó sobre la mesa un reloj de chimenea con el cristal roto y Robert lo cogió para examinarlo.

—¿Qué le ha pasado?

—Tuvimos una visita inesperada y mi hermana… perdió un poquito los nervios.

Meredith la miró asombrada, pero no dijo una palabra.

—¿Tiene arreglo? Era de nuestro padre y le tenemos un gran cariño.

—Voy a examinarlo. Espere aquí.

Robert desapareció en su taller y Meredith terminó de guardar las cosas en el cajón.

—Poppy, ahí donde la ve tan tranquila y paciente, es terrible cuando se enfada. —Miró a su alrededor distraída—. Por suerte se enfada muy pocas veces. De hecho… —Caminó hacia la vitrina de relojes de Abraham-Louis Breguet—. Desde la ruptura de mi compromiso no la había visto enfadarse tantísimo. —Le hizo una seña para que se acercase—. ¿Podría ver ese de ahí? Creo que necesitamos un sustituto para el reloj de papá. Tanto si su padre puede hacerlo funcionar como si no, lo guardaré en un lugar seguro para que no vuelva a sufrir daño alguno. Este podría quedar precioso en nuestra chimenea.

—Es muy caro —musitó Meredith con cierta vergüenza.

—Oh. —La pequeña de las Ashton se llevó la punta de la uña del dedo pulgar a la boca y la mordió distraída—. Perdón, qué mala costumbre tengo. Mamá siempre me regaña por hacer un gesto tan feo, pero no me doy cuenta si estoy concentrada en algo. No me lo tenga en cuenta.

Meredith sacó el reloj de la vitrina y lo llevó al mostrador para que pudiera verlo en todo su esplendor.

—Es una verdadera maravilla —dijo Caitlin acariciando los adornos dorados de la figura del dios griego Cronos, representado por un anciano con alas extendidas—. ¿Cuál es su precio?

Meredith se mordió el labio incómoda.

—¿Ciento cincuenta libras? —preguntó Caitlin con una sonrisa—. No se preocupe, puede decírmelo.

—Cien libras.

La joven señorita Ashton asintió repetidamente.

—Pronto será el cumpleaños de Poppy, voy a hacer una locura y voy a comprárselo.

—Pero… es demasiado.

—Sigo teniendo el dinero que ahorré para la boda. Lo cogeré de ahí, no creo que vuelva a necesitarlo. —La miró con complicidad—. Por cierto, no había tenido ocasión de decirle que siento mucho lo de su compromiso. Hacían muy buena pareja.

Meredith desvió la mirada hacia el reloj sin ánimo para decir algo que relajara el momento.

—¿No quiere hablar de ello? Lo entiendo —afirmó Caitlin con la cabeza—. Yo tardé dos meses en poder hablar de lo mío. Le daré un consejo, aunque no me lo haya pedido. No es bueno guardarse las cosas. —Su cabeza se movió ahora negativamente—. No arregla nada sufrirlo sola, se lo aseguro. En mi caso, la persona con la que necesitaba hablarlo era parte del problema. No me mire así, las dos sabemos de lo que le hablo. El señor Wharton le contaría que fue testigo de mi «gran momento» con Charles Magraw.

Meredith desvió la mirada de nuevo, pero esta vez su incomodidad era por su interlocutora. Caitlin suspiró mientras pasaba la punta del dedo por la caja del reloj. Después de unos segundos comenzó a deambular por la tienda mirando aquí y allá. Meredith la observaba inquieta, no quería escuchar confidencias que luego las hicieran sentir incómodas, pero tampoco supo cómo evitarlas sin resultar descortés.

—Yo no sabía que le había pedido la mano a Poppy —confesó al fin—. Le sorprende que mi hermana no me lo contara, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. A mí también me sorprendió. Él dio por hecho que yo lo sabía. Frederick dio por hecho que yo lo sabía… Pero no. —Negó con la cabeza—. Poppy estaba al tanto de mi interés por él y no quiso que sufriera, así que me lo ocultó pensando que nunca me enteraría. Yo era muy tonta, siempre lo he sido y no creo que me cure nunca, así que no me sorprendió que creyera que podía ocultármelo para siempre. —Sonrió sin amargura—. No lo vi venir, se lo aseguro. Ni remotamente se me pasó por la cabeza que pedía mi mano estando enamorado de mi hermana. Curiosamente, sí fue sincero al decirme que necesitaba casarse porque su madre estaba enferma y él no podía ocuparse de ella. No me pareció mal, al contrario, pensé que eso hablaba muy bien de él como hijo. Yo no sabía lo que era el amor, no tenía la menor experiencia en el tema y pensé que las cosas mejorarían cuando estuviésemos casados. ¿Ve como soy muy tonta?

—No pienso que sea tonta en absoluto. Pero me parece… muy triste —dijo Meredith sincera y sus ojos se llenaron de lágrimas, lo que la obligó a desviar la mirada.

Caitlin se acercó a ella y posó una de sus manos en las suyas, que reposaban sobre el mostrador.

—Está muy sensible —dijo comprensiva—. Y yo aquí, contándole viejas penas. Pero no sufra por mí, yo estoy bien. Y Poppy también. Hablamos y lo aclaramos todo. Ella no sentía nada por él, habría sido mucho peor si hubiese estado enamorada y se hubiese sacrificado por mí, ¿no le parece? Eso no creo que se lo hubiese perdonado.

—¿Los planes del señor Magraw no eran un poco retorcidos? —No sabía cómo terminar la pregunta.

—Sí, yo también lo pensé. Al casarnos Poppy pasaría a ser su hermana política. —Negó con la cabeza—. Habría sido un desastre, así que podríamos decir que el destino se las ingenió para evitarme un mal mayor, ¿qué le parece? ¿No es una buena manera de pensar? La verdad es que gracias a ese pensamiento pude hablar con Poppy. Discutimos, por supuesto. No había vuelto a verla tan alterada hasta anoche. ¡Dios! ¡Qué carácter!

—Ha dicho que recibieron una visita —dijo Meredith con mucho tacto.

—Vino a visitarnos el señor Drummond, ¿lo conoce? Es dueño de varias casas de la zona y los precios de los alquileres están subiendo a pasos agigantados. Vino a decirnos que iba a subir el alquiler y debemos decidir si queremos seguir allí o nos marchamos antes de que acabe el año. Ya hace tiempo que vengo diciendo que deberíamos cambiarnos a una casa más pequeña, pero mi madre no quería ni oír hablar del tema. Ha vivido ahí desde que se casó con mi padre y consideraba esa casa como suya. Pobre mamá, está muy delicada de salud y estas cosas no ayudan nada. Primero mi desgracia y ahora esto. Pero no sirve de nada llorar por los rincones. Ni enfadarse como se enfadó Poppy, tampoco. La casa es del señor Drummond y tiene derecho a hacer lo que quiera con ella.

Meredith no pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia el reloj de chimenea.

—Sé lo que está pensando, que no es buen momento para hacer un dispendio tan elevado. —Caitlin se encogió de hombros y sonrió afable—. No me importa. Este reloj hará que nuestra nueva casa se vea majestuosa.

—¿Van a cambiarse de casa? —preguntó Robert saliendo del taller.

—¿Lo ha arreglado? —preguntó admirada al ver el cristal reparado—. Creí que no tendría solución.

—Mujer de poca fe —se rio Robert.

Meredith sonrió ante la expresión de Caitlin, parecía estar viendo al mismísimo Dios.

—Ya no necesita otro reloj —dijo dándole la opción de desdecirse.

—Oh, no, de ninguna manera. Ahora quiero comprarlo aún más. Su padre merece vender un reloj tan caro después de haberme dado una alegría tan grande.

Robert miró entonces el reloj de Breguet y frunció el ceño.

—¿Caro? Pero si ese reloj no es caro. Al menos no como los otros de Breguet. Este tiene un pequeño fallo y me lo vendieron como saldo. Solo cuesta cuarenta libras.

—¿Cuarenta libras? —Caitlin abrió mucho los ojos—. ¡Pero eso es muy poco para un reloj de esta categoría! ¿Qué fallo tiene?

—Oh, no se ve a simple vista. Está en el interior, pero tendría que desmontarlo para enseñárselo. A usted no va a afectarle en nada, se lo aseguro y nadie se dará cuenta. Será nuestro secreto.

Meredith miraba a su padre con tanto amor que Robert tuvo que esforzarse mucho para no echarse a reír.

—Vamos, Meredith, pónselo en una caja, que no se vaya a estropear con el traqueteo del viaje.

Esa noche durante la cena, Meredith le apretó las clavijas. Habían pagado sesenta libras por el reloj y venderlo por cuarenta suponía una considerable pérdida que el escocés no debería haber asumido tan alegremente.

—El dinero al final es solo eso, Meredith.

—Pero papá, no era algo necesario para ella, podía haber prescindido de él.

—Son muy buenas clientas. Vinieron desde el principio. Aquí le compraban el tabaco a su padre y nunca tuvieron la menor queja de mis precios.

Meredith sonrió burlona.

—Eres un blando, Robert Malcolm MacNiall.

—Y tú no sabes fingir, Meredith Evangeline MacNiall.

Su hija le rellenó el vaso y luego pinchó un pedazo de zanahoria para llevárselo a la boca.

—¿Por qué me pusisteis el nombre de la abuela? Mamá apenas me habló de ella. Debía quererla mucho si quiso que yo llevara su nombre.

Su padre asintió.

—¿Cómo no iba a quererla? Todos decían que eran como dos gotas de agua. También en el carácter.

—No entiendo a qué viene tanto misterio con su familia, de verdad —dijo jugueteando con la comida de su plato—. Deberías decirme qué pasó, a mí no me importaría nada, no los conocí y no me interesan.

—Pues si no te interesan, deja de hablar de ellos y come, anda, que estás cada día más flaca.

—¿Tú por qué crees que las hermanas Ashton no se han casado? Frederick y yo lo hablamos y… —Se calló de golpe y detuvo el tenedor en mitad del plato.

Su padre se percató de la humedad en sus ojos.

—Creo que son demasiado especiales para los hombres con los que se relacionan —habló rápidamente tratando de captar su atención—. Si se relacionaran con otro tipo de personas… Pero, claro, pertenecen a ese mundo y ahí solo hay estirados y finolis.

—¿Finolis? —Meredith lo miró ceñuda.

—Sí. Siempre van de punto en blanco y caminan como si su presencia fuese digna de homenaje.

—¿De quién hablas?

—Pues de esos hombres que se ven paseando por Pall Mall, ya sabes. Los que frecuentan la corte y esas cosas.

Su hija se reía al verlo gesticular.

—Caminan así —los imitó Robert poniéndose de pie y moviéndose por la cocina—. Soy el conde de *Nomeacuerdo*, usted debe ser la duquesa *Rimbombante*, qué gusto saludarla.

Meredith se reía a carcajadas cuando su padre volvió a sentarse.

—Si vivieran en Escocia, te aseguro que Caitlin y Poppy ya estarían casadas. Eso sí, en las Highlands, allí los hombres son de otra pasta.

—Como tú.

—Eso es —sonrió su padre cortando un pedazo de carne—. El señor Ashton era un hombre amable y campechano que solía gastar más dinero del que debía. Caitlin se parece mucho a él. Su hermana Poppy es mucho más recatada, como su madre.

—Y, aun así, Caitlin estuvo prometida, pero Poppy no.

—La vida en Londres es cara y no hay muchos caballeros de la talla de las señoritas Ashton disponibles —siguió su padre poniéndose serio—. Esos caballeros tienen mucho donde elegir y tardan bastante en hacerlo, por lo que el tiempo juega en contra de ellas.

—¿Por qué tardan tanto? —Se llevó un pedazo de carne a la boca.

—Primero han de situarse bien. Tanto si siguen en el negocio familiar como si inician una carrera, necesitan tiempo para posicionarse y ganar dinero suficiente. Eso reduce mucho las posibilidades. Las señoritas Ashton se habrían casado sin duda si su situación económica fuese más desahogada, pero tampoco hay garantía total de eso. Tengo varias clientas muy ricas y respetables que siguen solteras a su avanzada edad.

—Por eso quiero trabajar. —Meredith dejó el tenedor y levantó su vaso para brindar—. ¡Por las solteronas!

Su padre chocó el suyo, pero sus ojos tristes estropearon el brindis.

—No me mires así, papá.

Robert suspiró al bajar la vista a su plato y su hija le cogió la mano que había dejado sobre el mantel.

—Estoy bien, te lo prometo.

—Hace un momento casi te pones a llorar y te oigo sollozar por las noches, Meredith.

—¿Qué dices? —desvió la mirada—. Cuando me meto en la cama entro en un sopor instantáneo. Tienes una imaginación muy fructífera, papá. Ya lo decía mamá, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo mucho de ella estos días, sí —dijo él asintiendo—. Sé que la necesitas.

—No digas tonterías. Te tengo a ti.

—Pero no es lo mismo. Ella sabría cómo consolarte.

—No necesito que me consueles. Estoy bien.

Su padre extendió el brazo y capturó una lágrima con la punta de un dedo. Se la mostró como respuesta y Meredith se limpió las mejillas con gesto malhumorado. Odiaba que cayeran sin su permiso.

—Se me ha metido algo en el ojo —mintió como una niña.

—El tiempo ayudará —musitó Robert—. Cuando el dolor es grande, no desaparece del todo, pero al menos no se te abre un boquete en el pecho cada vez que respiras.

Los labios de Meredith temblaron y tuvo que mordérselos para controlarlos.

—Se va a enfriar el rustido y está muy bueno —musitó.

—Tienes razón, vamos a cenar y dejémonos de lágrimas.

Capítulo 24



—Háganme caso —insistió Frederick elevando la voz por encima del murmullo general—. La rotación de cultivos es una buena idea. Alternar entre cereales y legumbres mejorará la fertilidad del suelo.

—Yo siempre he plantado cereal —dijo uno de los granjeros con aspecto bobalicón.

—El señorito Frederick siempre tiene buenas ideas, no sé por qué se las discutís —dijo O'Hanlon poniéndose de pie—. Si él dice que alternemos los cultivos, pues lo hacemos y punto.

—No es eso, Jack, debéis estar de acuerdo conmigo. Yo no voy a imponeros nada.

—Jack tiene razón —dijo Patrick Dorman—. Si lo dice el señor Wharton, hay que hacerlo. Ya visteis las buenas ideas que tuvo para mejorar el aislamiento de nuestras casas. Ha empezado a hacer mucho frío, pero mis hijos duermen como angelitos.

—Y los míos —dijeron los demás.

—Mi Lucy está contentísima con el sistema de drenaje que instalamos hace un mes —comentó otro de los granjeros.

—Haremos lo que dice y punto —repitió O'Hanlon.

—No —negó Frederick—. Quiero que votéis y se hará lo que decida la mayoría.

Así lo hicieron y el resultado fue unánime.

—Señor Wharton —lo abordó Dorman cuando ya se dispersaban—. Ya hemos terminado de amueblar la escuela. Están los pupitres y las estufas listas para cuando usted diga. Nuestras mujeres se han encargado de limpiarlo todo para cuando llegue el maestro para instalarse en su granja.

—Ha surgido un contratiempo con el señor Stephenson y me temo que no podrá venir. Pero lo solucionaré. Me marcho a Londres una semana, tengo algunos asuntos que resolver. Aprovecharé para entrevistarme con algún otro candidato.

—Los niños están muy entusiasmados con la idea de ir a la escuela —dijo el hombre rascándose la cabeza con una sonrisa burlona—. Y las mujeres también por librarse unas horas

de ellos.

—Intentaré solucionarlo cuanto antes —dijo caminando hacia su caballo—. Mi intención es que esté en funcionamiento antes de Navidad.

—Sería estupendo. Que tenga buen viaje.

Dorman se dio la vuelta para dirigirse hacia su granja.

✿✿✿

Frederick y Thomas miraban a su amigo sorprendidos.

—¿A Cornualles? Pensaba que Georgia y tú viviríais en Londres —dijo Thomas—. No te veremos nunca.

—Tampoco está tan lejos —dijo Luke señalándolo—. Tú vives en Berksham y te veo más a menudo que cuando estudiábamos. Cuando no es una reunión de mineros, estás comprando material o discutiendo los detalles de una venta de estaño.

—Odio venir a Londres —dijo el otro dejándose caer en una butaca—. Excepto porque así os veo.

Los otros hicieron un gesto de complicidad para responder al comentario.

—Tu madre estará disgustada —dijo Frederick, consciente de que Emily Warren vivía por y para su hijo.

—No le ha hecho ninguna gracia, no —afirmó él—, pero está tan contenta de que por fin «haya sentado cabeza», que procura disimularlo para no molestar a Georgia. Ella quiere estar con su madre, lady Carver no tiene a nadie más. La mansión en la que viven es magnífica, una obra digna de elogio y me gusta mucho. Además, se las ha ingeniado para que me encarguen un proyecto de envergadura, así que tampoco habría podido negarme.

—La casa de los Minshall nada menos —dijo Frederick asintiendo—. No se privarán de nada, todo el mundo conoce los gustos extravagantes de la condesa.

Luke sonrió ufano.

—Menudo comienzo para un matrimonio, has empezado la casa por el tejado —dijo Thomas.

—La envidia te puede, amigo mío.

—Desde luego —afirmó el minero con sorna.

Luke miró entonces a Frederick entornando los ojos.

—Georgia está preocupada por ti.

Frederick arqueó una ceja.

—¿Preocupada por qué?

—Ya sabes por qué. Me costó un montón convencerte de que vinieras a Londres —dijo Luke señalando a Thomas—. Aun sabiendo que él iba a estar aquí toda la semana.

—Iba a verlo igual. A Thomas le gusta Harmouth y solo tenía que estar en Londres dos días. No sé por qué tanto empeño en que fuese yo el que viniera. Tengo trabajo.

—Ya —Luke lo miraba con expresión cínica.

Frederick suspiró impaciente y se puso de pie.

—¿Adónde vas?

—Me han invitado a tomar el té.

—¿Quién te ha invitado? ¿Nosotros no podemos ir? —preguntó Thomas levantándose también.

—La condesa de Westbridge. Y no, no podéis venir.

—¿Cómo sabe la española que estás en Londres?

—Yo se lo dije. Nos escribimos.

—¿Qué? —Luke abrió los ojos como platos—. Sabes que está casada, ¿verdad?

Frederick lo miró con sorna.

—Qué mente tan sucia tienes, amigo mío.

—En serio, Frederick, ¿por qué te escribes con ella?

—Es una buena amiga.

—Salvó a su hija, ¿ya lo has olvidado? —preguntó Thomas con retintín.

—No, no lo he olvidado, pero de eso hace ya tiempo. No tienes nada en común con ella.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿La conoces acaso?

—Todo el mundo la conoce.

A Frederick no le gustó nada la mueca burlona de su amigo.

—Ah, ¿sí? ¿Cuándo has hablado tú con ella?

—Nunca, válgame Dios —se rio el otro.

—Eres imbécil.

—Pero… —Luke miró a Thomas interrogador—. ¿A qué ha venido eso?

El otro se encogió de hombros.

—No la conoces de nada, pero ya la has juzgado. Es lo que hacen todos. Pues, para que te enteres, es una mujer extraordinaria, con una personalidad muy interesante y una conversación de lo más entretenida. He ido a tomar el té con ella en varias ocasiones y se me ha hecho tarde para marcharme en todas ellas, cosa que no me pasa con la mayoría de nuestros conocidos.

—No sé ni cómo la entiendes cuando habla, su inglés es…

De nuevo un gesto burlón que irritó a su amigo un poco más.

—Cada día eres más pretencioso.

—Está claro que tienes ganas de pelea —dijo Luke cambiando de talante—. Me está empezando a molestar tu actitud, Frederick. Yo no tengo la culpa de que Meredith rompiera el compromiso.

El futuro barón apretó los labios y cerró los puños al tiempo.

—¿Tú lo estás viendo? —preguntó Luke mirando a Thomas—. Ni que fuera a pegarme.

—Déjalo en paz —le respondió el otro—. Últimamente no das una.

—Pero ¿qué he dicho? ¿Por qué no se puede mencionar su nombre siquiera? Está claro que él no deja de pensar en ella. —Encaró a Frederick dando un paso hacia él—. Ve a verla, quizá haya cambiado de opinión después de estos meses.

—Luke… —Thomas puso los ojos en blanco, había perdido el juicio.

—Eres un desgraciado —dijo Frederick entre dientes—. ¿Te crees que no sé lo que ha estado diciendo tu madre de ella?

Luke frunció el ceño con expresión confusa.

—¿De qué hablas?

—Le ha contado a todo el mundo que era institutriz de Belinda y que la despidió por «propasarse con algunos de sus invitados». ¡A Meredith, que se portó con ella como…!

—¿Qué estás diciendo? —Luke tenía los ojos como platos—. Mi madre no puede haber dicho eso. La consideraba parte de la familia.

—¡Ja! No me hagas reír. Tu madre no la consideró nunca más que a cualquiera de sus doncellas, por eso se aprovechaba de su buena fe y la hacía trabajar mucho más de lo que habían acordado.

—¿Tú qué sabes?

—Sé lo que me contó Belinda. Fue tu hermana la que se presentó en Harmouth hecha un mar de lágrimas para decirme que su madre había estado denigrando a Meredith.

—¿Belinda fue a Harmouth?

—Sí, hace un mes vino a verme y me contó todo lo que Meredith había hecho por tu familia. No solo era su institutriz, también cuidaba de tus hermanos, ayudaba a tu madre con sus ocupaciones… —Movió la cabeza incrédulo—. Y Emily Warren se ha dedicado a hablar mal de ella en cada salón que ha pisado desde que rompimos el compromiso.

Luke apretó los labios y su expresión era una mezcla de vergüenza y rabia. Vergüenza por

el comportamiento indigno de su madre y rabia porque Frederick lo hiciera evidente.

—No te consiento que uses ese tono para referirte a ella. A pesar de su actitud, sigue siendo mi madre y te pido que hables con respeto.

Frederick respiró profundamente por la nariz, si no fuese su madre habría dicho cosas mucho más desagradables.

—Dile a tu madre que fue Meredith la que me dejó, no al revés. Y añade que yo me habría casado con ella sin dudarlo ni un instante. —Se giró hacia Thomas—. Nos vemos más tarde, ahora tengo que irme.

Salió de allí con grandes zancadas y un humor de perros.

Lady Gaardner lo miraba con disimulo mientras la doncella servía el té. Se le veía muy tenso y con una expresión avinagrada. No es que últimamente estuviese muy alegre, pero esa tarde se le veía distinto.

—Gracias, Rosa —dijo con una sonrisa dulce antes de que la doncella saliese del salón.

Empujó suavemente el expositor de pastelitos.

—Cómase uno, a ver si lo endulza un poco. Parece a punto de matar a alguien.

Frederick la miró y enseguida su rostro se suavizó. Lanzó un largo suspiro y cogió uno de los pastelitos que le ofrecía para llevárselo entero a la boca. Lo masticó y se lo tragó antes de hablar.

—¿Mejor? —preguntó la condesa.

—Tiene que decirme qué clase de sustancia pone en estos pastelitos. —Sonrió—. Pienso hacer que se la pongan a mi padre en todas las comidas.

—Descuide, investigaré al respecto y le haré llegar los ingredientes a su cocinera.

Frederick amplió su sonrisa, aunque sus ojos continuaban teniendo aquel velo triste que se había instalado en su rostro desde la ruptura del compromiso.

—Noviembre está siendo más frío de lo habitual, ¿no cree? —dijo ella con voz distendida —. No soporto el clima de Londres, lo reconozco, es una de las cosas que más echo de menos de España. Eso y la comida.

—¿En Andalucía no hace demasiado calor?

—¡Oh, no, de ninguna manera! —se rio burlona—. No me escuchará decir nada malo de mi tierra, señor Wharton.

Él sonrió de nuevo y esta vez sus ojos se contagiaron mínimamente de esa sonrisa.

—¿Qué tal sus intereses *granjeriles*? Acabo de inventarme esa palabra, lo sé. Mi marido se

ríe de mí porque dice que lo hago todo el tiempo.

—Van muy bien. Hemos conseguido un sistema de riego muy efectivo en la granja de los Dorman y el ternero de los O'Hanlon ya está recuperado. También se está acabando de construir los almacenes de grano, lo que, estoy seguro, ayudará en épocas de escasez. Y parece que he conseguido que acepten la rotación en los cultivos.

—Sus granjeros deben adorarlo, no creo que muchos señores se interesen por los problemas de sus arrendados. De hecho, estoy segura de que no hay ninguno como usted —lo dijo con verdadero cariño y Frederick lo sintió así.

—Aún no he logrado que tengan la escuela. No imaginaba que me costaría tanto encontrar un profesor. Ya es el segundo que se echa atrás. En realidad no he hecho apenas nada.

—¿Apenas nada? Además de todo lo que ha dicho, también ha gestionado un seguro para cuando se accidentan o enferman. ¿Eso no es nada? Nunca antes lo había escuchado y cuando me lo contó pensé que no era buena idea, pero, según mi esposo, ha sido muy inteligente, y ya sabe lo pragmático que es.

—No sabía que hablase de mí con su marido.

—¡Oh! No es la única persona con la que hablo de usted, ¿verdad?

El rostro de Frederick sufrió un sobresalto más que evidente y la condesa tuvo ganas de acariciarlo como haría con el pequeño Max.

—Supongo que querrá saber las novedades de la señorita MacNiall.

Sabía que la principal razón por la que la visitaba tan a menudo era porque ella era de las pocas personas con las que podía hablar de Meredith. Desde el primer momento tuvo claro que respondería a cualquier pregunta que él le hiciese al respecto. Era totalmente contraria a la ruptura de su compromiso y no se había privado de decírselo a ambos en reiteradas ocasiones. Hasta la vez que Meredith se deshizo en llanto y dejó de ser un tema a tratar.

Frederick se apoyó en el respaldo después de dejar la taza en la mesa, dispuesto a atesorar cada palabra para luego recrearla con imágenes en su mente.

—Me visitó la semana pasada. Sigue tan delgada como la última vez, y sus ojeras tampoco la abandonan. Dice que come bien, pero lo dudo. Fue a la entrevista que le conseguí con la familia Loira, pero no salió bien. La estúpida de Lucille se pasó todo el rato preguntándole por usted y por los motivos por los que rompieron el compromiso. No pienso volver a dirigirle la palabra. Me temo que los comentarios de lady Warren han hecho un daño irreparable. Meredith está decidida a no volver a intentarlo y no se lo reprocho. Ojalá Anna tuviese unos cuantos años más. He intentado que acepte trabajar para mí, pero dice que no quiere ser niñera y debo

respetarla.

Frederick tenía los dientes apretados y respiraba agitado.

—No se preocupe, en la tienda de su padre está bien. Ese hombre es un bendito y la quiere con locura.

A lady Gaardner no se le escapó el rencor en su mirada, pero no lo mencionó.

—Siempre pregunta por usted.

Frederick asintió sin decir nada.

—Las cosas les van bien, por suerte los chismorreos no han afectado a sus ventas y todo sigue como siempre. Debe tener más cuidado si no quiere que se acaben dando cuenta de que no deja de enviarles clientes —dijo burlona—. Meredith está tratando de convencer a su padre de que deberían marcharse a Edimburgo como él quería, pero parece que el escocés no se decide a dar el paso. Quizá espera algún movimiento por su parte.

Frederick negó con la cabeza.

—Me dejó muy claro que no debo acercarme a su hija.

Sintió una punzada en el pecho al recordar aquella conversación. Nunca se había humillado tanto ante nadie como el día en que se abrió el pecho para mostrarle su corazón a Robert MacNiall y el insensible escocés no le dejó ni entrar en la tienda. Todo el mundo que pasaba pudo ver cómo lo echaba de allí y le gritaba que no volviera nunca más.

—Es lo que debe hacer un padre —dijo ella con serenidad—, pensar en el bienestar de su hija y velar por ella, aunque crea que se equivoca.

Frederick asintió, a pesar del rencor que le guardaba, también lo respetaba por ello.

—¿Aunque la vea sufrir?

—Me temo que el respeto es eso, pasar por alto cualquier argumento que contravenga los deseos de la otra persona. Es lo que hace usted cada día.

—Ella no respetó mis deseos. Yo habría esperado que se enfrentase a cualquier cosa por mí.

—¿Acaso usted no teme a su padre? Sea sincero, no conmigo, consigo mismo. Si Meredith no hubiese dado el paso, habría tenido que darlo usted mismo. Le hizo un favor evitándole ese mal trago. Por eso está aquí sentado y por eso no ha contravenido las órdenes de su padre. No la culpe por hacer lo que hizo, para ella fue tan duro como para usted.

Él desvió la mirada, pero su mandíbula se marcó de nuevo prominente.

—Debería haber cuidado mejor de ella.

—Sé que está usted pasando un auténtico calvario y eso solo se soporta cuando debemos

proteger a otros. Meredith es consciente de que está cuidando de ella al mantenerse alejado. No se torture innecesariamente imaginando que ella cree que la ha abandonado. Le aseguro que no es así.

Frederick se inclinó hacia delante y enterró las manos en su pelo, apoyando los codos en las rodillas. Le costaba respirar y se le había hecho un nudo en el estómago.

—Ahora bien. —Sonrió taimada—. Su padre es un ser humano, no un Dios. Tiene que haber alguna manera de neutralizarlo. Todos tenemos puntos débiles, busque el suyo. Siendo como es, lo habrá mantenido bien oculto para asegurarse que nadie le hace a él lo que él acostumbra a hacer. Busque, no ceje en su empeño. Y, mientras tanto, ¿por qué abandonar una amistad que los dos ansían? No pueden casarse, pero nadie dice que no puedan ser amigos.

Una chispa prendió en los ojos de Frederick.

—Creía que habíamos dicho…

—Usted es fuerte, podrá contener sus emociones. ¿Podrá?

—No estoy seguro.

—Inténtelo. Sea su amigo. Respete las distancias y aprenda a disfrutar de su compañía sin esperar nada más. Estoy segura de que eso sería muy bueno para los dos.

—Su padre no dejará que me acerque a ella —musitó.

—¿Desde cuándo está prohibido transitar por los mismos lugares que alguien? A Meredith le gusta mucho pasear por el parque, a veces viene a visitarnos después. —Le hizo un gesto con la mano señalando su taza—. Ande, tómese el té que se le va a enfriar. Y cómase otro pastelito, necesita endulzar un poco su vida si no quiere volverse un viejo amargado. Coma, vamos. Anna no tardará en venir a saludarlo. Hay que ver lo mucho que lo quiere mi hija.

Frederick obedeció como un niño y se comió otro pastelito que le supo a hierba mojada.

—Belinda ha invitado a Meredith a su fiesta de compromiso dentro de dos semanas —anunció la condesa—. Yo no suelo ir a eventos de esta clase, ya lo sabe, pero Meredith no iría sola, así que me ofrecí a acompañarla.

Frederick la miró con evidente sorpresa.

—¿Meredith… irá?

Lady Gaardner afirmó rotunda con la cabeza y, por primera vez en meses, Frederick tuvo ganas de sonreír.

—¿Un baile de máscaras? —Meredith miraba a Belinda sin dar crédito—. No me dijiste

que habría un baile de máscaras. De hecho, no hablaste nada de un baile, acepté porque me dijiste que sería una cena.

—¿Cómo vamos a celebrar mi compromiso solo con una cena? Eso no sería justo, ¿no crees? Ya viste cómo fue la fiesta de Luke y Georgia.

Meredith siguió pasando el plumero dentro de la vitrina con mucho cuidado y expresión malhumorada.

—No me lo dijiste —insistió.

—Ahora no puedes echarte atrás. Te hemos incluido en la lista de invitados y ya se ha publicado. Sería muy raro, Meredith.

La otra apretó los labios para contener la ristra de imprecaciones que pugnaban por salir de su boca. Lo había hecho a propósito, estaba segura. Belinda no le dijo que habría baile para que aceptase la invitación.

—No lo hice a propósito, si es lo que estás pensando.

—No te creo.

—Jamás te mentiría. Es cierto que me di cuenta de que no te lo había dicho unos días después y no te advertí, pero objetivamente cuando te invité no me acordé de ese detalle.

—Serás…

—Vamos, Meredith, será divertido. ¿Has asistido alguna vez a un baile de máscaras?

La otra negó con la cabeza sin variar su expresión. Pensaba estar enfadada con ella hasta el fin de los tiempos.

—Yo tampoco —se rio la joven—. Y me hace mucha ilusión. ¡Soy tan feliz!

Meredith casi no pudo contener la sonrisa.

—Lo siento —dijo la joven repentinamente compungida—. Me siento mal por ser tan feliz.

Su amiga bajó el plumero y la miró ceñuda.

—No seas tonta, tu felicidad es importante para mí.

La joven la abrazó de improviso y Meredith mantuvo el plumero alejado de ella mientras con el otro brazo le devolvía el gesto.

—¿A qué viene esto?

Belinda la miró apartándose y se limpió rápidamente los ojos que se le habían llenado de lágrimas.

—No soporto esta situación, ¿de verdad no hay nada que se pueda…?

—Te pedí que no hablásemos de esto.

—Pero…

—Belinda… —la cortó.

La otra cogió aire para llenar sus pulmones y luego los soltó de golpe.

—Está bien, ya me callo.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

—¿Ya sabes qué vestido te pondrás? ¿Me dejas ver ese maravilloso baúl de tu madre?

Meredith la miró divertida.

—¿Qué piensas que vas a encontrar?

—Si contenía un vestido como el que llevaste la noche de… —enmudeció de golpe—. Bueno, que me gustaría verlo.

—Ve —señaló la puerta—. Mi padre está en el taller. Busca todo lo que quieras y si ves algo que creas que me puede ir bien, déjalo sobre mi cama.

Belinda caminó hacia las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja. Diez minutos después había sobre la cama de Robert un total de seis vestidos. Dos ya los había visto y sostuvo frente al espejo el azul que tanto le había gustado imaginándose con él puesto. Era una maravilla, pero Meredith no podía volver a llevarlo. Los otros cuatro tampoco estaban nada mal, en especial llamó su atención uno de un blanco roto con encaje de Chantillí y perlas en el escote. ¿Pero de dónde había sacado su madre esos vestidos? Estaba claro que no siempre fue una simple tendera. Miró hacia la puerta abierta con el ceño fruncido y, como si hubiese activado alguna clase de conjuro, Robert apareció frente a ella.

—¿Qué…? —Observó la cama con el ceño fruncido.

—Estoy eligiendo uno para que Meredith lo lleve a mi fiesta de compromiso.

El escocés frunció el ceño.

—¿Va a ir?

Belinda asintió y señaló los vestidos.

—No sé por cuál decidirme. Son preciosos.

Robert miró de nuevo hacia la cama y su semblante se contrajo al fijar la vista en aquellas prendas. Desvió la mirada rápidamente.

—Señor MacNiall, estos vestidos son demasiado hermosos para estar en un baúl.

El escocés asintió, pero no dijo nada.

—¿Su esposa tenía algún secreto? Ya sabe que puede confiar en …

—No preguntes —la cortó.

Belinda miró de nuevo las prendas y cogió el vestido blanco enseñándoselo con una gran

sonrisa.

—¿Qué le parece este?

Robert asintió lentamente.

—Muy bonito —dijo con voz profunda.

Belinda lo miró de nuevo poniendo atención en los detalles.

—Sin duda, con este vestido y su pelo…

—¿Él irá?

La joven lo miró interrogadora.

—¿Frederick?

—No. El barón.

—No lo creo, está en Harmouth. Y, además, nunca nos visita por más que mi madre diga lo contrario.

El escocés apretó los labios y asintió.

—Mejor así.

—Puedo invitarlo a usted, si quiere. Así podrá estar cerca de ella.

—No —dijo rotundo—. Yo no pinto nada allí. Me alegro mucho por ti, ya lo sabes.

Belinda asintió con una cálida sonrisa, desde luego que lo sabía. Bajaron juntos después de que guardaron todos los vestidos y dejaron el blanco en el dormitorio de Meredith.

—Me marcho ya —dijo la joven después de explicarle cuál había escogido—. Ya no nos veremos hasta la noche de la fiesta.

Meredith la acompañó hasta la puerta y la despidió con afecto. Cuando regresó su padre la miraba desde el otro lado del mostrador y su expresión mostraba a las claras que no le gustaba nada la idea.

Capítulo 25



Se contempló en el espejo con el antifaz puesto. Había tardado varios días en confeccionarlo, para que quedase bien con el vestido y estaba muy satisfecha con el resultado. Le cubría la mitad del rostro y había colocado perlas y encaje de manera estratégica. El resultado era bastante aceptable, se dijo. Cogió la capa y el pequeño bolsito de noche y salió de su cuarto para dirigirse a las escaleras. Cuando bajó se encontró con el paje de los condes de Westbridge.

—El carruaje de los condes la espera, señorita MacNiall —dijo ceremonioso.

—Pásatelo bien —dijo Robert ayudándola a ponerse la capa.

—¿Me esperarás levantado?

—Por supuesto —afirmó rotundo—. ¿Por quién me tomas?

Le dio otro beso y salió de la casa con paso rápido. Cuando entró al carruaje, saludó a los condes con cortesía y les dio las gracias otra vez por haber decidido acompañarla.

—¿Va a llevar el antifaz puesto todo el rato? —preguntó la condesa cuando el coche se puso en marcha—. A mí me molesta mucho, es muy incómodo. No pienso usarlo.

Meredith sonrió divertida.

—El mío no noto ni que lo llevo.

—Qué suerte, la próxima vez le pediré que me lo haga usted. Mi modista tiene un gusto exquisito, pero que yo esté cómoda no es nunca su prioridad.

—¿Cómo están Anna y Max?

—Muy bien, deseando verla. —Miró a su esposo que observaba distraído a través de la ventanilla—. A Héctor no le gustan los bailes, le pasa como a mí.

—Le agradezco mucho que haya decidido venir —repitió mirándolo ansiosa.

El conde levantó una ceja con desgana y volvió a centrar la atención en la ventanilla.

Meredith y Paula se miraron y la condesa puso los ojos en blanco.

—Hombres —murmuró.

A Meredith le resultaba muy difícil no sonreír cuando estaba con la condesa de

Westbridge.

—Usted intente divertirse. Lleva un antifaz que le cubre prácticamente todo el rostro, nadie va a reconocerla, así que podrá oír todo lo que cuchicheen sobre usted —se rio—. Disfrútelo, es lo único que me gusta de estos bailes.

—¿No le molesta oír lo que dicen de usted?

—¿Molestarme? ¿Se cree que no sé que hablan de mí? Lo sé muy bien y es peor imaginar qué dicen que oírlo directamente. Le aseguro que casi nunca superan mis expectativas, siempre creo que serán más ingeniosas y locuaces de lo que lo son en realidad.

Las dos mujeres siguieron hablando, especialmente la condesa, hasta que el carruaje se detuvo frente a la mansión de los Warren. Cuando Meredith bajó del coche sintió un pellizco en el corazón. Un montón de recuerdos afloraron a su mente y dibujó una sonrisa en sus labios. Aunque ahora ya no fuese como entonces, no había olvidado lo feliz que fue allí. Las risas con John y Charles, a los que siempre se les ocurría alguna travesura. Las largas jornadas con Belinda, al principio cargada de ira reprimida, pero poco a poco desarrollando una madurez cálida y afable. Incluso echaba de menos ayudar a lady Warren con su correspondencia y elaborando los menús de la semana.

—Vamos, querida —la llamó la condesa desde la escalinata de entrada.

Los anfitriones no llevaban máscaras y recibían a sus invitados con excesiva ceremonia. Meredith conocía bien a Emily y sabía que estaba pletórica con que los condes hubieran aceptado su invitación y estaba segura de que agradeció que la condesa no llevara el antifaz puesto, ya que eso le permitía demostrarle su respeto y admiración, sabiendo muy bien quién era. En un baile de máscaras nadie debe presentarse, así que Meredith pasó junto a los anfitriones sin decir nada. En lugar de dirigirse hacia el salón de baile, decidió pasearse por la casa, pues no debía temer ser reconocida o tener que dar explicaciones. Subió al primer piso, observando a su alrededor para asegurarse de que no llamaba la atención de ningún curioso, y recorrió el pasillo hasta la que había sido su habitación los últimos meses que pasó allí. Aunque suponía que la que había ocupado antes de que Luke regresara también estaría desocupada, había creado un vínculo especial con aquel cuarto grande, frío y desangelado al que la desterró Emily para alejarla de su hijo mayor. Al abrir la puerta no se esperaba encontrar a nadie allí.

—La fiesta es abajo. —Dos pares de ojos la miraban entre sorprendidos y cautelosos

—¿Qué hacéis levantados a estas horas? —preguntó ella con un deje de falsa severidad.

—¡Señorita Meredith! —exclamaron riendo—. ¡Ha venido!

John se levantó de la silla y a punto estuvo de tirar las piezas de ajedrez al golpear la mesa

sin querer. Corrió hasta ella, pero se detuvo antes de abrazarla.

—¿Seguro que es usted? —preguntó Charles a su lado.

—Por supuesto que soy yo —dijo quitándose el antifaz.

Los dos niños la abrazaron entonces sin reparos.

—La hemos echado mucho de menos —dijo John.

—¿Ha venido al baile? —Charles la miró expectante—. ¿Mamá lo sabe? Póngase el antifaz y no hable, así no la descubrirá.

—O quédese con nosotros —dijo John con aires de suficiencia—. Aquí estará a salvo, es nuestro cuartel general. Desde que usted se fue nadie entra en este cuarto, así que lo hemos «conquistado».

—Es un escondite perfecto —asintió Charles sonriendo.

—Lo tendré en cuenta. —Miró a su alrededor—. ¿No tenéis frío?

—Un poco, sobre todo Charles, que es muy pequeño aún —afirmó John, que disfrutaba demostrando que era el mayor de los dos—. Pero tenemos mantas.

Le señaló un baúl en un rincón de la estancia.

—Luke nos enseñó a hacer algunos ejercicios para entrar en calor —explicó Charles—. Y además nos ponen fuertes. Mire, toque mi brazo y verá.

Meredith hizo lo que le pedía y abrió los ojos para mostrar su sorpresa.

—¡Dios mío! Sí que eres fuerte, Charles.

—Le gano siempre que luchamos. —John se cruzó de brazos arqueando una ceja—. Es demasiado pequeño para mí.

—Tienes cuatro años más que yo —protestó Charles—. A ver si tú ganas a Luke, listo.

—Luke es mucho más mayor que yo.

—Pues eso.

Meredith se acercó al tablero y observó las piezas.

—Buena partida —dijo sonriente—. Aunque veo algunos errores muy tontos.

—¿Verdad que sí? —dijo Charles volviendo rápidamente a la mesa—. Se lo he dicho a John, pero no me hace caso.

Charles era mucho mejor jugador que John y Meredith sabía que eso irritaba a su hermano. Le había costado mucho despertar el interés de los niños por el juego, pero finalmente lo había conseguido haciéndoles ver las partidas como batallas campales y que el vencedor no siempre era el que tenía el ejército más fuerte, sino el que sabía emplear mejor a sus soldados.

—¿Se va a quedar con nosotros? —preguntó el mayor mirándola de arriba abajo—. Está

muy guapa, señorita Meredith.

La institutriz arrugó la nariz mostrando lo poco que le apetecía marcharse. Cogió una silla y la acercó al tablero.

—Venga, jugad que os vea.

—Belinda la buscará por toda la casa —dijo John sentándose en su sitio.

Charles también obedeció y volvió a poner toda su atención en la partida. Tener a Meredith observándolos era un acicate más para ellos.

Durante los siguientes diez minutos nadie dijo nada y los tres permanecieron atentos a las jugadas. Meredith se dio cuenta de que sería una partida corta, estaban muy atentos y sus movimientos eran rápidos.

—¿Por qué nunca viene a vernos? —preguntó Charles antes de mover su alfil para amenazar a un caballo.

—Es por mamá, tonto —le contestó su hermano poniendo su pieza a buen recaudo.

—Podríais venir a verme vosotros —dijo ella con una sonrisa—. Sabéis dónde está la tienda de mi padre, os llevé una vez, ¿os acordáis?

Los dos emitieron un sonido de afirmación sin apartar la vista del tablero.

—¿A su padre no le importará si vamos?

—Por supuesto que no. Se alegrará de veros. Venid cuando queráis. Pedidle a Belinda que os lleve, ella viene a menudo.

—Lo haremos —afirmó John—. Jaque.

Charles no movió un músculo de la cara cuando intercambió el Rey por la Reina. Meredith se dio cuenta entonces de lo que iba a pasar y comprendió que John iba a perder como siempre. Había caído en todas las trampas de su hermano hasta colocarse exactamente donde él quería. En tres jugadas sería jaque mate.

—Debo irme ya —dijo poniéndose de pie. No quería ser testigo de la derrota del muchacho al que seguro que le importaría tener testigos.

Los niños la miraron con pesar.

—¿Tan pronto?

—Como habéis dicho, Belinda ya me estará buscando y no parará hasta encontrarme. Si os ve levantados os enviarán a la cama, ¿verdad?

Los dos niños asintieron.

—No os levantéis —los detuvo—. Terminad vuestra partida. Y recordad: no es mejor el que gana, sino…

—…el que sabe enfrentarse a cualquier situación con entereza y valentía —sentenciaron los niños a coro.

Meredith sonrió satisfecha y salió de la habitación dejándolos solos. Cruzó el pasillo para regresar a la escalera y se detuvo con el pie en el primer peldaño al ver a Frederick, que la miraba inmóvil en el centro del *hall*. El corazón de Meredith aceleró sus latidos y dejó de respirar. ¿Cómo podía haberla reconocido a esa distancia y con el rostro oculto? Caminó hacia ella y se detuvo al pie de la escalera para esperarla. Una sonrisa burlona en sus labios y la mano apoyada en el pasamanos en actitud chulesca.

—Señor Wharton… —lo saludó ella al llegar abajo.

Él extendió la mano para tomar la suya y se la llevó a los labios. Sintió el contacto a pesar del guante y una oleada de calor la envolvió como un manto suave. Percibía su familiar aroma y se le secó la garganta al pensar en las veces que había dejado su olor impregnado en su ropa.

—Señorita MacNiall, está usted preciosa, como siempre —susurró él muy cerca, lo más cerca que la situación propiciaba.

—He venido con los condes de Westbridge —dijo lo primero que se le ocurrió—. Debería ir a saludarlos.

—Lo haré, descuide.

—¿Acaba de llegar?

Él asintió sin dejar de mirarla con fijeza.

—¿Su padre está bien?

—Muy bien, gracias.

—Me alegro.

Se fijó entonces en ella con más detalle, los huesos de la clavícula se marcaban prominentes y sus brazos también se veían más delgados. Apretó ligeramente los labios y la miró de nuevo a los ojos con una expresión que no dejaba lugar a dudas.

—Disfrute del baile. —Meredith hizo ademán de alejarse.

—Necesito una maestra —la detuvo.

La institutriz se giró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Voy a abrir una escuela para los hijos de nuestros granjeros más jóvenes —explicó relajado—. Ya está todo hecho, solo nos falta una maestra.

Meredith seguía sin comprender.

—Sé que no tiene trabajo —añadió él—. Le estoy ofreciendo un empleo.

—Yo no soy maestra.

—¿Tiene alguna oferta mejor? Ya sé que no le gusta la idea de dedicar su atención a varios alumnos, pero le aseguro que el servicio que les dará tendrá un valor enorme. Son niños que de otro modo no dispondrán de la menor educación. Sus padres los pondrán a trabajar en las granjas y eso será todo para ellos.

Meredith se sintió confusa y desconcertada. Por un lado, le parecía una idea maravillosa, pero por el otro…

—Está hablando de Harmouth.

Él asintió.

—Trabajaría para su padre.

—Trabajaría para mí. Para los niños, en realidad —puntualizó.

Ella negó con la cabeza.

—No me puedo creer que me esté pidiendo esto.

Se giró para marcharse, pero Frederick le interceptó el paso. Ella miró entonces a su alrededor con preocupación. Solo faltaba que diesen el espectáculo para acrecentar los cotilleos sobre ellos.

—Vayamos a un lugar en el que podamos hablar de esto con calma —dijo él y haciéndole un gesto le señaló las puertas de la biblioteca.

Meredith sintió el impulso de negarse, pero era mejor aclarar las cosas en privado y solucionarlo sin que nadie más se enterase. Asintió levemente y pasó delante de él. Una vez a solas se giró a mirarlo con evidente enfado.

—¿Es que no hablan ya suficientemente de nosotros?

—Estás muy delgada —dijo él mirándola de arriba abajo.

—Es el vestido.

Él sonrió burlón y ella se preguntó si siempre había tenido aquellos labios mullidos y bien perfilados.

—No deberíamos tutearnos —añadió antes de que él dijera nada más—. Es fácil que nos confundamos cuando estemos en público.

—Estuvimos prometidos. —Se quitó el antifaz y lo metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Pero ya no.

—Tú me has tuteado.

Meredith apretó los labios molesta.

—Por eso he dicho «deberíamos». Soy muy despistada, cuando esté distraída me

confundiré. Hablémonos de usted, por favor.

—Como quiera. —Se apartó de la puerta para acercarse a ella.

Meredith dio un paso atrás de manera instintiva al verlo avanzar y Frederick se detuvo mirándola incrédulo.

—¿Me tiene miedo?

—No, claro que no. Es solo que… estoy nerviosa.

—Hubo un tiempo en que era justo al revés, estar a mi lado la tranquilizaba.

—No hable así.

—¿Así cómo? ¿Diciendo la verdad?

Ella dejó escapar el aire en un suspiro resignado y caminó hacia la puerta pasando a su lado sin mirarlo.

—¿Adónde va? Todavía no hemos hablado del tema que quería tratar.

Se quedó un momento pensativa dándole la espalda. Se quitó el antifaz también para que viera su expresión al girarse.

—Sé lo que está haciendo.

—Ah, ¿sí? —dijo confuso.

—Está intentando manipularme. No voy a ir a Harmouth. No dejaré que me conmueva con esos pobres niños que no tendrán educación si no bla, bla, bla.

Frederick se cruzó de brazos mirándola divertido.

—¿Bla, bla, bla? —se burló.

—Decidimos mantenernos alejados el uno del otro y sigue siendo la mejor opción.

—¿Decidimos? No recuerdo que mi opinión se tuviese en cuenta.

—Frederick, por favor.

Él dejó escapar el aire con un bufido y bajó los brazos, deshaciéndose de toda impostura.

—Seamos amigos al menos. Déjame… Déjeme que la vea de vez en cuando. ¿Qué hay de malo en eso?

Meredith lo pensó una décima de segundo. ¿Amigos? ¿Verlo de vez en cuando? ¿Tenerlo cerca? ¿Sentir que el corazón le explotaría si no la envolvía con sus brazos y la besaba?

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Sabe por qué.

Él la miró con fuego en los ojos, pero mantuvo las distancias.

—Si le doy mi palabra, la cumpliré y lo sabe.

—¿Qué palabra? ¿La de no hacerme sentir una persona cruel e insensible? ¿La de no propasar nunca los límites? ¿La de ser tan solo un amigo?

—Todas ellas. Nunca haré nada que usted no quiera. Míreme, la estoy tratando con cortesía, después de…

Meredith entornó los ojos.

—Frederick… Será más fácil para los dos si nos mantenemos alejados.

Él negó con la cabeza.

—No. No es cierto. Prefiero verla de lejos, que no verla. Prefiero escuchar su voz hablando con otros, que no escucharla nunca. La quiero en mi vida, aunque solo pueda intercambiar un saludo cada día. Por favor, Meredith, ¿no puede darme al menos eso?

—Su padre…

Él apretó los dientes para contener la furia que lo embargaba por el mero hecho de pensar en él.

—No hará nada, mientras no…

Nos casemos, pensó ella. Su padre estaría dispuesto a aceptar que ella fuese su amante, se lo había dejado muy claro. No le importaría que fuese la maestra de un montón de zarrapastrosos siempre que su hijo no quisiera llevarla al altar. Sintió la misma furia que había visto en los ojos de él y apretó los puños al tiempo que dejaba escapar el aire en un suspiro.

—Le pagaré bien —dijo él insinuando una sonrisa—. Dicen que soy bastante generoso.

—¿Dónde viviría?

—¿Recuerda que le dije que quería comprar una granja?

Meredith asintió.

—Ya es mía.

Lady Gaardner la escuchaba sin perder de vista a los bailarines.

—La condesa de Greenwood está embarazada —dijo sorprendida de verla bailar—. Yo cuando estaba embarazada parecía un tonel y ella, en cambio…

—No me está escuchando —se quejó Meredith.

La condesa se giró hacia ella, apesadumbrada.

—¡Por supuesto que sí, querida! No me lo tenga en cuenta, salgo muy poco de casa y todo me llama la atención, pero siga, siga. ¿Entonces va a aceptar la oferta de Frederick?

—No estoy segura.

—¿Por qué no?

—Es peligroso.

La condesa frunció el ceño.

—¿Peligroso para quién?

—Para todos. ¿Y si no… somos capaces de… comportarnos?

La otra amplió su sonrisa hasta el borde de la carcajada.

—¿Usted y el señor Wharton pasándose de la raya? Eso es imposible.

—¿Tan firmes nos considera?

—Mire, Meredith, está la resiliencia, la fortaleza de ánimo, la firmeza, y luego están ustedes dos, en la cima de la montaña —se rio.

Meredith no lo tenía tan claro. No se le había olvidado lo sucedido en su casa, precisamente, y lo cerca que había estado de perder la decencia para siempre. Pero eso no podía decírselo y menos en medio de un salón repleto de gente deseosa de tomar nota para luego publicarlo a los cuatro vientos.

—¿Le apetece? —preguntó lady Gaardner con perspicacia.

—No estoy segura.

—Ser maestra ha de ser diferente de ser institutriz, pero ¿es diferente a ser niñera? Yo también le ofrecí trabajo y conmigo no lo dudó un instante.

Meredith lo pensó un momento. Tenía razón en todo y, sin embargo, le parecía que eran cosas distintas. Pero ¿realmente era eso o sus dudas provenían del hecho de que aceptar la propuesta de Frederick le permitiría estar cerca de él?

—Fui yo la que le propuse que fuesen amigos —confesó la condesa—. Me parece una soberana estupidez que hayan cedido a los deseos del barón, ya lo sabe, se lo he dicho a los dos hasta la saciedad. Pero aún me parece más incomprensible que hayan dejado de ser amigos por eso. Una cosa no quita la otra.

—¿Es posible? ¿Podemos ser amigos y nada más?

—Pueden ser lo que quieran, eso es lo que yo pienso. Lo que quieran, querida mía.

Durante unos minutos permanecieron en silencio observando a las personas que deambulaban por el salón y también a las que bailaban en la pista. Meredith evitó en todo momento que sus ojos se cruzaran con los de Frederick, pero sentía su presencia como una certeza no comprobada.

—Si no dejas de mirarla, todos se van a dar cuenta de que es ella —dijo Luke colocándose

a su lado.

Frederick ignoró el comentario y bebió un sorbo de su copa sin apartar la vista.

—¿Le has propuesto lo de ser maestra?

—Mmmm.

—¿Y qué ha dicho?

—Que no.

—Sigue siendo más inteligente que tú.

—Y tú sigues siendo un imbécil, hay cosas que no cambian.

Luke lo miró con una sonrisa torcida.

—Luego me dice Georgia que te trate mejor.

—Eso es porque aún no te conoce bien.

—Te has vuelto más insoportable de lo que ya eras, ¿lo sabías?

—Algo me han dicho —respondió sonriendo.

—Vamos, Frederick. Baila con la señorita Oberon. Tu padre se enterará y seguro que eso lo pondrá de mejor humor.

Su amigo giró la cabeza para mirarlo y enarcó una ceja con expresión elocuente.

—¿Y eso debería importarme porque…?

—La última vez que estuve en tu casa la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Por eso me he comprado una granja.

Luke hizo un gesto de rechazo.

—Ahí no dejaría vivir ni a mi mozo de cuadras. Y no hablo solo de lo pequeña que es…

—Por suerte tú no vas a vivir en ella.

Luke volvió a señalar hacia una mujer que conversaba con la condesa de Greenwood al otro lado del salón.

—¿Qué tiene de malo Dorothy Oberon? Es una mujer bastante atractiva y muy rica. Por no mencionar que su padre posee un título superior al tuyo.

—Creo que voy a por algo más de bebida.

Sin esperar respuesta, Frederick se alejó en dirección al bufé y Luke se encogió de hombros dándose por vencido.

La condesa de Westbridge se había unido a los que bailaban y Meredith permanecía sentada a la espera de su regreso. No se había movido de allí deseando que nadie la reconociese y poder evitar así tener que saludar a los Warren. Sabía perfectamente lo que había estado diciendo Emily de ella y no le apetecía nada soportar su hipocresía en aquel momento.

—Señorita MacNiall —dijo una voz junto a ella.

Se giró despacio y sin ganas y se encontró con el desagradable rostro de Michael Drummond.

—¿Me concede el próximo baile? No será un vals, por desgracia, pero tendré que conformarme.

—No, gracias —respondió con falsa humildad.

—¿Por qué no?

—No me apetece bailar esta noche.

—Vamos señorita MacNiall, no se haga de rogar.

—No pretendo semejante cosa, de verdad no me apetece bailar.

—Entonces debería darme un motivo creíble. ¿Sus aspiraciones solo le permiten bailar con caballeros solteros y con título?

—¿Debo justificar mi negativa?

—Se lo agradecería mucho. No veo impedimento alguno para que baile conmigo, después de todo ya no está comprometida.

Meredith elevó el mentón con expresión segura y su cabello rojo brilló con mayor intensidad.

—¿Una mujer no puede negarse a bailar sin estar comprometida?

—Una dama, por supuesto, pero usted, ¿por qué lo haría? Soy un caballero respetable y es una deferencia por mi parte pedírselo siquiera.

¿Respetable? Ojalá pudiera decirle lo que opino de usted.

—Disculpe mi osadía, pues —respondió volviendo a mirar hacia la pista de baile.

—¿Eso significa que acepta bailar conmigo?

—En absoluto.

Drummond apretó los labios sin disimular su enfado, pero respiró hondo para calmar sus nervios, no quería ponerse en evidencia delante del resto de invitados.

—Así que lo que dicen de usted es cierto, solo busca medrar y yo estoy casado, así que no sirvo para sus planes.

Meredith aguantó estoica el ataque y a pesar del nudo que se le estaba atando en el estómago, no respondió, por lo que él siguió atacándola sin retenerse.

—Conozco muy bien a las mujeres como usted. Esperaré unos años y dejará de deambular por estos salones como si fuese una dama. Es solo una institutriz y ahora ni eso. Ya nadie va a contratarla después de lo que lady Warren ha contado sobre usted. Lo intentó primero con su

hijo, pero cuando apareció una presa mayor dirigió su escopeta en otra dirección. —Chasqueó la lengua torciendo una sonrisa—. ¿Se pensaba que lo lograría? El barón es sin duda mucho más listo que su hijo y no ha permitido que cayese en su trampa…

Meredith se puso de pie y sin mediar palabra alguna le propinó una sonora y rotunda bofetada sin variar de expresión. El alboroto que se escuchó a su espalda no la hizo girarse siquiera, aunque escuchó cosas que habría preferido no oír.

—Es usted un canalla y un desgraciado, señor Drummond. Le ruego que en lo sucesivo no me mire siquiera, mucho menos que me dirija la palabra.

Drummond la agarró del brazo con fuerza, apretando con sus dedos que se tocaban al rodearlo.

—¿Quién se ha creído que es?

—Suéltala —ordenó Frederick a su espalda con voz dura—. He dicho que la sueltes. ¡Ya!

Drummond obedeció con reticencia y se giró hacia el otro visiblemente alterado.

—Esta insolente me ha abofeteado por invitarla a bailar. No voy a consentir…

—Seguro que te ha abofeteado por algo más que eso.

Meredith sospechaba que acabarían a golpes, así que se dio la vuelta para salir del salón y de aquella casa cuanto antes. Ahora ya tenía claro que jamás volvería a poner un pie allí, su incursión en la vida de aquellas personas, había llegado a su fin.

—Señorita Meredith, espere —la llamó él cuando salía de la casa.

Ella se detuvo en lo alto de la escalinata sin saber qué hacer.

—La acompañaré a casa. —Frederick hizo una seña al lacayo para que trajeran su coche y cuando se quedaron solos la miró ansioso—. ¿Estás… bien?

Meredith asintió sin mirarlo.

—¿Qué te ha dicho?

—No importa.

—No hagas caso a lo que piense ese energúmeno.

—Es lo que piensan todos.

—Eso no es cierto. Tienes buenos amigos que te aprecian de verdad: Los condes, Belinda, las Ashton. Yo.

Lo miró un instante, pero contuvo su lengua y volvió a darle la espalda.

—Meredith, no dejes que ese hombre…

El cochero aparcó delante de la escalinata.

—Enviaré su carruaje de vuelta enseguida —dijo ella poniendo un pie en el estribo.

—Te acompaño.

—No —dijo sentándose y cerrando la portezuela.

La manera en que lo miró lo obligó a aceptar su decisión. Le dio instrucciones al cochero y la miró interrogador una vez más.

—Acepto —dijo serena.

Frederick frunció el ceño.

—Seré la maestra de esos niños.

El carruaje se puso en marcha y se alejó de allí, pero Frederick no se movió del sitio. La condesa de Westbridge se colocó a su lado.

—¿Le ha dejado su carruaje? —preguntó.

Él asintió sin mirarla y lady Gaardner le pidió al lacayo que trajeran el suyo.

—Confieso que en algunos momentos me lo he pasado incluso bien —dijo quitándose los guantes—, pero en cuanto ella se ha marchado he perdido el interés por completo.

—A mí me pasa lo mismo —musitó él.

—Frederick…

Se giró para mirarla y la conmovió su triste expresión.

—Todo en esta vida tiene solución, si uno conoce a las personas adecuadas —dijo con una sonrisa—. No tire la toalla y siga remando. Al otro lado tiene a amigos esperándolo. No lo olvide y tenga paciencia. Oh, querido, ya estás aquí —saludó al ver a su esposo—. Justo a tiempo, aquí llega nuestro carruaje. Nos marchamos ya, señor Wharton, mañana mi esposo tiene una reunión con su majestad el rey y nunca llega tarde a sus interminables citas. Buenas noches, querido amigo.

Capítulo 26



Su padre la miraba con expresión muy seria. Respiraba pausadamente, con respiraciones largas y profundas como hacía cuando temía alterarse.

—No es buena idea, Meredith.

Ella continuó preparando su equipaje sin mirarlo.

—Me permitirá alejarme de Londres y de verdad que lo necesito, papá.

—Pero te lleva a Harmouth, hija. El barón…

Se detuvo para enfrentarlo y su expresión era lo bastante elocuente, pero aun así lo dijo en voz alta.

—Al barón solo le importa que no me case con su hijo. No le preocupa que seamos amantes, amigos o… —Se sentó en la cama sin fuerzas y lanzó la prenda que tenía en las manos antes de dejarse caer hacia atrás.

Robert fue a sentarse a su lado y permaneció así, en silencio junto a ella, hasta que Meredith se sentó también.

—Siento darte estos disgustos, papá —dijo agarrándose a su brazo y apoyando la cabeza en su hombro.

—Tú no me das disgustos, hija, son esos estirados, arrogantes y estúpidos que no ven más allá de sus títulos y su dinero. —Puso una de sus manos en una de ella y le dio palmaditas con cariño—. Si tú quieres ir a Harmouth, no te lo impediré. Pero no quiero que sufras. Si tú sufres, me matas, hija.

—No sufriré —dijo con cariño—. Te lo prometo.

—Como si eso pudiera prometerse —se burló él.

—Cuando era niña siempre me decías que podía hacer lo que quisiera.

Robert inclinó la cabeza para mirarla con una sonrisa irónica.

—¿Ahora vas a echarme en cara mis enseñanzas?

—¿Quién echa en cara nada? Solo estoy recordándote que tu hija es fuerte, que parece que

lo has olvidado. No me amilanaré por lo que pueda pensar el barón. Iré a Harmouth a dar clase a los hijos de esos granjeros y los ayudaré a tener una vida mejor. ¿Acaso no es lo que siempre he querido? Escogí ser institutriz para eso, tú lo sabes mejor que nadie. Pero no ha salido bien y ya nadie de Londres me contratará. Ni siquiera sé si en Edimburgo podría conseguir trabajo sin tener referencias. Me preguntarían por mi último trabajo, y ya sabes que no me gusta mentir.

—¿Por qué eres tan cabezota? ¿Qué tiene de malo trabajar conmigo en la tienda? ¿Tanto te disgusta?

Ella se apartó para mirarlo incrédula.

—¿Disgustarme? ¡Sabes que no es eso!

Robert se puso de pie.

—Me haces sentir como un don nadie. Ser comerciante no es ninguna vergüenza —dijo paseándose por la habitación.

—¡Papá!

—Tu madre y yo construimos una bonita vida y creí que mis hijos serían felices viviendo así.

—Y soy muy feliz, pero quiero sentir que soy necesaria, papá. Quiero aportar algo al mundo, no solo beneficiarme de lo que tú tienes.

—Lo mío es tuyo, hija. Yo no quiero nada para mí, nunca lo quise.

Meredith fue hasta él y lo abrazó apoyando la mejilla en su pecho.

—Lo sé, papá, lo sé muy bien. Te quiero muchísimo, eres el mejor padre del mundo y tu tienda es un refugio para mí. Me siento segura y a salvo siempre que estoy aquí contigo. Pero sabes cómo soy, no busco estar cómoda, busco sentir que puedo. Que soy autosuficiente. Que importo.

Su padre la apartó para mirarla a los ojos.

—¿Que importas? ¡Claro que importas! ¿Cómo habría sobrevivido yo sin ti después de perder al amor de mi vida? ¡Imposible, hija! Si tú no hubieses estado a mi lado, me habría tumbado en una cama y me habría dejado morir.

—No digas eso, papá. —Lo abrazó de nuevo con lágrimas en los ojos.

Pero sabía que era cierto, no habría sobrevivido solo. Yvaine era toda su vida, era la luz de sus mañanas y la manta bajo la que cobijarse cuando el frío arrecia. Era su principio y su fin. Su razón de ser. Ella lo sabía mejor que nadie. Tuvo que recogerlo del suelo muchas veces y llevarlo a la cama enfebrecido y al borde de la locura. El dolor que sentía era tan intenso que no lo dejaba pensar. A veces se quedaba sin respiración y Meredith tenía que gritarle y zarandearle para que

volviese a la vida. No, su padre no habría sobrevivido sin ella, era cierto. Apretó su abrazo respirando pausada, sintiendo la protección que él irradiaba. Era muy afortunada por tener un padre como él. A pesar de haber perdido a la mejor madre del mundo cuando aún la necesitaba tanto. ¿Alguna vez deja de necesitarse una madre? Sospechaba que no.

Se apartó y lo soltó para limpiarse las lágrimas, mirándolo con una sonrisa burlona.

—Vaya par de llorones estamos hechos.

—Yo no lloro —dijo él limpiándose también con disimulado orgullo.

—Puedes venir a visitarme cuando quieras. —Recogió la prenda que había tirado en la cama y la dobló para meterla en su bolsa de viaje—. Tendré una granja para mí sola.

—Iré, por supuesto. Cerraré la tienda unos días y…

—¿Cerrar la tienda? —lo miró incrédula—. ¡Ja! No me hagas reír.

—Ya lo verás. Una semana, cerraré una semana entera.

—Harmouth no está lejos de Londres. Con dos días tendrás suficiente. Los dos sabemos que no puedes estar mucho tiempo sin hacer nada. Y mucho menos, lejos de tus relojes. ¿Cómo va el reloj de pared, por cierto?

Robert sonrió recuperando el entusiasmo.

—¡Oh! Va a ser una maravilla, hija. He encargado una preciosa caja de nogal y ya tengo casi terminada la maquinaria. Solo me queda hacerle algunos ajustes. La esfera va a ser de cristal de zafiro. No sé si conseguiré venderlo porque será realmente caro.

—La condesa me pidió que no lo pusieras a la venta.

—¿Qué? Pero esa mujer para qué quiere otro reloj si no hace caso a los que ya tiene.

—Es parte de su encanto —dijo acabando de llenar la bolsa.

—¿Llegar siempre tarde?

Meredith asintió sonriendo.

—Le encanta ver la cara de los que la esperan cuando la ven aparecer.

Robert negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Voy a poner los platos de la cena, no tardes que no quiero que se enfríe la sopa. Y después tenemos tarta de la señora Carpenter. Esa mujer es un portento, nadie hace las tartas como ella —dijo saliendo de la habitación.

Meredith sonrió al pensar en la mujer, había seguido enviándoles tarta todas las semanas desde que se marchó de casa de los Warren. Y sabía que se metería en un lío si la señora se enteraba, pero, por suerte, nadie del servicio de lady Emily la antepondría a la cocinera. Todo el mundo quería a la señora Carpenter. Sonrió satisfecha y cerró la bolsa con las cuerdas antes de

salir del cuarto.

✿✿✿

—Las natillas están deliciosas —dijo Frederick mirando al mayordomo—. Transmítale mis felicitaciones a la señora Pater, George.

—Así lo haré, señor.

—Desde luego —dijo la señorita Oberon asintiendo—. Nunca había probado una delicia como esta. No me iré sin que me dé la receta.

—Y, cuéntenos, Dorothy, ¿qué planes tiene para estas Navidades? —preguntó el barón hablándole con complicidad—. Aquí en Harmouth solemos preparar una gran fiesta con cena y baile. Espero y deseo que se quede hasta entonces. No hay duda de que es una buena influencia para mi hijo. Desde que está usted aquí no ha perdido tanto tiempo con los granjeros. Su interés por las tareas agrícolas es algo que, entre usted y yo, no logro entender.

—Para entender de cualquier cosa hay que mostrar cierto interés, padre —dijo irónico.

—Pues eso, que no lo entiendo —se rio el barón.

Dorothy Oberon era la hija de un conde. Su padre no era muy hablador y tampoco demasiado amable, pero desde luego estaba muy lejos de parecerse al barón. Además, tenía tres hermanos varones, así que podía comprender bastante bien a Frederick, por eso se llevaban bien. No le disgustaba físicamente, era increíblemente guapo y tenía un porte digno y fuerte que lo hacían bastante apetecible, pero no había visto en él la menor muestra de interés en ella desde que se instaló en Harmouth hacía ya una semana. Sabía que tanto su padre como el barón aprobarían un enlace entre ellos, pero no estaba segura de poder conseguirlo.

Terminado el postre, pasaron al salón para tomar una copa de vino y charlar antes de retirarse a descansar.

—Lo cierto es que solo faltan unas semanas para Navidad, quizá sí me quede hasta entonces —dijo Dorothy siguiendo con el tema—. Si no soy una molestia, por supuesto.

—¿Molestia? ¡Es una bendición! Una casa con dos hombres es de lo más aburrida, ¿verdad, Frederick?

—Desde luego —afirmó él.

—¿Y qué ha hecho hoy? —preguntó Edmund con una sonrisa—. ¿La ha llevado mi hijo a montar?

—¡Oh, sí! Ha sido un paseo adorable. Un día de estos quiero ir a ver la escuela. Tengo

entendido que pronto llegará la maestra, me gustaría conocerla y saber qué método de enseñanza va a utilizar.

Frederick detuvo la copa que viajaba hacia sus labios y la miró entornando los ojos.

—¿La escuela? —El barón frunció el ceño—. ¿Se refiere a la de los hijos de mis campesinos?

—No son sus campesinos, padre, no trabajan para usted. Son granjeros.

—¿Y qué diferencia hay? —se rio su padre—. Viven gracias a mí y lo saben, por eso cuando me ven pasar me saludan como si fuese el mismísimo rey.

Dorothy se rio por cortesía, aunque pocas veces le hacían gracia las bromas del barón.

—Me parece una obra muy loable que Frederick se preocupe por ellos hasta el punto de procurarles educación a sus hijos. ¿Quién sabe lo que podría suponer para ellos en el futuro?

—Tiene razón —siguió riendo el barón—. Así podrán contar mejor las semillas que plantan o los cerdos que crían.

Frederick miraba a su padre sintiendo vergüenza ajena. Cada día le resultaba más difícil disimular el desprecio que sentía hacia él. Se terminó el contenido de su copa y se puso de pie para marcharse.

—Estoy cansado. Si me disculpan, me retiro.

—¿Ya? —preguntó Dorothy sin disimulo—. ¿Tan pronto?

—Madrugo mucho, como ya sabes.

—Pero…

—Buenas noches. —Se inclinó ante ella y salió del salón sin más explicaciones.

Subió los escalones de dos en dos, quitándose la chaqueta y aflojándose el pañuelo del cuello. No se detuvo hasta estar en su cuarto con la puerta cerrada. Lanzó la prenda sobre la cama y fue hasta la ventana para abrirla de par en par. El frío de la noche lo golpeó en la cara antes de enfriar su cuerpo que sentía ardiendo. Respiró hondo varias veces hasta que recuperó la calma y luego se giró para observar su cuarto con hastío. Su vida en aquella casa era un infierno y solo mantenía la cordura gracias a que pasaba el mayor tiempo posible lejos de ella.

Se fue hasta la cama y se dejó caer en ella cuan largo era. Con la mirada fija en el techo y los brazos debajo de la cabeza dejó que su corazón se acelerara al pensar en Meredith. Llegaría al día siguiente y se instalaría en su pequeña granja. Las mujeres de los granjeros lo habían ayudado a dejarla presentable. Sabía que no era gran cosa, pero había ganado mucho con unas cortinas, las alfombras y los muebles. Además, la señora Pater se había encargado de proveer su cocina de todo lo necesario.

El aula se había instalado en el salón más grande, aunque solo constase de ocho pupitres y el escritorio para la maestra. Pero Meredith dispondría de un pequeño saloncito para uso propio en el que había colocado una pequeña librería que había provisto de un buen número de libros, que se había traído de su propia biblioteca de Londres. Libros que recordaba haberla oído mencionar y que esperaba fueran de su interés, aunque estaba dispuesto a ir a Londres para escoger otros, si era necesario.

—Meredith… —musitó para sí y a continuación lanzó un gruñido correoso y prolongado que no calmó en absoluto su espíritu.

✿✿✿

—Señorita MacNiall —la recibió la señora Pater frente a la puerta de la granja—. Me alegra mucho conocerla al fin.

Meredith sonrió al ver a la cocinera y le estrechó la mano con delicadeza.

—Lo mismo digo. He oído hablar mucho de usted.

—Espero que bien —sonrió la mujer haciéndose a un lado para que ella entrase—. Este es el señor O'Hanlon.

El granjero se inclinó ante ella, pero Meredith le tendió la mano.

—Encantada de conocerlo —dijo cuando él se la estrechó ligeramente.

—Bienvenida —respondió educado—. Descargaré su equipaje y lo entraré en la casa.

—Muchas gracias —aceptó ella.

—Adelante, adelante —le indicó la cocinera haciéndose a un lado para que pasara—. Espero que le guste cómo hemos dejado la casa. —La siguió dentro—. La mayor parte del trabajo lo han hecho las madres de sus alumnos, yo solo me he encargado de la cocina. Le he dejado algunos platos preparados en la fresquera y tiene ingredientes para cocinar durante tres días. Cuando haga la compra para la casa, haré también la suya, si le parece bien.

—Oh, no se moleste, me gusta mucho ir a comprar. Me encanta pasear por el mercado.

La cocinera asintió conforme.

—Aun así, cualquier cosa que necesite no dude en pedírmela. Puede mandar a uno de los niños a darme su mensaje si no quiere ir hasta la casa del barón —dijo con mucho tacto.

—Así lo haré.

Meredith observó complacida el gusto y cuidado que habían puesto en la decoración de la casa. Era más grande que el apartamento en el que vivía con su padre. La casa en la que estaba

situada la tienda, sería más o menos del mismo tamaño que aquella granja, pero toda la planta baja estaba destinada a la tienda.

—Este es su dormitorio y aquí tiene un pequeño salón para descansar en su tiempo libre.

Meredith vio la librería y se acercó a leer los títulos. Se volvió hacia la cocinera sorprendida.

—El señor Wharton se encargó de eso —explicó la mujer antes de que preguntara—. Fue a su casa en Londres a buscar los libros.

Meredith asintió con un pellizco en el corazón.

—¿Quiere ver el aula?

La joven siguió a la cocinera hasta un salón más amplio.

—¿Son ocho niños? Creía que serían diez.

—Los hijos de Steerforth no vendrán. Su padre no les ha dejado.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida—. Haremos las clases de manera que no afecten a sus tareas.

La cocinera se encogió de hombros.

—Steerforth es un hombre un poco… intransigente. Piensa que estudiar les llenará la cabeza de pájaros y teme que se piensen lo que no es.

Meredith seguía con el ceño fruncido, pero no dijo nada más. Estaba claro que aquello no era asunto de la cocinera y no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

—He dejado sus cosas en el cuarto —dijo O'Hanlon desde la puerta—. Me marcho.

—Gracias por todo —dijo Meredith con una sonrisa.

—Bienvenida —repitió el granjero y después de rascarse la nuca como si buscara algo más que decir, se marchó dejándolas solas.

—Venga, le enseñaré la cocina y le prepararé un té para que se recupere del viaje —dijo la señora Pater.

No le pasó desapercibida la atención con la que la miraba la cocinera mientras trajinaba. De vez en cuando se giraba a observarla mientras ella disimulaba fingiendo interés en los utensilios de cocina.

—Le he traído unos pastelitos de canela —dijo la señora Pater vertiendo el agua en la tetera—. Son los preferidos del señorito Frederick y también lo eran de su madre.

—He oído hablar de esos bollitos —dijo Meredith pasando un dedo por encima de una preciosa panera—. La señorita Sikes me dijo que son lo más delicioso que ha probado nunca.

La cocinera sonrió orgullosa y puso en la mesa una bandeja que había cubierto con un

paño. Al quitarlo mostró unos apetecibles pastelitos en forma de buñuelo. Meredith no se contuvo y cogió uno para llevárselo a la boca. Puso los ojos en blanco al percibir la suave textura y el delicioso aroma de la canela se mezcló a la perfección con la masa dulce. Cuando terminó de tragar miró a la señora Pater con admiración.

—Son maravillosos. Comeré solo esto a partir de hoy. Puede llevarse las verduras y la carne. Pero, por favor, tráigame más bollitos la próxima vez que venga. —Cogió otro enseguida —. No se pregunte si los habré terminado, ya le digo yo que sí. Los de esa bandeja no me durarán más de un día, se lo aseguro.

—Cogerá un empacho y un día después están aún más ricos. Al menos a mí me gustan más cuando están un poco duritos.

—Es como comerse una nube. —Clavó los dientes suavemente—. Tienen una textura tan deliciosa…

La cocinera puso las tazas a ambos lados de la mesa y colocó la tetera en el centro.

—Quizá prefiera tomarlo sola —dijo expectante.

—Por supuesto que no —negó Meredith conteniendo el gesto de chuparse los dedos—. Si mi padre prueba estos bollitos… Tiene que probarlos. Le encargaré una tanda cuando venga a visitarme. Se los pagaré, por supuesto. Y todo lo que me ha traído. Dígame cuánto ha sido y…

—No puedo cobrarle nada, el señorito Frederick me mataría. Dejó muy claro que no debe faltarle de nada y que cualquier gasto que usted tenga forma parte de su salario.

Meredith apretó los labios para no decir nada inconveniente delante de la cocinera.

—Señorita MacNiall, aquí todos nos disgustamos mucho cuando se rompió su compromiso. Nunca habíamos visto al señorito tan feliz como el tiempo que estuvieron prometidos.

Meredith bajó la mirada para ocultarle su incomodidad.

—Discúlpeme que sea tan franca, no volveré a sacar el tema, pero quería que lo supiera. Todos apreciamos mucho al señorito, es un hombre maravilloso, muy bueno y sensible. Se preocupa por todos y nos ayuda siempre que lo necesitamos. —Suspiró con fuerza—. Su padre…

—¿Usted no quiere un bollito? —La interrumpió empujando la bandeja hacia ella.

La cocinera comprendió que no quería oír nada sobre el barón y asintió.

—¿Cuándo conoceré a los niños? —preguntó antes de beber un sorbo de su té.

—En cuanto usted quiera. Cuando diga que empiezan las clases, aquí los tendrá.

Meredith tomó otro sorbo de té. Bajó la taza hasta el platito con expresión reflexiva y después de unos segundos miró a la señora Pater.

—¿Podría conocer al señor Steerforth?

Harry Steerforth era un hombre de aspecto apacible, pelo negro, ojos penetrantes y sufría una ligera cojera que hacía que se moviese de un modo peculiar. A pesar de todo ello y de haber cumplido ya los cuarenta y cinco, no parecía un hombre al que la vida hubiese maltratado.

—Supongo que viene a tratar de convencerme, pero no se moleste, señorita, mis hijos no irán a su escuela —dijo con tono afable.

—Me gustaría que me explicase sus motivos. Pienso respetar su decisión, por supuesto, pero no quiero quedarme con la impresión de que pueda tener que ver conmigo.

El hombre negó con la cabeza.

—Habría dicho que no fuese quien fuese el maestro.

—Pero dijo que sí al principio.

—En realidad no. —Le señaló una silla para que se sentara y él lo hizo en otra gemela—. ¿Le apetece beber algo? ¿Tenemos algo que podamos ofrecer a la señorita MacNiall, Betsy?

—No se moleste, acabo de comerme unos deliciosos pastelitos y no creo que pueda ni cenar esta noche.

—Los famosos bollos de la señora Pater —dijo el granjero sonriendo.

—Creo que no podré comer otra cosa nunca más —respondió ella sonriendo.

—Fue culpa mía, señorita —dijo Betsy sentándose también—. Yo dije que sí sin consultárselo a Harry. Luego él vino, se lo dije y se enfadó muchísimo conmigo.

—¿Por qué? —Lo miró Meredith interrogadora—. ¿Qué es lo que le parece tan mal?

—Los niños son una esponja, señorita. Absorben todo lo que ven y oyen. No quiero que mis hijos escuchen historias de personas que nada tendrán que ver en su vida. Van a ser granjeros, no viajeros aventureros… No quiero que piensen que pueden subirse a un barco y surcar los mares en busca de aventuras. No quiero que crean en tesoros enterrados.

Meredith sonrió consciente de que él sí había creído en todas esas cosas.

—Intentaré que comprendan la diferencia entre la fantasía y la realidad. Pero, ¿no es importante que alimentemos su fantasía mientras son niños?

—¿Para qué? La vida les dará una bofetada de realidad en cuanto tengan edad de pensar. —Negó con la cabeza—. Y a eso añádale los delirios de grandeza que tienen algunos. Que porque saben sumar dos más dos, ya se piensan que merecen mayor suerte que los demás. No, señorita, deje a mis hijos que yo me encargo de enseñarles todo lo que necesitan saber.

Alguien llamó a la puerta y la señora Steerforth se levantó para abrirla.

—Señorito Frederick…

Meredith se giró y no pudo disimular su sobresalto al verlo.

—Me ha dicho la señora Pater que había llegado —dijo mirándola con una expresión que ella no supo catalogar.

—Ha venido a convencerme de que le deje a mis hijos.

—¿Sigue sin querer dejarlos ir a la escuela?

—Siéntese. —Betsy le ofreció su silla y ella fue en busca de otra.

Meredith aspiró con disimulo su aroma a hierba húmeda y a madera y sonrió al sentirse en casa. A Frederick no le pasó desapercibida aquella sonrisa y entornó ligeramente los ojos.

—No se canse, Meredith —dijo llamándola con confianza—. El señor Steerforth es un cabezota intransigente que siempre hace lo que le place, aún a sabiendas de que está equivocado.

El granjero torció una sonrisa y se cruzó de brazos con expresión socarrona.

—Mire quién habla, el que siempre tiene alguna idea peregrina para solucionar nuestros problemas.

—¿Y acaso no son buenas ideas?

—La mayoría de las veces, sí, pero alguna pata ha metido.

—Cierto —afirmó Frederick divertido—. Yo tengo una teoría. Creo que no deja que sus hijos vayan a la escuela porque teme que sean más listos que él.

Steerforth enarcó una ceja, pero no dijo nada, por lo que Meredith sospechó que esa afirmación no iba del todo mal encaminada.

—Mi padre no tuvo la misma educación que mi madre y yo y, aun así, las dos creíamos que era el hombre más inteligente que conocíamos.

—¿Creían?

—Mi madre murió hace unos años. Yo sigo creyéndolo. Estoy segura de que sus hijos emplearán la educación que les brinde para hacer que sus vidas, la suya y la de su esposa, sean mejores. Y el día de mañana, quizá puedan aportar algo más a la familia gracias a sus conocimientos. —Meredith lo miró suplicante—. Déjelos venir un tiempo y si no le gusta lo que les hace la educación, no les deje venir más.

—Harry —intervino su esposa—, se sentirán mal cuando vean que todos van menos ellos. ¿Qué les diremos cuando pregunten?

El granjero apretó los labios, pero su expresión no era de enfado sino de rendición.

—Está bien —dijo después de unos segundos de incertidumbre—. Les dejaré ir un mes,

pero si veo el más mínimo comportamiento en ellos que me indique una sola pizca de arrogancia, no volverán.

Meredith extendió la mano para que se la estrechara y Steerforth descruzó los brazos con la mirada clavada en Frederick. La maestra siguió su mirada.

—¿Por qué lo mira a él? No es mi padre ni mi marido, puede estrecharme la mano sin temor.

El granjero lo hizo, pero solo después de Frederick asintiese levemente.

Cuando salieron de la granja de los Steerforth, Meredith lo encaró ceñuda.

—¿Va a ser siempre así? Porque si es que sí, me marcho por donde he venido.

—¿De qué habla?

—¿Le van a pedir permiso para todo lo que tenga que ver conmigo? Saben que no estamos prometidos, ¿verdad?

Él asintió.

—¿Entonces?

—Ha sido un gesto sin importancia. Probablemente, Harry no estaba seguro de hacer lo correcto al estrechar la mano de una dama.

—Yo no soy una dama —masculló ella caminando hacia el sendero.

—Por supuesto que lo es. —La alcanzó sonriente.

—Soy una maestra, las damas no son maestras.

—Y no estrechan la mano de granjeros, eso seguro.

Ella se paró en seco y lo miró entornando los ojos.

—¿Está diciendo que no me comporto como una dama?

—Dios me libre.

—Mmmm. —Elevó el mentón orgullosa.

—Hay que reconocer que consigue todo lo que se propone.

Avanzaron unos pasos en silencio.

—¿Por qué ha venido? ¿Me está vigilando?

—Quería… verla. —Ahora fue él el que se detuvo—. Me siento estúpido hablándote con cortesía. ¿No podemos comportarnos con normalidad?

—Esto es lo normal.

—No, no lo es. Somos amigos, los amigos se hablan con confianza.

—No somos amigos.

—¿Cómo que no? Por supuesto que lo somos —afirmó rotundo—. Estamos en Harmouth, aquí las cosas son diferentes.

—¿Diferentes en qué? —Ella se puso de nuevo en marcha sin esperarlo—. Las cosas son iguales en todas partes. La gente habla y tu padre…

—Meredith…

—¿Qué?

—¿Te han gustado los bollitos de canela?

Ella trató de esconderle su sonrisa, pero él la adelantó y se dio la vuelta para caminar de espaldas y verla bien.

—Te han gustado.

—Mmmm.

—La señora Pater me ha dicho que eres una mujer encantadora y que no le sorprende nada que quisiera casarme contigo.

—No ha dicho eso.

—La próxima vez que la veas puedes preguntárselo, verás que no miento.

—¿Te has vuelto loco? No respondas, es evidente que sí. Tendrás algo que hacer, imagino.

—Pensaba que me invitarías a cenar. —Ella lo miró incrédula—. La señora Pater te ha dejado mucha comida preparada, me lo ha dicho.

—Eso no sería nada correcto.

—Discrepo. Creo que me merezco que me agasajes, después de todo yo te he conseguido el trabajo, he arreglado la granja…

—Que yo sepa, todo el trabajo lo han hecho las esposas de los granjeros y tu cocinera.

—Yo he puesto los libros.

Ella se detuvo de nuevo y lo miró expectante.

—¿Los trajiste de Londres?

Él asintió sonriente.

—Cuando aceptaste venir, desvalijé la biblioteca de nuestra casa.

—¡Frederick! ¿Qué dirá tu padre?

—No recuerdo haber visto a mi padre con un libro en las manos desde hace años. Muchos, ciertamente. Además, los libros eran de mi madre, no suyos.

Meredith sonrió y echó de nuevo a andar.

—He elegido uno para empezarlo esta noche. Adivina cuál.

Frederick lo pensó un momento.

—¿Goethe? —Ella negó—. ¿Hume? —Volvió a negar—. Déjame pensar… ¿Fielding? —Al ver que ella asentía añadió—: Tom Jones.

—Hacía tiempo que quería leerlo, pero por una cosa o por otra…

—Creo que te gustará, aunque tengo que advertirte que Tom no es precisamente un santo.

—Lo sé —dijo ella con suficiencia.

—Así que esas tenemos. Lo has escogido por eso.

—¡No!

—¿Seguro? Su debilidad por las mujeres es manifiesta. Y me temo que la de las mujeres por él, también. Es un buen hombre, pero su brújula moral se desorienta a menudo.

Meredith se sonrojó ligeramente y desvió la mirada

—Quizá deberías leer algo más… aburrido —añadió Frederick fingiendo seriedad.

—Me gustan los personajes complicados.

Él chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza.

—Meredith, Meredith…

—¿Estás intentando que desista o es justo lo contrario?

—Te imagino leyéndolo y sé que te darán ganas de darle un empujón o algo peor. No sé si tendrás paciencia con él. Además es muy torpe y…

—Dejemos de hablar de esto, me estás manipulando.

Él sonrió abiertamente.

—Es tan divertido. ¿Puedo verte cuando lo leas? Quiero verte reír. Hace tiempo que no te veo reír.

Ella sintió la calidez de su voz y la ternura de su mirada como un puñal que la atravesaba del pecho a la espalda y se quedó allí clavado durante mucho rato.

Cuando se detuvieron en la puerta de la granja, Frederick llamó a la puerta y enseguida apareció una jovencita que no debía tener más de dieciséis años.

—Esta es Layla —la presentó.

—Para servirla, señorita —dijo la joven haciendo una genuflexión.

Meredith lo miró sorprendida.

—Necesitarás ayuda con la casa, vas a estar muy ocupada con los niños. Layla es la hija de la señora Pater.

Meredith volvió a mirar a la joven y vio el parecido con su madre en unos ojos vivarachos y aquella nariz respingona. Sonrió afable.

—Encantada de conocerte, Layla.

La joven se apartó para dejarla pasar y Frederick hizo ademán de seguirla.

—Gracias por acompañarme —dijo Meredith bloqueándole el paso—. Que tengas una buena noche.

Se disponía a cerrarle la puerta en las narices cuando se acordó de algo y se giró para mirarlo de nuevo. Casi se echa a reír al ver su cara, pero consiguió contenerse.

—Por cierto, necesitaré dos pupitres más para los hijos de los Steerforth. Las clases serán por la tarde, así que me gustaría que estuvieran aquí antes de mediodía. Buenas noches.

Aún no había atravesado la diminuta entrada cuando escuchó las carcajadas. Miró a Layla que contenía la risa, pero no dijo nada. Al girarse sintió una sensación agradable que no había olvidado. Escucharlo reír era uno de los mejores sonidos del mundo.

Capítulo 27



Se despertó despacio, removiéndose bajo la calidez de las sábanas. El silencio, solo roto por el tímido trino de un petirrojo, contrastaba con el bullicio habitual de Covent Garden. Al alargar la mano para alcanzar el reloj que había colocado en la mesita, se sorprendió al ver la luz del sol inundando la habitación. Sonrió al pensar que Layla la había dejado dormir, una joven atenta, sin duda. Se incorporó lentamente, sintiendo el crujir de la cama bajo su cuerpo. A su alrededor, la pequeña habitación de la granja que, aunque sencilla, resultaba acogedora. Cogió una de las mantas de la cama y se envolvió con ella para dirigirse hasta la ventana. La abrió de par en par y el frío le cortó el aliento, pero también la hizo sonreír. Había algo reconfortante en aquella sensación. Se inclinó en el alféizar y miró hacia afuera disfrutando de las vistas. Los campos de Harmouth, un paisaje de suaves colinas que se levantaban y caían como un mar petrificado. Nada que ver con la ciudad que veía desde su ventana en Londres.

La tierra, aparentemente desnuda en ese momento, mostraría una explosión de vida en primavera y en verano. Algunos árboles salpicaban el paisaje con sus ramas desnudas contra el cielo gris. Sonrió al pensar que parecían gigantes dormidos esperando el calor de los meses venideros. Entrecerró los ojos y vio varios edificios, probablemente los graneros que Frederick había hecho construir para los granjeros. Cuando saliera a pasear iría a verlos. El viento silbó suavemente entre los huecos de los setos, llevando consigo el aroma a humo de chimeneas encendidas y leña quemada. Respiró hondo sintiendo que la calma volvía a su espíritu. Con las mejillas rojas por el frío intenso y una enorme sonrisa, cerró la ventana y se dispuso a prepararse para un nuevo día.

✿✿✿

—¿Podemos ir a visitar hoy la escuela? —preguntó Dorothy en el desayuno—. He sabido que la maestra llegó ayer.

—¿Cómo es la maestra? —preguntó el barón sin demasiado interés.

—Yo aún no la he visto —respondió la invitada al ver que Frederick no decía nada—. Solo sé que se llama Meredith MacNiall y que viene de Londres.

Edmund Wharton dejó la taza sobre su plato con suavidad y se limpió la comisura de los labios con la servilleta antes de poner los ojos sobre su hijo.

—¿Meredith MacNiall? Creía que era institutriz, no maestra.

Frederick lo miró sin expresión alguna, pero no emitió el menor sonido. Su padre se giró de nuevo hacia Dorothy y sonrió afable.

—Claro que puedes ir a visitarla cuando quieras, querida. Esa joven está a nuestro servicio, seguro que está encantada de que muestres interés por este asunto.

Dorothy no era tonta y se percató enseguida de que allí ocurría algo, pero también sabía que no era aconsejable preguntar cosas que los demás no querían contar, eso solo le traería dolores de cabeza innecesarios.

—¿Te parece bien, Frederick? —preguntó con delicadeza.

Él asintió sin responder, más taciturno de lo normal.

—Si me dices una hora, estaré preparada para entonces.

—Supongo que querrás ver el aula en funcionamiento, así que iremos a las tres de la tarde.

—Perfecto. —Dorothy sonrió afable—. Será divertido.

Él la miró desconcertado y ella se encogió de hombros.

—Me gustan los niños, son impredecibles.

—Está claro que eres mujer —dijo el barón—, yo no los soporto. Y si son unos maleducados, peor.

—Que sean hijos de familias humildes no significa que no estén bien educados —apuntó Frederick.

—Al menos ahora tendrán una maestra que les enseñe algo. ¿Dónde se aloja, por cierto?

El tono con el que lo preguntó su padre le erizó el vello de la nuca. Lo miró muy serio.

—En la granja del roble viejo.

—¡Claro! Qué tonto soy. Supe que la compraste con el dinero de tu madre. No sabía que esa era la finalidad que pensabas darle.

Frederick apretó los labios para no decir nada. Esa discusión todavía no se había producido y temía que si dejaba salir el menor comentario no podría contener la rabia y la impotencia que le provocaba. La inversión que había hecho su padre con el dinero que le dejó su madre en fideicomiso había sido nefasta, hasta el punto de que tras comprar la granja, no había quedado ni

un penique. Sabía que podía demandar a su padre por mala gestión, pero le sería muy difícil demostrar que había actuado de mala fe. Por no hablar del escándalo que sería que se enfrentara a él de manera pública y notoria.

—¿Esa granja es tuya? —preguntó Dorothy algo confusa—. Creía que la habrían alojado tus granjeros, después de todo va a trabajar para ellos, ¿no?

—En realidad soy yo el que la ha contratado —dijo él mirándola de frente—. Meredith es amiga mía.

Unas pequeñas arruguitas aparecieron en la frente de la joven, pero no dijo ni una palabra al respecto.

—Esa joven era la institutriz de Belinda Warren —explicó el barón.

Dorothy abrió los ojos sorprendida. Con razón le sonaba el nombre.

—¿Es… tú…?

—Sí —afirmó Frederick rotundo—. Meredith y yo estuvimos prometidos.

—Pero… ¿cómo es que ella ha aceptado…?

—Oh, mi querida Dorothy —se rio el barón—. Esa clase de mujer no desaprovecha una oportunidad así como así.

—¿Oportunidad de qué, padre?

—Pues de obtener algún beneficio. Después de lo sucedido se le han cerrado las puertas de las casas de Londres, tu intervención probablemente ha evitado su ruina total. Dorothy, ya debes saber que mi hijo es un sentimental que se compadece de animalitos heridos, granjeros y mujeres caídas en desgracia.

Frederick se puso de pie de golpe y miró a su padre con una clara advertencia en los ojos.

—Meredith no ha caído en desgracia, padre, es una mujer honorable y digna que merece todo tu respeto. —Se giró entonces hacia Dorothy—. Has de saber que no fui yo el que rompió ese compromiso, fue ella la que me dejó, no al revés. Yo me habría casado con ella pese a todas las trabas que encontramos en nuestro camino. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. Que tengas una buena mañana, Dorothy.

Salió del comedor sin despedirse de su padre.

—No se lo tengas en cuenta —dijo el barón acariciando el plato de su taza con la punta de un dedo—. Ese asunto está totalmente solucionado.

Pero Dorothy no estuvo nada segura de eso. En absoluto.

Subió a su caballo y se alejó de la casa al galope. Necesitaba sentir el aire cortante en la cara y activar sus músculos, si no quería quedarse clavado en el sitio. Estaba tan tenso que cualquier cosa lo haría estallar. Después de una hora cabalgando desmontó en un claro rodeado de árboles desnudos, cuyas ramas retorcidas se mecían al compás del viento. El suelo estaba cubierto de hojas secas, que crujieron bajo sus botas cuando caminó hacia un pequeño arroyo que serpenteaba a pocos metros. La corriente de agua era lenta, casi perezosa, reflejando los débiles rayos de sol que apenas lograban atravesar las nubes grises y pesadas que cubrían el cielo. A lo lejos, las colinas se levantaban como gigantes dormidos, salpicadas por algunos animales que pastaban en los prados de un verde apagado. El aire olía a tierra húmeda y a madera, con un toque de humo lejano que seguramente provenía de alguna chimenea cercana. El silencio era denso, solo roto por el murmullo del arroyo y el ocasional graznido de un cuervo que se alzaba entre las ramas. Frederick cerró los ojos por un momento, permitiendo que la fría brisa aliviara la tensión que todavía sentía en el pecho.

Se tenía por un hombre fuerte y con mucho aguante. La vida lo había puesto a prueba en incontables ocasiones y eso había fortalecido su carácter. Pero ver a Meredith entrar en la granja como tantas veces había soñado, dejándolo a él fuera, fue una dura prueba.

No había pegado ojo y se había comportado como un completo estúpido, saliendo en plena noche de casa para ir hasta la granja y quedarse durante más de dos horas bajo su ventana. Se le había empapado la ropa con el rocío y la humedad de la noche y el frío le había calado hasta los huesos, pero no lo sintió siquiera, de tan encendido que estaba. ¿Cómo iba a poder soportar tenerla tan cerca siendo tan inaccesible? La amaba más que a su vida, lo habría sacrificado todo por ella y, sin embargo…

Enterró los dedos en su pelo y gritó con furia para intentar poner techo a su impotencia, pero solo consiguió apaciguarla ligeramente. Lo único que podía calmar su ansia sería tenerla entre sus brazos. Besarla. ¡Dios! Besarla hasta bebérsela entera. La necesitaba. La anhelaba como anhela el aire el ahorcado. ¿Había sido buena idea arrastrarla hasta allí? ¿Tenerla al alcance de su mano y no poder tocarla?

—¡Maldito seas! —gritó—. Eres un cobarde. Un débil y un estúpido. ¡Claro que podrás soportarlo! ¡Te mato si no puedes! Mejor tenerla cerca que no verla nunca. Mejor sentir su aroma envolviéndote que esta soledad insoportable. El mundo es mejor si ella está cerca, no importa que no sea tuya.

Se sacudió la rabia y la angustia de un manotazo y bufó desangrando su ira para dejarla allí. Que su padre metiera cizaña, no le importaba. No desearía su muerte, no lo convertiría en un

amargado ni dejaría que contagiara de maldad su corazón. Si hiciese eso, no sería digno de ella y él quería ser digno de ella a toda costa. Quería que, cuando pensase en él, su corazón se llenase de júbilo.

Meredith escuchó el golpe del hacha y frunció el ceño. Alguien estaba cortando leña fuera. Cerró el libro y se levantó de la butaca para acercarse a la ventana. Detrás de la casa estaba Frederick en mangas de camisa y cortando troncos de un mismo tamaño para la chimenea. Se llevó una mano al pecho y respiró hondo antes de dirigirse a la puerta para salir.

—¿Qué haces? —preguntó al llegar hasta él.

Frederick se detuvo para mirarla y sonrió levemente antes de descargar el golpe del hacha.

—Estoy haciendo ejercicio —dijo colocando otro tronco sobre el tocón—. Es muy edificante trabajar con este frío.

—No sabía que te encargabas personalmente de estos asuntos.

Él la miró un instante y de nuevo dejó caer el hacha. Los músculos de sus brazos se tensaban con el esfuerzo y Meredith desvió la mirada incómoda.

—¿Ya lo tienes todo listo para tu primera clase? —peguntó amontonando los pedazos más pequeños.

—Mmmm —asintió ella paseándose con las manos en la espalda.

Frederick se limpió la frente con el dorso de la mano y terminó de amontonar la leña junto a la casa.

—Creo que con esto tendréis suficiente por ahora —dijo respirando agitado—. No escatimes, Meredith. Vendré a cortar más cuando lo necesites.

Ella asintió conteniendo una sonrisa.

—¿Tienes sed? —preguntó.

Frederick asintió y ella le hizo un gesto para que la siguiera adentro. Él cogió su chaqueta y se la puso antes de entrar. Layla lo saludó con simpatía cuando Meredith le pidió que les llevase algo de beber.

—¿Una limonada les apetece?

Frederick asintió y se sentó en una de las dos butacas que había en el pequeño salón.

—Estabas leyendo —dijo señalando el libro—. Te he visto por la ventana cuando he llegado.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Estabas tan… —*Preciosa,* pensó—. Concentrada.

—La próxima vez, da un toque en el cristal, me he asustado al escuchar los golpes del hacha.

Frederick volvió a asentir y revisó la estancia. Ya se percibía su presencia por todas partes. Había un reloj de chimenea que no estaba allí antes, el cesto de bordado, el libro sobre la mesilla. Había cambiado las lámparas de sitio y también algunos cuadros. Ella se percató de su inspección.

—Espero que no te moleste que haya tocado tus cosas.

—No me molesta en absoluto. Me encanta. —Sonrió.

—No sé si te lo había dicho, pero es una casa preciosa.

La miró de un modo tan cálido que tuvo que apartar la mirada para que no percibiera su turbación.

—Puedes venir siempre que quieras —dijo ella de pronto—. Esta es tu casa y yo cuidaré de ella con todo mi amor.

Layla entró en el salón con una bandeja e impidió que él pudiera responderle.

—¿Come bien la señorita, Layla?

—No mucho, señor. Me da vergüenza comer más que ella.

Frederick miró a Meredith con severidad y ella sonrió.

—No soy de mucho comer, nunca lo he sido.

—Ahora vas a tener mucha actividad con esos niños, debes estar fuerte.

Los miró a ambos con una sonrisa.

—Está bien, pondré más cuidado en lo que como.

Frederick se giró de nuevo hacia Layla.

—Que coma, como mínimo, la misma cantidad que tú. Si no es así, me lo dirás, ¿está claro?

—Sí, señorito.

La muchacha los dejó de nuevo solos y Meredith lo miró con expresión cínica.

—¿Voy a tener una espía en mi propia casa?

En cuanto lo dijo se arrepintió, el rostro de Frederick era más que elocuente.

—Me encanta cómo suena.

—Sé que no es mi casa.

—Lo es.

—Frederick…

—Perdona. —Llenó los dos vasos de limonada y le tendió uno a ella antes de beber del

suyo.

Meredith también bebió y después miró el vaso sorprendida.

—¿Por qué todo está tan bueno aquí? ¿Es alguna clase de magia o es por el aire limpio del campo?

Frederick sonrió.

—La señora Pater es una extraordinaria cocinera y ha enseñado bien a su hija.

—No, no, no. Una limonada consiste en exprimir limones en una jarra con agua fresca, no tiene mayor misterio, pero esta está deliciosa.

—Todo se puede mejorar con el toque adecuado.

—Estoy deseando que mi padre venga a visitarme. Espero que no te importe…

—Por supuesto que no.

—Sé que no acabasteis muy bien.

Frederick dejó el vaso en la mesilla y suspiró.

—Fue muy duro conmigo en un momento de debilidad. Pero no le guardo rencor, sé que su prioridad eres y serás siempre tú.

—Soy lo único que tiene.

En eso somos iguales, pensó él.

—Esta tarde vendré con una amiga. Se llama Dorothy Oberon y tiene mucho interés en ver el aula y… a ti.

Vaya, ahora soy un mono de feria. Tendré que pensar en alguna exhibición para ella.

—¿No dices nada? —preguntó él al ver que apretaba los labios.

Meredith lo miró molesta.

—¿Es necesario?

—No puedo decirle que no sin un motivo.

—Es el primer día de clase, no deberíais interferir.

—Será un momento y con eso conseguiremos que pierda el interés. No hay mucho que hacer aquí y temo que se aburre.

¿Y qué hace aquí, si puede saberse? Mejor no me lo digas, seguro que ella sí le gusta a tu padre. ¿Habéis fijado ya la fecha de la boda?

—¿Qué estás pensando, Meredith? Por las miradas que me echas parece que quieres matarme.

—¡Menuda tontería! No estaba pensando en nada.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Y por qué querría preguntarte nada? No es de mi incumbencia quién sea esa señorita ni por qué está alojada en tu casa. Supongo que me enteraré como todos los demás cuando llegue el momento de hacer el anuncio de vuestro compromiso.

—Es cierto, esa es la intención de mi padre, pero no va a pasar.

—Pues deberías replanteártelo. Seguro que es una joven encantadora y de lo más adecuada para ti.

—Yo sé muy bien quién es adecuada para mí y te aseguro que no es la señorita Oberon.

Meredith desvió la mirada mortificada por haber provocado aquello. No tenía derecho a reclamarle nada ni a afearle la conducta y lo había puesto en la tesitura de volver sobre un tema que no deberían tratar. Intentó que su sonrisa pareciese sincera.

—Me encantará conocer a la señorita Oberon. Si es amiga tuya, será una excelente persona. ¿A qué hora vendréis?

—A las tres de la tarde.

—Muy bien. Organizaré la clase incluyendo esa visita. Descuida, los niños se portarán bien. Y yo también —amplió su sonrisa sin demasiado éxito.

—Intentaré que sea una visita lo más corta posible —dijo él poniéndose de pie para marcharse.

Meredith lo siguió hasta la puerta.

—Hasta las tres, entonces —dijo al despedirlo.

Frederick saludó con un gesto de cabeza y se dirigió a su caballo.

La maestra se obligó a no pensar en la inoportuna visita hasta que llegó la hora de recibirles. La primera hora de clase la dedicó a las presentaciones, quería conocer a los niños y aprenderse sus nombres antes de comenzar con el estudio en sí. También quería que se familiarizaran con ella y explicarles su dinámica de trabajo. Las cosas que pretendía enseñarles, cuáles serían los horarios a seguir…

—¿Entonces iremos de excursión? —preguntó Mary, la hija mayor de los O’Hanlon.

—Así es. El mejor modo de estudiar la flora es viéndola con vuestros propios ojos. Pero ahora, escuchad. Vamos a tener una visita. El señorito Frederick va a venir con una amiga suya.

—¿Es su prometida? —preguntó Susan, la pequeña de los Dorman.

—¿Es guapa? —añadió Toby, su hermano mayor.

—Yo la he visto —afirmó Colton, el hijo de los Greeley—. Es muy guapa, pero no es su prometida. Su prometida lo dejó antes de la boda.

—Niños… —los apaciguó inquieta—. Enseguida la veréis y saldréis de dudas. Ahora escuchadme. Quiero que os comportéis educadamente y que respondáis solo a lo que os pregunten. Ese es el mejor modo de no equivocarse.

—¿Es verdad, señorita? —preguntó Susan—. ¿Lo dejó antes de la boda?

—¿Por qué haría eso? —Mary negaba con la cabeza—. El señorito Frederick es un barón. Nadie deja a un barón.

—No es barón, el barón es su padre —puntualizó Toby—. A lo mejor ella era duquesa, eso es más que barón, ¿verdad, señorita?

—No era duquesa —dijo Lucas, el hijo mayor de Steerforth. Era el mayor de la clase y a sus doce años lo último que quería era estar en aquella aula con unos críos—. Su prometida era la señorita MacNiall, aquí presente.

Todos los niños lanzaron una exclamación de sorpresa y la miraron expectantes. Meredith tenía los ojos clavados en él y estaba perpleja, no solo porque lo supiera, sobre todo por la inquina con la que lo había dicho. Su hermano, Jim, le dio un golpe en el brazo y él le respondió con una colleja.

—A mí no me pegues, imbécil.

—Papá te avisó de que te portaras bien. Te vas a llevar una tunda como se entere.

—¿Se lo vas a contar tú?

—Basta —ordenó Meredith muy seria—. Hablaremos de esto después, ahora, por favor, comportaos como es debido.

Lucas torció una sonrisa y Meredith se preparó para lo peor.

—Encantada de conocerla. —La saludó Dorothy después de las presentaciones—. Está haciendo una tarea admirable, señorita MacNiall.

Meredith no se dejó engañar por sus amables palabras, la forma en que la había mirado de arriba abajo hizo que supiera al instante que conocía su relación con Frederick y que no estaba nada contenta con ello. La maestra presentó a los niños y ellos saludaron con más o menos acierto, respondiendo después a las preguntas de la señorita Oberon.

—Esta aula es muy acogedora —comentó la visitante con simpatía—. ¿Estáis cómodos, niños?

—Sí, señorita —dijeron a coro todos menos Lucas, que permaneció callado todo el tiempo con actitud chulesca.

Frederick no le quitaba ojo de encima y Meredith sospechó que lo conocía bien.

—¿Tenéis ganas de aprender lo que la señorita MacNiall puede enseñaros?

—Sí, señorita —de nuevo a coro.

—Portaos bien y sed buenos con ella. El barón se disgustará mucho si descubre que no habéis aprovechado su regalo. —Sonrió mirando a Meredith—. ¿Verdad, señorita MacNiall?

Meredith se sintió incómoda evitando mirar a Frederick.

—Por lo poco que he visto, esta casita me parece adorable —continuó la huésped de los Wharton—. Tengo entendido que hasta ahora vivía usted en una trastienda.

—No exactamente. Mi padre tiene una casa de dos plantas en propiedad en Covent Garden, la planta baja es la tienda.

—Ah, ya veo. ¿Es relojero, no? Perdóneme si voy errada.

—Sí, es relojero y también vende tabaco. —Miró hacia los niños con una tibia sonrisa.

—Y usted era institutriz.

—No creo que a los niños les interese este tema —dijo ya sin disimulo—. Si quiere venir a tomar el té algún día, estaré encantada de responder a todas sus preguntas con total sinceridad.

—El barón me ha dado permiso para invitarla a cenar esta noche —dijo Dorothy pillándola por completo por sorpresa.

—Yo…

—Llevo unos días en Harmouth y soy la única mujer en esa casa —dijo suplicante—. Acompáñenos esta noche, por favor. Será muy agradable tener a otra mujer con la que quejarme de las serias conversaciones de los caballeros.

Meredith miró a Frederick buscando auxilio.

—La señorita MacNiall no…

—Oh —lo cortó Dorothy riendo—, tú, calla, Frederick. Si no vas a ayudarme, mantente al margen.

Los niños no perdían detalle de la conversación y Meredith se sentía cada vez más incómoda.

—Diga que sí. No me moveré de aquí hasta que acepte.

—¿Se ha acabado la clase ya? —preguntó Lucas poniéndose de pie.

—Lucas, siéntate —pidió Meredith.

—No nos está dando clase —respondió el niño sin obedecer.

—Lucas…

Frederick lo miró con una clara advertencia en los ojos y el muchacho se sentó de mala

gana.

—Dorothy, deberíamos irnos, estamos interfiriendo…

—La esperamos a las siete, señorita MacNiall. No se olvide —dijo la mujer sonriendo—. Adiós, niños. Estudiad mucho.

Meredith los vio marcharse con una mezcla de alivio y angustia. Cuando se giró hacia sus alumnos, Lucas tenía una sonrisa malévola.

—Iba a contarnos por qué dejó al señor Wharton antes de la boda —dijo sin disimular que se estaba divirtiendo.

—Haremos una prueba para ver en qué nivel estáis. —Arrastró la pizarra para acercarla a los pupitres—. Lucas, como eres el mayor, serás el primero. Empezaremos con sumas sencillas. Vamos, levántate. ¿No tenías tantas ganas de empezar? Pues adelante.

El niño se hizo un poco el remolón, pero en vista de que ella no cedía en su empeño, acabó obedeciendo.

Capítulo 28



La cena se desarrollaba con tranquila frialdad. Las velas, perfectamente alineadas sobre la larga mesa. El mantel de lino, primorosamente planchado y la mejor vajilla de los Wharton a servicio de los comensales. La señora Pater había preparado un banquete que habría puesto en evidencia a la más digna cocinera de Londres. Comenzando con una sopa de calabaza especiada, a continuación un faisán asado con nabos y castañas, acompañado de panes tiernos y mantecosos, mientras las verduras, cocidas al vapor, adornaban la mesa con su colorido. El postre consistiría en un pudín de ciruelas, acompañado por un vino dulce de la bodega familiar.

Meredith, sentada al final de la mesa, luchaba por mantener la compostura. La situación ya era tensa desde el principio. La presencia de Dorothy Oberon, quien la había recibido con una evidente expresión de superioridad, no hacía sino aumentar la incomodidad que sentía al volver a estar frente al barón. Edmund Wharton la observaba desde la cabecera de la mesa con un silencio glacial que no había roto más que para el saludo inicial.

—¿Cómo es que aceptó un empleo de maestra siendo usted institutriz? —preguntó Dorothy con tono aparentemente inocente, mientras cortaba el faisán con delicados ademanes.

Meredith levantó la mirada y respondió con una sonrisa educada.

—Me pareció una experiencia enriquecedora. Los niños son curiosos y tienen ganas de aprender, aunque sé que el trabajo en las granjas no les deja mucho tiempo.

—Claro, claro. Aun así, me resulta imposible imaginarme en su situación. Debe ser mucho más amable ser la institutriz de alguien como Belinda Warren, supongo. Excelente familia, los Warren, ¿no cree?

—Pasé dos años maravillosos en su casa.

—Padre, ¿revisaste el proyecto que te pasé? —Frederick intentó desviar el tema.

—De ningún modo vas a hablar de negocios hoy, Frederick —lo regañó Dorothy con mirada seductora—. La señorita MacNiall es una invitada, merece un poco de atención. —Se giró de nuevo hacia ella—. Ya ve usted, señorita, lo que tengo que soportar a diario. En cuando

me descuido se ponen a hablar de trabajo.

Meredith sonrió levemente y se llevó un pedacito de faisán a la boca. Se preguntó si la señora Pater habría hecho bollitos de canela. Seguro que le dejaba llevarse unos cuantos para desayunar. Su sonrisa se amplió y sus ojos se cruzaron con los de Frederick que la miró con calidez.

—No esperaba volver a verla tan pronto —dijo el barón dejando el tenedor en el plato—. Y menos en Harmouth. ¿Su padre sigue bien de salud? La última vez que lo vi estaba un poco… alterado.

Meredith frunció el ceño. ¿Cuándo se había visto el barón con su padre?

—Veo por su expresión que no se lo dijo. Fue a verme el día que me marchaba de Londres. Tuvimos una conversación muy intensa. Es cierto eso que dicen de los escoceses, todo lo hacen apasionadamente.

Meredith sintió que se le encogía el estómago y dio por terminada su cena. Con aquel nudo en la garganta no podría tragar ni los bollitos de canela. Miró al barón directamente y con una expresión interrogadora.

—No se preocupe, la situación no se escapó a mi control en esa ocasión, así que no pasó nada que tengamos que lamentar.

Frederick apoyó las dos manos en la mesa, contraviniendo las más básicas normas de educación. Miró a su padre ceñudo y su voz sonó atronadora en aquella sala.

—¿En qué ocasión perdiste el control, padre?

Edmund miró a su hijo como si se hubiese olvidado de que estaba allí.

—Estoy seguro de que la señorita MacNiall ya ha olvidado aquel incidente, ¿verdad, querida?

Meredith no respondió, en su lugar preguntó:

—¿Qué le dijo a mi padre?

Dorothy estaba de lo más incómoda y los miraba alternativamente esperando que alguien reparase en ella.

—Dorothy —dijo Frederick sin mirarla—, disculpa la situación, pero te agradeceríamos que nos dejases solos.

—Oh. Creí…

Por su tono de voz resultaba evidente que le molestaba, pero en vista de que nadie dijo nada para rebatir a Frederick, optó por marcharse sin protestar.

—Parece que vamos a tener esta conversación —dijo el barón y encogiéndose de hombros

añadió—. George, marchaos también.

El mayordomo y el lacayo que lo acompañaba salieron del comedor y cerraron la puerta con sumo cuidado. Edmund se sirvió más vino y le hizo un gesto a su hijo por si quería que le rellenase la copa. Frederick no movió un músculo y siguió mirándolo con la misma interrogadora expresión. El barón bebió y se apoyó en el respaldo en actitud relajada.

—Aquí estamos de nuevo —dijo sonriendo.

—Usted me ha invitado a cenar.

—Así es, quería saber qué hacía usted aquí y ahora ya lo veo. —Miró a su hijo y levantó su copa frente a él—. Bien hecho, hijo. Esto es lo mejor, no tenemos por qué privarnos de lo que deseamos. Y a usted, señorita, descuide que no le faltará de nada. Puede estar tranquila. Todos pueden estarlo.

Meredith se sintió tan sucia que esa noche no podría meterse en la cama sin darse un baño.

—Meredith no es mi amante —dijo Frederick sin entonación alguna.

El barón frunció el ceño y los miró confuso.

—¿Qué quieres decir? ¿Entonces qué narices hace en Harmouth? —Abrió los ojos como platos—. No pensarás…

—No he dejado de pensarlo ni un instante, padre. Me casaría con ella hoy mismo si ella quisiera.

El barón la miró amenazador.

—¿No se lo dejé claro? ¿Necesita que le refresque la memoria?

—Estoy aquí solo como maestra —dijo contenida—. ¿Qué fue lo que le dijo a mi padre? ¿Por qué tuvo que meterlo en esto?

—Él vino a verme, no al revés.

Meredith tembló en la silla, sentía una abrumadora pena al imaginar a su padre suplicándole al barón por ella. Las lágrimas acudieron a sus ojos sin ser llamadas y apretó los dientes para contener su angustia y su rabia. No podía desmoronarse tan fácilmente. Respiró hondo, tragó saliva y se tragó las lágrimas.

—Si todo el mundo aceptara el lugar que le corresponde, nos ahorraríamos muchos disgustos —dijo el barón jugando con su copa.

—Estoy aquí solo como maestra —repitió con firmeza.

—Vaya, vaya. Así que esas tenemos. —Miró a su hijo con expresión de desprecio—. ¿No eres capaz de doblegarla? Te tenía por un hombre, pero veo que solo eres un pelele. Va a estar paseándose delante de ti para provocarte y tú quieres caer en su trampa a la primera.

Frederick sintió una profunda desazón, por un momento sintió las palabras de su padre en lo más profundo de su corazón, como si él mismo las hubiese pronunciado. Miró a Meredith sin poder desprenderse de su rabia. Habría sido tan fácil. Solo tenía que haber entrado en la granja la noche anterior y haberla tomado. Después de eso sería suya para siempre y ni su padre ni nadie podría arrebatársela. Pero, en lugar de eso, se había pasado las horas sentado bajo su ventana. Esperando… no sabía qué. ¿Un milagro? ¿Ayuda divina? ¿Que ella lo llamase?

Meredith comprendió lo que estaba pensando y su expresión se dulcificó, lo miró como solo ella podía mirarlo y negó suavemente con la cabeza. Sin decir nada y diciéndolo todo. Te amo. No habría servido de nada. Tú no eres así…

Frederick cerró los ojos un instante y se recompuso. Respiró hondo antes de mirar a su padre.

—No me casaré con nadie, padre. Puedes intentarlo todas las veces que quieras. Puedes insistir. Puedes amenazarme, yo no cederé a tus amenazas. Si no me he casado con Meredith es porque ella no ha querido. ¿Quieres destruirnos a todos? Hazlo. ¿Me echarás a la calle a patadas? Hazlo. No me importa lo que hagas, no cederé a tu chantaje. Puedes destruirme, pero no podrás doblegarme.

El barón tenía el rostro encendido y toda su contención había desaparecido.

—Maldito desagradecido. Descastado malnacido.

Frederick se cruzó de brazos sin inmutarse.

—¿No tienes más insultos? Esos ya los he oído demasiado, deberías renovar tu repertorio, padre.

El barón dio un golpe en la mesa y cogió el cuchillo señalándolo con él. Meredith empalideció e hizo ademán de levantarse.

—Tranquila, Meredith —dijo Frederick sin mirarla—. ¿Qué vas a hacer? Vamos, haz lo que quieras, no conseguirás nada, padre. ¿Yo soy un desagradecido? ¿Qué tengo que agradecerte? ¿Tu afecto y comprensión? ¿Lo mucho que amaste a mi madre? ¿Lo que te has preocupado siempre por mi bienestar?

—Has vivido a mi costa.

—Eso no es cierto. Tú viviste a costa de tu padre y nunca has movido un dedo por hacer que su fortuna crezca. Eres ruin y mezquino y tu única misión en la vida ha sido sangrar a esos pobres granjeros. ¿Que yo vivo a tu costa? He velado por tus intereses desde que regresé de la universidad. He conseguido mejorar las cosechas y tú has recibido tus beneficios gracias a ello. Has dilapidado la fortuna que me dejó mi madre para tenerme atado a ti, pero ¿sabes qué? —Se

encogió de hombros—. No me importa el dinero. Nunca me ha importado. Estás convencido de que no podría vivir como O'Hanlon o Dorman, pero te equivocas. De hecho, sería muy feliz, si ella estuviera conmigo.

—¿Por eso la has traído? ¿Para convencerla? —Seguía sosteniendo el cuchillo con la mano muy apretada.

Frederick asintió.

—No me rendiré. No importa el tiempo que tarde, los años que pasen… No renunciaré a ella jamás, padre. Conocerla fue lo mejor que me ha pasado en la vida y sé, a ciencia cierta, que a su lado solo me pasarán cosas buenas. Sería muy estúpido si renunciase a una vida de felicidad por tus miserables y mezquinas amenazas. —Sonrió y se mordió el labio pensativo—. ¿Has sido feliz alguna vez, padre? ¿Te has sentido amado? Si te murieras mañana, ¿tu vida habría valido la pena? No puedes ser feliz, estás demasiado podrido por dentro como para saber siquiera lo que es eso.

El barón se levantó y con una furia desmedida intentó clavarle el cuchillo en el pecho, pero Frederick era mucho más fuerte y le arrebató el arma lanzándola lejos de él. Sin soltarlo lo empujó hasta dar contra una pared, mirándolo con fijeza, sin alterarse, como si no le costara el menor esfuerzo, mientras Meredith se tapaba la boca para ahogar los gritos que pugnaban por salir. Si alertaba al servicio y veían aquella escena…

—Si fuese como tú lucharía con tus armas y te derrotaría, puedes estar seguro. Pero no soy como tú, preferiría estar muerto antes que ser como tú.

—¿Vas a pegarme? Vamos, pégame, dame una excusa para…

—¿Para qué? —Se burló—. ¿Qué más vas a quitarme?

—La destruiré a ella, acabaré con su padre y haré que tengan que pedir para comer.

Los ojos de Frederick se empequeñecieron y su brazo apretó el cuello de su padre con mayor firmeza. Meredith corrió hacia ellos y trató de separarlos, pero era como intentar mover una roca.

—Si le rozas un pelo de la cabeza siquiera, si me entero de que ha tenido que pedir algo dos veces por tu culpa, te juro por Dios que te mato, padre. Iré al infierno sin dudarlo un instante, con tal de llevarte conmigo.

—Por favor, Frederick —sollozó ella abrazándolo por la espalda—. Suéltalo, por favor.

Lo hizo de golpe y el barón tosió varias veces hasta que pudo recuperar el aliento. Meredith se tapó la cara con las manos para ocultar sus sollozos y Frederick le rodeó los hombros con un brazo sin dejar de mirar a su padre.

—Meredith es intocable para ti, padre, no lo olvides. Sabes que nunca hablo por hablar, me conoces bien. Te mataré si le haces el menor daño. —La miró a ella con ternura—. Vamos, te llevaré a casa.

Frederick aceptó ir caminando hasta la granja. La luna llena les permitía ver perfectamente el camino y el frío ayudaría a templar su ánimo.

—Lo siento —dijo él—. Siento cualquier cosa que te hiciera cuando fuiste a hablar con él.

Ella siguió con la vista clavada en el camino. Después de unos segundos, Frederick se detuvo y la agarró del brazo para que no siguiera sin él.

—¿Qué te hizo?

Meredith negó con la cabeza. Después de lo que había dicho…

—Meredith —gimió dolido.

—¿Cómo has podido hablarle así? ¡Es tu padre!

Él la miró incrédulo.

—¿Me estás recriminando…? No me lo puedo creer. ¿Has visto lo que es capaz de hacer y, aun así, lo defiendes?

—Es tu padre, le debes la vida.

—¿Qué vida, Meredith? ¿Qué mierda de vida le debo?

—¡La tuya! —le espetó furiosa—. Agradezco cada insulto, cada desprecio, cada dolor que me ha infligido, porque gracias a él tú estás aquí. No me importa lo que me pase, siempre que tú estés en este mundo.

La atrajo hacia su cuerpo y la besó con tan vehemencia que desató una vorágine de deseo en ella. Meredith respondió a ese beso con total entrega y fue en ese instante cuando lo decidió. No dijo nada, tan solo lo tomó de la mano y caminó a su lado hasta que llegaron a la granja.

—Entra conmigo —musitó frente a él.

—Meredith…

Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos antes de besarlo. El suyo fue un beso cálido y dulce. Una promesa silenciosa. Una flecha directa a su corazón. Cuando se apartó de él, Frederick tenía los ojos vidriosos y el pecho a punto de explotar.

—Entra conmigo —repitió ella y sin esperar respuesta lo tomó de nuevo de la mano y entró en la casa.

Lo llevó hasta su cuarto y cerró la puerta suavemente. Después fue hasta la cama y se tumbó en ella muy despacio, como si el tiempo se hubiese ralentizado. Extendió los brazos,

llamándolo, pero Frederick estaba paralizado. Sabía que no podría resistirse si cedía lo más mínimo y buscaba frenéticamente un resquicio de cordura.

—Hazme tuya —pidió temblorosa.

Él caminó hacia ella y se detuvo junto a la cama.

—Di que te casarás conmigo, pase lo que pase —ordenó él.

—Hazme tuya, Frederick —repitió ella, ahora con voz firme.

—¡Dios! —gruñó.

Se incorporó y poniéndose de rodillas en la cama comenzó a desatar el corpiño de su vestido.

—Meredith…

—¿No me deseas? —preguntó despojándose de la parte de arriba de su vestido.

Él apretó los labios respirando con dificultad.

Meredith continuó con el corsé y lo lanzó lejos sin mirar adonde. Bajó de la cama y se quitó el vestido dejándolo en el suelo. Se quedó frente a él tan solo con la camisola. La fina tela dejaba adivinar sus firmes pezones y Frederick no pudo más. La atrajo hacia sí y la besó de nuevo con una mezcla de ternura y brusquedad acorde con sus emociones.

—Te amo —musitó contra su boca—. Por Dios que te amo, Meredith MacNiall y juro por lo más sagrado que te haré mi esposa o moriré en el intento.

El corazón de ella se desbordó de amor.

—No sé lo que tengo que hacer —dijo con timidez.

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

Frederick se despojó de la chaqueta sin dejar de mirarla. A esa prenda le siguieron las demás, una tras otra hasta quedar completamente desnudo frente a ella. Antes de quitarle la camisola quería que se enfrentase a lo que estaba a punto de pasar y lo mejor era no andarse con remilgos. Meredith enrojeció tanto que sus mejillas compitieron con su pelo. Frederick tomó una de sus manos y la puso en su pecho, a la altura del corazón. Latía con tanta fuerza que pudo notar los golpes. Arrastró la mano masculina hasta ponerla en su propio pecho, para que él notara que también su corazón estaba descontrolado. Frederick deslizó la mano hasta colarla dentro de la camisola y agarró uno de sus pechos con suavidad. Meredith se quedó sin aliento y sus ojos anhelantes lo interrogaron sin saber qué pregunta querrían formular.

La despojó del camisón y la empujó suavemente para tumbarla en la cama. Se tumbó a su lado, como aquella vez que la llevó a su cuarto, pero en esta ocasión no iba a conformarse con mirarla a los ojos.

—¿Estás segura? —preguntó con voz profunda.

Le estaba preguntando mucho más de lo que ella creía. Si seguía adelante no iba a parar, lo quería todo y hasta el final. Sabía que el resultado no sería el que ella esperaba, pero era el único modo. Meredith asintió, dándole con ello la llave de su futuro, y él sonrió al tiempo que se inclinaba. Creyó que iba a besarla, pero en lugar de eso bajó hasta su pecho y cerró sus labios sobre el pezón enhiesto. La sorpresa casi la hizo gritar y se tapó la boca justo cuando él usaba su lengua para acariciarlo. Frederick se colocó sobre ella para inmovilizarla y continuó acariciándola, ahora con los dientes.

—Si algo no te gusta, dímelo. Todo lo que haga debe resultarte placentero.

La besó antes de que ella pudiera decir nada y se echó a un lado lo bastante como para que su mano pudiera acariciarla sin obstáculos. La deslizó por su estómago y trazó círculos concéntricos al llegar a su ombligo. Bajó serpenteando por su bajo vientre y enredó el vello entre sus dedos, dando pequeños tirones al tiempo que penetraba su boca con la lengua. Meredith estaba al borde del colapso, nunca en su vida imaginó que podía sentir aquellas cosas por el simple hecho de que alguien que no era ella tocase su cuerpo.

Frederick dejó de besarla y se apartó lo bastante para ver sus ojos con claridad. Entonces dejó que su mano bajase un poco más, explorando con delicadeza entre los secretos pliegues. Con uno de sus dedos insinuó la entrada y sonrió al ver la expresión de deseo y miedo en los ojos de Meredith.

—¿Aquí es donde me quieres? —preguntó deslizándose despacio.

—No… lo… sé… —jadeó ella.

—Sí lo sabes —dijo presionando un poco más—. Vaya… Me va a resultar más difícil de lo que esperaba.

—¿Hay algo mal? —se asustó ella.

Él amplió su sonrisa.

—No hay nada mal. Me gustaría que… me tocaras.

Ella levantó una de sus manos y la puso en su pecho, moviéndola con torpeza. Frederick cogió esa mano y la deslizó hacia abajo. Meredith abrió de nuevo los ojos con sorpresa cuando sus dedos se cerraron a su alrededor y sintió la calidez y la suavidad que llenaba su mano. Lo acarició con curiosidad y él gimió excitado mientras volvía a guiarla con maestría, mostrándole cómo y cuánto le gustaba.

—Último aviso —dijo con voz ronca—. ¿Estás segura de esto?

Lo pensó un momento. El miedo era más intenso, pero la certeza seguía ahí, en el centro de

su corazón. Quería que fuera él, quería saber lo que se siente. Aceptaría ser una solterona, envejecer sola cuando su padre ya no estuviera. Pero ella sabría que era una mujer plena que ha sido amada.

—Quiero ser tuya —dijo rotunda—. Te amo, Frederick. Tómame.

Él separó sus muslos y se colocó entre ellos presionando con firmeza, pero con suavidad. Se apoyaba en los codos para ejercer una fuerza controlada y la miraba con atención para detectar cada expresión de su rostro. Una mueca de dolor lo advirtió del momento y se detuvo. Se inclinó para acariciarle de nuevo los pezones hasta hacerle olvidar lo que ocurría allí abajo y entonces empujó con fuerza atravesando la barrera que la protegía. Ella gimió sin saber muy bien si era de dolor o de placer, pero él ya no paró. Sus embestidas se hicieron más profundas, pero aún controladas.

—Deja que tu cuerpo… responda —dijo él con la voz entrecortada.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar. Sus caderas lo siguieron buscando sentirlo más adentro y él le dio lo que quería. Continuó moviéndose dentro de ella con un ritmo constante. Meredith perdió la noción del tiempo y del espacio, no estaba en una cama, estaba flotando sobre una nube. Encaramada en la copa de un árbol. En mitad del mar en una embravecida tormenta. Oleadas de placer la sacudieron con violencia, sintió el deseo de exprimirlo, de apretarlo hasta que no quedara más que aquella sensación de plenitud perpetua. Una ola y otra y otra hasta que cayó en la cama exhausta y aturdida. Pero él no la dejó ir, siguió moviéndose dentro de ella hasta que un intenso temblor lo sacudió haciéndolo gemir entre dientes.

Se tumbó a su lado y esperó hasta que su corazón recuperó la calma y entonces la atrajo hacia su cuerpo abrazándola. Meredith trataba de asimilar lo sucedido, pero era imposible. Todas las experiencias que vivimos tienen una vivencia hermana con la que compararla. Incluso aquellas que disfrutamos por primera vez. Pero no había nada en su vida que pudiese compararse a aquello. Nada. Ni siquiera podría asegurar que hubiese ocurrido de verdad.

—Quédate esta noche —pidió levantando la cabeza para mirarlo—. Hasta el amanecer. Después olvidaremos lo que ha pasado y seremos amigos para siempre.

Él le acarició el rostro con ternura. No le importaba que obviase lo que él le había dicho. Para él ella era y sería siempre su esposa. Esperaría lo que tuviese que esperar. Asintió con la cabeza y la cubrió con las mantas. Cuando volvió a recostarse en su pecho, no tardó en quedarse dormida.

La despertó dos horas después, hambriento. Su boca se deleitaba con el sabor de su pecho y Meredith sintió cómo su cuerpo respondía al instante.

—Tengo que tomarte —musitó él colocándose entre sus piernas de nuevo—. Ahora.

La penetró sin espera, de una estocada y hasta el fondo, dejando una estela de fuego a su paso. El placer la invadió y abrió los ojos al fin despierta.

—¿Qué? —preguntó confusa.

Él sonrió con picardía mientras se movía más despacio, meciéndose en una danza rítmica y constante.

—¿Creías que era un sueño?

Meredith asintió jadeante.

—Voy a amarte toda la noche —advirtió él—. Una y otra vez hasta que aprendas lo que es tenerme dentro de ti.

Ella se arqueó involuntariamente y sus manos se aferraron a las sábanas con desesperación.

—Dejaré que te duermas y volveré a tomarte. Revivirás este momento una y otra vez. Me sentirás dentro de ti, haciéndote mía. Recorreré cada porción de tu piel con mis labios y mi lengua. Voy a aprenderme de memoria cada marca, cada imperfección de tu cuerpo y lo recrearé todas las noches en la soledad de mi cuarto… hasta que vengas a mí.

Aceleró sus movimientos y Meredith sintió que le faltaba el aire. Esta vez alcanzaron la cumbre al tiempo y la explosión de sensaciones a punto estuvo de hacerla gritar. Frederick le tapó la boca con la mano.

—No querrás despertar a Layla, ¿verdad? —susurró riendo en su oído.

—Layla no duerme aquí —jadeó exhausta—. Se marcha… después… de la cena.

La miró sorprendido.

—¿Estamos solos?

—No podré soportarlo más —dijo ella sin aliento.

—¡Oh, ya lo creo que podrás! Descansa, amor mío —dijo tumbándose junto a ella—. Lo vas a necesitar.

El tic tal del reloj de chimenea lo acompañó durante la hora y media que esperó para volver a tomarla. No iba a pegar ojo en toda la noche, pues estaba seguro de que cuando pudiera pensar, Meredith se daría cuenta de su error y, si no conseguía lo que se había propuesto, no tendría otra oportunidad. ¿Estaba siendo un canalla? No sintió el menor atisbo de arrepentimiento.

No podía abrir los ojos, estaba tan cansada… La tenía rodeada con sus brazos, bien pegado a su espalda. Pero también lo sentía dentro.

—¿Qué… haces? —preguntó somnolienta.

—Shssss —susurró él en su oído.

—¡Oh! —exclamó cuando todos sus sentidos despertaron a la fricción.

—Eso es —musitó apartándole el pelo para morderle el lóbulo de la oreja—. Disfruta del viaje, amor mío. Voy a llevarte de nuevo a lo más alto, agárrate fuerte.

Le separó las piernas para penetrarla mejor y ella se tensó desesperada. Se pegaba a su cuerpo buscándolo, alentándolo y escuchó una risita que la irritó.

—¿Te burlas de mí?

—Me gusta que te guste.

—Eres…

—Mmmm… —musitó él agarrándola de uno de sus pechos y apretando al tiempo que empujaba dentro de ella.

El orgasmo de Meredith llegó mucho antes de lo esperado y lo dejó a él completamente erecto. Miró el reloj, marcaba las cinco de la mañana.

—Me temo que este va a ser el último —se señaló la entrepierna cuando ella se retiró—. No puedes dejarme así. No es justo.

—Estoy exhausta —suplicó.

—Ya descansarás mañana.

La cogió de la cintura y la sentó a horcajadas sobre él, colocándola exactamente donde necesitaba. La hizo bajar despacio y Meredith abrió mucho los ojos sorprendida. ¿Cómo podía su cuerpo responder de aquel modo? Estaba agotada y apenas tenía fuerzas para seguir respirando, pero entre sus piernas un latido imparable comenzó a estremecerla.

—Imagina que estás cabalgando —dijo él colocándose las manos debajo de la cabeza—. Concéntrate en ese punto de contacto. Y muévete, por Dios.

Ella hizo lo que le pedía, primero con mucho cuidado, como si temiese quebrarlo si perdía el control. Después de un minuto, Frederick tiró de ella haciendo que se apoyase en su pecho y Meredith jadeó al notar que la fricción era mucho más placentera así. La agarró de las caderas y se movió con ella. El cansancio y el mundo desaparecieron. Meredith cerró los ojos, pero él no dejó de mirarla ni un momento. En una noche había disfrutado de todas sus expresiones: la de sorpresa, la de admiración, la de desesperación, la de anhelo y, sobre todo, la que ponía justo antes de…

—¡Oh! —gimió cuando las oleadas de placer la tensaron, y echó la cabeza hacia atrás, mostrando su desnudez sin recato.

Frederick se derramó dentro de ella, otra vez. Se lo había dado todo. Hasta la última gota.

Y, si existía un Dios, sería suya para siempre.

Capítulo 29



Meredith se ajustó la capa alrededor de los hombros mientras los niños corrían delante de ella, emocionados por la excursión. El domingo había amanecido frío, pero el cielo estaba despejado y prometía unas horas de luz agradable esa mañana. Los colores del otoño habían dado paso al invierno y el aire ya no olía a hojas en descomposición, sino a tierra escarchada. Layla cargaba una cesta con algunas viandas y la seguía en silencio, observando con admiración cómo mantenía la atención de sus alumnos respondiendo a todas sus dudas.

—Ya que hacemos la excursión en domingo podríamos habernos saltado la misa —se quejó Lucas.

—Vuestros padres no están de acuerdo en eso.

—Habríamos podido salir antes —dijo Mary que estaba de acuerdo con él.

—En primavera podremos estudiar más flores —dijo Meredith haciendo caso omiso a sus quejas—, pero el invierno también tiene sus particularidades.

—El frío —dijo Lucas usando una rama para barrer el suelo delante de él—. Esa es la particularidad del invierno.

—El frío puede ser vigorizante —dijo Meredith agitándole el cabello.

Había aprendido a entenderse con él y el muchacho ya no la hacía enfadar con su casi siempre ácido discurso.

Cruzaron el sendero que bordeaba los campos y se adentraron en un pequeño bosque de robles y hayas.

—¿Alguien sabe si esas bayas son comestibles? —preguntó, animando a los niños a opinar.

Los pequeños se acercaron, examinando el arbusto con curiosidad. Susan mencionó que eran venenosas.

—Mi madre siempre dice que no debemos comerlas, por más bonitas que se vean —advirtió sonriendo.

—Solo sirven para decorar en Navidad —dijo Mary—. ¿Podemos cogerlas?

—Para eso son las bolsas que os he dado —dijo Meredith asintiendo—. Pero recordad que no debéis comerlas.

—Son muy bonitas —dijo Keira, la más pequeña de los Greeley, acariciando el bordado—. ¿Lo ha hecho usted?

—Sí.

—Podría enseñarnos —dijo Mary colocándose a su lado—. Me encantaría bordar uno de mis vestidos.

Meredith se detuvo con la mano al estómago—. Perdonad.

Se alejó de ellos corriendo y los niños miraron a Layla interrogadores.

—¿Qué le pasa?

—Algo debió de sentarle mal anoche. Tiene el estómago revuelto. Vigilad la cesta —dijo entregándosela a Lucas.

La muchacha corrió hasta Meredith para ayudarla.

—Estoy bien —dijo ella.

Cogió aire por la nariz y sopló después.

—Tú cenas todos los días lo mismo que yo —dijo sujetándose el estómago.

—Sí.

—Llevo así toda la semana.

Layla le puso la mano en la frente.

—Fiebre no tiene, pero quizá debería verla un médico.

Meredith negó con la cabeza.

—Se me pasará. Debí comer algo que no estaba bien. Seguro que hubo algo que tú no comiste y yo sí.

—Si en dos días más no se le pasa, llamamos al médico.

Meredith se encogió de hombros para no rendirse y volvieron con los niños para continuar con el paseo. De vez en cuando, se detenía para enseñarles alguna flor silvestre, un helecho o un rastro dejado por algún animal. Hasta que a mediodía llegaron a un claro en el que había un precioso estanque, donde Meredith había planeado almorzar.

—El estanque está congelado —dijo Lukas acercándose—. Podríamos patinar en él.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Meredith preocupada—. Es muy peligroso.

—Señorita Meredith —dijo Susan, sentada ya sobre la manta que Layla había extendido en el suelo—. Mi madre dice que los ciervos traen buena fortuna si los ves al amanecer. ¿Es cierto?

Meredith la miró con ternura y asintió.

—Eso dicen muchas leyendas. El ciervo es un símbolo de gracia y fortaleza. Si lo ves, es un buen presagio, pero no creo que importe la hora.

—Aquí no verás ninguno —dijo Lucas cogiendo uno de los emparedados que ofrecía Layla—. Para eso tienes que ir a un bosque frondoso donde puedan esconderse.

—¿Vamos, señorita Meredith? —pidió Susan.

La maestra sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—La próxima vez.

—¿Dónde pasará la Navidad, señorita?

—Va a venir mi padre, así que en la granja.

—Mi madre quería invitarla —dijo Mary con evidente decepción—. ¿No puede venir con su padre? Las Navidades en casa son muy aburridas. Tenía la esperanza de que con usted fuesen más divertidas.

Meredith le acarició la cabeza sintiéndose halagada.

—Hace un mes que no veo a mi padre, tengo muchas ganas de estar con él.

—¡Un mes! —exclamó Colton Greeley—. Ya me gustaría a mí.

—¡Colton! —lo regañó—. Eso es muy desconsiderado.

—Nuestro padre tiene muy mal genio —explicó Billy—. Y Colton es el que más recibe.

—Se enfada por todo —apuntó Keira—. Suerte que Colton nos defiende, es el único que no le tiene miedo. Mamá se encoge en cuanto empieza a gritar.

Meredith frunció el ceño. Sabía del mal carácter de Greeley, pero no imaginaba que llegaba hasta ese punto. Hablaría con Frederick y le pediría su intervención. Al pensar en él una oleada de calor la reconfortó. Cogió un emparedado y le dio un mordisco. Aprovechando que los niños se habían puesto a jugar a las adivinanzas, se relajó disfrutando del paisaje. En primavera los paseos serían más agradables y podrían dedicar el día entero. Siendo invierno habían salido en cuanto acabó la misa de las diez y regresarían al terminar de almorzar.

Frederick había cumplido su palabra y desde el maravilloso encuentro que habían tenido aquella noche, se había comportado como un buen amigo. Se aseguraba de que no les faltase leña, la había acompañado al pueblo cuando tuvo que comprar material para los niños y se paraba a saludarla cada vez que regresaba de algún asunto que lo obligase a pasar delante de su puerta. Jamás le pedía entrar en la casa y nunca la visitó de noche.

El barón, por su parte, tampoco la había molestado y Dorothy Oberon se abstuvo de volver a inmiscuirse en sus asuntos, así que el mes que llevaba allí había resultado mucho más

agradable de lo que los primeros días hicieron presagiar. Que su padre llegase en dos días era la guinda del pastel. Mmm, pastel. De repente se le antojó un pedazo del especiado de la señora Pater, con canela, clavo y nuez moscada, además de la fruta y las nueces. Se le hizo la boca agua solo de pensarlo. Seguro que si se lo decía a Layla, esta hablaría con su madre esa noche y a la mañana siguiente podría desayunarlo. Miró a la muchacha con anhelo.

—¿Qué? —preguntó Layla ceñuda.

—¿Tu madre ha hecho pastel especiado?

La joven arrugó más el ceño.

—No lo sé.

—¿Se lo preguntarás esta noche cuando vayas a dormir?

—Pensaba quedarme con usted, parece estar enferma.

—Estoy perfectamente. Si ha hecho pastel, ¿me traerás un trozo para desayunar? Me apetece muchísimo.

La joven la miraba confusa.

—No sé si…

—De hecho, podrías pasarte cuando regresemos y lo comeríamos con el té. ¿Qué te parece? Además, así, si no lo ha preparado, quizá quiera hacerlo. —Sonrió—. ¿Harías eso por mí?

La muchacha se encogió de hombros y Meredith se comió el último bocado de su emparedado.

La señora Pater miraba a su hija con cara de susto.

—¿Y dices que ha vomitado?

Layla asintió.

—Varias veces. En realidad no ha echado casi nada porque por las mañanas come como un pajarito.

—¿Y te ha pedido pastel especiado?

—Primero ha dicho que para desayunar mañana, pero luego ha cambiado de opinión y quería que viniese ya. Parecía una niña pidiendo un dulce, madre.

La cocinera se llevó la mano a la frente y miró a su hija con cara de preocupación.

—Ya sabía yo… —negó con la cabeza—. Te dije que te quedaras a dormir allí, pero eres tan cabezota…

—¿De qué hablas, madre? Yo no tengo la culpa de que le duela la tripa. Cenamos lo

mismo y que yo duerma aquí no cambia nada. Anoche estaba perfectamente, ha sido esta mañana cuando se ha levantado de la cama y yo ya estaba allí.

—A partir de ahora te quedarás a dormir con ella todas las noches. Se acabó dejarla sola.

—Me gusta mi cama.

—Pues te aguantas. He dicho que te quedas con ella y punto. Y ahora voy a hacerle ese pastel para que se lo lleves. —Se dio la vuelta para coger los ingredientes—. Válgame el cielo. Bendito sea el Señor… ¡Y va a venir su padre!

Layla no entendía nada, pero tampoco le sorprendía, su madre era muy críptica cuando quería.

La cocinera preparó el pastel y aventó a su hija con él para que se marchara cuanto antes.

—¿Entero? Pero es mucho para ella sola.

—Tú la ayudas.

—¿De verdad no puedo venir a dormir aquí? Madre…

—He dicho que te quedas con ella y te quedas. Al menos hasta que llegue su padre.

—Ah, vale —sonrió aliviada—. Entonces solo serán dos noches.

La joven salió de la cocina más contenta y su madre dejó escapar un sonoro suspiró con gran preocupación. Se quitó el delantal y lo dejó sobre una silla.

—Adelante —dijo Frederick sin levantar la mirada del documento que revisaba.

—¿Puede dedicarme un momento?

Frederick miró hacia la puerta sorprendido de ver a la señora Pater allí. Frunció el ceño y miró el reloj de chimenea. Solo eran las cinco de la tarde, aún faltaba un rato para la cena.

—¿Qué sucede? —preguntó poniéndose de pie y acercándose a ella.

—Tengo que hablar de algo con usted. Es algo delicado. No sé cómo…

La mujer se retorcía las manos visiblemente nerviosa y Frederick la guio hasta el sofá.

—¿Qué ocurre, señora Pater? Ya sabe que puede hablarme con total confianza.

—¡Ay, señorito Frederick!

—Me está preocupando.

—Es sobre la señorita MacNiall. No sé si me estoy volviendo loca o estoy en lo cierto, pero me da miedo meter la pata si hablo más de la cuenta.

Frederick entornó los ojos mirándola con atención.

—¿Le ocurre algo?

—Hace días que vomita por las mañanas. Y ha enviado a Layla a por pastel especiado.

—Le gusta mucho —dijo él sonriendo.

—Pero tenía urgencia por comerlo, señorito.

Frederick sonrió levemente e inclinó la cabeza.

—¿Entiende lo que le digo? —preguntó la cocinera con evidente preocupación.

—Cree que está embarazada y quiere saber si yo soy el padre.

—¡Válgame Dios! No se me ocurriría preguntar semejante cosa.

—Lo soy.

La cocinera abrió la boca sin dar crédito.

—¿Lo ha hecho a propósito?

Él asintió.

—Pero, señorito, eso no está bien. Jugar así con los sentimientos de una muchacha como ella. ¿Y si sale mal? ¿No ha pensado en lo que será de la señorita Meredith y de esa criatura?

—No puede salir mal —negó rotundo—. No hay nada que pueda separarme de ella.

—¿Nada? Podría caerse del caballo y romperse el cuello. ¿Qué sería de ellos entonces?

Frederick empalideció.

—¿No había pensado en ello?

Él negó aturdido.

—¡Válgame el cielo! —volvió a exclamar la mujer—. Los hombres son estúpidos. Perdón, señorito, pero es la verdad. ¡Madre de Dios! Esa pobre muchacha. Cuando se dé cuenta de lo que le pasa. ¡Y su padre llegará en dos días! Lo va a matar, seguro que lo mata.

Frederick asentía despacio. Tampoco había contado con eso.

—Busque alguien que los case sin pamplinas y cuanto antes. Que esté a la espera de que usted lo llame para cuando ella acepte la situación.

Él la miró confuso.

—¿El reverendo Mathews?

—Ese no vendrá corriendo. Otro. El padre de esa muchacha, Paige. Él los casará si se lo pide, me consta que le está muy agradecido por preocuparse de su hija y de su nieta. Pídaselo a él.

—Viven en Blackwood —dijo Frederick aún confuso.

—Da igual donde viva. Avísele. ¡Ay, Dios Santo! ¿En qué cabeza…? —Movió la suya sin dar crédito y con evidente pesar.

Cuando la cocinera salió del despacho, Frederick se debatía entre ir corriendo a ver a Meredith o ir corriendo a buscar al reverendo Sikes.

Miró el pastel y se mordió el labio. Debería dejarlo para el día siguiente. Todavía no estaba frío y podría sentarle mal. Además era muy grande, si no lo empezaba seguro que quedaría para cuando su padre llegase.

Layla la observaba entretenida, no había visto a nadie mirar un pastel con tanto deseo.

—Ay, señorita, usted está mala, seguro. Mi madre se ha llevado un susto cuando le he contado lo que le pasa.

Meredith siguió mirando el pastel y debatiendo consigo misma si se lo comía ya o esperaba. *Uno, dos, tres, al suelo. Toma un tigre por el dedo…*

—Me ha dicho que no la puedo dejar sola por la noche. No sé qué se piensa que le va a pasar por dormir sola. Ni qué tiene eso que ver con que usted tuviese un antojo de pastel.

Si grita, déjalo ir. Uno, dos, tres, al…

Muy despacio se volvió hacia la muchacha y la miró con fijeza.

—¿Qué has dicho?

—Uy, llevo hablando mucho rato, ¿desde cuándo no me escucha?

—¿Has dicho «antojo»?

La joven asintió.

—Tiene usted ahora la misma cara que ha puesto mi madre.

Meredith había empalidecido y sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Caminó titubeante hasta el sillón y se dejó caer en él.

—¿Qué le ocurre? Está blanca como la leche. Ay, señorita, voy a pedir que avisen a un médico.

—No avises a nadie.

—¿Quiere un trozo de pastel? Ya está tibio, puede comerlo si quiere.

—No me apetece. Llévatelo a la cocina, por favor. Déjame sola.

—Pero ¿cómo voy a dejarla sola? Si parece que se va a desmayar.

—No me voy a desmayar. Haz lo que te he dicho.

Encinta. Estaba encinta. El mundo se desplomó sobre su cabeza y una angustia insoportable la sacudió con un golpe en el estómago. Se tapó la boca y contuvo la náusea tocándose el vientre plano. Un hijo. Un hijo de Frederick y suyo. Las lágrimas inundaron sus ojos al mismo tiempo que una risa nerviosa hacía temblar sus labios.

—Voy a tener un hijo —murmuró.

Estoy loca. ¿De qué me estoy riendo? Voy a tener un hijo sin estar casada.

De nuevo aquella risa incontrolable. ¿De dónde provenía aquella extraña felicidad? Qué clase de locura la estaba confundiendo. Debía estar preocupada. Triste. Angustiada. Pero ¿alegre? ¡Alegre no!

Cerró los ojos un instante y se mordió el puño para contener las carcajadas. De repente se puso seria. ¿Debía decírselo a Frederick? Se volvería loco. Querría casarse inmediatamente y eso no era posible. Nada había cambiado, su padre no se conmovería con un bebé. No se había conmovido con la pequeña Elizabeth a pesar de saber que era suya. Un hombre capaz de engañar así a una mujer no…

Entornó los ojos pensativa y la noche de actos regresó a ella de nuevo en todo su esplendor. ¿Frederick…? ¡No! ¿Cómo podía pensar siquiera…? Una mueca confusa. ¿Él sabía que eso podía pasar? Parecía muy experto.

Una gota de sudor frío se deslizó desde su nuca y bajó por su espalda. Su cabeza negaba. No era posible. Él no haría eso. No la manipularía hasta el punto de…

—Fui yo —dijo rotunda—. Yo lo empujé.

De nuevo entornó los ojos pensativa.

—Pero no me advirtió de lo que pasaría. De los riesgos que corría… —Sacudió la cabeza —. Debió suponer que yo lo sabía. Pero, aun así… —volvió a dudar—. No, no, no, no. No es posible.

Se puso de pie y comenzó a deambular por el saloncito. Fueron tres veces, que ella recordara. ¿Era lo que pretendía? ¿Pretendía asegurarse? Seguro que hay algún método para que una mujer no se quede embarazada. ¿O no lo había? ¿Por qué nadie la había aleccionado sobre ese tema? ¿Y quién iba a hacerlo? ¿Su padre?

—¡Ah! —Se tapó la boca para contener el grito que escapó entre sus labios.

¡Papá! Lo sabría en cuanto la viese. Era demasiado listo y la conocía mejor que nadie. Se daría cuenta de que algo pasaba. Y tampoco podía ocultárselo, lo necesitaba a su lado.

—¡Lo matará! —exclamó para sí—. En cuanto lo sepa, matará a ese canalla…

Alguien llamó a la puerta y ella dio un respingo. Paralizada escuchó los pasos de Layla y rumor de voces, aunque desde allí no podía asegurar… Cuando Frederick entró en el salón lo supo. Todas sus dudas se esfumaron y comprendió…

—Tenemos que hablar —dijo él.

Meredith miró a su alrededor y localizó el libro de Voltaire que estaba leyendo y se lo lanzó a la cabeza.

—Maldita rata —le escupió mientras iba hasta la librería para coger otro tomo.

Se lo lanzó también acertándole de lleno en una mejilla. No se inmutó a pesar del corte que empezaba a sangrar y cogiendo otro libro trató de hacer diana de nuevo. Frederick consiguió llegar hasta ella y la sujetó por las muñecas para impedir que siguiera desmantelando la estantería.

—Escúchame, Meredith.

—No pienso oír nada que salga de tu boca, mentiroso hipócrita.

—Cálmate, por favor. No te conviene alterarte así.

Ella apretó los dientes y gruñó furiosa.

—¿Les traigo un poco de té?

Los dos miraron hacia la puerta donde Layla los observaba asustada.

—Sí, por favor, Layla, trae té —pidió él.

—Ni se te ocurra traer nada —la detuvo Meredith—. El señorito Frederick ya se marcha.

Él le hizo un gesto a la muchacha para que supiera a quién debía obedecer y la joven se marchó a la cocina a prepararlo.

—Suéltame o te juro que no respondo —dijo ella amenazadora.

Él la dejó despacio y con todos los sentidos alerta.

—Me engañaste —le escupió con inquina.

—No es cierto. Te pregunté si estabas segura y dijiste que sí.

—¡Pero no de esto! —señaló su vientre—. Tú sabías que podía pasar.

—Y tú también, Meredith. No eres ninguna tonta.

—No sabía que siempre. —Negó confusa—. Creí que había que hacer algo para… eso.

—Desde luego, y lo hicimos a conciencia. —No pudo evitar la sonrisa.

—Vete de aquí, no soporto verte. —Se alejó de él para no arrancarle los ojos.

Se sentó en una butaca, pero en cuanto él la imitó volvió a levantarse.

—No quiero estar en la misma habitación que tú.

—Meredith, deja que me explique. Tenemos que solucionar esto cuanto antes.

Ella se giró para mirarlo y sus ojos lanzaban llamaradas.

—¿Te crees que esto cambia algo? Lo único que has hecho es empujarme al fango. Todos me señalarán y este niño pagará por tu culpa lo que…

—¡Basta! —gritó con tal fiereza que ella se paró en seco.

—¿Cómo te…?

—¡Cállate! —ordenó sin darle tregua—. Siéntate ahí y no abras la boca.

Layla entró en el salón con la bandeja del té.

—Déjalo y vete. No vuelvas, oigas lo que oigas.

—Señor no…

—¡He dicho que te marches! —gritó con la misma furia—. Y cierra la puerta.

La joven salió del salón cerrando tras ella y Meredith se sentó sin decir nada.

—He tenido demasiada paciencia y ya se me ha acabado. Con mi padre y contigo.

—Yo…

La miró de un modo que no hizo falta que la mandara callar.

—Lo que ocurrió aquella noche no lo planeé. No esperaba aquella invitación. Sucedió lo que sucedió porque tú así lo quisiste.

Ella bajó la mirada incómoda. No estaba preparada para oírselo decir tan crudamente.

—Aun así, reconozco que, una vez acepté, fue con la intención de no dejarte escapatoria.

—¡Lo sabía! —exclamó poniéndose de pie—. Eres…

—¿Qué soy, Meredith? Soy el hombre al que amas. El que está dispuesto a todo con tal de que seas mi esposa. Soy el padre de esa criatura que crece en tu vientre y voy a ser tu marido, aunque para ello tenga que arrastrarte hasta el altar. No hay ningún modo en el que puedas escapar de mí, te lo aseguro. No lo intentes siquiera.

—Nada ha cambiado —dijo ella recuperando la serenidad—. Te dije que no me casaría contigo, sin importar lo que hicieras.

—Yo no te forcé.

—¡No! Por supuesto que no me forzaste, solo me engañaste —dijo señalándolo—. Me manipulaste y utilizaste mi inocencia y mi desconocimiento para aprovecharte de la situación y conseguir lo que te habías propuesto. Creíste que dejándome embarazada aceptaría casarme contigo.

—Y así será.

—¡No! No voy a casarme contigo, Frederick. No hundiré a mi padre. No sacrificaré a tu hermana ni te privaré a ti de lo que es tuyo, no haré nada de eso y ya deberías saberlo.

—¿Y nuestro hijo? ¿Qué pasará con él?

—Me tendrá a mí —dijo elevando el mentón orgullosa—. Y a su abuelo.

—¿Lo convertirás en un bastardo?

Ella apretó los labios para que no viera que le temblaban y fingió una seguridad que no sentía.

—Lo señalarán por la calle —siguió él con dureza—. Todo el mundo sabrá que es mío y creerán que lo repudié. Crecerá pensando que su padre no lo quiere y que su madre es una

cualquiera.

La bofetada verbal la dejó sin habla, pero Frederick aún no había acabado. Dio los dos pasos que lo separaban de ella y la agarró del brazo.

—Mi paciencia tiene un límite y te aseguro que ya lo habéis superado con creces. Esto no depende solo de ti, Meredith, es cosa de los dos. Si te empeñas en seguir por este camino, te juro por Dios que no lo permitiré.

—No puedes… obligarme —dijo casi sin voz.

—Pero puedo quitártelo y lo haré. Si no te casas conmigo me quedaré con esa criatura y le contaré que su madre no quiso estar con nosotros, que nos rechazó porque era una cobarde.

Los sollozos la sacudieron descontrolados, pero él no la soltó.

—Piensa bien lo que vas a hacer. Estoy seguro de que esta vez tu padre se pondrá de mi parte.

Sin esperar respuesta salió de allí y al cabo de unos segundos Meredith escuchó un portazo que hizo temblar toda la casa.

Capítulo 30



El carruaje del barón llegó a palacio a la hora convenida, y las enormes puertas de entrada se abrieron con un crujido pesado. Un lacayo lo guio por los majestuosos corredores, cuyas paredes estaban adornadas con retratos de generaciones de monarcas que parecían observar cada uno de sus pasos con ojos escrutadores. El barón enderezó la espalda, ajustando su capa mientras su mente elucubraba sobre los posibles motivos de su presencia allí.

Fue conducido a una sala privada, más austera de lo que esperaba. Allí, bajo la luz dorada de los candelabros, la reina Carlota lo esperaba sentada con porte regio, pero con un destello gélido en la mirada. No había más compañía que una dama de honor en la esquina, que permanecía en silencio.

—Su Majestad —la saludó el barón con una inclinación rígida, sin dejar que su nerviosismo se reflejara en su rostro, aunque notaba cómo sus manos empezaban a sudar dentro de los guantes.

La reina no se molestó en devolverle el saludo. Observó al barón como quien evalúa a una presa.

—Barón de Harmouth —respondió con voz áspera—. Me han llegado noticias preocupantes sobre ciertos actos suyos que afectan el bienestar de personas cercanas a esta corte.

El barón levantó una ceja, conteniendo su incomodidad.

—Su Majestad, estoy seguro de que cualquier información que haya recibido sobre mí, tendrá una explicación.

La reina entrecerró los ojos, con una sonrisa apenas perceptible.

—¿Es cierto que ha amenazado a su único hijo con desheredarlo si se casa con la señorita Meredith MacNiall?

El barón sintió cómo la sangre le hervía por dentro. No podía creer que algo tan privado hubiera llegado a oídos de la reina. Su rostro se tensó, pero rápidamente lo disimuló con una expresión indiferente.

—Con el debido respeto, Majestad, esto es un asunto familiar que en nada afecta a la corona —dijo esforzándose en mantener un tono de firmeza—. Pero ya que me habéis preguntado os responderé: Creo que Frederick está destinado a algo más grande que el enlace con una simple institutriz.

—Según tengo entendido, esa joven es una excelente persona, muy apreciada por los condes de Westbridge. —La reina se inclinó ligeramente hacia delante con mirada acerada—. Es usted barón, señor Wharton, no rey. Su hijo debería poder contraer matrimonio con la mujer que elija. Como madre, puedo entender su deseo de procurar para su hijo el mejor partido, pero ¿es cierto o no es cierto que ha amenazado con despojarlo de un título que le corresponde por derecho de nacimiento?

El barón tragó saliva, sintiendo cómo las paredes de la habitación se cerraban sobre él, pero no retrocedió.

—Frederick es mi único hijo. Mis acciones son por su bien.

—¿Desheredarlo por su bien? Me parece, señor Wharton, que ha traspasado usted una línea que un padre nunca debería cruzar. Por no hablar de ese otro «asunto».

—Majestad, no sé…

—Sabe perfectamente —lo cortó tajante—. Igual que yo sé también. No crea que su reina no está al tanto de todo lo que pasa. Lo estoy. Sé de esa niña y no estoy nada contenta con su comportamiento al respecto, barón.

Edmund Wharton sintió un nudo en el estómago. ¿Cómo sabía la reina acerca de…? Maldijo en silencio. Era peor de lo que había imaginado. Había sido imprudente, demasiado confiado en su poder.

—No soporto las injusticias ni la arrogancia de quienes las cometen —prosiguió la reina —. Y menos aún, si esas personas se envuelven en la capa de la decencia y el orgullo. Su arrogancia, barón, tendrá consecuencias. Si destruye la vida de personas inocentes, sepa que me lo tomaré como algo personal.

El barón estaba tenso como una cuerda a punto de romperse. Su mente trabajaba frenéticamente, tratando de encontrar una salida, un argumento que pudiera salvarlo de la humillación a la que estaba siendo sometido.

—Pero… es mi hijo. Yo debería poder…

—Le diré lo que va a hacer —volvió a cortarlo la reina con autoridad—. Permitirá que su hijo viva su vida sin interferencias. No habrá amenazas de ninguna clase ni contra él ni contra nadie. Y se asegurará de que esa niña viva sin estrecheces. Eso demostrará a la corona que es

usted digno de llevar el título que ostenta. No olvide que el que da, también tiene la potestad de quitar.

El barón sintió que su mundo se tambaleaba. No podía permitirse una enemistad con la corona, y mucho menos con una reina que estaba claramente decidida a proteger a esa muchacha. Apretó los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos, mientras trataba de mantener la compostura.

—¿Debo denigrar a mi familia aceptando como nuera a la hija de un relojero? —logró decir finalmente, casi como un rugido sofocado.

—Es la mujer que ha elegido su hijo, barón. Usted es su padre, así que haga examen de conciencia. Los errores de nuestros hijos, de haberlos, debemos achacárnoslos a nosotros mismos.

Sintió el golpe como una bofetada. La reina no le estaba dejando escapatoria. La impotencia se alimentó del miedo que le provocó comprender que había perdido y que no tenía más opción que someterse.

—¿Me he explicado con claridad? —insistió la reina.

—Perfectamente, Su Majestad —dijo arrastrando las palabras con una mezcla de resentimiento y resignación—. No interferiré más en este asunto.

La reina lo observó un momento, como si evaluara si sus palabras eran sinceras, hasta que su expresión se suavizó ligeramente.

—Dentro de un tiempo verá que esto es lo mejor para todos. Para usted también. Solo tiene un hijo, ¿qué sentido tiene desheredarlo? Frederick es un buen muchacho. El rey se pasó horas hablando con él sobre cultivos, abonos y no sé cuántas cosas más relacionadas con ese tema, en la boda del hijo de los duques de Greenwood, y quedó completamente admirado por su pasión y buen carácter.

Edmund maldijo en silencio que el rey compartiese tal afición con su hijo. El apodo de «*Farmer George*» le iba que ni pintado.

—Igualmente, el rey se alteró mucho al conocer los obstáculos a los que debía enfrentarse ese joven tan amable. Y sepa que yo velo día y noche por su tranquilidad —siguió la reina Carlota endureciendo de nuevo su expresión—. Haga las cosas bien, barón, y podrá vivir tranquilo usted también. Ahora puede retirarse.

El barón saludó con la debida cortesía y salió de allí sintiendo el peso de la humillación en su espalda. Había perdido, y solo le quedaba cumplir con la orden de la reina para no perderlo todo.

✿✿✿

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Frederick al ver que habían montado el comedor para él solo.

—En Londres, señor. Tenía una reunión esta…

—¿Se ha ido a Londres? —lo interrumpió impaciente—. ¿Hasta cuándo? Me urge hablar con él.

—No lo dijo, señor.

—¿A qué hora era esa maldita reunión y con quién? —dijo sentándose a la mesa sin el menor apetito.

—A media mañana, con Su Majestad la reina, señor.

Frederick se giró sorprendido.

—¿Qué?

El mayordomo llenó su copa de agua y le hizo un gesto al lacayo para que le sirviese el primer plato.

—Ayer por la tarde recibió una nota del conde de Westbridge donde le comunicaba que Su Majestad, la reina Carlota, quería verlo hoy a las once de la mañana en palacio.

—¿El conde de Westbridge? —Frunció el ceño—. ¿Dónde está esa nota?

—Supongo que en la mesa de su despacho. Allí es donde se la entregué.

Frederick se puso de pie de golpe y a punto estuvo de derramar la sopa.

—No me sigas, George —ordenó saliendo del comedor.

Después de leer la nota estuvo un buen rato dándole vueltas al asunto. Enseguida recordó las palabras de la condesa al salir de la casa de los Warren, tras el anuncio del compromiso de Belinda con Ryan.

«—Todo en esta vida tiene solución, si uno conoce a las personas adecuadas. No tire la toalla y siga remando. Al otro lado tiene a amigos esperándolo. No lo olvide y tenga paciencia».

¿Trataba de darle algún mensaje? ¿Qué había hecho? Fuese como fuese, debía hablar con su padre cuanto antes. La boda con Meredith debía producirse inmediatamente. Si iba a Londres podría pasarse por Blackwood y convencer al reverendo Sikes de que los casara. Pensar en ella lo dejó sin respiración.

—Debía hacerlo, maldita sea —masculló para sí.

Aun así, el dolor no mermaba. El modo en que lo había mirado… Jamás haría nada que a ella le causase el menor daño. ¿Cómo había podido decirle aquellas cosas tan horribles? Por supuesto que no le quitaría a su hijo. Encontraría el modo de cuidar de los dos sin que tuviesen que separarse. ¿Por qué tenía que ser tan cabezota? Robert, Paige, incluso Elizabeth, no eran responsabilidad suya. No tenía por qué cargar con ese peso ella sola. Era él el que debía protegerlos a todos.

Se puso de pie decidido. En cuanto amaneciera cabalgaría hasta Londres y hablaría con su padre. Después de eso regresaría a Harmouth con el reverendo y Meredith y él se casarían, eso no admitía discusión. Esta vez no cejaría en su empeño, sin importar con qué lo amenazase el barón. Su hijo no nacería sin un padre y una madre que lo amasen.

✿✿✿

El barón no había abierto la boca desde que él llegó. Se paseaba por el salón con evidente nerviosismo, pero mantenía un silencio espeso que Frederick no conseguía atravesar.

—Menudo honor ser recibido por Su Majestad la reina —dijo Frederick sentándose en el brazo del sillón en actitud falsamente relajada—. ¿A qué se debe tanta cortesía?

El barón apretó los labios y siguió paseándose.

—Ardo en ascuas por saber en qué consistió esa conversación —insistió su hijo viendo que no soltaba prenda—. Que yo sepa es la primera vez que te recibe en privado.

—¿Por qué has venido? —El barón lo escudriñó con la mirada—. ¿Cómo te has enterado de que iba a reunirme con…? ¿Has visto al conde de Westbridge?

—No, padre, no he visto a nadie. He venido directamente aquí. George me lo dijo anoche cuando pregunté dónde estabas.

El barón seguía con los ojos clavados en él. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no mentía.

—¿De verdad no has hablado con los Gaardner?

—No los he visto desde el compromiso de Belinda y Ryan, y han pasado casi tres meses desde aquello.

Edmund frunció el ceño pensativo. Quizá no estaba todo perdido. Si jugaba bien sus cartas podía darle la vuelta y hacer que aquello no sonase a rendición. Siguió paseando por el salón con la mirada clavada en la alfombra.

—La reina me ha felicitado —dijo al fin.

Frederick enarcó una ceja.

—¿Felicitado por qué?

—Por mi labor en Harmouth. Me ha dicho que la corona está muy orgullosa por cómo he gestionado las posesiones de nuestra familia durante todos estos años. También se ha interesado por ti y… —Lo miró un instante para asegurarse de que el cuento estaba fraguando adecuadamente y siguió—. Dice que estuviste charlando con el rey sobre nuestros avances en la agricultura.

Aquello sorprendió a Frederick. No creía que el rey se acordase de él siquiera, aunque lo cierto es que mantuvieron una conversación muy agradable.

—Ha sido tan amable que le he contado mis preocupaciones —siguió el barón—. Le he hablado de los problemas que hemos tenido tú y yo los últimos meses. Tu empeño por casarte con esa… Con Meredith MacNiall.

Frederick encogió la mirada para no perder detalle. ¿La había llamado por su nombre? No «esa institutriz» ni «la hija de un relojero». Meredith MacNiall.

—La reina es una mujer muy sabia y me ha escuchado con mucho interés. Como madre comprende perfectamente mis desvelos y ha alabado mi paciencia. Está de acuerdo en que tú mereces algo mejor que una… joven humilde, pero al final los dos hemos llegado a la conclusión de que lo más conveniente es dejar que decidas por ti mismo. A fin de cuentas, no soy rey —Sonrió sin humor—. No será una tragedia que un barón esté casado con una mujer sin título ni posibles.

Frederick resbaló y a punto estuvo de caerse del sillón.

—¿Qué? —preguntó poniéndose de pie.

—He decidido dejar que te cases con ella, si de verdad es lo que quieres.

Padre e hijo se miraron frente a frente. El barón esperaba alguna clase de expresión de júbilo, pero Frederick parecía paralizado.

—¿No te alegras?

—¿Qué?

—Hijo, al final voy a pensar que de verdad eres idiota.

Frederick se apartó el pelo de la frente tratando de pensar con claridad, pero no podía. Llevaba tan preparada la lucha que no podía asumir que había ganado sin presentar batalla.

—¿Ha dicho que puedo casarme con…? ¿Meredith?

—Sí, eso he dicho.

—Pero…

—No haremos una boda a lo grande —siguió el barón—. Algo sencillo. En la capilla de Harmouth. Y nada de invitar a todo el mundo. Algo privado. Después de Navidad. Y dejará la escuela inmediatamente. Mi nuera no va a ser la maestra de esos zarrapastrosos.

Frederick se acercó a él visiblemente emocionado.

—Ni se te ocurra abrazarme —le advirtió el barón—. Mejor vete, yo me quedaré unos días por aquí, tengo cosas que hacer.

Su hijo contuvo las ganas de abrazarlo, que se le pasaron enseguida y asintió dirigiéndose a la puerta. Había cabalgado sin detenerse, pero no le importaba hacer el recorrido a la inversa para contárselo todo a Meredith. Aunque antes de regresar había un sitio al que tenía que ir.

Robert lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared hasta dejarlo sin aliento.

—Te mato.

—Es… pe… re.

—Te mato —repitió el escocés sin darle tregua.

Había echado a los pocos clientes que estaban en la tienda para poder desahogarse a gusto.

—Voy… a… casar… me.

Robert lo soltó y Frederick tosió desesperado al tratar de coger aire.

—Por supuesto que vas a casarte.

El escocés se paseó por la tienda bufando como un toro y mesándose el pelo con violencia.

—Mi niña embarazada. Hijo de…

Se fue hacia él dispuesto a darle un puñetazo, pero Frederick lo esquivó y puso distancia entre ellos.

—He hablado con mi padre —dijo con un brazo extendido como protección—. Ha accedido a dejarnos en paz. Meredith ya no tendrá ningún motivo para resistirse a la boda. Nos casaremos enseguida. Nadie lo sabrá nunca.

—¡Yo lo sabré, malnacido! ¿Cómo has podido ser tan canalla? —Abrió los ojos asustado —. ¿La forzaste? Te mato, te juro que te mato.

Frederick lo vio lanzarse contra él y supo que ni un muro de piedra podría detenerlo.

Media hora después estaban sentados en la cocina, con el botiquín en la mesa.

—¡Au! —se quejó Frederick—. Tenga un poco más de cuidado.

—¿Cuidado? Ojalá te doliera aún más de lo que te duele. No mereces menos. Tienes suerte de que tu padre haya cedido al fin, de no ser así, no habrías cumplido los treinta.

—Me faltan unos cuantos para llegar a los treinta.

Robert lo miró con una seria advertencia en los ojos y Frederick contuvo una sonrisa.

—Por cierto —dijo el escocés empezando a curarle la ceja—. ¿Cómo has conseguido que tu padre cambie de opinión?

—No he sido yo. Ha sido la reina.

Robert se apartó y lo miró ceñudo.

—¿La reina? ¿Te refieres a Carlota?

—¿Tenemos otra reina?

—¿Su Majestad la reina Carlota le ha dicho a tu padre que deje que te cases con mi hija?

—Eso creo, sí. Él me ha contado una historia inverosímil diciendo que lo ha llamado para felicitarlo por su labor como barón y que hablando con ella ha llegado a la conclusión de que debe dejarme vivir mi vida. Pero sé que mentía. Estoy seguro de que es cosa de la condesa de Westbridge.

—Eso ya me lo creo más —afirmó Robert.

Terminó de curarle las heridas y cerró el botiquín para guardarlo en su sitio.

—¿Quieres un café o algo más fuerte? —preguntó mostrando la botella de *drambuie*.

Frederick sonrió levantándose a por dos vasos.

—Ni se te ocurra bebértelo de un trago.

—Descuide, no quiero emborracharme. Regreso esta tarde y ahora no puedo caerme del caballo y romperme el cuello.

Robert abrió los ojos asustado, miró la botella y rápidamente la devolvió a su sitio.

—Café —afirmó rotundo.

Después de dos tazas de café y una larga conversación, los ánimos del escocés se calmaron y dejó de mirarlo como si deseara arrancarle el corazón de cuajo.

—Lo cierto es que Meredith es igualita que su madre y más cabezona que nadie que conozca. Pero también te digo, que no hay nadie en el mundo en quien puedas confiar más que en ella. Estará a tu lado hasta la muerte y te acompañará allá adonde vayas sin preguntar por qué.

—Lo sé —afirmó Frederick muy serio—. Tenía que hacerlo, ¿me entiende?

—No puedo entenderte. Soy su padre, eso sería como traicionarla. Pero si me preguntas si yo habría hecho lo mismo. —Asintió con la cabeza—. Las mujeres como ellas no nos lo ponen nada fácil, ¿verdad?

Frederick negó sin responder.

—Nunca le había gritado —dijo con pesar—. Pero que dijera que mi hijo viviría como un

bastardo, me hizo perder los nervios.

Robert asintió de nuevo.

—Esta muchacha…

—Por suerte, ese problema está resuelto.

—No te lo va a poner fácil igualmente. Hazte a la idea de que te va a hacer sudar.

—Lo sé.

—Espera a que yo llegue mañana para decírselo, no te creerá. Intentaré ayudarte.

—Es verdad lo que dicen de los escoceses. Menudo derechazo tiene.

—Y no te he dado con todas mis fuerzas, te habría roto la mandíbula.

—Tampoco me he defendido —se excusó Frederick—. Soy un buen púgil.

—Cuando quieras lo probamos. Y otra cosa, ni te acerques a ella hasta que estéis casados.

—¿Va a cerrar la tienda? —preguntó mirando el cartel de la puerta.

—Cuando os caséis me iré a Escocia —asintiendo—. Desde que tu padre hizo que me la destrozaran, ya no me siento a gusto aquí.

Frederick lo miró ceñudo.

—¿Qué?

—Ya no tiene sentido ocultártelo. ¿Te acuerdas cuando viniste hecho polvo para que te ayudara con Meredith?

—No me dejó ni entrar en… —Miró a su alrededor como si eso pudiera ayudarle a entender.

—Tu padre mandó a unos matones para que me destrozaran la tienda y me dieran una paliza. Ni siquiera preguntaste por mi labio partido.

Frederick trataba de recordar su cara entonces, pero le fue imposible.

—Tardamos varias semanas en tenerlo todo arreglado —siguió Robert—. Meredith no quería que tú te enterases de nada.

—¿Y seguro que fue mi padre?

—No tengo la menor duda. Pero eso ya es pasado, ahora centrémonos en convencer a Meredith de que se case contigo. Y te aseguro que no va a ser fácil.

—Yo he comprado una granja —dijo aún con el rostro contraído por lo que acababa de escuchar—. Cuando venga a visitarnos podrá alojarse allí, así no tendrá que estar cerca de mi padre.

Robert torció una sonrisa.

—Diría que es a él al que le conviene mantenerse alejado de mí.

✿✿✿

Cuando desmontó del caballo frente a la granja ya era de noche. El humo que escapaba por la chimenea daba cuenta de la actividad en el interior. Layla estaría preparando la cena y Meredith… Se acercó a la ventana para ver a través de los visillos. Estaba sentada en una butaca con un libro sobre la falda, pero tenía la cabeza reclinada en el respaldo mirando hacia la chimenea con actitud distraída. Parecía serena. El corazón de Frederick se llenó de gozo, casi no podía soportar la ansiedad que le provocaba saber que iba a ser su esposa. Que ya nada ni nadie iba a interponerse en su camino. Sería su esposa y la madre de sus hijos.

Como si pudiese escuchar sus pensamientos, ella miró hacia la ventana y en cuanto lo vio cambió de expresión y levantándose rápidamente, cerró las cortinas sin miramientos. Frederick apretó los labios y se dirigió a la puerta para aporrearla. Layla abrió y él pasó sin saludar siquiera. En dos zancadas estaba en el saloncito y le hizo un gesto a la muchacha para que se marchase.

—Mi madre me ha dicho que le diga que los gritos no son buenos para los bebés.

—No gritaré —aseguró.

Layla asintió y volvió a la cocina.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Meredith con mirada gélida.

—Dejemos eso para más tarde.

—¿A qué has venido?

—Estoy molido. Llevo todo el día cabalgando de aquí para allí.

—Vete a tu casa.

—He visto a tu padre. Te manda su cariño y me pide que te diga que mañana estará aquí.

Ella lo miraba asustada.

—¿Has ido a Londres?

—Sí.

—¿Hoy?

—Sí.

—Pero ¿estás loco? ¿Ir y venir en un solo día?

—Me alegra ver que te preocupas por mí.

Ella apartó la mirada con timidez.

—Me preocuparía por cualquiera.

—Y por mí.

—Por cualquiera —repitió cabezona.

—¿Podemos sentarnos? Estoy realmente cansado —pidió.

—¿Ha sido mi padre el que te ha dejado así? —Él asintió sin decir nada—. ¿Has comido?

—Nada desde anoche —dijo apoyando la cabeza en el respaldo de la butaca—. Y, ahora que lo pienso, anoche tampoco cené.

—Te traeré… —Al pasar junto a él la agarró del brazo y tiró de ella sentándola sobre sus piernas—. Quédate aquí.

—Suéltame —pidió tratando de levantarse.

Frederick la inmovilizó mirándola con fijeza.

—Mi padre ha accedido a que nos casemos y tu padre está de acuerdo. No tienes que seguir luchando conmigo, Meredith, por favor.

Ella entornó los ojos incrédula.

—¿Te ha dado una paliza antes o después de aceptarte como yerno? —Movió la cabeza con cansancio—. No creí que me mentirías con tanto descaro.

—No te miento. Mañana cuando llegue podrás preguntarle.

—¿A mi padre también le has mentido? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Eso no voy a poder perdonártelo, Frederick.

Él apoyó la cabeza en su brazo y cerró los ojos un instante. Después de un momento dejó escapar el aire en un suspiro.

—Debiste decirme lo de la tienda —dijo mirándola con tristeza—. Eres imposible.

—¿Te ha contado…? —No se atrevió a decirlo por si lo había malinterpretado.

Él suspiró paciente.

—Sí, me ha contado lo que hizo mi padre. Si tú me lo hubieses explicado…

—… habrías hecho una locura —lo cortó ella—. Tu padre es demasiado poderoso para que puedas ir contra él. Ya lo intentó el reverendo Sikes y no consiguió que nadie lo ayudara. Hice lo único que podía hacerse y tú lo sabes.

—Está bien. —La levantó de sus piernas con delicadeza y se puso de pie—. No discutiré más contigo, la señora Pater tiene razón, debo preocuparme por la criatura. Me iré y esperaré a que vengas a buscarme.

Caminó hacia la puerta con evidente cansancio, pero se volvió un momento antes de salir.

—Ya no hay nada que impida nuestro matrimonio. Nos casaremos en cuanto tú lo digas, pero piensa en nuestro hijo, cada día que pasa es un día menos para su nacimiento.

Meredith vio perpleja cómo se marchaba. En cuanto escuchó la puerta de la calle cerrarse, se puso las manos en la cintura y abrió la boca sorprendida.

—Se ha ido —dijo para sí—. Será… ¿Para qué ha venido? ¿Se cree que voy a correr tras él? Ya volverá. O mejor, que no vuelva.

Se llevó las manos a la inexistente barriga.

—No le necesitamos, ¿verdad, amor mío? Tienes a tu mamá que te quiere más que a nada en el mundo.

Se sentó en la butaca y cogió el libro que estaba leyendo. Lo abrió por la página en la que había dejado la marca y trató de leer. Pero las palabras resultaban incomprensibles. Después de varios intentos lo cerró del golpe y gruñó enfadada.

—¿Le sirvo la cena? —preguntó Layla desde la puerta.

Ella asintió y la muchacha regresó a la cocina.

✿✿✿

A pesar de la seguridad que mostró su padre al decirle que Frederick no mentía, Meredith no dio su brazo a torcer hasta que el propio barón la visitó para decirle lo que su hijo ya le había dicho. Edmund Wharton no se caracterizaba por ser muy dado a la conversación y fue parco en palabras, pero dijo lo importante antes de abandonar la granja y Meredith las repitió una y otra vez frente a su padre.

—Mi hijo tiene mi consentimiento para casarse con usted, señorita MacNiall. ¡Mi hijo tiene mi consentimiento para casarse con usted, señorita MacNiall! ¡Mi hijo tiene mi consentimiento para casarse con usted, señorita MacNiall!

Robert se rio a carcajadas, viéndola saltar como una niña riendo y llorando a la vez. Y no la detuvo cuando se marchó sin despedirse, porque sabía muy bien adonde iba.

Frederick le explicaba a O’Hanlon cómo funcionaba el sistema de riego que pensaba implementar en primavera, cuando la vio a lo lejos. Dejó al granjero con una disculpa y se dirigió al sendero por el que ella se acercaba. En cuanto sus ojos se cruzaron, Meredith echó a correr hacia él y Frederick la imitó acelerando el paso.

—¡No corras! —gritó temeroso de que se cayera.

Cuando llegó hasta ella la alzó en sus brazos haciéndola reír. La besó en los ojos, en las mejillas y en los labios, antes de que ella se separase para hablarle.

—Lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Me has hecho esperar demasiado —dijo él riendo—. Vas a tener que resarcirme durante mucho, mucho tiempo.

Cuando Meredith puso los pies en el suelo, miró a su alrededor y después se puso de puntillas para besarlo en los labios. Un beso cálido y suave que lo estremeció por dentro.

—Por fin me crees.

—Tu padre ha venido a verme y me lo ha dicho. Ya no hay nada que temer. ¿Es verdad lo que dice mi padre? ¿Fue la reina?

—Eso parece.

—Pero…

—En realidad la artífice fue Lady Gaardner.

Los ojos de Meredith se humedecieron.

—Le estaré eternamente agradecida. ¡Oh, Frederick! Aún no puedo creérmelo.

—Yo haré que te lo creas. —La besó con pasión y los recuerdos de su intensa y única noche juntos, volvieron a ellos como una profecía autocumplida.

Epílogo 1



El paisaje de mayo se desplegaba ante ellos en toda su serena belleza. Los campos, en pleno apogeo de la primavera, estaban cubiertos por un manto verde que parecía ondular bajo la caricia suave del viento. Aquí y allá, manchas de flores silvestres rompían la uniformidad de las vistas, con destellos de amarillo, azul y blanco que iluminaban el horizonte, despertando al fin del letargo invernal.

Meredith caminaba delante de él tarareando una cancioncilla y Frederick la observaba como si formara parte del hermoso paisaje. No se cansaba de mirarla. Los cambios que se iban produciendo en su cuerpo a medida que el embarazo avanzaba no hacían más que aumentar su belleza de un modo extraordinario.

—¿Quieres ir hasta el estanque? —preguntó con voz dulce.

Ella se giró sonriente y asintió. Con su vestido blanco adornado con encaje y puntilla parecía un hada del bosque. Se detuvo para esperarlo y se agarró de su brazo apretándolo con cariño.

—He estado leyendo filosofía y dándole muchas vueltas a la cabeza estos días —dijo mirando a su alrededor distraída—. ¿Qué opinas del perdón?

Frederick frunció el ceño, no se esperaba esa clase de conversación en un momento como aquel, pero si algo había aprendido de su esposa era que no dejaría nunca de sorprenderlo.

—Pues… —Pensó unos segundos—. Creo que ser capaz de perdonar nutre tu fortaleza y aumenta tu raciocinio.

—¿Y no crees en el resarcimiento? Quiero decir, cuando una persona transgrede la

confianza de otro, ¿no debería el ofendido recibir un pago por ello? ¿Independientemente de que su acción pueda ser comprendida e, incluso, excusada?

—¿Lo dices por mi padre?

—No específicamente —negó ella con una sonrisa—. Solo estoy divagando.

—Me sería más fácil con un ejemplo concreto, pero así en general, sí, creo que es de justicia que el reo pague su deuda de algún modo. Por ejemplo, en el caso de mi padre, nunca va a recibir el cariño que recibe el tuyo. Por eso cuando Robert viene a visitarte mi padre se comporta como un niño celoso.

—Ya veo —dijo ella asintiendo y mirándolo con fijeza añadió—: ¿Y qué me dices de ti?

Frederick soltó una carcajada.

—Así que esas tenemos.

Meredith se acarició el abultado vientre sin dejar de mirarlo.

—Me manipulaste y me engañaste.

—No te engañé.

—No dijiste lo que realmente estabas pensando al actuar como lo hiciste aquella noche.

Su esposo la miró divertido.

—No me pareció que te disgustara lo que hice.

—No seas perverso —dijo ella riendo—. Sabes de lo que te hablo.

—Está bien.

—¿Reconoces que me engañaste?

Él lo pensó un momento antes de responder.

—Reconozco que una vez vi que realmente querías que sucediera, decidí llevarlo a sus máximas consecuencias.

—Sabiendo que yo estaba sobrepasada con la situación y era incapaz de pensar con claridad. Consciente de que no tenía la menor experiencia y que podía no saber que esto —señaló su barriga—, era posible.

Frederick balanceó la cabeza como si dudase.

—Tampoco pensaba con demasiada claridad.

Meredith bufó decepcionada y se soltó de su brazo.

—Cariño… —dijo él sonriendo—. ¿Qué más da eso ahora? Eres mi esposa, dejemos el pasado en el pasado.

Llegaron hasta el sendero que bordeaba el estanque, cuya superficie cristalina reflejaba un cielo limpio y despejado. El agua, de un azul profundo, permanecía casi inmóvil, alterada solo

por el ocasional salto de una rana o el delicado vuelo de los insectos que bailaban sobre ella. Las ramas de los árboles cercanos, aún cargadas de brotes nuevos, se inclinaban hacia el estanque, y las hojas más bajas casi rozaban la superficie, creando pequeñas ondas que se desvanecían rápidamente en el espejo líquido. Los campos alrededor del estanque estaban bordeados por setos bajos de espino albar en plena floración. Sus pequeñas flores blancas contrastaban con el verde oscuro de las hojas, y el aire a su alrededor estaba impregnado de una fragancia dulce y embriagadora. Meredith lo miró con una dulce sonrisa.

—¿Qué es aquella cerca de madera? —señaló hacia el otro lado del estanque.

Frederick giró la cabeza y ella lo empujó con todas sus fuerzas. Sorprendido trató de recuperar el equilibrio, pero cayó al agua sin remedio. Las carcajadas de Meredith provocaron que varios pájaros salieran volando mientras su esposo la miraba con gran asombro.

—Están cuchicheando —masculló él cuando regresaban—. Se va a hablar de esto durante todo el año.

—Se ha caído al estanque —dijo ella al pasar junto a la granja de los Dorman.

—¿No crees que podrías disimular un poco? Se nota demasiado que te estás riendo de mí.

Ella siguió caminando sin hacerle caso, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Un mal paso —dijo cuando se cruzaron con Lewis Greeley—. Ha caído de lleno en el estanque.

—Suerte que han subido las temperaturas —dijo el hombre conteniendo la risa.

Meredith se giró hacia él cuando volvieron a estar solos. La mansión de los Wharton se veía a lo lejos y consideró que ya se había reído suficiente.

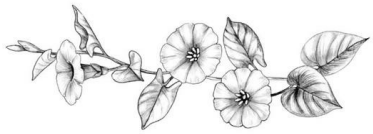
—¿Tienes frío?

—Un poco —dijo él malhumorado.

Lo cogió del brazo y aceleró el paso.

—Ahora ya puedo perdonarte —dijo sin reparo.

Él no dijo nada, pero tuvo claro que debería pensárselo mucho antes de volver a manipularla.



Emma Wharton llegó a primera hora de la mañana, exactamente a las seis y cuarto. Tenía muchas ganas de nacer y, según su madre, se adelantó a la fecha esperada, aunque todos los que pudieron verla aseguraron que era una niña rolliza y saludable que en nada evidenciaba no haber llegado a término. Frederick sostenía a su primera hija en los brazos sin disimular en absoluto el orgullo que lo embargaba. Era la niña más preciosa que hubiese visto jamás y estaba seguro de que algún día sería tan hermosa como su madre.

Meredith, por su parte, demasiado agotada para pensar en nada que no fuesen los bollitos de canela de la señora Pater, miraba a su esposo con devoción, consciente de que había tenido una suerte que no era de este mundo al encontrarlo. Su vida de casada no se parecía a nada que ella hubiese podido imaginar. La pasión y el delirio de su esposo por ella solo era comparable al que ella misma sentía por él. Vivía para ver sus ojos cada mañana y escuchar su voz, profunda y serena, susurrándole palabras de amor. Miró al padre con la hija y sonrió.

—El próximo será un niño —dijo antes de cerrar los ojos.



Katherine Wharton, al contrario que su hermana, tardó casi un mes más de lo esperado. Al parecer la niña se encontraba de lo más a gusto en el vientre de su madre y no se dignó a salir hasta que Meredith tomó cartas en el asunto. De nada sirvió que Frederick insistiese en que caminar a ese paso tan rápido no era bueno para su estado. Eso sí, no salió al mundo hasta que ya era noche cerrada y dejó a su madre aún más agotada que en su primer parto.

Frederick sostenía a su segunda hija con el mismo entusiasmo que dos años antes y también mantenía intacta la seguridad de que el varón llegaría la próxima vez.

—Es una niña preciosa —dijo Robert—. Se parece a su abuela.

—Dijo lo mismo de Emma —comentó Edmund enarcando una ceja.

—Es que Emma también se parece —afirmó su abuelo ayudándola a caminar por la habitación.



En 1789 nació Caroline Wharton y cuando Meredith la vio en brazos de su padre se percató de que la observaba con expresión reflexiva.

—¿Decepcionado? —preguntó muy cansada—. Querías un niño…

—De eso nada —negó él—. Estaba pensando que nuestras hijas son demasiado perfectas. Eso nos va a traer muchos problemas. Voy a tenerlas encerradas hasta que cumplan los veinticinco años.

Meredith sonrió antes de que sus ojos se cerraran y Robert, que era ya el único abuelo de las niñas tras la muerte inesperada del barón de Harmouth, le hizo un gesto a Emma para que bajase de la cama sin hacer ruido mientras sostenía a Katherine en sus brazos.

—Mamá tiene que descansar. Vamos a jugar al jardín y dejémosla tranquila.



Cuatro años después, una criatura de pelo rojo y ojos brillantes miraba a su padre que la sostenía en sus brazos completamente embobado, mientras Meredith apoyada en los codos los miraba a todos con expresión malhumorada.

—¿Es que no sé parir niños? —gritó.

—Mamá —la regañó Emma—. Harriet se va a pensar que no la queremos.

Su madre miró al bebé con preocupación.

—Claro que te queremos, tesoro, pero mamá tenía esperanzas de que fueras un muchacho. Y papá también.

—A mí no me metas —protestó él—. Yo estoy encantado.

—Papá…

Cuando todas las niñas corrieron a abrazarse a sus piernas, su abuelo soltó una carcajada.

—Venga, niñas, vámonos a jugar y dejemos que mamá descanse.

Elizabeth le ahuecó las almohadas antes de que se recostara en ellas. Hacía ya dos años que vivía con ellos y era un miembro más de la familia.

—Gracias, cariño —dijo Meredith acariciándole la mejilla con ternura.

Emma volvió sobre sus pasos y la cogió de la mano.

—Vamos, ya sabes que el abuelo no tiene paciencia, Elizabeth.



Un año tenía Harriet cuando Elinor llegó al mundo. La pequeña de las Wharton se agarró al dedo de su padre cuando este se lo mostró y le apretó con tanta fuerza que lo dejó maravillado.

—Es muy fuerte —dijo admirado—. Seguro que va a ser muy inteligente también.

—¿Y eso lo sabes porque te ha cogido el dedo? —Robert se burló de él—. Tener tantas hijas te está nublando el entendimiento.

—Papá —lo llamó su hija—, déjanos solos, por favor.

Robert se llevó a todas las niñas, incluida Elinor a la que cogió de los brazos de su padre.

—Siéntate a mi lado —pidió cuando estuvieron solos.

Frederick se quitó los zapatos y subió a la cama. Se apoyó en el cabecero y la rodeó con sus brazos atrayéndola hasta su pecho.

—Es bastante probable que no podamos tener hijos varones —dijo mientras escuchaba los acompasados latidos de su corazón—. Sé que para ti será…

—Para —la hizo callar inclinándola hacia atrás para poder mirarla—. Adoro a mis hijas y no me importa tener la casa llena de niñas.

—Pero…

—No hay pero que valga. —Le acarició el rostro con dulzura—. Soy el hombre más afortunado de la tierra. Mi casa está repleta de risas, abrazos y besos. Esas niñas me dan tanto amor que a veces siento que me va a explotar el pecho de felicidad. Me arrancaría el corazón de cuajo por cualquiera de ellas… y por ti, amor mío. —Movió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Nunca imaginé…

Meredith lo abrazó cuando se le rompió la voz y lo apretó tan fuerte que casi lo dejó sin

aliento.

—¿Todavía te quedan fuerzas? —preguntó él riendo emocionado—. Eres impresionante, Meredith Wharton.

Ella lo acarició con ternura y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—¿De verdad eres feliz?

Él suspiró al tiempo que asentía.

—Eres mi razón de ser. Tú y esas niñas lo sois todo para mí.

—¿Aunque se pierda tu apellido y el título…?

Frederick amplió su sonrisa antes de besarla en los labios. Cuando se apartó la miró fijamente.

—Te aseguro que mi apellido va a sonar mucho por estos lares cuando esas niñas crezcan.

Ella sonrió divertida.

—Seguro que son cinco almas cándidas que no nos van a dar ningún problema.

Frederick enarcó una ceja al tiempo que negaba con la cabeza.

—Siendo hijas tuyas, esto está descartado.

—¡Oye! ¿Qué quieres decir con eso?

La tumbó colocándose sobre ella con mucho cuidado.

—Inteligente, cabezota, resabida, intrépida y una pelirroja del demonio —musitó junto a su boca—. Cándidas, seguro que no van a ser.

La besó con el corazón pletórico de amor.

Epílogo 2



Robert miraba a su abuela con fijeza mientras ella servía dos copas de jerez, perdida en sus pensamientos.

—Me habría gustado mucho conocer al bisabuelo Robert —dijo sereno.

Meredith sonrió entregándole la copa. Se sentó de nuevo en la butaca en la que llevaba toda la tarde relatando aquella larga historia y enderezó la espalda un poco entumecida.

—No me conviene estar tanto tiempo sentada. Deberíamos haber salido a caminar.

—¿Hasta el estanque? —se burló su nieto.

—Yo he cumplido mi promesa, ahora te toca a ti —dijo señalándolo con la copa—. No te casarás antes de un año.

—De hecho, no tenía intención de hacerlo antes.

Su abuela se rio al tiempo que movía la cabeza.

—Serás manipulador, me lo has vuelto a hacer.

—Salgo al abuelo Frederick —amplió su sonrisa—. Lo que ahora, después de conocer vuestra historia, me enorgullece aún más.

Meredith dejó escapar un suspiro. Durante toda la narración, que por supuesto no había incluido los detalles más «personales e íntimos», su mente sí había recreado cada uno de esos momentos.

—¿Cómo fueron los años que compartiste con el barón?

—No tan malos como cabría esperar. Lo cierto es que enfermó muy poco después de nuestra boda y perdió gran parte de su energía. Supongo que eso ayudó. Además, ya sabes los que dicen de las personas que están prontas a morir, que muchas veces se vuelven afectuosas. —Tomó un sorbo de su copa y luego sonrió antes de seguir—. No diría que el barón se volviese afectuoso, lo cierto es que siguió siendo gruñón y antipático hasta el final de su vida, pero tampoco me importaba. Era demasiado feliz para preocuparme por él.

—¿Y qué le pasó a Paige?

Una ráfaga de dolor pasó ante sus ojos.

—También enfermó. La muerte de su padre la desanimó muchísimo y la del barón también le afectó. A pesar de todo, lo amaba. Esa debilidad no le permitió luchar cuando cayó enferma y se apagó como una vela consumida. Me dolió tanto…

—Fuiste una madre para Elizabeth —le recordó su nieto.

—Era una niña maravillosa, llena de amor y generosidad. Fue una bendición para todos nosotros.

Robert asintió, quería mucho a su tía y estaba totalmente de acuerdo con ella.

—¿Eso ha sido la puerta? —preguntó la baronesa haciendo ademán de ponerse de pie—. George ya se debe haber acostado.

—Iré yo —dijo su nieto caminando hacia la puerta.

—¿Quién puede venir a estas horas? —preguntó siguiéndolo de cerca.

—Espera aquí, abuela —la detuvo con un gesto—. No será nada, tranquila.

Robert atravesó el vestíbulo en el que solo se escuchaba el tic tac del reloj de pie. Cuando abrió la puerta, sus cejas se elevaron y se echó ligeramente hacia atrás.

—¿Heather? ¿Qué haces…?

La joven entró en la casa y se sacudió el rocío de la capa.

—Es la una de la madrugada —advirtió él cerrando puerta—. ¿Has venido sola?

La muchacha tenía los dientes apretados y mascullaba palabras ininteligibles.

—Heather… —la llamó con autoridad—. ¿Has venido sola?

—Sí.

—¿Desde Lanerburgh?

—Es donde vivo, sí.

—¿Estás loca? —Señaló la puerta—. ¿Has venido sola desde…?

—No he venido caminando, si es lo que piensas. En Escocia también usamos carruajes, ¿sabes?

—Encima ponte estúpida.

—¿Estúpida yo? —gruñó dándole la espalda—. ¿Está tu abuela?

—Esta es su casa —dijo siguiéndola—. Pero no son horas de hacer visitas.

Meredith ya había salido al pasillo al escuchar las voces y abrió los ojos sorprendida al ver a la muchacha.

—Heather, ¿qué ha pasado?

La joven empezó a gemir y rompió a llorar abrazándose a ella.

—¿Puedo quedarme aquí?

—Por supuesto que puedes, pero ¿qué ha pasado? ¿Están todos bien?

—Mi madre es insoportable, no puedo aguantarla más.

Meredith miró a Robert por encima de su hombro mientras le daba palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, las dos sabemos que la adoras.

—La odio.

Meredith sonrió y la cogió por los hombros para llevarla hasta el salón.

—Vamos a sentarnos y me cuentas lo que ha pasado. Robert, tú ve a dormir, esto es cosa de mujeres.

—Está empeñada en que me case con ese estirado de…

Robert no pudo oír el nombre cuando su abuela cerró la puerta y se encogió de hombros antes de dirigirse a las escaleras. Se detuvo en el primer peldaño y volvió la cabeza hacia el pasillo.

—Problemas —musitó.

Eso era lo que traía siempre Heather. Pero, por suerte, no era asunto suyo. Bastantes cosas tenía en las que pensar.

Nota de la autora.



¡Hola, hola! 👋

Hoy os escribo a media mañana, así que en lugar de café me he traído un yogur natural y sin azúcar. Lo sé, ¡qué asco! Pero hay que cuidarse. (Lloro)

En fin, ¿qué os ha parecido la historia de los papás de nuestras chicas? Yo creo que ahora se entiende bien el carácter de esas seis muchachas (a Elizabeth también la contamos, ¿verdad?).

Por cierto, esto es lo que escucho mientras os escribo:

https://open.spotify.com/intl-es/track/4WnQOPWzrIkvIgp15mDCnG?si=4a12752c6c904460

Frederick me ha robado el corazón por completo y espero que a vosotras os haya pasado lo mismo, pero reconozco que es Meredith la que

más me ha hecho sufrir. ¡Qué cabezota es! Me ha recordado a una escritora, amiga de ir robándole el nombre a la gente. Una tal Emma, ¿os suena? Pero Meredith tiene un poco de todas ellas, ¿verdad? También es dulce como Katherine, comprensiva como Caroline, intrépida como Harriet, resabida como Elinor y estricta como Elizabeth. Frederick tuvo mucha suerte de que el destino se pusiera a hacer carambolas para emparejarlos.

Dejadme que haga un inciso para mencionar a un personaje que vale su peso en oro. Robert Malcolm MacNiall pasa a estar entre los hombres destacados de mis historias. No solo fue un esposo digno de admiración, además fue un padre maravilloso. Yvaine y Meredith fueron muy afortunadas de tenerlo en sus vidas.

No suspiréis, que esto no acaba aquí. Todavía quedan muchas historias por llegar. Como os dije, los siguientes en la lista serán nuestro querido Craig McEntrie y el desesperado Liam. Ya les toca, ¿no?

Ya, ya sé lo que estáis pensando… ¿Qué pasará con Robert? ¿De verdad Heather odia a Lavinia? Estoy sonriendo, pero que sepáis que sois insaciables.

Se vienen muuuuuchas historias. Esos muchachos y muchachas tienen mucho que contaros. Después de Craig y Liam nos adentraremos en la época victoriana y descubriremos los cambios que trajo la Reina Victoria.

No os doy fecha de las próximas publicaciones porque una nueva

serie requiere de tiempo de preparación y tengo que ensamblar las piezas antes de ponerme con ella. Intentaré mantener el ritmo habitual.

Para estar al día de todo, seguidme en Amazon:

https://www.amazon.es/stores/Jana-Westwood/author/B01NCPV4ZB

Y en las redes:

https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

https://www.facebook.com/WestwoodJana

https://www.threads.net/@janawestwood_oficial

Así como en mi Web:

https://janawestwood.com/

Es el modo de que estéis perfectamente informadas de las novedades y fechas de las publicaciones.

Si aún no habéis leído todas mis novelas, os animo a hacerlo y, por favor, dejad vuestras impresiones en las redes y, sobre todo, en Amazon. Sois mis más queridas embajadoras 😍.

Vuelvo al trabajo que tengo mucho que hacer.

Gracias por todo el cariño que me dais. Yo, por mi parte, lo transformaré en letras y trataré de traeros mejores historias cada día.

Nos leemos pronto, familia.

Besos, Jana.